

SARA  
BLÆEDEL  
SIN  
SALIDA



Lectulandia

Una noche, en un patio de la calle Skelbækgade del barrio de Vester bro, aparece asesinada una mujer. En la escena del crimen hay sangre por todas partes. La han degollado. Mientras la oficial Louise Rick, junto con un grupo de detectives de la policía de Copenhague, está investigando el caso, recibe una llamada de su amiga Camila Lind, periodista en el diario Morgenavisen. Quiere saber si hay novedades en la investigación, pero al mismo tiempo se muestra muy afectada por la experiencia vivida aquella misma mañana por su hijo de 11 años cuando iba de camino al colegio: el hallazgo de un recién nacido abandonado. Todas las pistas del caso apuntan al ambiente de la prostitución de Copenhague. Pero al producirse otro brutal asesinato, empieza a hacerse evidente que han entrado en escena nuevos actores...

**Lectulandia**

Sara Blædel

# **Sin salida**

**Louise Rick - 4**

ePub r1.1

Titivillus 03.02.16

Título original: *Aldrig mere fri*  
Sara Blædel, 2008  
Traducción: Rodrigo Crespo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Adam*

La mujer yacía boca arriba, con los brazos extendidos a los lados y la cabeza apoyada en uno de los hombros. La habían degollado con un corte largo y limpio, y la sangre se le mezclaba con los rubios cabellos, formando una mancha pringosa en el lado izquierdo del cuerpo.

La oficial de policía Louise Rick se enderezó y tomó aire. ¿Llegaría a acostumbrarse alguna vez? Hasta cierto punto, confiaba en que la respuesta fuese no.

La oscuridad se extendía en un pesado manto por la zona del Matadero. Iban a dar las dos y el domingo ya estaba convirtiéndose en lunes. El aire húmedo de abril flotaba por el barrio de Vesterbro a pesar de que la lluvia, que había estado cayendo desde últimas horas de la tarde, ya había cesado. Las sirenas y barreras de la policía en la calle Skelbaekgade habían ahuyentado a la mayoría de los viandantes, y sólo unos pocos curiosos charlaban mientras observaban trabajar a los agentes.

Sentado en las escaleras del café Hoker, un borracho solitario, ignorante de la abundante presencia policial, seguía cantando, y cuando alguien pasaba cerca de él, le gritaba algo. No se veía por ninguna parte a las chicas que solían estar en la calle. Se habrían trasladado a Sønder Boulevard o a la esquina de Ingerslevsgade.

Los potentes focos de la policía científica proyectaban su incisivo haz, creando duros contrastes en la oscuridad. Una de las primeras medidas tomadas por los agentes había sido cubrir el cuerpo, para proteger todas las fibras y cabellos sueltos, antes de proceder a buscar rastros de ADN con bastoncillos de algodón humedecido. El forense Flemming Larsen se volvió hacia Louise y el inspector jefe de homicidios, Hans Suhr.

—El corte tiene unos veinte centímetros y ha dejado una gran herida abierta a lo largo del cuello, profunda y con bordes regulares, lo que demuestra que el arma penetró de una sola cuchillada asestada con fuerza.

Se quitó los guantes de goma y la mascarilla, y con un gesto les indicó a los agentes que ya había acabado y que podían continuar con la investigación.

—No hay otras señales de violencia. Todo tuvo que ser muy rápido, sin que ella llegara a darse cuenta de lo que pasaba. No hay ninguna lesión en las manos ni los brazos que indique que intentase defenderse. Yo diría que habrá sucedido en las últimas tres horas —añadió.

—¿Tiene alguna idea de quién puede ser? —preguntó Louise. No se había encontrado ningún documento entre las pertenencias de la mujer—. ¿Podemos suponer que se trata de una prostituta?

El forense lanzó una mirada a la faldita de algodón y al ajustado top antes de afirmar que, a juzgar por el deficiente estado de su dentadura, dudaba que fuese

danesa.

—Podría ser una buena hipótesis —convino el inspector jefe, mientras retrocedía unos pasos para que los agentes pudiesen continuar su tarea. Éstos trasladaron la luz con la que el forense había estado trabajando a otra zona del patio para poder rastrear todos los rincones en busca de pistas.

Louise se volvió a agachar junto a la mujer. La herida estaba en la parte alta del cuello. Le resultaba difícil distinguir sus facciones en la oscuridad, pero era evidente que se trataba de una mujer joven, supuso que en torno a los veinte.

Notó pasos a su espalda, pero no llegó a levantarse, porque su colega, Michael Stig, se había colocado a su espalda y le había apoyado las manos en los hombros. Luego, se inclinó hacia delante para observar el cuerpo.

—Una puta del Este —valoró Stig con rapidez, mientras se retiraba y permitía que Louise se incorporase.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó ella retrocediendo para romper la familiaridad que él había creado.

—El maquillaje. Se siguen maquillando como las danesas en los ochenta. Mucho maquillaje y muy chillón. ¿Qué sabemos de ella? —preguntó mientras metía las manos en los bolsillos de los vaqueros de talle bajo.

Louise captó el olor del pelo recién lavado y el desodorante recién aplicado. Ella acababa de acostarse cuando la despertó la llamada del inspector jefe, y en menos de veinte minutos había llegado hasta el lugar de los hechos desde su apartamento en Frederiksberg. Tras casi cinco años como investigadora de homicidios había desarrollado toda una rutina para el momento en el que sonaba la llamada nocturna.

—Nada —contestó secamente—. La comisaría de la City recibió una llamada anónima informando sobre una mujer muerta en la calle Kodboderne, detrás de la Escuela de Hostelería y Restauración; colgaron inmediatamente.

—O sea, una persona con un conocimiento detallado de la parte menos bonita de Copenhague —constató su colega—. En otras palabras: alguien que se mueve por aquí a diario.

Ella levantó una ceja.

—Sólo los que conocen bien el barrio dividen por calles la zona del Matadero: Kodboderne, Hokerboderne y Slagterboderne —le aclaró él.

«Y eso, evidentemente, te incluye a ti», pensó Louise al regresar junto al resto del grupo.

Lars Jørgensen, su compañero, y algunos agentes de la City habían recorrido las casas de Skelbaekgade con ventanas hacia el Matadero. Otro equipo se encargaba de las personas que estaban en esa calle y alrededores. Aunque hubiese sido la City, la antigua comisaría 1 en Halmtorvet, la que recibiera el aviso, el caso había pasado de inmediato al departamento de homicidios de la Jefatura Superior de Policía de Copenhague, y el inspector jefe Suhr había decidido avisar a su propio grupo para que estuvieran presentes desde el principio. Había dejado fuera a Toft, que había

pasado el fin de semana en Jutlandia, celebrando sus bodas de plata en casa de su hija. Pensó que tenía derecho a dormir tranquilamente con sus guirnaldas y sus fanfarrias.

—Nadie sabe nada —informó Lars Jørgensen—, o no se atreven a contarlo. Y, curiosamente, nadie ha estado en las cercanías de Skelbaekgade en las últimas veinticuatro horas. Ni siquiera la gente que Mikkelsen vio con sus propios ojos a última hora de la tarde.

El aludido asintió mientras bostezaba.

Mikkelsen era el policía de la comisaría de Halmtorvet que conocía más a fondo lo que ocurría en la zona de Istedgade, con sus putas, camellos y drogadictos. Era un hombre bajo y fuerte, de algo más de cincuenta años, que había trabajado durante toda su carrera como policía en aquel barrio, salvo por una única incursión en la brigada de orden público, donde había pasado tres años antes de solicitar, y obtener, el regreso a su vieja oficina.

—¿Y qué hay de aquel de las escaleras? —preguntó Louise.

—Ése lo único que ha visto es el fondo de la última botella que ha vaciado —contestó su colega, y lo repitió poco después cuando apareció el inspector jefe con la misma pregunta.

—Está bien, nadie va a decir nada, como suele suceder en este barrio —dijo Suhr llamando a Michael Stig con un gesto—. No podemos hacer mucho más por ahora. Mikkelsen y los suyos seguirán preguntando por las calles, pero dudo que esta noche vayamos a encontrar a alguien con quien hablar. Sabemos por experiencia que si alguno de los fijos de la zona ha visto algo, tendrá que madurarlo antes de contárnoslo, así que vamos a dormir un poco. Mañana seguiremos.

—¿Qué pasa con Willumsen? —preguntó Louise mientras se dirigían hacia los coches. Le sorprendía no haber visto todavía al jefe del grupo de investigación.

—Mañana temprano le ponemos al corriente —contestó el inspector jefe lanzándole a Louise una sonrisa socarrona—. Mejor dejarlo dormir.

Louise asintió. Todos ellos habían sufrido en sus propias carnes lo que ocurría cuando Willumsen se levantaba con el pie izquierdo y les contagiaba a todos su mal humor.



Cuando Louise se levantó tras cuatro horas de sueño, le dolía el cuello y sentía pesadez por todo el cuerpo. Se había despertado muchas veces con la imagen de la joven desconocida en la cabeza. ¿Por qué la habrían matado de aquel modo? La profunda herida del cuello mostraba un ensañamiento evidente, y sin embargo, ella no se había defendido, seguramente porque ni siquiera había llegado a percatarse de que el asesino estaba a su espalda. Las ideas le surgían y se le arremolinaban, mezclándose con una sucesión de imágenes del escenario del crimen. Una y otra vez,



en la penumbra, veía sombras proyectadas sobre las lisas fachadas blancas del Matadero, un lugar al que los carniceros y los mayoristas sólo atraían a la gente durante las horas del día.

Entró en la cocina a poner agua a calentar para el té y fue a darse una ducha. Permaneció tanto rato bajo el chorro de agua caliente, antes de sentirse preparada para salir, que el cuarto de baño se llenó de vaho. Luego se dejó caer en la silla de la cocina con la taza de té entre las manos.

Lo último que había dicho el inspector jefe antes de despedirse fue que a las nueve habría una reunión sobre el caso. Tras la profunda reforma que había sacudido los cimientos del Cuerpo de Policía de Copenhague, se celebraban reuniones todos los días. El reajuste se había llevado por delante tanto la Sección A, que era la de homicidios, como la C, que se ocupaba de los delitos contra la propiedad. Ahora todo andaba revuelto, las barajas se habían mezclado, las fronteras se habían borrado y algunos de los investigadores con más experiencia habían sido trasladados. Tampoco quedaba sitio para todos los comisarios, que hasta entonces habían actuado como los jefes de cada grupo. En estos cambios, Louise había perdido a Henny Heilmann, a la que habían ofrecido un puesto de jefa de investigación en la Dirección General y ahora dirigía el departamento de coches patrulla. Louise sabía que Henny había tardado un tiempo en acostumbrarse.

Entró en el dormitorio y sacó del armario un jersey grueso. Había pensado tomar el autobús en Gammel Kongevej, pero en el último momento se animó a ir en bicicleta.

Esa mañana, el tráfico en el carril bici era denso, pero se colocó en el carril de la izquierda al cruzar H.C. Ørstedesvej y pedaleó con fuerza, con el casco hasta los ojos para que le sirviese de visera contra la penetrante luz primaveral que de repente caía sobre ella.

—Dejemos que la City continúe preguntando por el barrio y sobre todo en las calles de las putas, por donde se mueven los clientes. Hay tantas posibilidades de encontrar a un cliente fijo de la muerta que nos cuente algo como de hacer cantar a un pájaro de verdad. Así que concentrémonos mientras tanto en identificar a la mujer y en las pistas forenses. ¿De qué recursos disponemos para este caso?

El inspector Willumsen miró interrogante a Suhr, que vaciló un momento; mientras tanto Louise echó la silla hacia atrás hasta apoyarla en la pared. Había pasado ya un año desde que Suhr nombrara a Willumsen jefe del grupo de investigación al que ella estaba asignada. Muchos lo odiaban por su actitud arrogante e insolente. Todo y todos le importaban un bledo, incluyendo a sus superiores y compañeros. Sin embargo a Louise le caía bastante bien. Había sido Willumsen quien le enseñó en su día que todo se resumía en: «sí, no o a tomar por culo. Informes claros y no tanta paja. Entendido, no entendido o te importa una mierda lo que te

estoy diciendo». Y también había sido él quien, algunos años antes, le impartió una buena formación en el grupo de negociadores de la policía.

Suhr había dado un paso hacia atrás y apoyaba los brazos contra la pared, como si estuviera reuniendo fuerzas para continuar.

—Dispones de los recursos que te hagan falta. Para empezar, cuentas con los cuatro investigadores de tu grupo: Rick y Jørgensen. Toft y Michael Stig. Además de la ayuda que ya tenemos de Mikkelsen y su gente de Halmtorvet.

El inspector jefe dejó caer los brazos tras haber realizado su propuesta.

Willumsen había bajado la mirada y se concentraba en la uña del pulgar de su mano derecha, que se estaba limpiando a fondo con la punta de un lapicero, mientras parecía sopesar cuál sería el mejor modo de emplear a su gente. Finalmente tiró el lápiz sobre la mesa, y encargó a Toft y a Michael Stig que mantuvieran el contacto con la policía científica para estar al corriente de lo que ésta descubriera; también debían asistir a la autopsia de la desconocida.

Luego miró a Louise y a su compañero.

—Vosotros iréis con Mikkelsen y os concentraréis en los alrededores del lugar del crimen —dijo dando por concluida la reunión.

El despertador sonó a las seis y media. Había llovido copiosamente durante las primeras horas de la mañana, y Camila Lind decidió no ir a correr. Ésa iba a ser la primera sesión de un nuevo programa de entrenamiento que había planeado comenzar. Pero en lugar de hacer *footing* decidió ir a la piscina de Frederiksberg, que estaba muy cerca de su casa. Pensó hacer allí veinte largos, como mínimo, y después tomar una sauna, que además le serviría para limpiar las huellas del fin de semana anterior, que había terminado con algunos mojitos de más y bastante sueño de menos. Su hijo había estado con su padre desde el jueves hasta el domingo por la tarde, y después había ido directamente a casa de un compañero de colegio, donde había pasado la noche. Ese lunes por la mañana su clase iba a ir de excursión al Museo al Aire Libre y habían quedado todos a las diez en la plaza de Norreport. El padre de ese amigo era pastor, y como el lunes por la mañana no tenía que salir de casa, Camila estaba segura de que él se encargaría de que los dos chavales llegasen a tiempo. A esa misma hora del lunes, ella se hallaría en la reunión semanal que se celebraba en la redacción de sucesos del diario *Morgenavisen*.

Camila buscó el traje de baño y la toalla con total determinación, pues, aunque no solía ir a la piscina, ese día estaba firmemente decidida a cumplir su propósito de hacer ejercicio. Resultaba patético pensar en la cantidad de veces que había comenzado a practicar algún deporte... Todas ellas habían terminado en un medio fracaso y con mala conciencia, al verse finalmente obligada a reconocer que en realidad no le apetecía hacer deporte.

La redacción de sucesos estaba vacía cuando, dos horas más tarde, abrió la puerta de su oficina, con las mejillas coloradas y el hambre suficiente como para comerse la nueva semana de un solo bocado. Treinta largos y un baño relajante la habían llenado de nueva energía. Quedaba aún una hora antes de que comenzase la reunión, y su cuaderno de notas estaba vacío. Durante ese fin de semana Camila había perdido totalmente el hilo de las noticias. No había leído los periódicos ni visto la televisión por culpa de un rollo de fin de semana llamado Kristian, que hasta el domingo no le reveló que había prometido ir a recoger a su novia que volvía de un viaje a Londres con unas amigas.

Se lo había encontrado por casualidad en los almacenes Magasin. Habían sido compañeros de colegio, pero ella no lo reconoció cuando él se le acercó en las escaleras mecánicas. Hasta que él fue nombrando muchos de los otros chicos de la clase, a Carla no empezó a hacérsele la luz. Resultó que él también vivía en

Frederiksberg, y cuando le preguntó si le apetecía quedar el sábado para comer en el bar Belis, ella aceptó. Tras un par de copas, acabaron en casa de Camila, y al día siguiente le pareció bien cuando él le dijo que tenía que irse.

Camila encendió el ordenador y salió a ponerse un café. A la vez recogió los diarios de la mañana, que estaban en un fardo en el suelo ante la puerta de la sencilla oficina de la redacción de sucesos. Tenía tiempo de sobra para hojearlos antes de la reunión; además entró en la página de la agencia Ritzau para conocer las novedades del fin de semana. Una gran pelea a navajazos en Aalborg y un grave accidente con tres muertos en Fionia; lo apuntó en el cuaderno mientras entraba el becario de la redacción saludando a gritos.

Siguió buscando; rápidamente repasó también las noticias de los demás periódicos y comprobó la radio y la TV2, pero no había nada con sustancia. Aquellas noticias no merecían una primera plana. Camila miró el reloj. Marcaba las nueve y cuarto, y el jefe de redacción, Terkel Høyer, saludó al pasar.

Camila se levantó y cerró la puerta antes de disponerse a llamar a algunos de los principales distritos de policía para informarse sobre los partes del fin de semana.

—Y bien, ¿qué tenemos? —comenzó Terkel Høyer una vez que Camila y su colega, Ole Kvist, hubieron tomado asiento junto con el becario, Jakob, que les ofrecía unos bollos de canela que había traído porque ésa era su última semana en la redacción antes de volver a la Escuela de Periodismo.

Camila miró la última historia que tenía en su cuaderno; había desechado tanto la pelea a navajazos como el accidente de tráfico. Kvist hojeaba los recortes que tenía delante. Su compañero tenía la costumbre de hacer una ronda por la redacción de novedades del periódico cada lunes por la mañana antes de ir al segundo piso, donde estaba su propia redacción. Allí estaban abonados a todos los diarios de menor tirada, que él inmediatamente dejaba limpios de cualquier noticia de sucesos, y sólo en el momento de presentar sus propuestas en la reunión de la redacción decidía cuál consideraba con más posibilidades de tener repercusión.

Esto siempre causaba una magnífica impresión, aunque sólo en el mejor de los casos esas noticias lograban tener alguna continuación, pues una vez que llegaban a las páginas de sucesos del *Morgenavisen* dejaban de poder seguir considerándose novedades.

—Hay una banda dedicada al robo de obras de arte que está arrasando la zona de Silkeborg —dijo Kvist, leyendo el primer recorte mientras miraba de reojo al jefe de redacción para ver si despertaba su interés antes de continuar—. Al parecer se centran en cuadros caros, y este fin de semana se llevaron de una mansión un gran Per Kirkeby y dos cuadros más de un artista noruego de un precio similar. La policía estima que, sólo en esta mansión, podemos estar hablando de varios millones. Y en los últimos dos o tres meses ha habido varios de estos robos.

Su voz se había ido animando a medida que avanzaba en la historia.

—No veo que podamos aprovecharla para nada —se aventuró a intervenir Camila—. Es agua pasada.

—Podríamos aprovecharla si pudiésemos colaborar en echarle el guante a la banda haciendo que el caso creciese —indicó Kvist, mirando apelante a Terkel Høyer.

—¿De qué periódico lo has sacado? —preguntó el jefe de redacción señalando el recorte.

—Del *Diario de Jutlandia*—, seguro que aún no ha entrado en ninguno de los grandes —respondió Kvist y sugirió que, en todo caso, necesitaba algo de tiempo para hacer unas llamadas.

Camila partió un trozo de su bollo. No había absolutamente nada en esa historia hasta que la policía obtuviese algún resultado, pero no le sorprendería ni lo más mínimo que finalmente Kvist consiguiese salirse con la suya.

—Allí viven todos los dueños de concesionarios, con buenas vistas a los lagos de Silkeborg y dinero suficiente para permitirse ese tipo de cosas en las paredes —les recordó Kvist—. No será muy difícil para los ladrones hacerse con sus direcciones privadas y vigilar sus idas y venidas a las fiestas de los vecinos. Luego es sólo cuestión de dar el golpe.

Camila pensó en la gente de la policía que se ocupaba del caso. ¿Se les habría ocurrido una explicación así?

—Vale, ¡a ver si sacas algo! —dijo Terkel interrumpiendo los pensamientos de Camila—. ¿Tienes algo más?

Kvist negó con la cabeza y enterró los otros recortes bajo la historia que había conseguido sacar a flote. Miró a Camila, que rápidamente se limpió la boca.

—Lind, ¿qué tienes tú? —preguntó su jefe.

—Tengo un muerto. Una joven fue asesinada en Vesterbro anoche.

Terkel Høyer levantó una ceja, interesado.

—Aún no hay mucho que contar. Una llamada anónima a la policía. La encontraron en Skelbaekgade, cerca de la entrada de la Escuela de Hostelería y Restauración.

—O sea, una puta —interrumpió Ole Kvist echándose hacia atrás.

Camila no le hizo caso.

—La han degollado, y Suhr ha puesto un grupo a trabajar en el caso. Aún no ha sido identificada, pero, *off the record*, dicen que tienen la sospecha de que podría ser del Este.

—Sí, cada vez hay más de éstas —dijo su colega, y a continuación sugirió al jefe de redacción ir a Silkeborg para hablar con alguna de las víctimas de los robos millonarios.

—Me gustaría seguir con esta historia. —Camila alzó la voz intentando llamar la atención de su jefe—. No tendría más de veinte años.

El jefe de redacción asintió mientras meditaba.

—Está bien, no más de dos columnas.

—Pero, al parecer, fue una auténtica carnicería —protestó Camila, frustrada por que considerase que la historia no merecía más—. Puede convertirse en una gran historia, sobre todo si no tenemos nada más.

—¡Pero sí que tenemos algo más! —interrumpió Kvist desde el otro lado de la mesa, y Terkel Høyer pareció estar de acuerdo.

—Voy a llamar al forense que inspeccionó el cuerpo anoche. Si la han ejecutado...

El discurso de Camila fue interrumpido por su teléfono móvil. Iba a colgar para poder seguir argumentando con calma y para que su historia no le diese ventajas añadidas a los robos, pero al ver que era Markus, echó hacia atrás la silla alejándose de la mesa y le pidió que fuese rápido. Al mismo tiempo mantuvo la mirada en Terkel, que le estaba preguntando a Jakob si tenía sugerencias para el periódico.

—¿Qué niño? —preguntó, pidiéndole a su hijo que hablase un poco más alto—. ¿En la iglesia cuando salíais para Norreport?

Camila se dio cuenta de que sonaba un poco seca, pero cuando las palabras de su hijo empezaron a llegar en cascada, respiró profundamente y le pidió que lo repitiese todo con calma y un poco más despacio. Oyó que Kvist había empezado otra vez con la historia de los robos de arte, pero se volvió hacia la pared y se concentró en escuchar. Sólo entonces se dio cuenta de lo débil que era la voz del niño y lo conmovida que sonaba en medio de aquel lío. Le dejó hablar hasta que hubo acabado.

—Voy enseguida —le dijo y colgó el teléfono.

Los demás habían notado el cambio de Camila y la miraron con curiosidad cuando ella volvió a fijarse en la mesa de reuniones.

—Tengo que irme. Mi hijo y un compañero han encontrado un recién nacido abandonado en el suelo del pórtico de la iglesia de Stenhøj.

Ya en la Gothersgade Camila buscó un taxi. Los tres primeros iban ocupados y pasaron de largo, así que comenzó a caminar deprisa a lo largo de los jardines de Kongens Have, en dirección a Norreport, mientras seguía mirando.

—A la avenida de Stenhøj —dijo cuando por fin un monovolumen con luz verde la recogió.

El tráfico de la mañana era fluido camino de Frederiksberg, pero aun así pensó que iban demasiado despacio. Sabía que debería aprovechar el tiempo para llamar al Instituto Anatómico y localizar al forense que había acudido por la noche a Skelbaekgade, pero le resultaba imposible concentrarse con toda la adrenalina que se le había disparado al advertir la excitación de Markus. Se imaginó su claro rostro, el pelo corto y en punía, que cada mañana se arreglaba cuidadosamente con crema y

gomina. Era bastante mayor para sus once años, pero no lo suficiente como para no seguir llamando a su madre cuando algo le desconcertaba.

Cuando se acercaban a la iglesia se preparó con el billetero en el regazo.

—Debería haberme dicho que iba a pagar con tarjeta cuando bajé la bandera —dijo el taxista, mirándola con cara de pocos amigos por el retrovisor, al ver que ella le alcanzaba su tarjeta de crédito.

—¿Quiere cobrar o no? —le preguntó ella recogiendo su bolso del suelo.

Un momento después estaba camino de la iglesia. La adelantó un coche patrulla que entraba en el aparcamiento. Camila continuó por el camino que rodeaba la iglesia y entró en el patio, que se extendía ante la casa parroquial, en cuya cocina encontró al pastor, Henrik Holm, paseando con un pequeño bulto en los brazos. Markus saltó de la silla y fue hacia ella, seguido de cerca por su amigo Jonas, que la saludó con aquella voz ligeramente ronca que según su hijo resultaba tan impresionante.

El pastor les pidió que se tranquilizaran cuando, quitándose la palabra el uno al otro, comenzaron a contar que iban andando y de repente oyeron el llanto de un niño; pero su detallada explicación fue interrumpida por una fuerte llamada a la puerta. Los chicos se precipitaron hacia la puerta principal, atravesando las habitaciones, para recibir a la policía.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Camila rápidamente cuando se encontró a solas con el pastor.

Éste meció el bulto con movimientos suaves.

—Me despedí de los chicos poco antes de las nueve y media y los seguí con la vista cuando cruzaban el patio. De repente se detuvieron y se quedaron parados un momento antes de echar a correr hacia la iglesia. Salí para decirles que debían irse ya o llegarían tarde para la excursión, pero vinieron a la carrera, gritando que había un niño pequeño llorando.

Camila se inclinó sobre el pequeño que el pastor tenía en brazos. Una carita diminuta que dormía plácidamente, con el pelo oscuro, espeso y grasiento pegado a la cabeza.

—¿Es niño o niña? —preguntó.

—Es una niña —respondió él mirando a la habitación en la que en ese mismo momento se oían unos pasos sobre el parque.

—Voy a poner agua para hacer un café mientras recibes a la policía —propuso ella mientras saludaba a los dos policías que entraban.

—Hola —dijo el pastor en un susurro—. La pequeña acaba de dormirse, pero ha estado llorando sin descanso desde que los chicos la encontraron.

Los policías asintieron con tal amabilidad que Camila dedujo que ellos mismos tenían hijos y sabían lo importante que era evitar molestarlos cuando dormían plácidamente.

—¿Dónde la encontrasteis? —preguntó uno de ellos volviéndose hacia Jonas y Markus, que de repente parecían avergonzados y asustados.

—En el pórtico —contestaron finalmente, y como no continuaban, lo hizo el pastor.

—Los chicos iban de camino a la escuela cuando la oyeron —explicó, a la vez que le hacía un gesto a Camila indicando el armario de la cocina cuando ésta preguntó por el café—. Estaba sobre las piedras del suelo delante de la puerta, envuelta con esto —dijo levantando ligeramente la toalla de felpa azul oscuro que rodeaba el cuerpo del bebé.

La niña se movió inquieta cuando el policía empezó a desenvolver el hatillo azul, pero no llegó a despertarse.

—Creo que está totalmente agotada de llorar —dijo el pastor.

Luego contó que no había conseguido que se durmiese hasta que recordó cómo solía tranquilizar a Jonas años atrás, acariciándole la mejilla en pequeños círculos.

—Seguro que está hambrienta, pero aun así se tranquilizó cuando entró en juego el reflejo mamario. Me ha estado chupando ávidamente el meñique hasta que se ha quedado dormida hace un momento —explicó echándose un poco hacia atrás y apoyando a la niña en su seno mientras los policías se acercaban para observarla más detenidamente.

Camila se acercó y se colocó a su espalda para contemplarla también.

—Tendrá como máximo un día —aventuró ella—, quizá menos.

Tenía todo el aspecto de ser recién nacida; desnuda, con un largo cordón umbilical sanguinolento que le colgaba por un costado y con el cuerpo cubierto de unto sebáceo y sangre.

—En todo caso nadie la ha atendido tras el nacimiento. Da la sensación de haber ocurrido de una forma un poco primitiva, sin ayuda de matrona —comentó uno de los policías mientras examinaba el cordón umbilical—. Me parece que lo han arrancado, a juzgar por lo desgarrado que está. En todo caso no utilizaron ni cuchillo ni tijeras para separarla de su madre.

Miró al pastor.

—¿El nacimiento podría haber tenido lugar en la iglesia? —preguntó.

Henrik Holm negó sacudiendo la cabeza, pero al mismo tiempo se encogió de hombros.

—Naturalmente, no lo puedo asegurar —reconoció—. En la nave no había nada que así lo indicase, pero no he mirado en el resto de la iglesia.

Camila puso el café y unas tazas en la mesa, y vaciló un momento cuando el policía le preguntó si podía quedarse con la niña hasta que llegase la ambulancia.

—Seguro que en unos minutos está aquí, y nos gustaría que usted y los chicos nos acompañasen a la iglesia para mostrarnos el lugar en el que la encontraron —explicó volviéndose hacia Henrik Holm, que estaba envolviendo a la niña con la toalla antes de levantarla con cuidado y colocarla en los brazos de Camila.



La puerta de la cocina se cerró tras ellos, y Camila se sentó en el sofá cama. Con la recién nacida en los brazos, no se atrevía a servirse el café; en lugar de eso se sentó totalmente inmóvil contemplando a la pequeña. Notó que algo se removía en su interior, y no resultaba difícil expresarlo con palabras: era tal la vulnerabilidad que la recién nacida transmitía que esos mismos sentimientos eran los que, hacía sólo un momento, había percibido en los dos agentes.

Con la mano que tenía libre alcanzó el bolso y sacó el teléfono móvil. Conectó la cámara y pudo hacerle un par de fotos a la niña dormida, pero cuando llamaron a la puerta de la cocina, volvió a dejar el móvil en el bolso.

—Adelante.

Un momento después, dos enfermeros entraron en la cocina y preguntaron si el bebé seguía dormido.

Camila asintió y se levantó con cuidado.

—Enseguida traemos la cuna —dijo uno de ellos.

Mientras esperaba a que volvieran, apretó contra su pecho a la niña y notó cómo la recién nacida respiraba con pequeños y tranquilos movimientos. Se quedó de pie, dejando que esa sensación se le metiera en el cuerpo, hasta que oyó pasos en el patio, y Henrik Holm volvió a entrar con uno de los policías.

A través de la ventana vio que Markus y Jonas se habían quedado junto a la ambulancia mirando con curiosidad cómo abrían la puerta trasera y sacaban la cuna.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó el pastor al policía.

Se apartaron un poco cuando los enfermeros regresaron, y Henrik Holm despejó rápidamente uno de los extremos de la mesa de la cocina para que pudiesen colocar allí la cuna. Era del mismo tipo que la de Markus cuando era un recién nacido, de plástico transparente, con un grueso cobertor blanco y una simple toalla.

—La llevaremos al hospital de Frederiksberg, donde le darán de comer antes de examinarla y atenderla —informó el policía, y contó que un año antes había tenido un caso parecido—. Le extraerán sangre para poder realizar un análisis de ADN y luego la tendrán en observación.

En el patio ya habían aparecido los técnicos criminalistas, y el policía le explicó al pastor que, una vez concluidos los trabajos en los alrededores de la iglesia, se llevarían la toalla de felpa azul al laboratorio para realizar análisis más detallados.

La cuna estaba lista. Camila miró por última vez a la pequeña antes de dársela a uno de los enfermeros, pero en el mismo instante en que la dejaba, la niña rompió a llorar. Era un llanto fuerte y desgarrador. La cara de la recién nacida se contrajo y las manitas se le cerraron con fuerza. El joven enfermero, asustado, le devolvió a la niña y le preguntó si no le importaría acostarla ella misma en la cuna.

—En el hospital la atenderán perfectamente —añadió tranquilizador.

Cuando se llevaron la cuna hacia la ambulancia, Camila miró a los dos niños. Evidentemente les había afectado el violento llanto de la niña, y con rostros

taciturnos se quedaron observando la ambulancia mientras arrancaba.

Camila sirvió el café en la taza y ofreció a los demás, mientras el policía les pedía al pastor y a los chicos más detalles sobre lo que había sucedido.

—¿Ninguno vio u oyó nada alrededor de la iglesia esta mañana? —preguntó el policía.

Los tres negaron con la cabeza.

—¿Qué hora era cuando bajó a la cocina? —preguntó el policía mirando interrogante al pastor.

—Me levanté un poco antes de las siete, y desde las siete y media estuve aquí, en la cocina, preparando el desayuno y los bocadillos —aclaró Henrik Holm señalando la mesa de la cocina—. Desde la ventana se ve bien la iglesia.

El policía asintió. Ya había estado en la ventana comprobando que había una buena vista de la iglesia y de todo el patio.

—Los chicos han dicho que la puerta del pórtico estaba entreabierta cuando oyeron a la niña. ¿Se fijó si ya estaba abierta cuando bajó a la cocina a hacer el desayuno?

Camila escuchaba mientras sacaba un cartón de leche del frigorífico y lo colocaba sobre la mesa. Le envió un SMS rápido a Terkel Høyer, explicándole que todavía tardaría un poco, pero que podía contar con una historia para el periódico del día siguiente. Luego se sentó en el banco junto a Markus y le rodeó los hombros con el brazo.

—No podría decirlo —admitió Henrik Holm—. La verdad es que no me fijé.

—Pero si alguien hubiese entrado, ¿lo habría visto?

—Probablemente, pero no estaba vigilando la iglesia continuamente. Tenía que despertar y servir el desayuno a los chicos.

El policía asintió y se encogió de hombros.

—Bueno, entonces no hay mucho que investigar, si no han notado nada por el patio o la iglesia —constató.

—¿Qué van a hacer para encontrar a la madre de la niña? —preguntó Camila cuando vio que parecía dispuesto a irse.

—En primer lugar esperamos que aparezca por sí sola —respondió él, y tomó otra vez su taza de café—. En la mayoría de estos casos, la madre acaba dando señales de vida. Y todo apunta a que la intención era que se encontrara a la niña, por eso la dejaron en la iglesia. Si no, la habrían abandonado en cualquier otra parte o la habrían matado.

Camila abrazó a Markus al notar que se estremecía.

—Pero ¿no van a hacer nada para encontrarla? —interrumpió Henrik Holm.

—No hay mucho que podamos hacer, en caso de que no quiera ser encontrada, pero naturalmente nos dirigiremos a la prensa para pedir que se presente; además preguntaremos por los alrededores por si alguien ha visto algo.

El policía parecía ya algo cansado y se recostó en la silla.

—Pero ¿y si no la encuentran? —quiso saber Markus.

—En ese caso habrá que buscarle unos padres adoptivos —aclaró el agente pacientemente—, y antes de eso, doy por supuesto que cuidarán a la niña en el orfanato de Skodsborg.

—Entonces, ¿no hay nadie que vaya a hacerse cargo de ella? —preguntó Jonas, que había estado escuchando con atención lo que el policía explicaba.

—Sí, hay unas damas muy amables que la van a cuidar de maravilla hasta que le encuentren unos nuevos padres.

—Pero tiene que haber algo más que puedan hacer. Está la toalla —exclamó Camila; dejó caer el brazo cuando Markus se echó hacia delante.

—Haremos lo que podamos, naturalmente. Pero el bebé está vivo, y si la madre no quiere tenerlo, con toda seguridad es mejor para la niña que la acojan unos padres adoptivos que están deseando un hijo —añadió el policía secamente, y le pidió a Henrik Holm un número de teléfono donde pudiesen localizarlo.

Cuando se levantó para irse le entregó al pastor una tarjeta de visita y le dio otra a Camila. Ésta vio en ella que el policía se llamaba Rasmus Hem, y asintió mecánicamente cuando él le dijo que lo llamara si su hijo recordaba algo más. Puro formalismo, pensó ella mientras se guardaba la tarjeta en el bolsillo.

Los chicos se fueron al primer piso, donde estaba el cuarto de Jonas. Camila retiró la vista de la escalera y aceptó el ofrecimiento del pastor de otra taza de café. De repente, sintió como si en la cocina se hubiese hecho el vacío, y el silencio se apoderó de ella.

—Menudo lío.

Henrik Holm se dejó caer en una silla de la cocina y cogió el azúcar.

Camila intentó imaginarse qué podía llevar a una madre a abandonara su recién nacido a una suerte incierta, pero no consiguió descubrir nada entre el catálogo de sentimientos de que ella disponía.

En su lugar, preguntó al pastor si no recordaba haber visto por allí a ninguna embarazada.

—Llevo dándole vueltas como un loco, pero la única que ha venido con cierta regularidad es Mette, y aún no ha salido de cuentas. —El pastor sacudió la cabeza y echó un vistazo al reloj de la pared—. Tengo que escribir una columna —dijo mirando hacia la iglesia—. Espero que no me necesiten en las próximas horas.

Camila sacudió la cabeza y se levantó. Eran casi las once y media, y llamó a Markus para avisarle de que se iba.

—Vuelvo al periódico —dijo atusándole la cabeza de forma que un par de mechones se le desordenaron. Rápidamente, Markus se los volvió a colocar, y el pelo volvió a apuntar en todas las direcciones.

Camila le tomó de los hombros y le miró a los ojos para comprobar si seguía habiendo algún rastro de miedo en ellos, pero se tranquilizó cuando se dio cuenta de que él empezaba a dar pasitos para llevarla hacia la puerta y así poder volver

rápidamente a la habitación.

—Te llamo en cuanto pueda salir —le prometió ella, y le dio un beso en la mejilla y otro en la frente, antes de que él se librara de sus brazos gritando: «Sí, sí», y desapareciera por las escaleras.

Camila se volvió hacia el pastor y le sonrió.

—Parece que ya se van recuperando.

—No tenemos absolutamente nada. No hay nadie que haya visto nada de lo que pasó en la calle a esa hora —confirmó Mikkelsen cuando Louise y Lars Jørgensen llegaron a la comisaría de la City.

Les había llevado a su despacho con vistas a Halmtorvet. El detective, de pelo gris y gafitas de concha, se cruzó de brazos y lanzó una mirada al exterior antes de explicar que ya la noche anterior había estado hablando con un par de tipos de esos que solían estar bien informados.

—¿Tenían algo que contar?

Louise se preguntó si Mikkelsen habría llegado a ir a casa a dormir. Al momento se fijó en la litera de barco que había en una de las paredes del despacho, ahora llena de pilas de papeles y carpetas, pero bajo las cuales había un edredón de flores.

Mikkelsen negó con la cabeza, pero al mismo tiempo se encogió de hombros como diciendo que no siempre era fácil decir cuánto había detrás.

—He enseñado la foto por ahí —dijo señalando la fotografía del rostro de la mujer que habían tomado la noche anterior—. Muchos dicen haberla visto, pero afirman que no saben quién era, ni para quién trabajaba.

—¿Estás seguro de que era una prostituta? —preguntó Lars Jørgensen.

Mikkelsen echó hacia atrás su sillón de respaldo alto y se quedó con las manos cruzadas sobre su oronda barriga.

—Nunca se está totalmente seguro hasta que las pruebas lo demuestren —sentenció fijando la mirada en la pared—, pero creo que podemos arriesgarnos a trabajar a partir de esa hipótesis.

—Un colega afirma que se veía que era de Europa del Este. ¿Puede haber alguna base para eso? —preguntó Louise; vio que, de pronto, la cara de Mikkelsen se contraía y su mirada se ensombrecía.

Éste volvió a balancearse hacia delante y puso las manos sobre la mesa.

—Es curioso eso de los colegas que son tan listos que todo lo adivinan con una simple mirada y que son capaces de medir a todas las chicas por el mismo rasero. No es tan sencillo. Desde luego, no hay un molde con el que podamos trabajar para adivinar, con sólo verlas, que provienen de aquí o de allí. Estamos hablando de personas, no de razas sobre las que uno se puede informar en un libro.

El tono era agudo y ligeramente encendido, porque la provocación no era nueva.

—¿Qué propones? —preguntó Louise cuando Mikkelsen se hubo calmado un poco.

—Hombre, claro que puede ser de Europa del Este. —De repente, Mikkelsen sonrió—. Pero yo no lo podría decir por su aspecto. Observo lo que ha ocurrido y el lugar en el que la encontraron. Debería haber muchas probabilidades de que yo la conociese si hubiese sido danesa. Además tengo la sensación de que, últimamente, las chicas de Europa del Este están bastante nerviosas. Han venido muchas en estos últimos dos años. Algunas trabajan para chulos, otras para sí mismas, pero ninguna de ellas se libra de pagar para poder estar en la calle.

—¡Para estar en la calle! —interrumpió Louise mirándolo interrogante—. ¿Qué sentido tiene eso?

—Algunos de esos chavales repugnantes se piensan que son ellos los que deciden qué pasa en las calles, y las chicas tienen que pagarles entre trescientas y quinientas coronas al día para poder salir.

—Pero eso no puede ser. Al fin y al cabo, si hubiese alguien que pudiese decidir sobre Istedgade no sería de ningún modo un grupo de chulos —interrumpió un Lars Jørgensen escandalizado.

—¿Por lo menos reciben algo a cambio del pago? —preguntó Louise; se fijó en un mapa ampliado de Vesterbro, que estaba en la pared más cercana a la mesa de Mikkelsen. En la pared había también fotos de Istedgade y de las calles adyacentes, tomadas en una época en la que las fachadas eran totalmente diferentes de como son ahora. Louise supuso que serían de los años cincuenta. En una de las fotos había un policía en bicicleta, y en otra aparecían tres hombres brindando con unos botellines hacia la cámara. Todas ellas en blanco y negro.

Mikkelsen se encogió de hombros.

—Sí, claro, les prometen protección —afirmó rascándose un par de veces la barba de dos días.

Louise se dio cuenta de que esa protección no era algo en lo que las prostitutas pudiesen confiar.

—Les pagan porque no tienen otra elección. Les hacen creer que los chulos colaboran con la policía, y que tienen que pagar o se las echará del país.

—Pero las chicas se enterarán de que eso no es así cuando hablen entre ellas, ¿no? —insistió Louise.

Mikkelsen negó con la cabeza y se colocó las gafas en la frente. Había algo retro en el modelo, pero Louise estaba segura de que eran supervivientes de aquella época, y que no las había elegido por que hubiesen vuelto a ponerse de moda.

—Recuerda que muchas de las chicas que acaban aquí puede que no hayan ido muchos años al colegio. De donde ellas proceden no es infrecuente pagar para estar en paz con las fuerzas del orden, y al mismo tiempo no están acostumbradas a tener tanto como para poder hablar. Así que si aparece alguien que, por decirlo de algún modo, levanta más la voz que ellas y les explica que las reglas son ésas, se adaptan a lo que venga.

—¿Y quién dirige a las chicas de ese modo? —preguntó ella cuando Mikkelsen

hubo acabado.

—Los cerebros. Los que trabajan tanto con las prostitutas nigerianas como con las gitanas o las del este de Europa. Por ahí hay chicas... —hizo un gesto con la cabeza hacia la ventana— que no tienen ni idea de cuántos meses hay en un año o cuántas horas tiene un día. Este tipo de chicas no se opone a nadie que les dé una orden. Simplemente hacen lo que se les manda.

Mikkelsen la miró a los ojos.

—Están aquí por una sola razón: ganar dinero. Bien para sí mismas, bien para el que está detrás, obligándolas a hacer la calle. Pero independientemente de si están ahí por su propio deseo o han sido obligadas, la mayoría de ellas sueña con poder apartarse de esto o con mandar dinero a casa, a la familia. En los casos en los que hay algún tipo detrás, realmente no les queda mucho y bien puede suceder que alguna que otra intente irse por su cuenta.

—¿Crees que es eso lo que ha pasado? —preguntó Louise inclinándose un poco hacia delante.

—Puede ser —repuso él.

Louise se quedó sentada sin decir nada mientras trataba de imaginarse la situación.

—¿Damos una vuelta para ver si encontramos a alguien que pueda reconocer a esa mujer? —sugirió Lars Jørgensen interrumpiendo sus pensamientos.

Mikkelsen se levantó.

—Vamos —dijo—, pero tomáoslo como un poco de ejercicio físico, porque no creo que tengamos muchas posibilidades. Si se trata, como supongo, de que la chica no quiso someterse, el único motivo del asesinato sería advertir a las otras chicas de lo que sucede si no se comportan como se les ordena. Además, los tíos hacen su trabajo tan a conciencia que no hay forma de encontrar ninguna pista, por mucho que se despliegue todo el parque tecnológico de la policía.

Se puso una chaqueta de cuero oscura y se guardó en el bolsillo un paquete de cigarrillos, que sacó del cajón del escritorio.

—Y en caso de que alguien tenga la mala suerte de haber visto algo, estad seguros de que no va a tener ganas de contárnoslo.

—¿Sigue existiendo la posibilidad de que la chica fuera danesa y el autor de los hechos un cliente? —preguntó Lars Jørgensen cuando bajaban las escaleras.

—Lo dudo. —El tono de voz de Mikkelsen era muy seguro—. En ese caso habría habido sentimientos de por medio. Es decir, no el tipo de sentimientos que lleva a las parejas a matarse, pero sí esos sentimientos más oscuros que de repente aparecen en una relación entre un hombre y una prostituta: dominación, ira, instinto de posesión. Todo eso lo vemos cuando las recogemos después de una paliza. Pero aquí no hay ni el más mínimo sentimiento. La mataron como a un animal.

En la plaza, la luz del sol era tan brillante que a Louise le hizo daño en los ojos. Se encaminaron hacia Sønder Boulevard. No había mucho tráfico, porque había permanecido cerrado, y tampoco había demasiadas personas. La mirada de Louise se fijó en una joven drogadicta apoyada en una puerta. Llevaba un gran bolso, que se le cayó del hombro y quedó tirado en la acera. Parecía andar por los veintitantos, calculó Louise, bien vestida, pantalones ajustados y cazadora de piel clara, el pelo castaño y desmelenado; pero en estos momentos estaba hecha un asco. Sufría violentos espasmos y apoyaba la cabeza en los desnudos ladrillos de la fachada, sujetando con fuerza la puerta, mientras con los dedos intentaba alcanzar uno de los pequeños timbres. De nuevo se sacudió; luego se dobló por la mitad y finalmente se quedó parada, como intentando tomar aire.

Mikkelsen fue hacia ella y le puso lentamente la mano en el hombro.

—¿Qué pasa, Sanne? ¿Algún problema?

La mujer no se volvió hacia él, sino que intentó apartarlo de un manotazo.

Mikkelsen pulsó uno de los botones del portero automático y, al cabo de un instante, la puerta gruñó. La sujetó galantemente para que ella pasara, lo que hizo con pies inseguros y tanteando con el brazo la pared, y desapareció de la vista de Louise. El bolso lo había recogido Mikkelsen y colgaba del hombro de la chica cuando él cerró la puerta detrás de ella.

Cuando volvió junto a ellos no hizo ningún comentario y echó a andar.

—A primera hora de la tarde esto está vacío. Pero en una o dos horas empiezan a venir los clientes, que vuelven a casa después del trabajo, y las chicas empiezan a salir —les explicaba mientras saludaba a un par de hombres de mediana edad, que estaban sentados en un banco, ambos con su botellín. Louise se colocó detrás de Lars Jørgensen cuando apareció una clase entera de escolares ocupando la mayor parte de la acera, camino del centro de deportes DGI-Byen.

Mikkelsen había puesto rumbo a Skelbaekgade, que a la luz del día presentaba una estampa totalmente diferente de la que había percibido Louise por la noche.

—Vamos a ver qué nos cuenta Nesip; puede que los rumores ya hayan empezado a circular —dijo Mikkelsen con el característico deje de la zona, adquirido con los años. Les hizo una seña cuando bajaba los cuatro escalones que llevaban al sótano en el que estaba la tienda—. ¡Ah de la casa! —gritó—. ¿Qué? ¿Está trabajando hoy ese alfeñique?

Louise vio a un joven emigrante tras el mostrador, que chocaba los cinco con Mikkelsen por encima de unos tarros con golosinas y dos pilas de los periódicos de la tarde.



—Ahí detrás —respondió el chico con un marcado acento del barrio de Vesterbro. Mikkelsen atravesó la tienda, y Louise notó la mirada curiosa del joven. Aparentemente, no le preocupaba que la policía hiciese su entrada tan abiertamente.

En la trastienda, el té estaba dulce y la música, tan alta que Louise tuvo dificultades para seguir la conversación proveniente del sofá en el que Mikkelsen se había dejado caer al lado de un hombrecillo que debía de ser el dueño de la tienda. Parecía que el policía local era amigo de la casa, y Louise y Lars Jørgensen eran meros convidados de piedra.

Mikkelsen había puesto la foto de la mujer asesinada sobre la mesa, y Louise no necesitó oír lo que habían dicho para comprender que Nesip no sabía quién era. Inclined hacia delante, observaba la técnica de su colega para detectar cualquier comentario sobre el caso que corriera por la zona y que no hubiese llegado aún a los oídos de la policía. De vez en cuando, el turco estallaba en una vehemente exclamación sentimental. Su voz se elevaba con una potencia que retumbaba por encima de la música étnica, para expresar su profundo pesar por que la crueldad de las calles se hubiese cobrado una nueva víctima.

Mikkelsen los miró y parpadeó, esperando que sus preguntas fuesen calando un poco en el comerciante.

Diez minutos después estaban de nuevo en la calle. No habían adquirido más conocimientos, pero el té les había dejado una sensación pastosa en la boca.

—Bueno. Tampoco él sabe su nombre, pero sin duda la ha visto pasar últimamente, aunque no puede decir si se trata de una semana o de un mes.

Comenzaban a volver hacia Halmtorvet cuando Louise asió a Lars Jørgensen del brazo al divisar de repente, en el otro lado de la calle, al borrachuelo que habían visto por la noche en las escaleras del café Høker.

—¿No era aquél? —preguntó ella señalando a la acera opuesta.

—Pues sí, y parece que ya ha conseguido ponerse de pie —respondió su compañero, y le contó a Mikkelsen que ese hombre había sido uno de los primeros testigos con los que había hablado—. Pero se encontraba en tal estado que ni se había enterado de que hubiese pasado algo.

—Es Kaj, y hace ya muchos años que perdió toda conexión con el mundo real. Está mejor cuando viaja por el suyo propio. Como mínimo bebe un litro de aguardiente al día, pero no hace daño a nadie. Además, de vez en cuando pone su sofá a disposición de gente a la que le falta un techo sobre la cabeza.

En la otra acera, el hombre se había detenido. Se apoyaba en la pared de la casa mientras rebuscaba en el bolsillo del pantalón. Finalmente, consiguió pescar un paquete de cigarrillos, y con gran dificultad sacó uno y localizó también un mechero.

Louise lo observó cuando echó a andar de nuevo con paso inseguro.

—Estaba ahí sentado, mirando al lugar en el que ella yacía.

Era prácticamente imposible no verla —afirmó ella, y preguntó si no sería una buena idea que Mikkelsen tuviese unas palabras con él—. Puede que esté más dispuesto a recordar, si eres tú quien pregunta.

Mikkelsen se detuvo un momento y miró a Kaj, pero luego comenzó a caminar otra vez.

—Puede ser, pero no aquí. Tampoco quiero acercarme a su casa. Podríamos cagarla si a alguien se le pasa por la cabeza que Kaj pueda haber visto algo. Alguien como él no cuenta para nada, y la gente con la que tratamos no se lo pensaría dos veces antes de cerrarle la boca.

Kaj ya estaba prácticamente frente a ellos y cruzó la calle en dirección a la tienda del sótano. Al pasar a su lado, vio a Mikkelsen y alzó la mano para saludar.

—*Ça va, monsieur?* —preguntó Mikkelsen yendo hacia él, y le estrechó la mano.

—*Très bien, mon ami. Très bien* —gangoseó Kaj, desplegando una sonrisa en su ajado rostro. Se soltó de la mano del policía y señaló a la tienda; luego sacudió la mano y se la llevó a la boca como si levantase una botella.

Mikkelsen le sonrió y le dio una palmadita en el hombro antes de que Kaj pusiese rumbo al sótano.

—Es un buen tipo. Era jefe de cocina del Plaza hasta que su mujer lo abandonó y a su hijo lo mataron en un accidente de tráfico. O tal vez fue al revés. En todo caso, el mundo se le vino abajo y dijo «gracias por todo y adiós» a su vida anterior. Vayamos a dar una vuelta por Istedgade. Quiero enseñar la foto en el club Intim —dijo—. Si ha trabajado por aquí, es muy probable que haya utilizado sus cabinas. Aunque los sinvergüenzas de allí seguro que no están muy interesados en decir nada.

En la esquina con Istedgade a Louise le llegó un aroma a shwarma tan penetrante que el estómago se le encogió con el despertar del hambre. Encontró un trozo de chicle en el bolsillo y confió en poder engañar un poco al gusanillo hasta regresar a la oficina y al paquete de galletas que tenía en el cajón del escritorio.

En el exterior del albergue para indigentes había un grupo de sin techo, con sus botellines y charlando bajo el sol de primavera; un perrazo holgazán se había tumbado en mitad de la acera, y quien quisiera pasar por allí tenía que dar un rodeo. La calle estaba ocupada por un grupo variopinto, que iba desde holgazanes hasta padres con críos pequeños, que de camino a casa se entretenían en asomarse a los *sex-shops* y en ir esquivando con los cochecitos a los grupitos de prostitutas africanas.

Tres escalones bajaban al club Intim. Se abrieron paso en fila india entre las estanterías de películas porno que se amontonaban en el abigarrado *sex-shop*.

Louise se percató de que el tipo que estaba detrás del mostrador conocía a Mikkelsen, y que la rápida mirada que les había lanzado a ella y a Lars Jørgensen le había bastado para saber que no se trataba de nuevos clientes, sino de alguien a quien

había que despachar inmediatamente.

El club Intim se anunciaba como el mejor cine porno de Dinamarca. Tenía cuatro salas, y en el cartel anunciaba camareras en *topless* y cerveza de barril por treinta coronas; pero a quien no era conocido, nada se le decía del pasillo con las múltiples cabinas en las que las putas atendían a sus clientes. En cada visita, las prostitutas pagaban noventa coronas por el alquiler de la cabina, y según Mikkelsen, podían llevar a tres o cuatro clientes en una hora.

Louise y su compañero se mantuvieron en un segundo plano mientras Mikkelsen entraba para enseñar la foto de la muerta de Skelbaekgade. Louise recorrió con la vista los títulos de las numerosas películas. Pechos al aire y piernas abiertas: las carátulas eran básicamente la misma.

Dos hombres de veintipocos años salieron del bar, que, según lo había descrito Mikkelsen, era de los de nada por arriba y nada por abajo. Louise retrocedió para dejar pasar a los tipos, que le sonrieron maliciosos. Ya tenía preparada una respuesta adecuada por si le hacían algún tipo de propuesta. Pero en ese momento, un hombre de mediana edad con un casco blanco de obrero y chaqueta de trabajo salió bramando del pasillo en el que estaban las cabinas. En su prisa por salir, dio un empujón a uno de los jóvenes, que fue a parar sobre uno de los estantes, de donde cayeron un par de películas. Sin detenerse, el hombre se dirigió a las escaleras, pero antes de que lograra alcanzar el tercer escalón, los dos jóvenes se le echaron encima, y del primer golpe lo mandaron violentamente contra la pared.

Louise ya estaba arriba cuando cayó el segundo golpe, y agarró al que lo había lanzado. Con un rápido movimiento, le sujetó el brazo a la espalda y sacó su placa, antes incluso de que Lars Jørgensen llegara a la entrada.

—Y ahora nos tranquilizamos —dijo ella, y al hombre le indicó con un gesto que se podía ir. Le iba a pedir el nombre al joven cuando se oyó un grito a través de la puerta abierta. Lars Jørgensen corrió escaleras abajo, y Louise soltó al joven para seguir a su compañero hacia el interior de la tienda y el pasillo de las cabinas, donde aún se oían los gritos. Mikkelsen se había quedado aparte mientras detenían al joven, pero ahora les siguió.

En el pasillo, Lars Jørgensen se detuvo tan bruscamente que Louise chocó contra su espalda con tal fuerza que perdió el equilibrio y cayó contra la pared.

El cuerpo de la mujer estaba desnudo y los pies le pendían a unos treinta centímetros del suelo. Se trataba de una chica africana, pequeña y delgada, que colgaba de un perchero del pasillo, con los brazos sobre los ganchos, como un Jesús crucificado en mujer. La cabeza le caía hacia un lado, tenía los ojos cerrados y un pequeño reguero de sangre le corría por la mejilla desde una herida en la ceja izquierda.

Los gritos cesaron y se fueron convirtiendo en un débil llanto procedente de una chica rubia que se hallaba en la puerta junto al perchero. Llevaba sólo ropa interior de encaje de color negro, y se mecía de lado a lado sin dejar de llorar.

Mikkelsen y Lars Jørgensen bajaron a la chica africana. Las piernas le temblaban, pero estaba consciente. Louise cogió una manta que le alcanzaron desde una puerta que se entreabrió y volvió a cerrarse rápidamente. Luego ayudó a la chica a tumbarse en la cama de la pequeña cabina, que apestaba a sudor, semen y mala ventilación.

—*Do you speak English?* —le pregunto Louise mientras le ponía la manta sobre los hombros.

La chica movió la cabeza ligeramente mientras arrancaba un trozo de papel de un rollo de cocina que había en un soporte sobre una mesilla. De la herida le caía mucha sangre sobre los ojos, y se limpió la mejilla antes de presionar el papel contra la ceja para detener la hemorragia. Parecía haber recibido algún golpe más, aparte del que le había abierto la ceja, pero en cuanto Louise empezaba a hablar, ella volvía el rostro. Finalmente, Louise se levantó y salió para que la chica pudiese tranquilizarse estando sola.

Mikkelsen se hallaba con la chica rubia que los había avisado con sus gritos. La conocía, se llamaba Anita, y los evidentes pinchazos en el antebrazo dejaban claro que no era nueva en el barrio. Iba calmando su llanto, y con el pañuelo de papel que Mikkelsen le acababa de dar, se sonó la nariz con gran estruendo.

—He oído que la estaba golpeando, pero tenía que acabar con mi cliente antes de ir a ver si había pasado algo —explicó entre arranques de una tos cavernosa—. Pero entonces ya estaba ahí colgada. Sin hacer ningún ruido. ¡Joder! He pensado que estaba muerta.

—¿Has visto quién era? —preguntó Mikkelsen.

Ella negó con la cabeza.

—¿Era de mediana edad, fuerte y con un casco blanco de obrero? —preguntó Louise interviniendo en la conversación.

Anita la miró y volvió a sacudir la cabeza de un lado al otro.

—Ése era el que estaba conmigo —respondió—. Salió pitando cuando su mujer le mandó un SMS.

Dejó escapar una risa apagada; luego se volvió y comenzó a vestirse sin cerrar la puerta.

—Me ha dado cien de propina —comentó mientras se ponía una blusa sin abrir los botones—. Seguro que también ha oído la pelea y me ha pagado para no sentirse obligado a investigar si le había pasado algo a la chica.

—Ha sucedido antes de que llegáramos —dijo Mikkelsen ya de vuelta en Istedgade—. Así que es imposible saber quién la ha puesto a secar.

Louise evitó comentar que había dejado ir a la chica africana sin pedirle los papeles. La habían acompañado a la Asociación Reden, para que pudiese recuperarse. Era un refugio gratuito para las prostitutas, donde podían descansar un poco, darse un baño y tomar una comida caliente. Los voluntarios que trabajaban allí también

podrían acompañarla al médico si hubiese que coser la ceja.

—Joder, algunos clientes se piensan que por pagar trescientas coronas por un polvo pueden permitirse cualquier cosa —exclamó Mikkelsen después de dejar a la chica—. Si no se les levanta, es culpa de la chica y hay que castigarla por no haber prestado un buen servicio.

Meneó la cabeza mientras empezaba a encaminarse de regreso a Halmtorvet, donde habían acordado comenzar la búsqueda de testigos que pudiesen haber visto a la víctima por el barrio, o que hubiesen notado algo raro por Skelbaekgade la pasada tarde.

De vuelta al *Morgenavisen*, Camila telefoneó a su jefe de redacción y le amplió el breve mensaje que le había enviado. Le aseguró que la historia de la niña abandonada era atractiva y podrían sacarla en primera página la mañana siguiente, con las declaraciones del pastor y de los dos niños, y añadió que le gustaría seguir adelante con lo del asesinato de la prostituta en el Matadero.

—Me pregunto por qué dejarían al bebé precisamente en aquella iglesia —comentó el jefe de redacción cuando, un cuarto de hora después, se dejaba caer en una silla del despacho de Camila para conocer más detalles de la historia—. ¿Podría ser alguien de la zona que conociera la iglesia de antes?

Camila se encogió de hombros y le contó que el pastor no recordaba que ninguna mujer relacionada con la iglesia tuviese que dar a luz por esas fechas.

—La policía está preguntando por el barrio, pero ni Henrik Holm ni los chicos vieron nada. Estoy esperando que lleguen noticias del hospital, para saber qué dicen sobre la hora del nacimiento y otros detalles. Personalmente, creo que no tenía muchas horas de vida. Los técnicos están investigando si la mujer dio a luz en la iglesia o sólo abandonó allí a la niña.

—Deberías darte una vuelta para enterarte de lo que dice la gente del barrio. Los vecinos... y si no recuerdo mal, hay por allí, un poco más abajo, un jardín de infancia o una guardería. Tenemos que tocar todos los palos. También un par de embarazadas que estén a punto de dar a luz. ¿Qué opinión tienen ellas sobre alguien que abandona a un recién nacido?

Camila se dio cuenta de que estaba buscando las palabras antes de añadir que, naturalmente, deberían aprovechar que tenían fuentes tan cercanas.

—Les llevaremos un buen adelanto a los demás cuando mañana saquemos la historia —dijo Terkel finalmente y se levantó.

Camila asintió. Naturalmente, ella pensaba lo mismo. Lo único que no tenía tan claro era qué iba a sentir cuando su propio hijo, de repente, se viera bajo los focos de los medios, pero al mismo tiempo se daba perfecta cuenta de que sería hipócrita exigir que lo mantuviesen fuera, cuando ella misma, para sus artículos, siempre intentaba hablar con los testigos oculares más cercanos.

—En primer lugar contaré cómo la encontraron y después veremos lo que nos puede decir la policía sobre la toalla en la que estaba envuelta.

Cuando Terkel se hubo marchado, Camila sacó el móvil y miró las fotos que le había tomado a la recién nacida. No había dicho a nadie que las había hecho y no tenía la intención de hacerlo. Aún podía sentir su cuerpecito contra el pecho, e intentó recordar la atmósfera de la cocina del pastor cuando ella entró. Markus había contado que la niña sólo lloraba y lloraba, y Henrik Holm había explicado que el sonido le llegaba directamente al corazón.

«No pudo haberse pasado llorando así toda la noche —pensó Camila, mientras repasaba las fotos que había tomado—. Un niño pequeño no tiene tantas fuerzas».

Dejó el móvil y llamó a Rasmus Hem de la comisaría de Bellahøj para saber si había noticias sobre el caso.

—¿Han determinado ya la hora del nacimiento? —preguntó en primer lugar, tras haber aclarado que era la madre de Markus y que se habían conocido allí.

—No recuerdo que contara que es periodista —dijo él con cierta hostilidad.

—No creo que fuese el mejor momento para tratar ese tema. Esta mañana me encontraba en la vivienda del pastor única y exclusivamente porque mi hijo estaba muy afectado por lo que acababa de vivir. Si hubiese pensado en aprovechar la situación, le habría presionado ya allí. Pero tuve a la pequeña en mis brazos y me gustaría ayudar a devolverla a su madre.

El policía suspiró y le oyó gruñir antes de que se decidiera a hablar.

—Como ya dije allí, no estoy en absoluto seguro de si sería una suerte para la niña volver con una madre que la ha abandonado. Quizá la niña esté mejor atendida si la adoptan lo más rápidamente posible y comienza una nueva vida —dijo, y tras una breve pausa añadió que lo último lo había dicho *off the record*.

—Naturalmente —repuso Camila. Por un instante sintió que estaba de acuerdo con él, pero al momento objetó que, de todas formas e independientemente de que hubiese tenido un mal comienzo, para un niño era siempre mejor estar con la mujer que lo había traído al mundo. Y además había que pensar en los futuros problemas de identidad de la niña.

—¡Pamplinas! —gruñó él secamente—. La mayoría de las mujeres pueden dar a luz, pero eso no significa en modo alguno que sepan lo que representa ser madre.

Camila no insistió, pero anotó la expresión en su cuaderno. En lugar de seguir por ese camino, repitió la pregunta sobre la hora de nacimiento y no se sorprendió cuando se enteró de que los doctores la situaban en torno a las últimas de la noche o primeras de la mañana.

—¿Tuvo lugar en la iglesia?

—Demasiado pronto para decirlo.

—¿Y de la toalla? ¿Saben algo? —continuó ella.

—Desgraciadamente no, procede del supermercado Fotex y es un producto muy habitual, con lo que será imposible encontrar al comprador.

—Pero supongo que habrán buscado posibles huellas de la madre.

—Naturalmente, pero los técnicos necesitan algo de tiempo y luego tienen que llevar a cabo un análisis de ADN de lo que encuentren. No contamos con tener respuestas esta semana.

—¿Qué tal está la niña? —preguntó Camila finalmente.

La voz del policía adoptó un tono más suave.

—Precisamente vengo de allí, y como la mayoría de los recién nacidos, duerme la mayor parte del tiempo; parece que está muy bien —contestó, y añadió que la pequeña había sido alimentada y aseada.

Camila le dio las gracias y su número de teléfono, aunque no confiaba en que fuese a llamarla cuando surgiesen novedades en el caso. Prefería mantenerse ella alerta y entre tanto intentar averiguar qué había sucedido en torno al caso del asesinato de Skelbaekgade.

Había llamado al jefe de homicidios de la Jefatura de Policía, que, un poco irritado, la había remitido a Willumsen, y hasta ahora ella siempre había encallado en esa playa. Los dos habían chocado en muchas ocasiones, la primera cuando Lino de los compañeros de Camila fue asesinado por un asunto de drogas que él estaba indagando para el periódico. Tampoco había contribuido a mejorar las relaciones el hecho de que, en un reciente artículo en el que ella citaba a Willumsen, no hubiese podido dejar de mencionar que, tras la última reforma de la policía, él ya no era comisario de homicidios, sino comisario policial.

Así que allí estaba ella, con el teléfono en la mano, valorando si no habría otra persona a la que pudiese recurrir. Decidió dirigirse primero a Louise para saber quién más estaba en el caso.

Ella y Louise se conocían desde los años de instituto en Roskilde, y aunque eran totalmente diferentes en muchos aspectos, con los años se habían convertido en íntimas amigas. Marcó su número de móvil para evitar esperas en la centralita de la policía.

—De hecho yo estoy trabajando en este caso —dijo Louise.

Camila podía oír de fondo el tráfico de las calles.

—¿Te interrumpo? Suena como si estuvieses en la calle.

—No, no, está bien. Estoy en Sønder Boulevard. Intentamos averiguar quién es la chica.

—¿Hay alguna novedad? ¿Habéis descubierto de dónde procedía?

—¡Qué va! —contestó Louise—. Aparentemente nadie ha visto nada.

—¿Qué sucedió en el Matadero?

Camila se dio cuenta de que su amiga se mostraba reservada para evitar que le tirase de la lengua, por lo que le aclaró que, por supuesto, todo eso era extraoficial y que sabía perfectamente que cualquier declaración a la prensa debía hacerla el jefe de la investigación.

—Le cortaron el cuello a primeras horas de la noche, pero por ahora no te voy a

contar nada más. Necesitamos el resto del día para buscar testigos y esperamos que alguien nos ayude a identificarla. Tengo la sensación de que Willumsen está planeando entregar un retrato de la víctima mañana por la mañana, pero eso tendrás que hablarlo con él directamente.

Camila asintió en el teléfono. Sabía que no le quedaba más remedio que aceptar dirigirse a los canales oficiales si quería obtener más información. En vez de continuar con el tema, le contó lo de la niña abandonada que habían encontrado Markus y su compañero.

—Creo que lo que más le ha impactado es que la madre se haya ido sin más, dejando totalmente sola a su hija recién nacida. Si no la hubiesen encontrado, podía haber muerto.

—Sin duda es una experiencia muy desagradable.

De repente la voz de su amiga volvía a ser completamente cercana y preguntó qué tal estaba Markus.

Aunque Louise no tenía hijos y durante muchos años había sostenido que era fácil vivir una vida feliz y completa sin ellos, tenía un cariño especial al hijo de Camila. A veces, cuando Louise y Markus estaban juntos, se podía llegar a tener la sensación de estar ligeramente de más.

—Creo que está bien, pero no estoy muy segura de que la impresión desaparezca inmediatamente.

—¿Puedo hacer algo?

Camila le contó que seguía en casa de su amigo.

—Pues entonces le llamo mañana, y dile que puede llamarme en cualquier momento si se le ocurre algo. Intentaré ver si puedo averiguar cómo le va a la pequeña. El caso no nos corresponde a nosotros, por eso no había oído absolutamente nada de él, y con lo que nos ha tocado ya tenemos más que suficiente.



—Sección de homicidios de Copenhague, Louise Rick.

Reprimió un bostezo. La noche anterior Lars Jørgensen y ella habían estado hasta la una con Mikkelsen y un par de sus hombres. Cuando oscureció estuvieron abordando a todo bicho viviente del barrio.

—Aquí el control de acceso. ¿Es usted la que está trabajando en el caso del asesinato del Matadero?

—Sí, yo entre otros —contestó Louise mientras se echaba hacia atrás en la silla.

—Entonces tengo aquí a un hombre que quiere hablar con ustedes. Dice que tiene información que podría estar relacionada con el asesinato.

Louise ya estaba de pie antes de colgar el teléfono. Con el nuevo procedimiento de seguridad que se había implantado en la jefatura de Copenhague, nadie podía moverse sin identificación. Una línea tan nítidamente trazada que había hecho, por ejemplo, que un día le pidiesen la identificación al mismísimo comisario general porque el guardia no lo reconoció... o quizá lo reconoció, pero no creyó que hubiese que tratarlo de manera diferente.

Louise bajó las escaleras, pasó junto al monumento en memoria de los policías caídos y cruzó después el patio circular.

El hombre la esperaba con las manos en los bolsillos. Louise calculo rápidamente que debía de hallarse en mitad de la treintena. Estaba apoyado en el muro, pero al ver que ella se dirigía hacia él, fue a su encuentro. Se había colocado la tarjeta roja de visitante en el bolsillo de la camisa azul clara y apenas era visible bajo la cazadora de cuero. Llevaba el pelo negro bien cortado y peinado hacia atrás.

Louise se fijó en que su mirada vacilaba nerviosa mientras ella se acercaba.

—Creo que quiere contarme algo —dijo ella amablemente después de presentarse, y juntos comenzaron a volver en dirección al patio.

Él asintió con la cabeza sin hablar, y sólo entonces cayó ella en la cuenta de que no era seguro que él hablase danés, pero cuando se lo preguntó, él sonrió.

—Regular —contestó. El acento era evidente, pero no era necesario llamar a un intérprete.

Cuando llegó la llamada del control de acceso, Lars Jørgensen había salido a por café, por eso los miró interrogante cuando entraron en la oficina y Louise le pidió al visitante que se sentase.

—¿Le apetece un café? —le ofreció ella señalando la jarra—. ¿O agua?

Él rechazó amablemente ambos ofrecimientos.

Louise le explicó brevemente a su compañero que el visitante había venido porque disponía de información que podía tener relación con la mujer del Matadero.

Lars Jørgensen miró al hombre con curiosidad.

—Suenan bien. —Volvió la vista hacia Louise—. ¿Queréis hablar a solas?

Ella negó con la cabeza. Era mejor que estuvieran los dos.

—Entonces yo tomaré nota —se ofreció él volviéndose hacia la pantalla del ordenador.

En la reunión de la mañana Willumsen no se había mostrado muy contento, por decirlo suavemente, con la falta de progresos en el caso. Louise había cruzado una mirada con Lars Jørgensen mientras el jefe de la investigación refunfuñaba, y vio que pensaba exactamente lo mismo que ella. Willumsen podía gritar y berrear. Hacía tiempo que habían descubierto por qué avanzaba con tanta rapidez en sus casos desde el principio. Se trataba, simple y llanamente, de que, sin pedir permiso y con avidez, sacaba a investigadores de otros grupos, de forma que el suyo se multiplicaba. Pero en este caso no había hecho nada por coger gente para su equipo, lo que era un claro indicador de que el asesinato de una prostituta no figuraba entre los puestos más altos en su lista de prioridades.

Apartó a Willumsen de sus pensamientos y se volvió hacia su invitado, que permanecía sentado con las manos cruzadas en el regazo.

—En primer lugar debemos anotar su nombre y dirección —pidió Louise. Tenía curiosidad por descubrir qué le había llevado a dirigirse a ellos. Los regalos no eran frecuentes en este tipo de casos y hasta ahora no se habían encontrado con ninguno.

—Milos Vukovic —contestó él, y lo deletreó para que Lars Jørgensen lo escribiera correctamente. Contó que tenía treinta y seis años y era serbio, pero que llevaba viviendo en Dinamarca desde 1995, cuando huyó de la guerra civil.

El café de Lars Jørgensen se enfriaba mientras movía los dedos por el teclado. Una vez resueltos los formalismos miraron expectantes al visitante y esperaron pacientemente mientras éste carraspeaba un par de veces antes de comenzar a hablar.

—A finales de enero me paró en la calle una joven cuando salía de la tienda de Halmtorvet. Estaba muy triste. Lloraba, y dijo que tenía miedo y necesitaba ayuda.

—¿La conocía o la había visto alguna vez? —preguntó Louise, y enarcó una ceja cuando él, un poco titubeante, encogió los hombros.

—Quizá la había visto una o dos veces, pero ni sabía su nombre ni de dónde era.

Louise asintió y le pidió que continuara.

—Ella estaba temblando violentamente. A mí me costaba entender su inglés, pero le ofrecí ir a tomar algo caliente. Estaba helada y llevaba demasiada poca ropa para el frío que hacía. Pero no quiso; estaba muy asustada y miraba alrededor todo el rato.

El hombre hablaba rápidamente, y concentrado y esforzándose en recordar todos los detalles.

—Deseaba ir a algún lugar donde ellos no pudiesen verla.

Louise evitó interrumpir, pero anotó «quién» en su cuaderno.

—Tenía el coche aparcado en la calle Valdemarsgade, así que fuimos hasta Fisketorvet y continuamos hasta el aparcamiento del Bella Center. Durante todo el

camino estuvo llorando.

—¿Le contó qué quería? —preguntó Louise cuando él calló.

—Sí, me dijo que trabajaba de prostituta contra su voluntad y que estaba desesperada por comprar su libertad y poder volver a su casa.

—¿Cómo se llamaba?

—Pavlina Balousova. Tiene veintidós años y es de Usti, en la República Checa. La habían obligado a hacer la calle a la fuerza y con amenazas. Me enseñó algunas de las marcas de las palizas que tenía en los antebrazos y en el cuello.

—Y ahora la han asesinado —dijo por supuesto Lars Jørgensen, mientras apartaba su taza de café ya frío.

Milos Vukovic negó rápidamente con la cabeza.

—¡No, gracias a Dios! —dijo vehementemente, agitando las manos como si eso no fuera posible.

Confusa, Louise le pidió que aclarase qué relación había entonces entre esa mujer y el crimen de Skelbaekgade.

—Pavlina no conoció a sus padres y creció en un orfanato junto con su hermana, dos años menor que ella. Cuando cumplió dieciséis era demasiado mayor para permanecer en el orfanato, y desde entonces vivió en las calles. Su hermana la siguió a los dos años y se las habían ido apañando hasta que una tarde obligaron a Pavlina a subir al asiento trasero de un coche y la trajeron a Copenhague.

—¿Quién está detrás de todo esto? —interrumpió Lars Jørgensen para intentar aclarar a quién acusaba el serbio de raptar a la mujer.

—Arian y Hamdi, dos albaneses —respondió con precisión y continuó explicando que otras dos chicas habían ido con ella en el coche desde la República Checa a Copenhague, pero que Pavlina no las conocía de antes.

—El hombre que iba delante no quería que hablasen entre ellas. Es muy poco lo que recuerda del viaje, pero seguramente sea porque fueron drogadas la mayor parte del trayecto.

En ese momento, Louise comenzó a preguntarse qué papel desempeñaba él en toda esa historia y por qué habría acudido a la policía. Le preguntó si aún seguía teniendo contacto con Pavlina.

Milos Vukovic asintió y se quedó pensando un momento, como si sopesase cuánto podía contar.

—Me encontré con ella un par de veces —dijo entonces. Y añadió que eso sólo sucedía cuando ella tenía la oportunidad de escaparse sin ser descubierta—. Estaba vigilada la mayor parte del tiempo, tanto en el hotel donde se alojaba en una habitación con otra chica como cuando las mandaban a la calle. Le dije que me gustaría ayudarla, pero no sabía qué podía hacer. Me contó que estaba muy presionada, porque no podía ganar tanto como le exigían; tenía que pagar por el alojamiento y para poder estar en las calles. En ese momento estaba a punto de derrumbarse; me di cuenta de que ésa era justamente la intención de aquellos tipos,

llevarla hasta el límite, hasta que no le quedasen fuerzas para resistirse. Una tarde me encontré con ella delante del café Yrsa, donde, entre llantos, me imploró que la ayudase a conseguir dinero para poder pagar su libertad. Me prometió que me lo devolvería todo.

Hizo una pausa, durante la que la tensión que flotaba en el ambiente pareció extenderse por el aire de la oficina haciéndolo pesado. Durante un instante, cada uno se envolvió en sus propios pensamientos, hasta que Louise rompió el silencio.

—¿Tiene alguna idea de por qué la primera vez le paró en la calle precisamente a usted?

Milos Vukovic movió ligeramente la cabeza, como si esa idea hubiese estado rondándole desde hacía tiempo sin haber podido encontrar aún una respuesta.

—Quizá simplemente no había nadie más en el momento en el que sus últimas fuerzas se quebraban —dijo finalmente, carraspeando para que su voz sonara un poco más firme—. No creo en las casualidades. Los encuentros de dos desconocidos tienen normalmente un sentido. Por eso supe que la ayudaría.

Louise se quedó observándolo. Parecía un poco ingenuo, pensó, pero al menos había sinceridad en sus palabras.

—Le dije que averiguase cuánto le pedían para dejarla ir y nos encontramos algunos días después. Le exigían cincuenta mil coronas para dejarla libre. Yo no tenía tanto, pero fui a encontrarme con ellos en un bar de la Victoriagade y allí, después de negociar, acordamos que me la podría llevar por quince mil coronas.

—En todo caso es un buen dinero, si pensamos que no la conocía y que sólo tenía su palabra de que se lo devolvería —observó Louise.

Al mismo tiempo era indecente pagar por una mujer, aunque Mikkelsen ya les había aclarado la tarde anterior que se podía comprar a una extranjera por unos mil euros. Era menos de lo que ella pagaba de alquiler al mes.

El serbio asintió y se encogió de hombros.

—Había empezado a gustarme —admitió él—. Así que pagué el dinero, y ella se vino a vivir a mi casa.

—¿Sigue trabajando de prostituta? —quiso saber Louise.

Él negó vehementemente con la cabeza y dijo que ahora eran novios.

—Quería volver a la República Checa para reunirse con su hermana pequeña y poder contarle que me había conocido. La tarde en que ella desapareció, todo había pasado muy rápido. Su hermana ni siquiera supo qué había sido de ella —les recordó él, y siguió contando que Pavlina había tomado un autobús a Praga el martes día 10, y de allí un tren hasta Usti.

—¿Y? —preguntó Louise cuando vio que tardaba en continuar—. ¿No tenía miedo de no volver a verla nunca más, con todo el dinero que había pagado?

Él sonrió y sacudió la cabeza.

—Hablábamos todos los días. Pero hace dos semanas, una tarde, me llamó diciéndome que la habían descubierto. Uno ciclos contactos de Arian la había

seguido. Tenía miedo de que esta vez se les ocurriera llevarse a su hermana si las veían juntas. Por eso quería que fuese a recogerla.

Milos Vukovic se había ido apagando, tragado por su propia narración, pero la rabia que lo empezaba a dominar le hizo elevar el tono.

—La semana pasada desapareció de mi piso. Yo había estado fuera todo el día —dijo. Su voz, de repente, sonó cansada; respiro profundamente antes de continuar—. Cuando llegué a casa ella no estaba, y a última hora de la tarde recibí una breve llamada en mi móvil en la que, entre sollozos, me pedía que pagase ochenta mil coronas. Amenazaban con cortarle el cuello, si no conseguía el dinero.

Por fin parecía que llegaban al meollo de la cuestión; Louise ya había empezado a temer que eso no ocurriese, y teniendo en cuenta que hasta el momento no habían avanzado en absoluto, Milos Vukovic podía representar su único recurso en el caso de la mujer asesinada.

Lars Jørgensen le pidió que les contase qué había pasado después de haber dejado a Pavlina en su piso. Él les explicó que los albaneses la habían engañado para que abriera la puerta; después se la habían llevado a la fuerza al club albanés de Saxogade. Allí la habían encerrado en un local de la trastienda y la habían golpeado varias veces. A Louise no le costó imaginarse la escena.

—Cuando dije que no tenía tanto dinero, la comunicación se interrumpió. Las tardes siguientes estuve dando vueltas buscándola. Pensaba que si la encontraba quizá podría solucionarlo. A la tercera tarde la vi frente a Øksnehallen, pero al principio ella no quería ni hablar conmigo. Le habían dicho que yo me había negado a volver a ayudarla y la habían mandado de vuelta a la calle.

—Hasta donde yo sé, la esclavitud se abolió hace doscientos años —se oyó decir secamente a Lars Jørgensen.

Milos Vukovic se encogió de hombros.

—Me salieron al paso esa misma noche en Istedgade. Sabían que había hablado con ella y ahora exigían cien mil coronas, pero, a cambio, prometían que no volverían a cruzarse en mi camino. Pero tratan a las mujeres como esclavas, las maltratan y exigen más y más dinero a los que intentan ayudarlas, así que no confío en ellos —dijo para terminar.

Eso era bastante inteligente por su parte, pensó Louise. Estuvo sopesando la historia. No ignoraba que en Copenhague se comerciaba con mujeres, pero nunca había sido a gran escala, y en los pocos casos que habían tenido, había sido difícil llegar hasta el fondo, porque normalmente las chicas sólo se quedaban los tres meses permitidos y luego se iban, en la mayoría de los casos a otros países. Además, no tenía ninguna duda de que una buena parte de las chicas habían sido obligadas a decir que lo hacían voluntariamente.

—De todas formas me puse en contacto con uno que me iba a ayudar a conseguir el dinero, pero por la mañana me mandaron un mensaje diciéndome que el precio había subido a ciento veinte mil coronas, porque había tardado demasiado en mostrar

interés.

—¿Tiene esto algo que ver con la mujer que encontramos en Skelbaekgade? —preguntó Louise mirándolo penetrantemente.

Él dudó un momento antes de decir que, naturalmente, no podía afirmarlo con seguridad, pero que los albaneses habían amenazado a Pavlina con hacerle justo lo que le había pasado a la mujer asesinada.

—¿Y ahora nos pide que atrapemos a esos dos que se llaman Arian y Hamdi? —concluyó Lars Jørgensen.

Milos Vukovic asintió y pareció inseguro por primera vez, como si hubiese azuzado un par de enormes pitbulls contra unos chiquillos.

—¿Dónde podemos localizarlos? —preguntó Louise—. ¿Y qué ha pensado hacer usted?

—No lo sé con seguridad, posiblemente frecuenten el club de Saxogade. Por mi parte, he decidido confiar en que esta vez la dejarán en paz, así que pagaré lo que me piden —explicó él—. Pero les he dicho que ella deberá estar presente cuando yo llegue, que en caso contrario no pagaré, y además me la tendrán que entregar antes de recibir el dinero.

—¿Cuándo? —preguntó Lars Jørgensen.

—Hoy a las 18:00.

—¿Qué aspecto tienen esos dos albaneses? —quiso saber Louise.

—El que se llama Arian tiene el pelo por aquí —señaló con las manos justo por encima de los hombros—, y usa gafas. Hamdi tiene el pelo muy corto y es pequeño y delgado.

En los labios de Lars Jørgensen se dibujó una delgada sonrisa mientras anotaba la descripción. La mitad de Istedgade podría responderá la descripción.

—También tendremos que hablar con Pavlina, para que nos diga si sabe algo de la mujer asesinada, y quizá también pueda ayudarnos si queremos poner freno a esos albaneses y su trata de chicas checas —dijo Louise.

—Naturalmente —repuso él—, pero creo que ella preferiría no venir aquí.

—Podemos vernos en el aparcamiento del Bella Center, donde estuvieron ustedes, si eso le hace sentirse más segura —propuso Lars Jørgensen.

Milos Vukovic asintió, y prometió volver cuando hubiese pagado el dinero y ella ya estuviese, ojalá, a salvo.

Guardó silencio mientras Louise le acompañaba a la puerta de salida, pero al separarse, le agradeció que fueran a ayudarle a acabar con el siniestro chantaje de los albaneses.

Cuando Louise volvió, Willumsen estaba en su oficina y Lars Jørgensen le explicaba que los albaneses habían raptado dos veces a Pavlina y la habían devuelto a las calles después de que Milos Vukovic hubiese comprado su libertad.

—¿No deberíamos intervenir cuando se reúnan para pagar? —preguntó Louise mirando a su jefe.

Toft se había quedado parado en el pasillo y escuchaba apoyado en el marco de la puerta. En la boca llevaba uno de sus eternos pitillos de plástico, un triste sustituto de los cigarrillos, que antes de que la prohibición total de fumar alcanzase también a la jefatura, solía llevar siempre en los labios. Al principio, Louise había pensado que esos cilindritos de plástico eran para ayudarlo a desintoxicarse, pero con el tiempo se dio cuenta de que su colega en absoluto trataba de dejarlo, simplemente sustituía los cigarrillos por cartuchos de nicotina y además se escabullía para ir al patio siempre que quería dar unas caladas.

Willumsen se balanceaba pensativo, apoyándose en la percha.

—¿Así que cree que esos albaneses pueden tener alguna relación con la chica que encontramos? Me parece que no es suficiente para que nos mezclemos —decidió—. En lugar de eso, intentemos averiguar qué pasa y las dimensiones de la red de la que estamos hablando. Intentad averiguar cómo están organizados esos tipos, así estaremos seguros de llevarnos el paquete completo cuando nos decidamos a actuar.

—¿Dónde vivía la chica hasta que el serbio la ayudó y la llevó a su casa? —Toft metió las manos en los bolsillos de sus pantalones de pana y miró a Louise, interrogante.

—En uno de los hoteluchos que hay en las calles adyacentes a Istedgade —respondió.

—¿No debería darme una vuelta por los hoteles del barrio con la foto de la asesinada y enterarme de si alguien la conoce?

Willumsen asintió.

—Hazlo. Si no sacamos nada, volveremos cuando Rick y Jørgensen hayan hablado con la joven checa. Nos podrá indicar el lugar donde vivió —añadió el jefe del grupo.

—¡Si es que puede reconocerlo! Se dice que a muchas de ellas las atan tan corto que no ven otra cosa que la habitación en la que las mantienen recluidas y el trozo de calle en el que se ganan el dinero —avisó Toft.

—También podríamos echar un vistazo al club albanés —sugirió Lars Jørgensen, pero le interrumpió la mano de Willumsen.

—Por ahora nos concentraremos ante todo en la mujer de Skelbaekgade —decidió—. Cuando hayamos conseguido abrir brecha allí, podemos centrarnos en otras cosas. —Dejó caer las manos de nuevo—. No descarto que las dos cosas estén relacionadas. Pero primero quiero saber quién es la muerta y espero que no tardemos mucho más en tener un nombre.

Camila dedicó la mayor parte del día a seguir la historia de la niña abandonada en la iglesia, aunque no había llegado a la oficina hasta pasadas las once.

Markus se había despertado varias veces durante la noche con espantosas pesadillas, en las que su madre lo abandonaba para siempre. Camila no tenía ni idea de qué hora era cuando su hijo, con pasitos cortos y el edredón empapado en llanto, fue por última vez a su cama. Estuvo velándolo y acariciándole el pelo hasta que se quedó dormido.

—Si hubiésemos salido más temprano para el colegio, quizá habríamos visto a la madre —dijo él durante el desayuno—. Y podríamos haberlo evitado.

Camila intentó explicarle que podía haber muchas razones para que la madre hubiese decidido abandonarla.

—Quizá lo hizo por el bebé, porque sabía que nunca iba a poder darle a la niña la vida que ella quería que tuviera, y pensó que era mejor que alguien la adoptase.

Camila notó que su hijo no lo comprendía; ¿cómo podía ser mejor que la pequeñita viviese con un extraño en lugar de quedarse con su auténtica madre?

—¿Sabes que es muy difícil que te acepten para adoptar a mi niño? —le explicó luego—. Hay que pasar un examen para que todo el mundo se convenza de que estás preparado para ser padre y cuidar de un bebé, y de que te vas a preocupar de darle una vida plena, con amor y seguridad. Es una gran responsabilidad. Quizá en este caso, eso haya sido lo mejor que podía ocurrirle a la pequeña, si su propia madre no podía ocuparse de ella.

Esperaba haber sonado lo suficientemente convincente como para que su hijo fuese olvidando sus preocupaciones.

Permanecieron largo rato sentados a la mesa, pero finalmente Camila se levantó, recogió el chocolate y los bollos, y guardó la mantequilla en el frigorífico. Luego llamó al pastor para saber si él y Jonas querían comer con ellos, y así los chicos tendrían oportunidad de hablar de la experiencia vivida. Le explicó que los sucesos de la víspera le habían causado una fuerte impresión a su hijo. Resultó que Henrik Holm había decidido no enviar a Jonas al colegio por la misma razón, y les invitó a comer. Cuando el pastor le dijo que Markus, si quería, podía ir ya, Camila resolvió que le dejaría hacer novillos con su amigo.

Fueron en bicicleta hasta la casa del pastor. Camila llevaba el portátil de Markus con *World of Warcraft I* en la cesta del manillar y lo seguía por el carril bici. Cuando llegaron, lo acompañó hasta la puerta de la cocina y llamó dos veces con el pesado aldabón; después le dio un beso en cada mejilla y le prometió que intentaría llegar a tiempo. Camila sonrió a Jonas cuando éste abrió la puerta y se apartó para dejar pasar



a Markus. Pudo ver al pastor en el salón, sentado ante el ordenador, y lo saludó con la mano antes de montar otra vez en la bicicleta y seguir en dirección al *Morgenavisen*.

La niña seguía ingresada, le dijeron a Camila cuando llamó al hospital de Frederiksberg, y el médico contaba con que se quedase en observación todavía una o dos semanas antes de enviarla al orfanato de Skodsborg.

—A menos que la madre se presente —había añadido.

Camila llamó luego a las autoridades de la asistencia social, donde la atendió una mujer que también confiaba en que la madre apareciese. Recalcó varias veces que ellos serían indulgentes con la madre por haber abandonado así a su hija. No debía temer represalias, porque ahora se trataba de mirar al futuro, y la ayudarían en todo lo que necesitara.

—¿Si la madre se presentara ahora se podría llevar inmediatamente a su hija? —preguntó Camila cuando finalmente dio con la asistente social que se encargaba justamente de estos temas.

—No —respondió Tanja Jensen al instante—. Primero tienen que pasar unos días en los que se irán conociendo y durante ese tiempo el bebé permanecerá en el orfanato. Naturalmente, tenemos que asegurarnos de que la madre está en condiciones de cuidar de la pequeña.

—¿Y si no lo estuviera?

—Bueno, entonces no podríamos permitir que se le entregase el bebé —la oyó decir tras una breve pausa valorativa.

Camila pensó en cómo lo evaluarían. Recordaba perfectamente la historia de una mujer disminuida psíquica que había recibido ayuda de su ayuntamiento para ser fecundada artificialmente, y luego el propio ayuntamiento le había retirado la custodia inmediatamente después del nacimiento. ¿Quién decidía quién era apto y en qué se basaba?

Respiró profundamente, pero no llegó a formular esa pregunta en voz alta.

—Pongamos que la madre no aparece —dijo en su lugar—. En ese caso, el bebé se daría en adopción. ¿Cuándo ocurriría eso?

Camila notó que Tanja Jensen iba volviéndose menos comunicativa.

—No es fácil decirlo. La madre biológica debe tener la oportunidad de arrepentirse. Puede estar pasando por una depresión posparto y quizá sólo necesite un poco de tiempo para salir adelante.

Camila la interrumpió.

—Habrás, supongo, un límite de tiempo para ese limbo en el que tiene que estar la pequeña hasta ver si la madre se arrepiente.

—Por supuesto. De todas formas no se trata de que tenga que estar en el limbo, como usted dice. Siempre hay un período de gracia cuando se trata de adopciones, incluso en los casos en los que ya estaba prevista durante el embarazo, y naturalmente

también se aplicará aquí.

—¿Cuánto dura? —quiso saber Camila.

—Contamos con un par de meses antes de que el bebé tenga una nueva familia —explicó la asistente social.

Después contactó con un psicólogo, que rechazó con mucha determinación la idea de que un bebé abandonado por la madre vaya a sufrir necesariamente un trauma de por vida.

«Por supuesto que al neonato le afecta la falta, por ejemplo, de contacto visual —seguía citando en su artículo—. Por eso es tan importante que el bebé encuentre rápidamente el cuidado de otras personas. Pero lo más importante y fundamental es que el niño desarrolle una confianza basal, bien en sus padres biológicos, bien en otros. Si eso sucede así, la inmensa mayoría no tiene problemas. Alrededor de cuatro de cada cinco niños adoptados se desarrollan perfectamente. En lo que respecta al último veinte por ciento, algunos tienen conflictos y muy pocos sufren daños serios. Pero que les vaya bien depende de hallar una familia que esté en condiciones de crear un ambiente lo suficientemente seguro para el niño».

De repente Camila sintió que lo que estaba escribiendo era demasiado impersonal. La imagen de la chiquitina aparecía ante su vista. El último veinte por ciento.

«Quién sabe si estará dentro de este lote», pensó, y redondeó el artículo con las palabras del psicólogo indicando que, por el momento, sólo había un investigador que afirmaba que sería posible recordar el nacimiento propio. Por lo tanto, el daño que pudiera haber sufrido la pequeña no era necesariamente irreparable.

Pasó también por la iglesia junto con un fotógrafo del periódico y vio que la policía estaba trabajando con perros rastreadores. Pero cuando llamó a Rasmus Hem, éste le informó de que aún no tenían ninguna pista.

Una vez escrito su artículo y enviado al jefe de redacción, recogió sus cosas. También había intentado dar con el forense que había estado en el Matadero la noche del domingo. Irritada por el escaso interés que su propuesta había recibido en la reunión de la redacción, estaba dispuesta a reunir información y seguir el caso de la joven asesinada hasta tener suficiente para volver a presentarle la historia a Terkel Høyer. Kvist ya se hallaba alojado en un hotel de Silkeborg y, por lo que ella sabía, garantizaba una entrevista con uno de los prósperos matrimonios que habían sido víctimas de la banda de ladrones de arte.

—Flemming Larsen aún no ha venido, y para ser francos, creo que no vendrá hoy. Parece que tenía una clase en el Hospital Central, y no sería raro que de allí se vaya a casa —la informaron desde la centralita del Instituto Anatómico Forense cuando hizo un último intento antes de irse—. Además veo que tiene libre el resto de la semana.

—¿Sería entonces tan amable de darme su número de móvil? Quizá pueda

localizarlo así —propuso Camila.

—Desgraciadamente no puedo dárselo —contestó la mujer.

—¿Podría entonces pedirle a usted que le llame y le diga que se ponga en contacto conmigo?

Algunas veces funcionaba. Otras, la gente se enfadaba por que diera por supuesto que podían perder el tiempo ayudándome.

—No puedo prometerle que vaya a dar con él, pero puedo dejarle un mensaje —dijo la mujer, cosa que Camila le agradeció efusivamente.

Camila se había ofrecido a comprar algo para la comida en casa del pastor, pero Henrik Holm no quiso ni oír hablar del tema, por lo que sólo llevaba unas botellas de refresco en la cesta de la bici.

—Los chicos están arriba en la habitación, tienen visita —le informó el pastor con una sonrisita mientras Camila entraba y dejaba la cesta en la mesa de la cocina.

Ella lo miró sorprendida, pero él no dejaba de remover la cazuela, que olía a pollo y hierbas aromáticas. Le preguntó quién era el invitado.

—Una de tus amigas, creo. Markus vino todo educado a preguntarme si podía pasarse a charlar con él y con Jonas.

El pastor sonrió al ver que Camila se quedaba de piedra.

—No es una periodista —la tranquilizó rápidamente—. Y tu hijo parecía estar muy contento de verla.

Camila relajó los hombros y subió las escaleras.

Louise estaba sentada en unos duros cojines extendidos por el suelo, con un chico a cada lado, y cuando Camila asomó la cabeza, estaba explicándoles cómo trabajaba la policía en los casos en los que los padres decidían abandonar a sus hijos recién nacidos. Le dirigió una rápida sonrisa a Camila y siguió hablando del procedimiento para localizar a la madre en los hospitales.

Revisamos las listas de mujeres que iban a dar a luz en esa semana. Con la lista en la mano, vamos contactando con ellas.

Seguramente algunas ya habrán dado a luz y estarán ocupadas cuidando a sus bebés, y otras seguirán tan contentas con sus grandes barrigas.

Mientras Louise hablaba, Markus le apretaba la mano y los ojos de Jonas no se apartaban de su rostro.

—A veces ocurre que llegamos a la casa de una mujer que ni está mimando a su bebé, ni tiene ya una hermosa panza. Y, claro, ésas son las interesantes —continuó diciendo—. Aunque puede haber muchas razones para que no tenga al hijo. Con frecuencia es porque murió durante el nacimiento o poco después.

Los ojos de los dos chavales se abrieron mucho y ambos contuvieron la respiración.

Típico de Louise, pensó Camila con una media sonrisa. No les servía la información como a niños precisamente. Se lo contaba tal y como era. Y por regla general, ése resultaba ser el método que ellos preferían, aun cuando la realidad, al presentarse, los sobresaltase un poco.

Camila volvió a la cocina para echar una mano con la comida, y sin saber muy bien cómo, le estaba contando al pastor lo que había pasado aquella noche.

—No pensaba que le hubiese causado una impresión tan profunda —admitió Camila mientras se ofrecía para poner la mesa.

—Jonas también se despertó y vino a mi cuarto. Claro que una experiencia así afecta durante un cierto tiempo —repuso él, y añadió que Louise estaba invitada a comer si le apetecía—. Hay comida suficiente.

Camila le sonrió y le contó que Louise y ella se conocían desde los años de instituto en Roskilde.

—Trabaja en el departamento de homicidios y es la madrina de Markus. Probablemente, debería haber pensado que podía ser una buena idea que se pasase por aquí para tener una charla con ellos. Está bien que se le haya ocurrido sin mi ayuda.

Mientras Camila sacaba los platos, reconoció que, en realidad, también a ella ese suceso la había afectado más de lo que en un principio había sospechado.

—Sigo notando su cuerpecito.

El pastor había servido vino y encendido unas velas, y ahora le señalaba el banco.

—Los niños que de repente se encuentran solos, sin padres, siempre producen una fuerte impresión —dijo él sentándose frente a ella, mientras el arroz hervía—. Son tan vulnerables...

Le contó que hacía bastantes años había estado trabajando en un campo de refugiados en Bosnia.

—Acababa de ser ordenado pastor y quería hacer algo diferente antes de desempeñar el ministerio sacerdotal. Me fui con mi mujer, y estuvimos trabajando en el campamento prácticamente dos años; esa experiencia nunca se me borrará por completo. Sobre todo los niños que habían perdido a toda su familia en la guerra.

A Camila no le costaba imaginárselo en un lugar así, pero era la primera vez que lo oía hablar de su mujer.

—Alice murió cuando Jonas tenía cuatro años —continuó él, adivinándole el pensamiento—. Tenía una rara enfermedad congénita en la sangre, con la que habría podido convivir hasta la vejez, si todo hubiese ido bien. Pero no tuvo tanta suerte.

El reloj de cocina sonó y el pastor se levantó.

Camila lo siguió con la mirada. Algo en él sugería que ya había superado lo peor. Uno se sentía seguro en su compañía, pensó ella mientras tomaba la cazuela que él le pasaba por encima de la mesa; llamó a los chicos.

Louise bajó las escaleras en primer lugar.

—Hemos puesto un cubierto también para usted —dijo Henrik Holm señalando la mesa.

Louise le dirigió una sonrisa a Jonas cuando éste le ofreció sentarse a su lado.

—Es muy amable —repuso ella—, pero creo que debo marcharme a casa. No he dormido demasiado las últimas dos noches y tenía previsto irme pronto a la cama esta noche.

Los dos chavales se quedaron en la puerta de la cocina despidiéndose de ella.

—Es súper —comentó Jonas fascinado antes de sentarse a la mesa—. Lo sabe todo sobre cómo trabaja la policía cuando encuentran a un niño pequeño abandonado. Y además es también muy guay —añadió.

Camila podía ver que su hijo estaba totalmente orgulloso de que Louise le hubiese causado tan buena impresión a su amigo.

—¿Podemos ver las noticias? —preguntó Jonas a su padre—. A lo mejor dicen algo de la niña.

Camila supuso que su padre diría que no, pero cuando él la miró interrogante, ella sólo se encogió de hombros.

Jonas lo tomó como un sí y encendió la televisión, que estaba en una pared. Estaban en medio de los anuncios, pero la historia de la niña abandonada apareció por segundo día consecutivo en las noticias. Comenzaron con la toalla azul, que el inspector jefe de la policía de Bellahøj mostraba mientras aclaraba que la niña había estado envuelta en una toalla igual cuando fue encontrada en la iglesia de Stenhøj.

El reportero de televisión que había seguido la noticia había hecho un buen trabajo, con muchas imágenes de la iglesia tomadas el día anterior, cuando los técnicos de la policía estallan trabajando, e imágenes de la casa parroquial y del camino delante de ella.

—La toalla se vende, como ya se ha mencionado, en el supermercado Føtex, así que no podemos hacernos muchas ilusiones de encontrar a la madre por este camino —explicó el inspector jefe esbozando una media sonrisa, para a continuación seguir con el tema y recuperar la seriedad del rostro.

Camila veía a su hijo devorar el pollo y el arroz de su plato con los ojos pegados a la pantalla, engullendo cada una de las palabras del inspector jefe. Desde el principio habían trabajado con la hipótesis de que el parto había tenido lugar en la iglesia, porque pensaban que había pasado un tiempo relativamente corto desde el momento del nacimiento hasta el del hallazgo de la niña. Pero habían descartado esta teoría, ya que no se había encontrado ninguna prueba material que apuntase en ese sentido. Por eso esperaban encontrar a algún testigo que hubiese visto u oído algo en torno a la iglesia de Stenhøj a primera hora de la mañana.

—De eso no dijeron nada cuando hablé con ellos este mediodía —interrumpió Camila, molesta.

—¿No enseñan ninguna foto de la niña? —preguntó Jonas mirando a su padre—. Así sus padres podrían ver lo guapa que es.

Un momento después, una gran foto cubría toda la pantalla. La niña dormía sobre un almohadón blanco y su negro pelo aparecía como una corona sobre su cabecita.

Camila notó que se le humedecían los ojos y rápidamente retiró la vista cuando el fotógrafo amplió el campo de visión, y se vio que la niña estaba en brazos de una enfermera, que contaba que la pequeña abandonada estaba bien, pero que echaba de menos a su madre.

Al mismo tiempo, Camila había empezado a irritarse porque la policía no le había

informado de que iban a mostrar una foto en las noticias. Ahora tenía que volver al periódico y asegurarse de que recibiesen una foto del hospital para poder publicarla junto con el artículo del día siguiente. También debería haber mencionado que ya estaban seguros de que el nacimiento no había ocurrido donde encontraron a la niña. Si no añadía estas últimas informaciones, andaría muy por detrás del resto cuando el periódico estuviese en las calles.

En ese momento llamaron a la puerta.

—¡Vaya! —exclamó Henrik Holm levantándose—. Debería haber supuesto que tendríamos visitas, con la iglesia apareciendo en la tele.

Salió para abrir y un momento después volvió con una mujer alta y joven, con el pelo oscuro cortado al estilo paje y los ojos pintados de negro. Tenía la piel pálida y parecía un poco nerviosa.

Veintimuchos, calculó Camila, y se puso a recoger la mesa mientras los chicos se levantaban dando gracias por la cena. Llevaron los platos al fregadero y desaparecieron escaleras arriba hacia sus juegos en el ordenador.

Camila oyó que Henrik Holm le preguntaba en inglés a la mujer en qué podía ayudarla. Camila había dado por sentado, como él, que la visita tendría que ver con la Pequeñuela, como los medios de comunicación llamaban a la recién nacida abandonada, pero enseguida se dio cuenta de que la mujer había venido porque buscaba trabajo y creía que el pastor necesitaba a alguien para que le ayudase en casa.

—No —repuso Henrik Holm—, debe de haber un malentendido. —Agitó los brazos como disculpándose—. No sé quién puede haberle hecho pensar eso. Pero me informaré de si alguien la necesita —le ofreció.

La mujer negó con la cabeza y le explicó que la había mandado un amigo de la familia.

Sacó una nota en la que estaba escrito, muy claramente y con letra de imprenta, el nombre y la dirección de Henrik Holm.

El pastor se quedó con la nota en las manos. No ponía nada más, y la mujer tampoco sabía el nombre del amigo.

—No sé quién le ha dado mi nombre y la verdad es que lo siento muchísimo, pero no puedo ayudarla. Aquí sólo vivimos mi hijo y yo, y no hay nada de lo que yo no pueda ocuparme. Pero le daré mi número de teléfono. Si me llama dentro de una semana, ya habré tenido tiempo para averiguar si alguno de mis conocidos necesita ayuda en la casa.

De nuevo, la mujer negó con la cabeza, y parecía desilusionada cuando él se levantó para acompañarla a la puerta. Mientras tanto, Camila llamó a Markus y le explicó que tenía que volver al periódico.

—No hay problema en que se quede hasta mañana —le ofreció Henrik Holm cuando volvió—. Pueden pasar un momento por tu casa a recoger la cartera antes de ir al colegio.

Le agradeció a Camila que hubiese colocado los platos en el lavavajillas y se

disculpó por haberle dejado ese trabajo.

—¿Sucede a menudo que venga gente así? —preguntó Camila señalando la puerta.

—No muy a menudo —contestó él. Y le contó que con cierta regularidad había quien tenía necesidad de hablar y de ser escuchado. También había tenido alojada una o dos noches a gente que no tenía otro lugar donde ir, cónyuges en proceso de separación o personas necesitadas.

Camila lo observó y sintió una chispa de admiración. A ella le resultaba difícil sacar esa generosidad.

—Pero es la primera vez que me pasa que alguien venga pensando que necesito ayuda en la casa —concluyó él con una sonrisa.

Markus besó a su madre, y Jonas se despidió desde la escalera con un ronco adiós.

—Es crónico —le explicó Henrik Holm sonriendo—. Al principio pensamos que era pasajero, pero cuando vimos que no desaparecía supusimos que se trataba de algún tipo de asma, pero no tiene ningún problema en las vías respiratorias. Parece ser que se trata de una enfermedad llamada papiloma laríngeo recurrente, que es no sé qué cosa que se le fija en las cuerdas vocales —aclaró, y añadió que se podía eliminar con láser si no querían esperar a la pubertad, cuando previsiblemente desaparecería solo.

—No, no deberíais hacerlo si no le molesta —contestó Camila. Después le agradeció que Markus se pudiese quedar a dormir otra noche—. Si hay cualquier cosa, me llamas —le pidió ella—. Él afirma que ya se le ha pasado.

—De todas formas estaré atento —prometió el pastor. Y añadió que él dormía en una habitación justo al lado de la de los chicos.



—Ha conseguido rescatarla —dijo Lars Jørgensen en cuanto Louise puso los pies en la oficina el miércoles por la mañana.

Hila se detuvo en seco en la puerta; tenía la cabeza muy lejos de allí. Acababa de hablar por teléfono con Markus y su amigo, cuando iban de camino a la escuela, para saber si habían dormido bien; los dos le aseguraron que muy bien, que ya se les había pasado el miedo. Eso le había dejado una sonrisa en los labios, y ahora miraba sorprendida a su compañero.

—¿Has hablado con él?

Lars Jørgensen negó con la cabeza y le contó que, a pesar de todo, había ido hasta la casa del testigo y había esperado a que Milos Vukovic saliera.

—Entró en el bar Spunk en Istedgade y pasados unos pocos minutos salió con una chica del brazo. Se fueron juntos a su casa.

Louise se sentó y lo contempló durante un momento antes de hablar.

—¿Por qué no me comentaste que pensabas ir? Te habría acompañado.

Bueno, no lo tenía previsto. Se me ocurrió al entrar en el coche para ir a casa —se defendió—. Si lo hubiese planeado, claro que te lo habría comentado.

—¿Y luego?

—¿Luego? Luego nada. Me fui a casa cuando entraron en el portal. Desde luego, es absurdo... comerciar con las mujeres de ese modo.

Louise le dio toda la razón y miró el reloj de la pared. Los miércoles había desayuno colectivo, y esta semana le tocaba a su equipo hacerse cargo de la cocina, así que había pasado por la panadería Van Hauen y había llenado la cesta de la bici con pan y bollos.

—Será mejor que pongamos agua a calentar para el café —dijo ella levantándose.

—Ya está hecho. También he ordenado la cocina y sacado los cacharros del lavavajillas.

Ella volvió a sentarse.

—Pero ¿qué demonios te pasa? ¿Van bien las cosas en casa? —le preguntó.

Cuando tocaba preparar el desayuno, tenían que encargarse de que el comedor estuviera ordenado y limpio. Alguno debía ocuparse de vaciar el lavavajillas y de ordenar la cocina para que estuviese acogedora. No era que sus compañeros acostumbrasen a eludir sus deberes comunes, pero había que reconocer que no era precisamente lo más divertido del mundo, por eso solían repartírselo.

—No es nada serio, es sólo que a veces necesito poder respirar un poco —dijo Lars Jørgensen. Fue por los bollos del desayuno, que estaban todavía en la cesta—. Entremos a ver qué nos cuentan.

Louise se levantó y lo siguió sin más comentarios, porque comprendió que no convenía insistir. Conocía demasiado bien esa sensación, y respetaba que él quisiera tener ese necesario espacio de libertad.

—Entiendo que hay novedades en el caso de Skelbaekgade —comenzó Suhr una vez que todos tuvieron su trozo de bollo y las tazas llenas.

Miró a Louise y a su compañero, que asintieron y comenzaron a explicar al grupo la visita de Milos Vukovic. Lars Jørgensen añadió que, luego, él mismo había pasado por la casa del testigo, y que, tras seguirlo, le había visto recoger a la chica.

Louise se fijó en que Willumsen enarcaba las cejas y parecía querer decir algo, pero el inspector jefe le tomó la delantera.

—Interesante —dijo Suhr—. Quizá deberíamos controlar a los dos albaneses. Pero tal vez ya os hayáis puesto en marcha.

Willumsen negó con la cabeza mientras añadía que había pensado que debían esperar y observar durante un poco más antes de poner más carne en el asador.

—Pero a la vista de lo averiguado por Lars Jørgensen —concluyó Willumsen—, puede que haya motivos para creer en la historia que el serbio nos ha contado. Primero identificaremos a las dos personas de las que estamos hablando, Arian y Hamdi, con nombre completo, y así podremos solicitar una autorización para realizar escuchas —dijo. Les pidió a Toft y a Michael Stig que se pusiesen con ello.

Suhr asintió y se pasó la mano por el pelo, corto y gris, antes de volver la vista hacia Louise y Lars Jørgensen, y preguntarles si también habría que solicitar una autorización para escuchar a Milos Vukovic o si creían en su historia.

—Claro que puede ser que esté tratando de poner palos en las ruedas a los dos albaneses para desviar hacia ellos nuestra atención —reconoció Louise, y movió la cabeza como si tal posibilidad fuera tomando forma—. Pero me da la impresión de que acudió a nosotros porque empezaba a tener miedo de que ésta fuese nuevamente una solución provisional y siguiesen amenazándolo.

—En primer lugar debéis averiguar si realmente hay algo que investigar —recalcó Willumsen—. Ya sabemos que es difícil entrar en ese mundo y decidir si es proxenetismo normal, o si se trata realmente de trata de blancas, pero si esos dos albaneses pueden tener alguna relación con el asesinato, los tendremos vigilados.

Dejó vagar la mirada por la mesa y se paró en Michael Stig, que parecía querer decir algo.

—Puede que algo se mueva, si empezamos a apretar las tuercas por la zona —sugirió éste.

Louise le vio balancearse en la silla y tamborilear con la punía del bolígrafo sobre la mesa, llenando la habitación de agudos clics. Era una puñetera costumbre que con los años había llegado a sacarla de quicio. Apartó la mirada y se obligó a no prestarle atención.

—Y también se dice —continuó Stig después de una pausa— que a las chicas, es decir, a las de Europa del Este, se les exige un pago diario de unas cuatrocientas coronas. Algunos les hacen creer que son dueños de la calle y que ellas tienen que pagar para poder hacer la carrera. —Se reclinó en su asiento y arrojó el bolígrafo sobre la mesa.

Louise suspiró pensando que, por suerte, Mikkelsen no había tenido que escuchar a Stig. Sólo habría servido para que su presión sanguínea se disparase.

—Debemos tenerlo bien presente —añadió Stig mirando todavía a Willumsen y Suhr—. Porque si se trata de los mismos hombres que trafican con las chicas, no deberíamos tener ningún problema para atraparlos si les pillamos cuando se entrega el dinero. Debe de haber alguna pauta.

Louise ya no pudo contenerse más.

—No es ningún secreto que hay gente que aprovecha para hacer negocio exigiendo dinero a lo más bajo de las calles. Hay hasta muchas prostitutas danesas que han visto que se puede ganar dinero de ese modo. Se ha convertido en un negocio habitual del que todos quieren sacar tajada —dijo Louise mientras miraba el bolígrafo, que estaba a punto de rodar hasta el borde de la mesa. Michael Stig le lanzó una furiosa mirada, entornó los ojos y estaba a punto de contestar, cuando Willumsen se le adelantó y lo señaló con el dedo como al escogido para el siguiente trabajo.

—Eso es justamente lo que vas a investigar. Cubrirás el barrio y echarás un vistazo a las chicas. No hagas nada. Simplemente averigua si hay alguna pauta.

Louise apartó la mirada para evitar cruzarla con la de Michael Stig. Eso sí que iba a ser patearse las calles de verdad, pero no le daba ninguna pena. Él mismo había prendido aquella mecha.

Tras la reunión estuvieron un rato a la puerta del despacho de Louise y Lars Jørgensen.

—¿Sabemos algo ya de los dos albaneses? —preguntó Toft mirando a Louise y a su compañero.

Ambos negaron con la cabeza.

—Me extrañaría que Mikkelsen no pudiera contarnos quiénes son —dijo Toft, y se ofreció a llamar a su viejo amigo. Habían sido compañeros en el período en el que Mikkelsen había trabajado en la brigada de orden público.

—Me gustaría tener una charla con Pavlina —comentó Louise a Lars Jørgensen, que estuvo de acuerdo.

—Hacedlo lo más pronto posible. Sería interesante conocer su versión —dijo Willumsen asintiendo.

—Me pondré en contacto con Milos Vukovic y concertaré una reunión —indicó Louise—, y se me ocurre que después podemos hacer una ronda por los burdeles y

las casas de masaje de la zona, para averiguar si la mujer trabajó en alguno de ellos.

El jefe de grupo asintió de nuevo antes de volver la mirada hacia Michael Stig.

—Podemos empezar a presionar un poco en el ambiente, como propones —convino Willumsen—, pero tened cuidado de que no se note excesivamente, no vaya a ser que en el futuro nos encontremos con demasiadas sombras cuando necesitemos vigilarlos en serio.

Miró a todos para asegurarse de que habían comprendido la advertencia. En realidad, lo que pretendía era limitar el personal en las calles, aunque su trabajo ahora fuera abrir una brecha y se demostrara que el caso tenía consistencia.

Camila se sentía vacía y sombría mientras colocaba en un banco una bolsa con cervezas. Abrió uno de los botellines, se sentó sobre una pierna y tomó un trago. Markus había ido a casa de su padre después del colegio y pasaría allí todo el fin de semana; su abuela paterna cumplía años y había invitado a toda la familia a una casa rural. Por su parte, Camila se aprestaba a pasar el resto del día bebiendo las cervezas que pudiese mientras fisgoneaba por Skelbaekgade, Halmtorvet y daba una vuelta por Istedgade. Había cambiado la falda y los tacones por unos vaqueros y zapatillas deportivas, y no se proponía hacer una labor de investigación. Sólo le interesaba ver cuál era el ambiente de la prostitución en Copenhague desde la perspectiva de un observador del tejido urbano.

Había vuelto a tener uno de sus choques con el jefe de redacción. Había estallado a poco de presentarse Terkel Høyer en la redacción, saludando con un portazo en su despacho. Al cabo de un minuto había sonado el teléfono de la mesa de Camila.

A gritos, Terkel le había explicado que uno de los periódicos gratuitos incluía una extensa entrevista con una mujer, con nombre y rostro ante la puerta de su propia casa, que contaba que había visto a una joven delante de la iglesia con un bulto en los brazos. La vio abrir la puerta de la iglesia y, poco después, salir con las manos vacías y desaparecer por la avenida de Stenhøj.

Terkel bajó un poco el tono de voz cuando le pidió a Camila que se presentase en su despacho.

Resultó que el artículo continuaba en las páginas interiores, en las que la mujer explicaba con detalle el aspecto que tenía la madre: pelo largo y rubio recogido en una coleta. Desde luego no era mayor, quizá ni llegaba a los veinte. No, no había nadie más, y había entrado y salido rápidamente. Y no, la mujer tampoco creía haberla visto con anterioridad. Así que no podía ser nadie de su calle, porque creía conocer a la mayoría de los que vivían en aquella ancha avenida, que reunía las grandes mansiones de Frederiksberg, y también a los de la finca señorial que estaba en la esquina de la calle. No, no los conocía en persona, naturalmente, decían citándola, sólo de vista.

Camila arrojó el periódico encima de la mesa una vez ojeado y se adelantó antes de que él le preguntase por qué no eran ellos los que publicaban esa historia.

—¿Y no te sorprende que elija un periódico gratuito para un testimonio tan importante, en lugar de contarle a la policía lo que ha visto?

Él saltó literalmente de la silla para decirle, a unos centímetros de la cara, enojado, que ya era demasiado mayor para sorprenderse, y además eso no vendía periódicos. Ella le dio la espalda y volvió a su despacho.

Primero llamó a la comisaría de Bellahøj para preguntar qué sabían sobre esa información y por qué no le habían dicho nada el día anterior, cuando hablaron. Pero el oficial de guardia afirmó que no estaba al corriente de que hubiese aparecido ningún testigo nuevo. Y su contacto en la comisaría, Rasmus Hem, al que había conocido en la casa parroquial cuando se localizó a la niña, parecía sincero al afirmar que no sabían nada de la mujer hasta que leyeron su testimonio en el periódico. Negó rotundamente que no hubiesen sido lo suficientemente diligentes en su búsqueda de testigos, y que por eso el periodista se les hubiese adelantado.

—Pero ya la hemos traído para interrogarla —se apresuró a añadir Hem.

Camila pensó en ir a la comisaría para enterarse de primera mano de lo que saliese de la explicación de la mujer, y de paso —tenía que reconocerlo— librarse de la jeta avinagrada de Terkel.

Para colmo, Holck, el redactor más antiguo del periódico, se había presentado en su puerta preguntando cómo coño podía explicarse que un aprendiz de periodista de un periodicucho hubiera podido sacar una historia así, cuando ella seguía afirmando que no había ninguna novedad que contar sobre el caso. Sin duda ya sabía que eran justamente este tipo de historias las que conectaban con sus lectores: ¡niños y perros! ¡Eso es lo que vende periódicos! Luego Holck avanzó un paso y, clavándole la mirada, le dijo que empezaba a pensar que no estaba en condiciones de manejar profesionalmente esa historia, ya que su propio hijo estaba implicado.

Camila se bebió media cerveza de un trago. Hacía mucho tiempo que no se sentaba en un banco a beber cerveza a morro, y tal vez fuese un error, pensó vaciando el resto del botellín. Había algo liberador e incontrolable en sentarse allí, sola, sin tener que rendir cuentas a nadie.

La discusión con Holck había estallado cuando ella se enfureció de tal forma que le gritó que, en primer lugar, el periodista estaba muy lejos de ser un aprendiz, sino que era uno de los colegas mejor pagados, al que el periódico gratuito había fichado del importante diario *Berlingske Tidende*, y que, en segundo lugar, ella había trabajado mucho más en esa historia que ninguno de los demás medios, precisamente porque había tenido a la niña en sus brazos. Apenas acababa de gritarle esto, cuando Holck entró hasta el fondo en su despacho, se inclinó sobre su escritorio, cogió su teléfono móvil y señaló la lente de la cámara.

—Si te consideras tan conciencizada, ¿cómo es que no hay en tu teléfono tan moderno ni una sola foto de la pequeña?

Camila no pudo echar el freno. Le arrancó el móvil de las manos y le mostró la primera foto. Y en ese momento estalló el infierno; Holck habló de deslealtad hacia el periódico, de falta de criterio y de incapacidad... Y entonces ella se marchó.

Pero antes de salir de la oficina, había llamado a Terkel para decirle que seguramente era cierto, que quizá no estaba preparada para cubrir el caso siendo Markus uno de los testigos. Se había despedido de él antes de que pudiera replicarle, pero había alcanzado a oír a Holck hablando de fondo antes de colgar.

Camila se movió un poco cuando un hombre fue a sentarse en la otra mitad del banco.

De todas formas había ido a la comisaría de Bellahøj y había esperado tres horas para enterarse de que no había nada de cierto en la historia de la mujer.

Rasmus Hem le ofreció café; parecía cansado mientras le explicaba lo que había contado la mujer. Al parecer, habían llamado a su puerta justo después del telediario de las nueve y ella había invitado a entrar al periodista, un hombre guapo y elegante, que se había mostrado muy amable e interesado. Y sin saber cómo, se vio contando que había visto a la joven con un bulto en los brazos. El periodista había parecido tan decepcionado cuando, en un primer momento, ella le había dicho que no había visto nada... Además, la había llevado a dar un paseo por delante de la iglesia, y una cosa había llevado a la otra.

—¿Están seguros de que lo que cuenta ahora es verdad? —preguntó Camila.

Hem asintió, y le contó que, en todo caso, la madre desaparecida no había abierto la puerta de la forma en que afirmaba la testigo, pues los análisis técnicos demostraban que el tirador de la pesada puerta de la iglesia se había limpiado a conciencia. No había ni rastro de huellas dactilares, ni de huellas difuminadas, como si quien la hubiera abierto llevara guantes. Probablemente alguien se había preocupado de borrarlas.

Camila notó que el hombre que se había sentado a su lado la observaba, y por un momento se sintió incómoda, como si hubiese penetrado en un mundo con el que no tenía nada que ver. Pero ¡qué demonios! ¿Acaso no tenía derecho a sentarse y beberse una cerveza en un banco de la ciudad, aunque fuera en un barrio que no era el suyo?

Cuando se volvió a mirar al hombre, comprobó que los ojos de éste habían reptado hasta la bolsa. Camila sonrió y le ofreció una cerveza.

—Se agradece la oferta —fue la contestación, y ambos se quedaron en silencio dejando vagar la mirada por el tráfico y las personas que pasaban por delante de ellos.

—Ahí tenemos al barón de la carne —dijo el hombre, levantando su cerveza para saludar a un gran Jaguar que venía desde el Matadero. Le respondió un corto bocinazo cuando el coche pasó por delante.

Había todo un mundo entre el cochazo de lujo y el hombre que estaba sentado a su lado, vestido con unos pantalones de tela de gabardina que, en un pasado lejano, habrían sido elegantes, pero ahora dejaban mucho que desear. El cuello de la camisa, que sobresalía bajo un desaliñado jersey azul, estaba mal doblado, y el hombre daba una impresión general desaseada y pasada de moda.

Camila se volvió hacia él con curiosidad.

—¿De qué lo conoce? —le preguntó sacando otras dos cervezas de la bolsa.

Él se ofreció galantemente a abrirle el botellín y se guardó la chapa en el bolsillo en lugar de tirarla, tal y cómo habían hecho muchos antes.

—En realidad, yo era uno de sus mejores clientes. En aquel entonces, él era nuevo y un poquitín caro, pero su mercancía era la mejor que se podía encontrar. Así que confié en él, y ésa fue la base del negocio que le ha hecho millonario.

De repente, Camila recordó a un narcotraficante en cuyo camino se había cruzado. Klaus West vendía la mercancía que se conocía como polvo verde. De no haber acabado entre rejas, también podría habersele visto paseando con un Jaguar.

—Bonito coche —admitió Camila mirando cómo desaparecía.

El hombre parecía ausente, pero vació su cerveza.

—¡Vaya si era buena carne! Sacamos cuarenta Tournedos Rossini con *foie gras*, trufas y todas esas porquerías para una gran reunión del mismísimo Roger Vergé.

De repente volvió la mirada hacia Camila, y sus ojos regresaron al presente.

—El cocinero estrella francés —continuó él, esperando que ella supiese de quién hablaba—. Conocimos a Paul Bocuse, a los hermanos Troigros. Todos pasaron por allí, pero aquella tarde era la Academia Gastronómica Danesa la que homenajeaba a Roger Vergé, porque su nuevo libro de cocina había aparecido en danés. Seguramente también se le entregó algún tipo de distinción.

Alargó la mano y cogió otra cerveza de la bolsa de Camila. Ésta pudo ver cómo sus pensamientos volaban de nuevo hacia aquel tiempo pasado.

—Después bajó a la cocina y dijo que nunca había tomado una carne tan buena. —Bebió otro trago como quien está muy acostumbrado—. Nos hicieron una foto juntos —recordó con una sonrisa.

Camila se fijó en dos hombres que hablaban con una joven. Estaba prácticamente segura de que uno de ellos era Michael Stig, del departamento de Louise, y un poco más allá, hacia Halmtorvet, vio a dos policías más.

El hombre que estaba a su lado siguió hablando y bebiéndose sus cervezas, mientras ella seguía prestando atención a lo que sucedía en la calle. Poco a poco se había ido congregando bastante gente, según pudo constatar desde su puesto en Sonder Boulevard, con el Matadero delante de ella y una bonita vista de Skelbaekgade. Istedgade corría en paralelo a su espalda y Halmtorvet quedaba a su izquierda.

Un coche se detuvo y recogió rápidamente a una chica antes de desaparecer. Camila lo siguió con la mirada, y sólo se relajó cuando descubrió que el hombre a su lado le tendía la mano.

—Me llamo Kaj —dijo éste, presentándose, y le dio un enérgico apretón.

—Camila —repuso ella, y suspiró cuando él le preguntó a qué se dedicaba—. Soy periodista —respondió—, y en estos momentos estoy tan harta que podría ser que empezase a cocinar, o a vender carne y hacerme rica.

Kaj pescó otra cerveza. Esta vez se la pasó a Camila sin coger para él.

—No es algo que se haga así, sin más —afirmó, poniendo de repente una nota de seriedad en la voz y volviéndose hacia ella—. Es algo para lo que hay que haber nacido. Igual que todo lo que se quiere hacer bien. Hay que tener vocación y talento.



Y además hay que trabajar como un mulo. Entre los jóvenes cocineros hay demasiados que piensan que basta con ser conocido.

Hizo una mueca que provocó una sonrisa en Camila.

—Preparan un poco de comida —añadió— y a continuación hacen todo lo que pueden para ser conocidos; luego preparan otro poco de comida mientras babean con la fama. Bah, mire si no a Erwin Lauterbach, ¡qué coño!, ése es otra cosa. Preparó un jodido montón de buena comida y se hizo famoso por ello, pero continuó preparando un montón de jodida buena comida, y ahora se le respeta por ello. Así es como debe ser. Y no porque los jóvenes cocineros hablen y hablen todo el día y se comporten de manera extravagante, van a convertirse en un nuevo Soren Gericke. De éstos sólo se encuentra uno. Debería haberlo conocido en sus días de gloria —añadió dejando vagar sus pensamientos por días pasados—. No habrá nunca nadie que le llegue ni a la suela de los zapatos. Por mucho que aparezcan todas las mañanas en la televisión.

Camila se rio con ganas, rindiéndose definitivamente. Había pensado que iba a pasar el resto del día entre putas y carteristas, y en lugar de eso, se había encontrado con un repaso en condiciones a los jóvenes maestros de la gastronomía.

La bolsa estaba ya vacía, así que le preguntó a Kaj si se quedaría un rato más, en caso de que trajese otra ronda.

—Con sumo gusto —repuso él a su espalda, cuando ella se levantó y cruzó la calle para ir a la tienda.

Camila se fijó en un Citroën C3 que se detuvo para doblar desde Absalonsgade hacia Skelbaekgade. En el asiento del pasajero reconoció a la prostituta de antes, y cuando el conductor giró la cabeza, se cruzó durante un breve segundo con la mirada de Holck. El jefe de redactores gráficos retiró rápidamente la vista y cruzó Sønder Boulevard entre un camión y una furgoneta.

Camila se detuvo un momento para recobrase de la sorpresa.

—Ahora verás, siéntate y escucha —dijo a Kaj cuando volvió con la bolsa llena. Y le contó a quién acababa de ver.

—Bueno, es una vergüenza la gente que viene por aquí. Tú eres periodista. No debería pillarte de nuevas. Con frecuencia nos alegran con su visita muchos de los más altos representantes de los medios de comunicación, y además están los parlamentarios de Christiansborg. Desde luego, cualquiera puede necesitar descargar un poco de tensión —señaló.

Holck no era precisamente un alto representante, pero, en esa situación, Camila estaba demasiado confusa como para preguntarle a quién más había visto.

—Joder —masculló ella—. ¡Pero si tiene mujer, hijos, nietos y no sé qué más!

Kaj se rio enseñando sus dientes ennegrecidos.

Poco a poco, la mañana había ido dando paso a la tarde, pero Michael Stig todavía andaba por las calles e iba abordando a las chicas que aparecían por turnos. Camila no veía al segundo grupo de agentes que antes estaban por allí, pero mientras los buscaba con la mirada se fijó en un pelo moreno, largo y rizado, recogido en una

cola de caballo. La mujer estaba lejos y vuelta de espaldas a Halmtorvet.

No tenía ninguna duda de que ya había bebido suficiente cerveza como para no querer encontrarse con Louise así, junto a un viejo alcohólico, quien, por otra parte, tenía que reconocer que era una buena compañía; así que cuando un par de nubes cortaron el sol y empezaron a caer pesadamente las primeras gotas, se levantó.

—Ven —dijo a Kaj—. Vayamos a un bar para no quedarnos tiesos aquí.

Al principio, Kaj intentó que ella volviese a sentarse señalando la bolsa que aún no estaba vacía, pero Camila permaneció de pie.

—Puedes llevártelas a casa —sugirió ella, pero como seguía notando su reticencia, añadió que, por supuesto, ella invitaba.

Cuando empezaron a subir por Skelbaekgade, Michael Stig había desaparecido. Ella siguió a Kaj cuando éste señaló el café Hoker y entró.

Camila fue a la barra para pedir. Kaj se pasó al *whisky* doble, y permaneció discretamente detrás hasta que ella le trajo el vaso. Buscaron una mesa libre y se sentaron junto a la ventana. Justo enfrente se hallaba la entrada al Matadero y la Escuela de Hostelería.

Louise se detuvo al reconocer a lo lejos a Kaj, que acababa de levantarse de un banco. Desapareció calle abajo con una mujer rubia en vaqueros holgados y una bolsa de plástico en la mano.

Los siguió con la mirada mientras hacían eses a lo largo de los muros del Matadero.

—¿Sabes si finalmente Mikkelsen llegó a hablar con Kaj? —le preguntó a Lars Jørgensen cuando lo alcanzó.

Éste se encogió de hombros y contestó que no había visto a su colega desde que se separaron.

—Puede ser que Toft lo sepa. Si no, habrá que recordarle que tiene que intentarlo —dijo ella cuando estaban llegando a su coche camuflado, aparcado en la esquina.

Quedaba un cuarto de hora para su cita con Milos Vukovic y Pavlina Balousova en el Bella Center; acababan de despedirse de un par de compañeros de la City tras una larga ronda por los burdeles de la zona, siguiendo las precisas indicaciones de Mikkelsen. No todos habían sido precisamente fáciles de encontrar, y los locales en los que habían sido bienvenidos estaban lejos de ser la mayoría, aunque cuando explicaban que sólo querían saber si alguien conocía a la mujer muerta que la policía aún no había podido identificar, cambiaba bastante la actitud.

En la esquina de Sommerstedgade los esperaba la intérprete de checo. Se disculpó por no haber podido encontrarse con ellos antes.

—He estado en los juzgados todo el día —aclaró. Después había tenido que ir a casa a hacer la comida.

—No pasa nada —repuso Lars Jørgensen abriendo el coche.

De nuevo, Louise tuvo la sensación de que le sentaba bien dedicar las tardes a trabajar. En casa no tenía a nadie esperándola impaciente. Eso no ocurría desde que Peter, tres años atrás, había encontrado a otra, harto de esperar. Y para ser sinceros, Louise no había lamentado en lo más mínimo aquel final.

De camino al Bella Center, la lluvia golpeaba el techo del coche y el parabrisas delantero. A principios de mes había habido unos días de sol y mucho calor, y por un momento habían tenido la osadía de pensar que el verano había llegado para quedarse. Ahora el tiempo cambiaba constantemente. Al atravesar el puente de Sjaelland, un intenso relámpago rasgó el cielo vespertino, y el estruendo del trueno que lo siguió fue de tal potencia que el coche pareció temblar. La lluvia arreció, cayendo como latigazos. Lars Jørgensen aminoró la marcha y puso los

limpiaparabrisas al máximo.

—Seguro que con este tiempo no vienen —exclamó Louise mientras avanzaban despacio entre cortinas de espesa lluvia.

—Parará, es sólo un buen chaparrón —repuso su compañero con toda tranquilidad, igual que hacía el padre de Louise cuando ella era pequeña y no quería salir porque llovía—. Por supuesto que vendrán. Al fin y al cabo, qué caray, es a ellos a los que les interesa poder andar por las calles sin ser amenazados.

Y tenía razón. Cuando torcieron hacia el Center Boulevard, la lluvia había disminuido, y luego desapareció tan rápido como había venido. Lars Jørgensen apagó los limpiaparabrisas, y Louise vio un solitario coche rojo aparcado en la zona P7 del aparcamiento.

—¿Dónde habéis quedado? —preguntó él.

—Creo que son aquéllos —respondió. Se acercaron y aparcaron al lado.

Pavlina Balousova era pequeña y delgada. Desde lejos parecía más una adolescente crecida que una mujer joven, pero cuando Louise se acercó, pudo ver que debía de haber pasado hacía poco de los veinte. Su espeso flequillo terminaba bruscamente en una marcada línea justo sobre las pobladas cejas, y el pelo negro y liso le caía hasta los hombros.

La presión de su mano era débil y los ojos, inseguros, pero accedió cuando Louise le pidió que la acompañase hasta una zona con bancos junto al aparcamiento.

—Empezaremos por el nombre y fecha de nacimiento —dijo Louise a la intérprete, y abrió el maletero del coche para ver si encontraba algo que extender sobre los bancos para no mojarse el trasero. Afortunadamente encontró unas bolsas de plástico enrolladas.

Louise se sentó enfrente de Pavlina, y la intérprete junto a la chica checa y comenzó a hablar. Al principio, las respuestas que recibía eran muy cortas, pero al poco rato la conversación se fue haciendo más fluida.

Milos Vukovic interrumpió varias veces. Louise se dio cuenta de que la chica no paraba de mirarlo antes de decir algo, así que sugirió a Lars Jørgensen que se lo llevase al coche. Quizá la testigo hablaría con más libertad si sólo había mujeres presentes. Tenía la sensación de que, en cierto modo, él la coartaba.

Cuando se quedaron solas, la intérprete, siguiendo las indicaciones de Louise, comenzó a entrar más en el tema y le pidió a Pavlina que hablase de lo que había vivido desde que la pararon en una calle de Chequia y la metieron en un coche hasta Copenhague.

—¿Había visto anteriormente al conductor? —preguntó la intérprete.

Pavlina asintió con la cabeza y contó que ese hombre había estado con un tipo al que conocía de las calles, allá en su tierra. No sabía nada de él, pero habían estado un par de veces por ahí, aunque él no pertenecía al círculo de amigos con el que ella

solía ir. De vez en cuando aparecía, y la última vez la había invitado a una fiesta en una estación abandonada.

—Tenía bebida y cigarrillos —explicó ella como disculpándose. Añadió que, además, en la calle hacía mucho frío y que su hermana se había ido con sus amigos, así que lo había acompañado.

Iban de camino hacia la estación cuando él la agarró fuertemente por los hombros en el momento en que un coche oscuro se subía a la acera. Y sin saber muy bien cómo, se encontró de repente sentada junto a una chica desconocida en el asiento trasero de un coche y volando a toda velocidad entre el tráfico de la noche.

A la intérprete le llevaba bastante tiempo conseguir sacarle las palabras, pero poco a poco la madeja se iba desenrollando.

Pavlina no recordaba haber pasado la frontera ni de Alemania ni de Dinamarca, y contó que debió de dormir buena parte del camino. Sonaba nerviosa y miraba con fijeza a la intérprete antes de cada frase.

—En un momento dado entró otra chica en el coche —tradujo la intérprete, y dirigiéndose a Louise, añadió—: Dice que está segura de que debía de haber algún tipo de narcótico en la bebida que les dieron, porque sólo tiene un vago recuerdo de todo el viaje, y cuando finalmente bajaron, no sabía dónde estaba. Ni siquiera en qué país se encontraba. Metieron a las chicas en un hotel, donde las recogieron dos hombres que posteriormente resultarían ser Arian y Hamdi.

—Las habitaciones eran pequeñas y oscuras, y el baño estaba en el pasillo —siguió diciendo Pavlina, y contó que a ella le tocó compartir con una de las chicas del coche.

La menuda muchacha checa comenzó a llorar al recordar cómo Arian la había violado, mientras que Hamdi se había llevado a la otra chica. Después cambiaron los papeles.

A la mañana siguiente volvieron los dos hombres y se llevaron a las chicas a la ciudad para comprarles ropa nueva y maquillaje. En eso habían sido muy generosos. Pero ya esa misma tarde mandaron a las chicas a la calle, con instrucciones de sacar dinero para pagar lo que había costado el viaje, la ropa y el hotel.

Pavlina volvió a mirar fijamente a la intérprete mientras hablaba, y Louise no tardó en enterarse de que nunca antes había trabajado como prostituta. Les dijo que durante la primera semana les había pedido muchas veces a los dos hombres que la dejasen volver a casa con su hermana, porque no sabía qué había sido de ella y se había quedado completamente sola.

—Primero la amenazaron con rajarle la cara si seguía resistiéndose —tradujo la intérprete— y, como ella insistía, la amenazaron con que se encargarían de que fuese su hermana la que se llevara el navajazo. Después de eso no se atrevió a hacer más que lo que ellos ordenaban.

Le exigían tres mil coronas diarias. Muchos días no podía ganar tanto dinero, con lo que tenía que pagar más al día siguiente, y así un día tras otro mientras no

estuviese al corriente de los pagos. Había días en los que hacía más de veinte clientes para poder saldar sus deudas.

Pavlina había cesado de llorar, pero tenía la mirada perdida mientras contaba que eran alrededor de ocho las chicas que entregaban el dinero a los dos albaneses, a los que sólo conocía por los nombres de Hamdi y Arian.

Louise hizo un rápido cálculo de la enorme suma que las chicas entregaban cada semana. A una pregunta suya, Pavlina respondió que la obligaban a trabajar seis días a la semana. Louise cerró los ojos y multiplicó: con ocho chicas salía en torno a ciento cuarenta y cuatro mil coronas.

—Hay un constante cambio de chicas. La mayoría está solamente tres meses, pues si quieren permanecer más tiempo tienen que solicitar un permiso de residencia y nunca lo obtienen —aclaró la intérprete, mientras Pavlina confirmaba lo que Milos Vukovic ya había contado.

—Hay chicas que han estado aquí varias veces —continuó Pavlina—. A algunas las envían a casa durante un tiempo, y las vuelven a traer un año después. También hay chicas a las que envían a Noruega o Suecia. Cambiándose de país, es más difícil que alguien las controle.

—Los gitanos son conocidos por eso —terció Louise, y pidió a la intérprete que le preguntase a la chica si estaba segura de que los hombres eran albaneses y no gitanos, famosos por su cruel trato a las personas y por sus métodos retorcidos. No sin razón se les llamaba pastores. Llevaban a sus chicas por toda Europa como si fuesen ganado arreado de prado en prado, para escapar de la vigilancia de las autoridades y de la policía.

—¿Qué pasa si en un día ganan más de tres mil coronas? ¿Qué ocurre entonces con el dinero restante? —preguntó Louise mirando a la intérprete mientras aguardaba que plantease la pregunta.

—Podían quedárselo, ésa es la zanahoria —indicó la intérprete tras haber recibido la respuesta a la pregunta—. Pero eso sucedía muy raras veces.

—Pregúntale si hubiese podido volver a casa de haber tenido dinero suficiente para el billete —pidió Louise. Pero la chica negó con la cabeza cuando comprendió la pregunta—. No, claro, con ellos pierde su libertad.

Louise asintió comprensiva, meditando un momento antes de cambiar de tema.

—Creo haber entendido a Milos Vukovic que en un momento dado te sacaron de su casa y te llevaron a un club en Saxogade.

Pavlina escuchó con atención a la intérprete, que la dejó hablar bastante tiempo antes de comenzar a traducir. Louise no pudo captar si el tono de voz expresaba rabia o miedo.

—La violaron de nuevo mientras la tenían encerrada en una pequeña habitación en la trastienda del club. Uno de ellos la golpeó por decir que no podían obligarla a volver a la calle después de haber recibido el dinero.

La voz de Pavlina se había vuelto más firme y nerviosa.

—Se burlaron de Milos y dijeron que no estaba en condiciones de cuidar bien de mí. Que ya había visto lo fácil que les había resultado cogermé. Pensaban que lo mejor para mí sería trabajar para ellos, porque así estaría segura.

Esto último le hizo negar con la cabeza.

—Pregúntale si conocía a la chica que encontramos en Skelbaekgade —le pidió Louise a la intérprete.

Hubo una larga pausa durante la que el rostro de la mujer fue cambiando rápidamente de expresión, cada una como la diapositiva de una reacción diferente. Finalmente, Pavlina asintió y se miró las manos.

—Era una de las chicas que vinieron en el coche conmigo —contestó quedamente, pero añadió rápidamente que no era la chica con la que había compartido habitación.

Louise intentó captar la mirada de la joven. Podía haber optado por hacerle esa pregunta al comienzo, pero había pensado que sería mejor dejarlo para el final, y que así no supusiese un freno para el relato de su propia historia.

—¿Sabes cómo se llamaba o en qué parte de la República Checa la cogieron?

Pavlina contó que sólo sabía que se llamaba Iveta (o al menos eso es lo que ella había dicho). Creía que tenía su misma edad, pero no sabía de dónde procedía.

—Pregúntale si sabe quién está detrás del asesinato y por qué asesinaron a Iveta.

Louise observaba concentrada, intentando adivinar algo de la respuesta, mientras la intérprete preguntaba.

—Cree que Iveta ha sido víctima de las amenazas que reciben las chicas cuando no quieren pasar por el aro. Desde el primer día en el hotel, les rogaba continuamente que la dejaran volver, porque su madre estaba muy enferma y la necesitaba. Quería regresar a casa y ganar dinero para poder ayudarla.

La intérprete añadió que la muerta, al contrario que Pavlina, ya había trabajado como prostituta en su país.

—Pero comprendió que o conseguía el dinero para saldar la deuda que tenía o encontraba a alguien que quisiese pagarla por ella. Pocos días antes de su muerte, se enteró de que habían ingresado a su madre en el hospital y, como último recurso para conseguir que la dejaran marchar, visitó a Arian y le contó que estaba embarazada y que no podía seguir trabajando porque tenía muchos dolores.

Pavlina volvió a llorar, y esta vez tardó bastante más en calmarse; finalmente continuó hablando.

—Lo dijo, pero no era cierto —explicó la intérprete cuando la chica finalizó—; esperaba que así tuviesen compasión. Al día siguiente desapareció, y Pavlina no la había vuelto a ver hasta que Milos le mostró su foto en los periódicos, junto a la noticia de su muerte. Él también le preguntó si la conocía, pero tuvo miedo y no se lo dijo.

Se hizo un pesado silencio hasta que Louise se levantó y le dio las gracias por haberle contado su historia.



Volvieron con Lars Jørgensen y Milos Vukovic, que esperaban dentro del coche. Tan pronto como las vieron, el serbio saltó del vehículo, fue al encuentro de Pavlina y la abrazó apretándola contra él.

—Las chicas tienen que presentarse todas las mañanas en la Estación Central para pagar a los dos albaneses. Se encuentran con ellos en la parte que da a Istedgade —le contó Louise a su compañero cuando estuvieron solos.

Lars Jørgensen avanzó hacia Milos Vukovic y le agradeció que hubiese conseguido que Pavlina viniera.

—Le aseguro que vamos a tener controlados a esos dos —dijo, y le explicó que antes de poder actuar, la policía necesitaba pruebas que apoyasen la versión de su novia.

Antes de separarse, Louise le pidió a la intérprete que preguntase a Pavlina si estaba dispuesta a pasar por el Instituto Anatómico Forense a identificar a la chica. Hasta ese momento nadie había confirmado su identidad.

—Intentaremos lograr que la policía checa busque a su madre enferma y le informe de la muerte de su hija —dijo mientras estrechaba la mano que Pavlina le tendía.



El teléfono de Camila sonó justo cuando la camarera estaba sirviéndole otro doble a Kaj. Eran casi las diez, y el número que aparecía en la pantalla no le sonaba de nada.

—Dígame —contestó, mientras con la mano libre se tapaba la otra oreja para intentar oír. Echó la silla hacia atrás y se retiró al rincón para que no le molestasen los grandes éxitos de la máquina de discos.

Lo primero que hizo el forense fue disculparse por llamar tan tarde.

—Para ser sinceros, me metí la nota en el bolsillo y acabo de acordarme de ella —reconoció.

—No pasa nada —le disculpó Camila—. Estoy en un bar en Vesterbro y seguramente ya he bebido un poco más de la cuenta. Sería mejor que hablásemos mañana, pero, ya que ha llamado, me gustaría preguntarle una cosa.

Flemming Larsen se rio y pidió perdón por las molestias.

—He intentado hablar con usted porque me gustaría seguir con el caso del asesinato que tuvo lugar justo enfrente de donde estoy ahora. Tengo algunas dificultades para conseguir que a mi jefe le interese. Piensa que no tenemos suficiente para escribir un artículo. Lo único que sabemos es que probablemente sea una prostituta extranjera. ¿Qué ocurrió realmente?

Mientras el forense vacilaba en el otro extremo de la línea, Camila asintió con un gesto cuando le preguntaron si quería otra ronda.

—Se trata simple y llanamente de una ejecución —contestó Flemming Larsen finalmente, pero dejó claro que ésa no era una información que ella pudiera usar—. La chica no tuvo ni una sola oportunidad de defenderse —precisó—. En el examen que le hicimos durante la autopsia descubrimos lesiones por todo el cuerpo producidas por palizas recibidas antes del asesinato. Es decir, no era la primera vez que iban a por ella.

—¡Es horrible! —exclamó Camila, sintiendo cómo la adrenalina pugnaba por abrirse camino entre los efectos del alcohol.

—Pienso que hay razones suficientes para seguir con este asunto —afirmó él con toda gravedad.

Camila estaba totalmente de acuerdo y dispuesta más que nunca a ponerse manos a la obra, independientemente de si Terkel Høyer decidía publicarlo en el periódico o no. Pero, por supuesto, no era tan sencillo. Sobre todo si tenía en cuenta que, evidentemente, Holck conocía mucho mejor aquel mundo de lo que ella sospechaba.

—Cada vez hay más prostitutas maltratadas y violadas. Nadie está más expuesto que ellas. Las vemos cuando van a buscar refugio en Reden y de allí las mandan al Centro para Víctimas de Violaciones.

Camila se dio cuenta de que Flemming Larsen se estaba animando y que a ella le costaba seguir el hilo; por eso le propuso volver a llamarlo para mantener una conversación cuando tuviese su bloc de notas y un poco más de tranquilidad.

—Llámeme cuando quiera —repuso él, y le dio su número de móvil, que ella anotó rápidamente en el reverso de un tique del bar.

Camila arrastró su silla hasta la mesa y bebió un trago de cerveza mientras Kaj empezaba a contarle una anécdota de uno de los grandes cocineros franceses de su tiempo, Auguste Escoffier, que pasó una vez por el Hotel D'Angleterre.

—Cuando estaba terminando su menú con una Poire Hélène, se puso tan furioso que estuvo a punto de largarse —explicó Kaj con un destello alegre en su velada mirada.

—¿Por qué?

Le habría gustado poder quitarse de la cabeza a la chica degollada en el otro lado de la calle.

—Porque querían echarle nata por encima y llamarlo Poire Belle Hélène.

Ahora Camila sí que no entendía nada, y Kaj tuvo que explicarle que era un pecado mortal poner nata a un postre de helado de vainilla, peras en almíbar y una buena cobertura de chocolate.

—¡Nata! —resopló Kaj—. Eso es algo que los cocineros hacen cuando no tienen ni idea o no se preocupan de escuchar. Era su postre. Era él el que lo había creado —dijo indignado—, pero quisieron rebajarlo al nivel simplón en el que se suele servir desde entonces.

Había algo de burla en sus palabras.

Camila le sonrió mientras pensaba que le habría gustado comer en su restaurante, pero le había conocido con veinte años de retraso.

Estuvieron un tiempo en silencio mientras sonaba en la máquina un viejo disco de Johnny Cash.

—*Because you are mine, I walk the line* —cantaba Kaj con voz grave al llegar al estribillo. Su mirada se había vuelto hacia la ventana y reposaba, cansada, en la puerta del otro lado de la calle.

Camila se dio cuenta de que ya había bebido suficiente. Su rabia contra el jefe de redacción ya se había ido apagando y no le apetecía seguir bebiendo cerveza.

—La vi —dijo Kaj de repente cuando Cash terminó.

Se miraron.

—¿A la mujer asesinada? —preguntó Camila siguiendo la mirada de Kaj, fija en la puerta de enfrente.

Él asintió.

—¿Se lo has contado a la policía?

Negó con la cabeza y explicó que no tenía ni la más mínima intención de hacerlo.

—¡Hombre, es importante...!

La interrumpió alargando la mano sobre la mesa y tomando la suya; ella calló.

—No siempre funcionan así las cosas en el mundo real —dijo Kaj a la vez que retiraba la mano—. Quiero poder moverme por mi barrio sin miedo. Por muy buena gente que sea Mikkelsen, el *sheriff* de aquí, al final me pedirían que testificase en el juzgado, y de eso no sacaría nada.

—No, no, espera —interrumpió Camila mientras pedía rápidamente otra ronda—. ¡Pero es que tampoco sirve de nada esconderse! La liquidaron rajándole el cuello.

Kaj la miró. Su rostro estaba surcado de profundas arrugas y el cabello le blanqueaba, pero no tendría más de cincuenta y cinco años, calculó Camila. Tenía una mirada muy oscura, en la que se reflejaban con nitidez las duras experiencias de toda una vida; ante él, Camila se sintió como una escolar inexperta.

—Está bien —dijo ella—, no sé una mierda de todo esto. Sólo sé que en este caso nadie quiere hablar. Según parece era muy joven y ahora está muerta. ¡Eso es algo que de ningún modo... se puede tolerar!

Las palabras sonaban a disparate, pero las pensaba de verdad, y entre las brumas étlicas deseaba poder salvar a la chica, aunque ya era tarde. También quería salvar a Kaj, y en todo caso, los responsables debían pagar por lo que habían hecho.

Kaj seguía sin decir nada, así que fue ella la que volvió a hablar.

—¿Qué estás mirando? —quiso saber.

La estaba observando, y Camila tuvo la sensación de que él aún no se había aproximado ni de lejos a su límite alcohólico. Claro que él también estaba mucho más acostumbrado que la mayoría.

—Te contaré lo que vi y si quieres puedes escribirlo. Pero tienes que garantizarme que no revelarás de dónde lo has sacado.

—Por supuesto —exclamó Camila.

Y se dirigió a la barra a por una botella de agua y un poco de papel, que le dio la camarera.

Conocía a la chica que han asesinado. Se llamaba Iveta y tenía una hijita, que vive con su madre en la República Checa. Alguna que otra vez la había ayudado a enviar dinero a casa. Me imaginaba que andaba metida en algún lío, pero ella no quería contarme nada para evitar que yo me viese implicado. Se enteró de que su madre había caído enferma, y la última vez que hablé con ella estaba muy preocupada por su pequeña y quería irse a casa.

Camila escribía con una letra muy apretada para tener suficiente espacio en los papelitos que había conseguido.

—El domingo por la noche la vi llegar por la Skelbaekgade, desde la estación de Dybbolsbro. Iba por la otra acera y, al verme, me saludó. En ese momento le sonó el móvil. Yo estaba ahí, en las escaleras —señaló la puerta de la calle—, bebiendo una

cervecita. Oí la música del teléfono y la vi responder. Primero pensé que iba a cruzar, pero en lugar de eso entró en aquel portal —señaló hacia el Matadero—; supuse que el que la había llamado sería algún cliente que estaba en camino. Y no habrían pasado más de cinco minutos cuando un coche se detuvo; un hombre se bajó de la parte de atrás y siguió el mismo camino que ella. Pero pocos minutos después volvió y saltó al coche, que arrancó a gran velocidad.

Camila dio la vuelta a los papeles y siguió escribiendo por el reverso.

—Estaba claro que había algo raro, y en cuanto se marcha ron, crucé. Pero cuando la vi, me di cuenta de que no podía hacer nada por ella. Así que llamé a la policía desde la cabina de allí.

Hizo un gesto con la cabeza señalando la pared del fondo del local, donde había un teléfono público.

—¿Viste qué coche era?

Asintió, y dijo que era un Audi A4 oscuro; además, estaba seguro de que el conductor era idéntico al albanés para el que trabajaba Iveta.

—Tienes que hablar con la policía —decidió Camila—. Serás un testigo protegido y te ayudarán.

—Sí, ya sé. Prometen tanto... —Kaj negó con la cabeza—. Yo ya he hecho lo que debía por Iveta y su pequeña. Ahora tú decides si esto sigue adelante —concluyó vaciando su vaso.

Camila asintió.

—Pero en caso de que alguien me venga con preguntas, yo no tengo ni idea de dónde has sacado esa información —recalcó Kaj una vez más.

—No, claro.

Camila se levantó para pagar la cuenta. Ya era hora de volver a casa, y aunque había decidido seriamente que a Terkel Høyer le podían dar por ahí, lo que le había contado Kaj hacía que ese enfrentamiento pasara a segundo plano y dejaba el paso franco al relato que pensaba escribir a la mañana siguiente con las declaraciones del testigo presencial. Sería lo primero que el jefe de redacción se encontrase al llegar, servido en bandeja de plata.

—¿Te quedas? —preguntó a Kaj al volver a la mesa.

—*Oui. Une minute, madame* —respondió él en su francés danesizado, y asintió con la cabeza.

Camila pagó doscientas coronas de más con la tarjeta y dijo a la camarera que eran para lo que Kaj quisiera tomar.

Louise había tardado mucho en devolver la llamada, pero al regresar a casa desde el Bella Center y ver un nuevo mensaje en su contestador, se sentó tranquilamente en el sofá y llamó a Kim Rasmussen.

—Han asesinado a una prostituta extranjera —se disculpó, sintiendo por un momento que era un error dar explicaciones—. Estas últimas tardes hemos estado intentando encontrar testigos, y aún no perdemos las esperanzas de dar con alguien que haya visto algo.

Desde el otoño mantenían una relación que había comenzado durante un caso de asesinato, por el que habían enviado a Louise a Holbaek con la brigada móvil.

Kim y ella habían sido compañeros durante aquel caso, y Louise se había enamorado y se había dejado llevar a un mundo idílico de casas de campo y paseos en kayak. También pasaron unos días maravillosos en Växjö, en Suecia, remando en lagos y ríos, recogiendo setas, cocinando en la hoguera y haciendo el amor al aire libre. Hubo momentos en que había pensado que una relación a distancia era la mejor solución para ella: él en Holbaek y ella en Copenhague. Y hasta Navidad todo había sido maravilloso, con las compras por el centro de la ciudad, tomados de la mano y bebiendo ponche caliente. Pero la distancia iba haciendo los encuentros cada vez más infrecuentes.

—¿Te apetece venir el fin de semana? —preguntó él sin hacer ningún comentario sobre el caso—. Unos cuantos del club hemos pensado en coger los kayaks e irnos el sábado a recorrer la Punta Tuse. Nos llevaremos la comida, y puede que acampemos durante la noche.

—Tengo que trabajar el fin de semana. Lo siento —añadió Louise, al darse cuenta de que tenía unas ganas locas de ver a aquel torpón de dientes torcidos—. Pero a lo mejor podemos hacer una excursión cuando haya acabado con este caso.

Él se rio.

—¿En serio crees que entonces no habrá un nuevo caso?

—¡Vale, vale! —repuso ella, confiando en que pudiese oír su sonrisa—. Pero si sales ahora, podrías estar en Frederiksberg en menos de una hora.

—Hecho —respondió él aceptando la invitación de inmediato—. Tú pones el café y yo me encargo del resto. Sólo tengo que sacar a los perros y voy para allá.

Louise colgó el teléfono. El café irlandés les había seguido a todas partes desde la primera vez que habían estado juntos, sentados en el banco ante la casa de él, deleitándose con las vistas. Por pura casualidad, Kim le había ofrecido un irlandés después de la primera cerveza, y desde entonces se había convertido en su bebida; además, se habían enterado de que no era lo mismo utilizar *whiskey* que *whisky*. El

primero es irlandés y apenas ahumado; el segundo, escocés y estropea un auténtico café irlandés.

Louise sonrió estirando las piernas sobre el sofá. En realidad estaba demasiado cansada como para poder prescindir de unas horas de sueño, pero por otro lado un buen polvo le daría más energías que ocho horas de profundo sueño.

Camila estaba trabajando en el ordenador cuando, a las nueve y media, llegó Terkel Høyer. Tenía el rubio cabello aún húmedo de la ducha de la mañana, por lo que Camila supuso que habría corrido sus diez o quince kilómetros antes de ir al trabajo.

A Camila le dolía la cabeza y la luz de la lámpara le molestaba en los ojos; se habría quedado en casa, si su excursión del día anterior no hubiese sido tan fructífera, y si no hubiese estado empeñada en que su jefe se tomara el primer café del día acompañado de las declaraciones del testigo.

Él se detuvo en la puerta y la observó ordenar los folios de su artículo.

—¿Qué te pasa? —El tono era atento, y la voz sonaba preocupada—. Tienes mala cara.

Ella asintió, y le sorprendió que no hiciera ningún comentario sobre su enfrentamiento del día anterior. Tal vez la periódica repetición de sus desavenencias hacía que ya ni siquiera les prestara atención.

—Sí, me iré a casa enseguida —explicó ella antes de alargarle las hojas impresas—. He estado con el caso de la prostituta de Skelbaekgade, y parece ser que la ha ejecutado su propio chulo. Aquí tengo algo que deberías leer.

Él entró en el despacho de Camila y se acercó a la mesa.

—La policía aún no ha encontrado ninguna pista ni a ningún testigo —continuó Camila—. Pero aquí tienes a una persona que conocía a la mujer y la vio entrar en el portal del Matadero de Skelbaekgade, y también vio a un hombre que la seguía poco después.

Terkel Høyer se quedó mirándola un momento antes de alargar la mano para recoger el artículo. Camila notó que quería decir algo, por lo que se apresuró a continuar.

—Considérame de baja por enfermedad desde hoy. En la práctica, eso quiere decir que no estoy aquí y que no entregaré nada al periódico. Pero si quieres publicar este artículo y respetar a mi fuente al cien por cien, podrías sacarle buen partido a la historia, porque el testigo no ha hablado con nadie más. Y puedes estar bien seguro de que no se lo ha inventado —dijo confiando totalmente en el jefe de cocina.

Terkel se había sentado frente a ella y recorría con los ojos los dos folios que le había entregado.

—Tengo que comunicarte que voy a ir a la policía y les daré la misma información que aparece en el artículo.

El jefe de redacción dejó los papeles, se echó hacia atrás y puso los brazos sobre los de la silla.

—Vaya, vaya. ¿Estás segura de que el testigo dice la verdad?

—Tan segura como de que es un pecado mortal poner nata en una auténtica Poire Hélène —respondió ella disfrutando del gesto sorprendido en el rostro de su jefe.

—Bueno, déjame ver. Tenemos también listo para mañana el reportaje de Kvist desde Silkeborg.

Camila sintió que el cansancio acumulado la invadía de repente.

—¡Espera! Escúchame un momento —dijo recuperando el ánimo—. La trata de seres humanos es uno de los crímenes que más dinero permiten amasar a los delincuentes. Y a vosotros se os pone dura por unos cuantos cuadros valorados en un par de cochinos millones. —Se levantó—. Me voy a casa a cuidarme este resfriado. Pero llámame si finalmente decides publicarlo. —La voz de Camila era tranquila, dominando su irritación—. Antes voy a informar a la policía de la historia del testigo. Lo más que podré conseguir será que no den la noticia a los demás medios hasta mañana, para que puedas sacarla en exclusiva, si por fin le decides. No puedo exigirles que la retengan más tiempo.

En la calle se encontró con Holck. Camila se había puesto las gafas de sol, pero se las subió a la frente al verlo. Holck caminaba mirando a lo lejos, y antes de acercarse a ella, cuando ya no iba a poder evitar el contacto visual, dio media vuelta y se metió en una tienda vacía. Pero con eso Camila ya tenía suficiente. Ahora sabía que el episodio del día anterior había dado una nueva dimensión a su tensa relación, y que a partir de aquel momento, él ya no podría denigrarla hasta el punto que a él le gustaba.

Pedaleó hacia la Jefatura Superior de Policía con una copia de su artículo en el bolso. En la puerta pidió hablar cinco minutos con Louise. Le permitieron quedarse esperando en el control de entrada hasta que el guarda tuvo tiempo para atenderla. Cuando le dijo que deseaba visitar a Louise Rick, la miró con cara de asombro.

—¿Y dónde trabaja esa persona?

Camila le explicó que Louise trabajaba en la antigua Sección A; el guarda, mientras ojeaba sus listas desconcertado, le pidió un número de extensión, que, naturalmente, Camila no recordaba. Finalmente ésta desistió; la llamó al móvil y le pidió que bajase a buscarla.

La resaca era cada vez peor, lo que la llevó a suponer que la única razón por la que había sido capaz de levantarse esa mañana y escribir el artículo era, con toda probabilidad, que en ese momento aún no estaba totalmente sobria.

Antes de ponerse delante del teclado se había asegurado una buena dosis de café negro, luego había leído y releído varias veces el artículo para estar segura de que era lo suficientemente bueno y no contenía demasiadas vaguedades.

Pero en esos momentos, con su misión a punto de finalizar, se sentía como un globo casi sin aire. Además, las sienes estaban a punto de estallarle.



Louise abrazó a su amiga, y en cuanto entraron en el despacho, cogió el termo de la mesa y fue a la cocina a llenarlo de café.

—Se te ve un poco desmejorada —comentó irónica al volver.

Camila asintió con una sonrisa.

—Será porque tu aspecto es superlozano —respondió—. Pero tienes razón. Ayer tomé un par de cervezas, bueno, más bien seis o siete, y justamente por eso estoy aquí.

Louise se sentó con curiosidad y observó cómo Camila sacaba sus papeles del bolso.

—Me encontré con un hombre que prácticamente fue testigo del asesinato del Matadero. Conocía a la chica y la vio llegar a Skelbaekgade. En aquel momento la chica recibió una llamada y cuando acabó de hablar, entró en el portal de la Escuela de Hostelería. Inmediatamente después, un Audi A4 oscuro se detuvo y un hombre se bajó y la siguió.

Cuando ellas habían entrado en el despacho, Lars Jørgensen estaba hablando por teléfono, pero ya había colgado y estaba escuchando a Camila. La conocía bien y había trabajado con ella varias veces en casos que ella había destapado.

—Un momento después el hombre volvió al coche, que arrancó a toda prisa.

Camila se quitó la chaqueta.

—¿Se trata de algún testigo con el que podamos hablar? —preguntó Lars Jørgensen desde el otro lado de las dos mesas enfrentadas.

Ella negó con la cabeza.

—No, tenéis que utilizarme a mí y este testimonio.

Louise ya se había imaginado algo así cuando su amiga había empezado a hablar.

—Antes de que sigas, voy un momento a ver si puedo reunir al resto del grupo. Me parece que Mikkelsen estaba con Toft y Michael Stig. Ayer conseguimos identificar a la mujer y precisamente estamos informando a la policía checa para que intenten encontrar a su familia y puedan comunicárselo. Los llamo ahora mismo. ¿Intentas tú localizar a Willumsen? —preguntó Louise a su compañero.

Camila se levantó para saludar a los agentes que iban entrando.

Louise le presentó a Mikkelsen. A los demás ya los conocía.

—¿Qué es eso tan importante? —preguntó Willumsen con aspereza cuando apareció por la puerta y vio a su grupo de investigadores. Su mirada se detuvo en Camila y avanzó un paso—. ¿Qué pasa? ¿Nos hemos reunido para atender a un

representante de los medios escritos?

Camila se enderezó, y en ese momento, Louise se dio cuenta de que su amiga parecía no haberse lavado el pelo, que llevaba recogido en una cola de caballo, y de que el maquillaje no era tan minucioso como de costumbre. Pero era necesario conocerla bien para notar esos detalles, que indicaban que había salido de su casa con más prisa de la que solía. En realidad, Louise no podía decir nada, porque ella tenía un aspecto parecido, después de sólo un par de horas de sueño e incontables tazas de café con *whiskey* y nata. Por otra parte era más normal que ella no se maquillase mucho o que no dedicase demasiado tiempo a intentar domar su rebelde cabellera.

—Bueno, en realidad se trata de una miserable representante de la prensa escrita que está aquí para ayudar al Estado con importantes informaciones —respondió Camila lanzándole una dulce sonrisa.

Louise se reclinó un poco con una taza de café en las manos y dejó que los otros dirigieran la marcha de la reunión.

Willumsen asintió un par de veces y buscó un lugar para sentarse. Michael Stig se quedó apoyado en la puerta, con un bolígrafo en las manos, y apenas dejó sitio a Suhr cuando éste le pidió que se retirase un poco.

Camila repitió lo que ya había contado a Louise y a Lars Jørgensen.

—Parece que se trata de esos dos albaneses —concluyó Mikkelsen—, los de las cazadoras de cuero sobre los hombros y las gafas en la frente. Arian conduce un Audi A4 nuevo.

Camila se encogió de hombros y solamente pudo repetir lo que Kaj le había contado.

—Podríamos investigar la llamada que recibió —sugirió Lars Jørgensen, pero se topó con Suhr que movía la cabeza negativamente.

—No llevaba ningún móvil encima cuando los técnicos registraron el cadáver.

—Seguramente se lo llevarían —afirmó el compañero de Louise, y nadie le contradijo.

—¿Podemos usar esto para algo? —quiso saber Willumsen.

—Joder, pues claro —exclamó Mikkelsen—. Ni en sueños te habrías imaginado tener algo mejor. —Se volvió hacia Camila—. ¿Estás segura de que no podemos hablar con tu fuente? Si quiere, puede permanecer en el anonimato y podemos evitar que la declaración quede registrada en el atestado, para no correr el riesgo de que se le llame posteriormente como testigo.

Willumsen iba a protestar, pero fue interrumpido por Toft, que recordó que lo que la fuente de Camila había contado casaba perfectamente con la historia de Pavlina sobre los chulos albaneses.

—Es decir, tenemos un motivo más para tener bien vigilados a esos dos tíos.

Pasó un momento en el que el jefe del grupo se quedó de brazos cruzados, asintiendo pensativo. Cuando iba a abandonar el despacho, Camila extendió el brazo.

—A cambio de esto, tenéis que prometerme que, a menos que llame esta tarde

diciendo algo en contra, hasta mañana no diréis a otros periodistas nada de lo relatado por mi fuente pidió mirando fijamente a Willumsen.

—Lo prometemos... —refunfuñó él observándola, pero una mirada de Suhr hizo que le cambiara la expresión del rostro—. Permítenos decirte que apreciamos enormemente que te hayas tomado la molestia de venir a informarnos, en vez de que tengamos que leerlo en el periódico de mañana —agradeció con voz satisfecha, y a continuación solicitó la atención de todo el grupo—. Intentemos localizar el Audi para montar un seguimiento —ordenó mientras salía del despacho—. Y cuando lo hayamos encontrado le montas un localizador. —Esto último iba dirigido a Toft—. Aprovechad hoy y mañana para dar con algún testigo que pueda sustentar lo dicho por la fuente de Camila, e investigad quiénes son esos tíos y a qué se dedican. Cuando tengamos una idea clara, podéis ir a la Estación Central e investigar si es cierto que las chicas van diariamente allí para pagar a sus chulos.

Saludó a Camila con la cabeza antes de alejarse. El inspector jefe se quedó en el despacho y se tomó su tiempo para darle las gracias.

Michael Stig se quedó atrás cuando los demás ya se habían marchado.

—Estaba pensando... ¿No te vi ayer en Sønder Boulevard? —preguntó recorriendo con la mirada su vestido Malene Birger y los zapatos de tacón alto—. Pero sería alguien que se te parecía, porque estaba echándose unas birras con un viejo borrachín.

Camila le sonrió y dijo que la idea sonaba agradable, pero que había estado en clase de *breakdance* con su hijo.

Louise sabía que eso era mentira. Markus iba los lunes, y además, acababa de dejarlo. Ella también recordaba a esa mujer, y no le resultaría muy sorprendente que su colega no se estuviera equivocando. Acompañó a su amiga hasta la salida y la despidió con un beso en cuanto Camila le dijo que se iba a casa a dormir.

—Y yo. En cuanto pueda —repuso Louise.

El sábado por la mañana, Camila ya estaba con el chándal puesto y cerrando la puerta de su casa cuando sonó el teléfono. Por un momento sopesó la posibilidad de no contestar. Louise y ella habían quedado para almorzar, y estaba empeñada en salir a correr antes.

El día anterior, su historia sobre Kaj había ocupado toda la portada y dos páginas interiores. El último trabajo del becario, antes de volver a la Escuela de Periodismo, había sido elaborar una lista de los asesinatos de los últimos años en el barrio de Vesterbro y en el resto del país. Había habido varios de estos brutales sucesos en Ringsted y en Aalborg, entre otros lugares. No se trataba de establecer una relación entre ellos; era más bien la constatación de que contra esas expuestas mujeres se ejercía una violencia salvaje, un enfoque que agradaba especialmente a Camila.

—Tenemos que cancelar nuestra cita —le anunció Louise a Camila cuando ésta finalmente se decidió a volver al salón y coger el teléfono—. Ha habido otro asesinato.

Camila oyó voces de fondo y un coche que pasaba.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Estoy en Sønder Boulevard. El cuerpo está en un patio.

—¿Es una prostituta? —quiso saber Camila temiendo ya una repetición.

—No. —En cierto modo, la respuesta fue tranquilizadora—. Es uno de los borrachos del barrio —continuo Louise—. Mikkelsen ya lo había identificado antes de que yo llegase. Lo han hecho con una tremenda crueldad; una visión espeluznante para las familias que viven en las casas que dan al patio.

Camila se dejó caer en el brazo del sofá.

—¿Es Kaj? —preguntó en voz baja, sintiendo cómo se le hacía un nudo en el estómago.

—¿De qué demonios lo conoces? —preguntó Louise sorprendida.

—Simplemente lo conozco —contestó Camila secamente—. Voy para allá.

—Creo que no es una buena idea. No te van a dejar verlo.

—Joder, no pienso hacerlo, pero ¿no te das cuenta de que fue él quien me contó lo de Iveta y el Audi? ¿Cómo demonios habrán sabido que había sido él?

A Camila se le quebraba la voz y el nudo se le apretaba más y más, tanto que casi no tenía ni fuerzas para levantarse del sofá. De repente sintió frío, y la habitación desapareció, concentrándose en torno al sofá.

—Entiendo —contestó Louise—. Será mejor que vengas. Hemos acordonado el patio, y nuestros coches están fuera, así que te resultará fácil encontrarnos.

Camila los vio a lo lejos. Y también a una fila de curiosos, que se habían

congregado ante el portal; cuando se acercó oyó varias conjeturas sobre lo que había sucedido. Reconoció a un par de personas que habían estado en el bar y al tipo de la tienda de la esquina.

Louise estaba junto a uno de los furgones azules, hablando con Niels Frandsen, director del Kriminalteknisk Center. La entrada del patio estaba acordonada con cintas de la policía.

—El cadáver sigue ahí dentro —informó Louise cuando Camila dejó su bicicleta y saludó a Frandsen—. Esperaremos aquí.

Una ambulancia con brillantes cristales dobló la esquina, y Louise apartó un poco a Camila.

—Flemming acaba de finalizar su examen del escenario y del cuerpo —dijo—. Ya pueden levantar el cadáver.

—Hacía tiempo que no nos enfrentábamos a algo tan brutal —reconoció Frandsen cuando supo que Camila tenía alguna relación con el fallecido—. Suponemos que lo derribaron aquí en el portal y luego lo llevaron al patio.

La ambulancia se detuvo, y Frandsen se acercó para retirar las vallas de un lado para que pudiese pasar. Después la siguió y se acercó a dos de sus hombres. Sus rostros estaban tensos y hablaban quedamente cuando él pasó por su lado.

—¿Qué le ha pasado? —susurró Camila a Louise cuando se quedaron solas.

Al darse cuenta de que su amiga no sabía qué responder sintió cómo se le aceleraba el corazón y una rigidez se le extendía por el cuerpo.

En ese mismo instante, el forense apareció tras las barreras, y Camila apartó la mirada de la camilla que acababan de sacar de la ambulancia.

—Es atroz —confirmó Flemming Larsen con una mirada sombría—. Nunca había visto una cosa así.

—¿Qué le han hecho? —repitió Camila, sin poder evitar una voz aguda de desesperación.

Flemming Larsen intercambió una mirada rápida con Louise.

—Los asesinos lo han atado entre cuatro bancos y le han hecho una variante de la corbata colombiana —contestó mirándola.

—¿Qué es eso? —preguntó Camila sin comprender.

—Así llaman al castigo que imponen los narcobarones colombianos a los chivatos —aclaró Louise, y tuvo que sujetar a Camila, que parecía a punto de derrumbarse.

—Normalmente le seccionan la garganta a la víctima transversalmente y le sacan la lengua por el corte —aclaró el forense—. Pero aquí le han abierto el cuello longitudinalmente. He observado también una profunda herida en el paladar. Creo que le sujetaron la lengua con un cuchillo para que no pudiese gritar, antes de llevarlo al patio.

—Seguramente le podríais llamar la corbata de los Balcanes —dijo Camila, pensando en los dos albaneses, mientras se apoyaba en la pared.

Louise acababa de sugerir a Camila que volviese a casa, cuando Suhr apareció

por la puerta y le pasó un brazo por los hombros.

Camila confirmó que Kaj era la fuente de su historia, pero negó convencida con la cabeza cuando le preguntaron quién podía saberlo.

—Me gustaría que le echases un vistazo a la cara antes de que se lo lleven con la ambulancia —le pidió el inspector jefe—. Tenemos que estar seguros de que se trata del mismo hombre.

Camila asintió en silencio y pasó las barreras.

—Si fuese él, tendría un cierto sentido —continuó el inspector cuando entraron en el patio.

«Sentido», pensó Camila acordándose del antiguo jefe de cocina.

El nudo del estómago se le apretó tanto que le tiraba de la garganta, impidiéndole respirar. Lo único que lograba era hacerlo en cortas aspiraciones.

—Sólo tendrás que verle la parte superior de la cara —la tranquilizó el inspector cuando notó que se quedaba paralizada.

Había bastantes personas en el patio. Al primero que vio Camila fue a Mikkelsen, que parecía hundido. Se hallaba sentado en un banco, con la cara gris y los ojos vidriosos, y miraba fijamente el asfalto bajo la lona verde que habían colocado a modo de palio, para tapar el lugar de la vista de las ventanas circundantes. Bajo él había dibujada una silueta blanca que marcaba el lugar en el que se había encontrado el cuerpo. De los cuatro bancos aún colgaban las cuerdas que habían dejado los agentes de la policía científica. Los bancos habían sido llevados hasta allí desde un rincón del patio, y seguían colocados como aspas de un molino, con el eje en el lugar donde había estado el cuerpo. Le habían estirado los brazos y las piernas.

Camila se obligó a mirar hacia la camilla donde el cuerpo de Kaj yacía en una bolsa blanca cerrada totalmente con una cremallera. El inspector jefe bajó con mucho cuidado la cremallera.

Reconoció el pelo gris y las marcadas arrugas del rostro, y lloró al confirmar que se trataba de él. Suhr no llegó a bajar la cremallera más allá de la boca, por lo que Camila no tuvo que ver el profundo corte, que partía de la garganta, punto por el que había penetrado el cuchillo, y le llegaba hasta el pecho, donde lo había detenido el esternón. El inspector tomó del codo a Camila y la ayudó a regresar.

—Sugiero que vayamos a la jefatura y hablemos —dijo Suhr cuando comenzaron a caminar hacia el portal.

Camila oyó cerrarse las puertas de la ambulancia, y se pegó al muro cuando ésta salió y desapareció en dirección al Hospital Central, donde se encontraba el Instituto Anatómico Forense.

Flemming le dio un apretón en el brazo al pasar, y Louise dijo que estaban listos para partir.

Toft, Mikkelsen y Michael Stig se quedaron con Willumsen; Lars Jørgensen y Louise partieron con Suhr y Camila.

—No entiendo cómo ha podido acabar así —dijo esta última mientras Louise le

abría la puerta trasera del coche y la ayudaba a entrar—. Nadie podía saber que había sido él quien me contó la historia.

Hizo el corto trayecto hasta la Jefatura Superior de Policía de Copenhague con la cabeza apoyada en el hombro de su amiga y los ojos cerrados. Como en un relámpago, revivió la mañana y la tarde del día que estuvo con Kaj, y vio ante sí el artículo. Lo había revisado varias veces... aun estando segura de haber sido muy cuidadosa. Y no había ninguna pista ni nada que pudiese identificarlo. No podía comprenderlo.

Al mismo tiempo, no le cabía ninguna duda de que era ella la responsable de que lo hubiesen asesinado de una manera tan salvaje y lo hubieran dejado expuesto públicamente en su propio patio. Humillado y castigado.

Fueron al despacho de Louise y Lars Jørgensen. Suhr trajo una silla adicional, mientras Camila se servía dos tazas de café bien cargado. De repente se levantó y salió corriendo por el pasillo en dirección al lavabo, tapándose la boca con la mano.

Cuando volvió del baño, el periódico del viernes con el artículo de Camila se hallaba sobre la mesa, y todos coincidían en que no había nada en el texto que apuntase a Kaj Antonsen como fuente de la historia.

—Lo único que veo que puede haber llevado a alguien a relacionarlo es tu foto —dijo Louise, señalando la diminuta foto de Camila, que aparecía al final del artículo junto a la firma.

Suhr tomó el periódico en cuanto Louise hizo ese comentario.

—Si alguien te vio con Kaj el día anterior a la publicación del artículo y te reconoció, quizá haya supuesto de dónde habías sacado a tu testigo presencial —aclaró Louise; vio a Camila luchar contra otro ataque de náuseas y comprendió que aunque su amiga había puesto el máximo empeño en intentar ocultar a Kaj como fuente, no había pensado en que su propia identidad podía revelar la relación.

Suhr asintió.

—Sí que puede haber sucedido así —concedió tras haberse enterado de dónde estuvieron hablando Kaj y ella. Le preguntó quién podría haberlos visto.

—Cualquiera —respondió Camila sinceramente—. No tenía ni idea de que la cosa fuese a acabar en una historia así. Lo único que pretendía era palpar un poco el ambiente del barrio de Istedgade, una zona que no conozco demasiado. Ni siquiera tenía idea de que las putas estuviesen por las calles tan abierta mente. A mí me interesaba la historia de la prostituta asesina da, pero entonces me encontré a Kaj y comenzamos a charlar; bebimos unas cervezas y una cosa llevó a la otra.

Louise estaba escribiendo mientras Camila hablaba.

—Luego fuimos a un café que se llama Hoker y estuvimos unas cuantas horas, mientras me instruía sobre cómo se hace una Poire Hélène auténtica, sin nata, por cierto —añadió sin poder contener las lágrimas.

Llamaron a la puerta del despacho. Era Toft, que entró con un técnico, disculpándose.

—Encontramos el Audi ayer por la tarde —informó dirigiéndose a Suhr—, y esta tarde le he puesto un localizador. Ahora está en Valby, y ya hemos comprobado si estuvo cerca de Sønder Boulevard y del patio donde encontramos el cuerpo. Ha permanecido todo este tiempo en ese lugar sin moverse.

Louise se enteró de que tenían autorización para realizar escuchas durante cuatro semanas, y que gracias al chip que había colocado Toft en el automóvil, podían seguir



los movimientos del Audi A4 oscuro en una pantalla desde la sala de seguimiento.

—Uno de los chicos lo está controlando, así que en cuanto metan la llave, nos enteraremos. Además, estamos intentando conseguir un intérprete que nos ayude con las escuchas —informó Toft mirando casi siempre a Suhr—. Espero que sea Igli. Es intérprete tanto de albanés como de serbocroata y checo. Llamará hacia el mediodía y nos dirá si puede o no. Acabo de hablar con él, pero estaba en no sé qué partido de niños en Hvidovre, y su hijo acababa de marcar. Cuando vuelva a casa y compruebe su agenda, nos dirá algo.

Suhr asintió satisfecho. Igli era uno de sus mejores intérpretes para los casos con gente procedente de los Balcanes. Había trabajado en la policía de la antigua Yugoslavia, y el departamento de homicidios había aprovechado su experiencia en casos anteriores. El inspector jefe encargó a Lars Jørgensen y a Louise la comprobación del relato completo de los hechos, desde que Camila se encontró con Kaj hasta que se separaron. Sobre todo si ésta había notado que alguien se fijase especialmente en ellos.

Louise le prometió que tendría un informe.

—¡No puede ser! —exclamó Camila cuando Suhr se hubo marchado—. Me acabo de acordar de que dejé un par de cientos de más para Kaj cuando pagué la cuenta del bar, y naturalmente en el recibo de la tarjeta estalla mi nombre. No lo pensé en absoluto, sólo quería ser amable con él, para darle las gracias por la historia, aparte de que había bebido demasiada cerveza como para pensar en eso.

Se cubrió el rostro con las manos. Louise pensó que, desde luego, ésa era una de las razones por las que Mikkelsen no había querido hablar con Kaj hasta que pudiese ir a su casa, donde nadie los viera. Pero no dijo nada y se contentó con ponerle la mano en el hombro. Inmediatamente, Lars Jørgensen telefoneó a Mikkelsen para contarle lo de las doscientas coronas y el recibo de la tarjeta. Cuando colgó, les dijo que los compañeros irían a hablar con la camarera, para averiguar si alguien había pedido ver el recibo después de que Camila se marchase.

—Así que resulta que sí eras tú a quien vio Michael Stig —comentó Lars Jørgensen, y Camila asintió débilmente.

—Lamento tanto lo que ha pasado... —afirmó Camila el domingo por la tarde, sentada en el sofá de Louise ante una botella de vino tinto—. Me siento como si lo hubiese matado con mis propias manos. En todo caso, es culpa mía que ya no esté aquí y que lo matasen de ese modo tan horrible.

Louise la escuchaba y la dejaba hablar. Al principio había intentado convencerla de que no era así, amortiguar un poco la culpa, pero Camila le había pedido que no lo hiciera.

—No hay ninguna razón para justificarse. Y de todas formas tendré que vivir con lo que he hecho.

—Pero, por Dios, no has hecho más que tu trabajo. Ni tú, ni el propio Kaj podíais prever que vuestro encuentro fuese a acabar así.

—Precisamente habló conmigo para protegerse —recordó Camila para sí—. Podía haber ido a hablar con vosotros, y a lo mejor todavía estaría vivo.

Louise se llenó la copa, pero se guardó de hacerlo con la de Camila.

—¡Pero si tú lo protegiste! —insistió Louise, y se levantó para encender alguna luz que iluminara un poco el comedor. Fue luego hasta el equipo de música, puso de nuevo el disco de Big Fat Snake y volvió a dejarse caer en el sofá—. Y además, no necesitabas ir hoy al periódico a escribir ese artículo sobre tu papel en el asesinato. ¿Por qué te culpas de todo? Y para colmo, ante todo el mundo.

Camila la miró fijamente, como si Louise fuera el borde del peñasco que la separaba del abismo.

—No hay ni la más mínima duda de cuál fue la mecha que hizo estallar lo ocurrido ayer. Es espantoso, pero tengo que vivir con ello. Y los lectores tienen derecho a saber con qué tipo de idiotas integrales y sin cerebro están tratando. Además, ya he visto demasiados compañeros de profesión que, con sus revelaciones y cotilleos, han llevado a la gente al límite, y después se han tenido que ir con el rabo entre las piernas y no han querido aceptar su responsabilidad. A pesar de todo, no se puede caer más bajo.

Louise había preparado la habitación de invitados para Camila. El día anterior habían estado en su casa para recoger una maleta con algo de ropa y su bolsa de aseo, y contra todo pronóstico su amiga no había protestado.

—He pedido un permiso en el trabajo —dijo Camila de repente con el cepillo de dientes en la mano—. Y si no me lo dan, me largo de todas formas —añadió tras una breve pausa.

Louise asintió. Ella también había hablado con el jefe de Camila, que estaba muy preocupado por su periodista y había indicado a Louise que estaba totalmente dispuesto a apoyarla. Al fin y al cabo había sido él quien había puesto su foto en el artículo sin pensar.

—Me gustaría llamar a un psicólogo que conozco en el Hospital Central —comentó Louise desde la puerta de la habitación cuando su amiga ya estaba en la cama—. Se llama Jakobsen y es buenísimo; además, no sirve de nada que cargues con todo ese sentimiento de culpabilidad.

Esperaba un cúmulo de protestas, y al no encontrar oposición, prácticamente pudo oírse el ruido que hizo al caer por tierra el discurso que tenía preparado.

—Creo que no es una mala idea —fue lo único que dijo su amiga antes de apagar la luz.

—No hay ninguna duda de que querían evitar que gritase —le informó Flemming Larsen a Louise el lunes por la mañana, tras haber practicado la autopsia—. De acuerdo con el rastro que han encontrado los técnicos en el camino hasta el patio, resulta evidente que el autor o los autores del crimen esperaron en la puerta. Lo agarraron desde atrás y le introdujeron el cuchillo por el mentón, hasta clavarle la lengua en el paladar. De este modo consiguieron que callara mientras lo conducían al patio y lo ataban entre los cuatro bancos.

—Por eso nadie oyó nada.

Louise tomó una de las botellas de agua que Flemming había sacado de la máquina camino de su despacho. Le agradecía mucho que, por la amistad que tenían, le dedicase un poco de tiempo extra para comentar la autopsia.

Rememoró la escena del patio de Sønder Boulevard. Había bastantes bicicletas aparcadas delante de los contenedores de basura, por lo que hubiera podido entrar alguien mientras se producía el asesinato; al pensar en ello se le apareció la imagen de Kaj.

—¿Se puede saber cuánto tiempo tardó en morir? —se preguntó mirando a Flemming, que casi había terminado su refresco.

—Sabemos que seguía vivo cuando lo ataron al banco. Tú misma viste que las manos estaban negras y presentaban hematomas —comentó, y añadió que además estaban ligeramente hinchadas—. Es decir, en ese momento todavía había riego sanguíneo en el cuerpo.

Mientras él hablaba, ella asentía con la cabeza y miraba un par de fotografías tomadas por la policía científica, en las que aparecían ampliaciones de las manos y del cuello.

—Tenía rastros de hongo de espuma roja alrededor de la boca —aclaró Flemming—. Eso demuestra que comenzó a gargarizar con su propia sangre, y esa misma sangre le penetró en las vías respiratorias y se convirtió en espuma al respirar rápidamente debido al miedo. Estoy seguro de que vivió bastante tiempo antes de ahogarse.

Louise cerró los ojos por un momento sintiendo un horror que le heló el cuerpo.

—O sea, que se ahogó en su propia sangre —resumió ella cuando por fin volvió a abrir los ojos.

La gravedad de la situación había marcado una profunda arruga en la ancha frente del médico, que asintió absorto.

—Mientras tenía la lengua clavada no pudo tragar la saliva. Luego parece que giraron el cuchillo y lo empujaron hacia abajo con un corte largo, que dañó la laringe

y las vías respiratorias, y llegó hasta el esternón, donde se detuvo a la izquierda de la caja torácica.

Louise no pudo evitar que un estremecimiento le recorriera todo el cuerpo, y, conociéndolo como lo conocía, notó que Flemming también estaba profundamente afectado por la brutalidad de ese asesinato.

—Sabían muy bien lo que pretendían con esta ejecución —afirmó ella, y trató de aislarse durante un segundo para poder deshacerse de la pavorosa imagen.

—Mostrarles a todos los de su mundo que hay que mantener la boca cerrada si se ve algo —terminó el forense.

Sus miradas se cruzaron cuando esa conclusión se les hizo patente.

—Además, se tomaron su tiempo para atarlo y terminar el trabajo antes de abandonar el patio. Lo que demuestra que no les preocupaba que alguien entrase y los sorprendiese —conjeturó ella.

Louise se levanto y volvió a guardar en el bolso las fotografías. Flemming Larsen se acercó y le puso el brazo en los hombros mientras la miraba.

—¿Estás bien? —preguntó.

Louise suspiró y se encogió de hombros.

—La que no está bien es Camila —contestó—. Yo sólo me muero de ganas de pillar a alguien capaz de tanta maldad como para hacerle una cosa así a un anciano inofensivo. Pero aquí tenemos la prueba de lo cruel y absurda que es la famosa violencia del Este... y que por lo visto ya ha llegado a Copenhague.

—Sí, podemos afirmar que son más despiadados que los criminales a los que estábamos acostumbrados por aquí —convino Flemming; le dio un largo abrazo cuando llegaron al ascensor—. Cuídate —se despidió cuando la puerta del ascensor se abrió.

Louise le apretó la mano. Bajó hasta recepción y volvió a la jefatura para la reunión, que habían aplazado hasta después de la autopsia.

—Esta mañana Igli, el intérprete, ha oído que Arian irá a recoger a una persona al aeropuerto esta tarde —informó Willumsen cuando todos estuvieron reunidos en torno a la mesa del despacho de Suhr—. Es alguien que llega de Praga en el vuelo de Sterling NB564, que según lo previsto aterrizará a la 13:55 —continuó el jefe del grupo—, y quiero que vayáis los cuatro. Y esta vez, por mis muertos, tenemos que averiguar qué se traen entre manos antes de que liquiden a más gente.

Toft asintió.

—¿Seguimos al coche o les esperamos en el aeropuerto? —preguntó mirando a Willumsen y a Suhr.

—Vosotros dos id allí —respondió Willumsen señalando a Toft y a Michael Stig—. Rick y Jørgensen los seguirán. Pero mantened la distancia.

—Nos conformaremos con observar —aclaró Suhr.

Los ánimos del grupo se habían tensado desde el asesinato de Kaj Antonsen. Todos habían comprendido que se enfrentaban a delincuentes que tenían un criterio sobre la vida humana totalmente diferente del de los criminales que se movían normalmente por Copenhague.

—Va, a vuestros puestos. Quedan menos de dos horas para que aterrice el avión, y no quiero que llegéis con la lengua fuera y en el último momento —ordenó Willumsen—. A partir de ahora nos vamos a pegar a su culo.

Pero entonces se dio cuenta de la contradicción y añadió que, por supuesto, sin que lo notasen.

—Y cuando salgáis del aeropuerto, Toft y Stig regresan aquí para concentrarse en las escuchas, mientras Rick y Lars Jørgensen siguen a los albaneses hasta su puerta para saber adónde van. Después volvéis también. Necesitamos saber qué traman antes de planear nuestro siguiente paso.

Louise y Lars Jørgensen se detuvieron en el aparcamiento P6 de la terminal 3, pero en el extremo opuesto al que había ido el Audi de Arian y su acompañante.

Anduvieron despacio hacia el ascensor, pero se encontraron con una fila de personas con maletas esperando para subir, por lo que Louise condujo a su compañero hacia las escaleras. En el vestíbulo de llegadas vieron inmediatamente a Toft y a Michael Stig, el uno con un periódico; el otro con una café en las manos y vigilando a los pasajeros que salían de la aduana. Louise echó una mirada al ascensor y rápidamente fue a comprobar la pantalla de llegadas. El vuelo de Praga acababa de aterrizar, con cinco minutos de adelanto.

En ese mismo instante los albaneses salieron del ascensor. Echaron una ojeada a la pantalla y se colocaron delante de la puerta por donde salían los viajeros.

—¿Suponemos que el del pelo corto es Hamdi? Concuerda con la descripción que hizo Milos Vukovic, y no hay duda de que el conductor coincide con lo que sabemos del propietario del Audi —le comentó Louise a su compañero, que asintió sin perder de vista a Arian, que lucía una media melena peinada hacia atrás y gafas.

Tras diez minutos de espera, durante los cuales fueron saliendo unos cuantos pasajeros sueltos, apareció un gran grupo arrastrando maletas. Hamdi levantó un cartel blanco, que Louise no pudo ver desde donde estaba. En ese momento, Michael Stig pasó muy cerca de los albaneses en dirección a una papelería donde tirar su vaso de café.

Louise lo siguió con la mirada.

—Llana —susurró al pasar junto a ellos al volver de la papelería.

Ninguno de los recién llegados reaccionó ante el cartel, ni tampoco ninguno de los de la siguiente tanda, que salió poco después y se dispersó en diferentes direcciones. Louise se acercó al panel luminoso y vio que los equipajes seguían saliendo, por lo que todavía podía aparecer la pasajera. Cuando se volvió para regresar con su compañero, se detuvo bruscamente y dio un paso a la izquierda para ocultarse detrás de una columna.

Al fondo de la pared opuesta había divisado un flequillo moreno que terminaba en una marcada línea justo sobre las cejas. Era Pavlina, y junto a ella estaba Milos Vukovic; ambos miraban fijamente a los dos albaneses mientras vigilaban de reojo la corriente de pasajeros.

Louise volvió a donde estaba Lars Jørgensen y señaló hacia ellos.

—¿Sabes cuándo han llegado?

Él negó con la cabeza.

—Pero parece evidente que no están demasiado interesados en que los descubran

—comentó y se concentró de nuevo en los pasajeros que iban apareciendo.

Louise le dio la razón; de repente se despertó su curiosidad al ver cómo Pavlina avanzaba un par de pasos hacia una joven de pelo largo y rubio, que salía por la puerta de llegadas con un gran bolso al hombro. La joven ya casi había llegado hasta la puerta que daba a la parada de taxis cuando Pavlina y el serbio fueron a su encuentro. Tras saludarse las dos chicas, Milos Vukovic se ofreció galante a llevar la bolsa y rápidamente se fueron en dirección a la salida que llevaba a la estación de tren bajo el vestíbulo de llegadas.

—¿Quién sería? —preguntó Lars Jørgensen, cuando los tres desaparecieron por la escalera que daba a los andenes.

—Quizá la hermana —sugirió Louise, encogiéndose de hombros, y añadió que también podría ser una amiga que hubiese acudido a visitarles.

Aparentemente, los dos albaneses no habían advertido el encuentro y seguían pendientes de la marea humana que iba apareciendo. El simbolito del equipaje ya no se movía en la pantalla, lo que quería decir que ya habían salido todos los equipajes.

Tras diez minutos, vieron que Arian sacaba su teléfono móvil y se apartaba para hablar, mientras gesticulaba con violencia con el brazo libre. Fue hasta el cristal desde donde se veían las cintas de salida de equipajes y oteó la zona. Luego volvió y le dijo algo a Hamdi. No era difícil leer en su lenguaje corporal que estaban impacientes y que algo no había salido conforme a lo planeado. Iban y volvían intranquilos delante de la aduana.

Veinte minutos después, Arian volvió a llamar por teléfono.

—Voy a ir a la oficina de la policía del aeropuerto —propuso Louise—. Le preguntaré a alguien de la brigada de documentación si ha habido algún problema con la llegada de Praga. Tú defiende el fuerte mientras tanto.

Fue a la oficina, situada en el pasillo entre la terminal 2 y la 3. Suponía que el grupo de documentación de la policía no iba a preocuparse demasiado por un vuelo desde la República Checa. Todos los pasajeros procedentes de países del espacio de Schengen podían pasar sin problemas, pero bien podría ser que hubiese habido un control especial en la llegada de Praga, que a algunos pasajeros les hubieran pedido el pasaporte y que hubieran retenido a llana por algún motivo.

Saludó a un joven agente y le mostró su placa antes de preguntar si podría ponerse en contacto con alguna persona del grupo de documentación y con las que estaban de guardia en el *finger* C del aeropuerto, a donde conducían a los viajeros cuando se sospechaba algo extraño.

—Pregúntele si han retenido a alguien y pídale que busque a alguna llana entre la lista de pasajeros del Sterling NB564 de Praga.

Esperó pacientemente mientras él hacía lo que le había pedido. La brigada de documentación no tenía a nadie. La lista de pasajeros llevó algo más de tiempo, pero cuando el oficial de guardia llamó, cinco minutos después, le contó que llana Prohazkova estaba en la lista, pero que no se había presentado en la facturación.

Louise dio las gracias por la ayuda. Era evidente que el joven agente tenía curiosidad, pero como ella nada le dijo, él se abstuvo de preguntar.

—Veremos qué pasa. Finalmente se darán por vencidos y volverán a la ciudad —dijo Lars Jørgensen cuando ella volvió—. Al menos ahora ya les hemos puesto una cara a esos nombres —añadió como una especie de consuelo ante una excursión que no les había aportado nada.

Ella asintió mientras los miraba pensando en cuál de ellos habría empuñado el cuchillo la noche del Matadero.

Una hora después, los dos albaneses desistían y volvían a Copenhague. Durante todo el trayecto desde Kastrup, Louise y Lars Jørgensen se fueron intercambiando con sus dos compañeros el seguimiento del Audi oscuro.

—Si te miran, no apartes la vista —avisó Lars Jørgensen a Louise en un momento en el que se detuvieron a su lado en un semáforo del barrio de Amager.

Louise asintió. Sabía muy bien que se arriesgaban a ser descubiertos si desviaba la mirada. Cuando superaron el hotel Scandinavia dejaron paso a Toft y Michael Stig, y acordaron que éstos se desviarían al llegar a la jefatura, y ellos seguirían al Audi durante el resto del recorrido.

Continuaron por Tietgensgade; junto a la Estación Central y con el sol de frente pasaron ante el centro de deportes DGI y el edificio de exposiciones de Øksnehallen.

Eran las cinco y cuarto, y el tráfico era muy denso. En Halmtorvet, las filas de coches avanzaban lentamente. Si la cosa fuese mal, tenían el chip electrónico que había montado Toft en los bajos del Audi, pero preferían estar presentes para ver adónde iban los dos después de aparcar.

A dos coches de distancia, pasaron por delante del Matadero. Allí el tráfico era menos intenso, y cuando giraron en Saxogade, Louise comenzó a relajarse.

—Van al club —dijo mientras buscaba un lugar para aparcar.

El Audi aparcó dos portales más allá.

—Para —pidió Louise de repente—, me quedo por aquí mientras buscas un sitio.

Saltó del coche justo delante del club y al ver que los dos albaneses venían hacia ella, disimuló rebuscando en su bolso.

Pasaron a su lado hablando y sin mirarla. Por si acaso, ella se pegó a la pared y volvió la cara. Arian parecía enfadado, como si culpase a Hamdi de que la chica no hubiese aparecido. Bajaron de dos saltos los cuatro escalones que daban al sótano en el que se encontraba el club y desaparecieron en su interior.

Durante el breve instante en el que la puerta permaneció abierta, Louise pudo ver que había bastante gente dentro. Oía el ruido y captaba el olor.

Cuando llegó Lars Jørgensen, fueron a un portal desde el que tenían una buena vista de la entrada del club. Siempre que la puerta se abría, se retiraban un poco hacia la oscuridad, pues se dieron cuenta de que, desde la puerta del local, la vista del portal



era igual de buena.

—En realidad son ellos los que nos vigilan —confirmó Louise al ver a una persona que miraba desde una ventana en dirección hacia donde ellos se encontraban—. Será mejor que nos coloquemos al otro lado.

Tres hombres mayores pasaron por la acera conversando animadamente y bajaron al club.

—Ojalá pudiésemos saber qué hacen ahí —comentó Louise mirando con curiosidad hacia las ventanas con desteñidas cortinas de color amarillo.

—Juegan a las cartas, charlan y fuman cigarrillos —repuso Lars Jørgensen haciendo sonreír a Louise.

—Justo lo que a ti te gusta.

Él asintió.

—Tampoco es tan mal sitio —continuó—. Zona sin mujeres, con barra y juegos de azar.

—¿Se juega dinero?

Su compañero se echó a reír.

—¿Y qué te creías? ¿Que jugaban al *Gin Rummy*? Claro que se juega dinero, de vez en cuando cantidades astronómicas. Pero son lo suficientemente listos como para utilizar todo tipo de códigos y sistemas que les permiten no tener dinero en el club, por si aparece la policía —explicó moviendo la cabeza—. Y no es sólo en el club albanés —se apresuró a añadir—. Pasa lo mismo en la mayoría de los clubes de emigrantes en los que hemos hecho redadas.

—¡Hay que joderse! —exclamó Louise—. Y yo que creía que bebían té dulce y charlaban tranquilamente sobre los viejos amigos, y resulta que se trata de un garito organizado con barra.

Poco después de las seis estaban de regreso en la jefatura sin haber vuelto a ver ni a Arian ni a Hamdi. Encontraron al jefe del grupo en su despacho reuniendo todas las informaciones que habían ido llegando sobre el asesinato de Kaj Antonsen. Un número importante de agentes de la comisaría de la City estaba trabajando en los interrogatorios de los vecinos de los edificios que rodeaban el patio, y acababan de llegar los primeros informes de los técnicos de la policía científica. Se levantó y ordenó la mesa de reuniones, mientras Louise se dirigía a avisar a Michael Stig y a su compañero.

—No cabe ninguna duda de que esos dos tienen algo entre manos que les ha salido mal —afirmó Toft—. Hemos rastreado los números a los que llamó Arian desde el aeropuerto. Todas las llamadas fueron a un número extranjero que no hemos conseguido identificar, pero el prefijo era de Chequia; ¿supondremos, entonces, que intentó hablar con el contacto checo que tenía que encargarse de que la chica saliese?

Willumsen asintió.

—En todo caso se trata de una buena suposición —contestó mirando a Toft y a Michael Stig—. Propongo que esta noche hagáis una ronda más por los hoteles del barrio e investiguéis si alguien conoce a los dos albaneses, pero manteneos siempre en contacto con Igli, para saber en qué andan.

Ambos asintieron, y Willumsen lanzó una rápida mirada a Louise y a Lars Jørgensen.

—Iréis a Istedgade —ordenó—. Echad un vistazo a las calles. Debemos tener una idea de cuántas prostitutas del Este hay por ahí en estos momentos.

Le pidió a Lars Jørgensen que montase una de las minicámaras del departamento en su mochila.

—Da una vuelta por las calles y escucha las ofertas de las chicas. Y procura que no vean la cámara. Pero no vayas a tapar la lente: queremos que se vea a las chicas en la película claramente, captadas por encima de tu hombro cuando hables con ellas.

Esperó un instante para ver si Lars Jørgensen había comprendido el encargo, y cuando éste asintió, el jefe añadió que si tenía problemas para colocar la cámara en la mochila podía pedirle a alguno de los manitas que le ayudaran.

—No, está bien, me las apañaré —replicó Lars Jørgensen inmediatamente. No iba a sacar nada bueno con ponerse en manos de los genios de la técnica, que tenían una marcada tendencia a mirar por encima del hombro a la «gente de oficina», incapaz de afrontar ciertas tareas.

Willumsen ya se había vuelto hacia Louise.

—Tú vigilarás a las chicas que utilizan el cine X. Tenemos que saber qué chicas usan las cabinas, para reconocerlas luego, cuando tengamos claro cuáles de ellas trabajan para los albaneses. Ahora mismo no tenemos ni idea de si sus chicas trabajan en la calle o en un burdel, donde sería más difícil tenerlas vigiladas.

—Trabajan en la calle —aseguró Louise, recordando lo que Pavlina había contado—. Pero no hay problema en ir a observar el club Intim por si Arian y Hamdi apareciesen.

Willumsen pasó por alto su corrección y continuó.

—Lo primero que haremos mañana será ir a la Estación Central a investigar si realmente las chicas pasan por caja todas las mañanas —siguió diciendo a Louise y a su compañero.

—Si es cierto lo que Pavlina afirma, sin duda es algo que está organizado —repuso Louise.

—Justamente.

Willumsen parecía estar de acuerdo, y contó que Mikkelsen había puesto un par de agentes extra para vigilar los encuentros entre las chicas y los que presumiblemente eran sus chulos.

Louise se enteró de que, mientras estaban en el aeropuerto, Suhr había preguntado en la comisaría de la City si sabían qué era lo que, en una de las conversaciones que Igli había traducido, Arian llamaba «la ruta». Mikkelsen había confirmado que «la

ruta», sin duda alguna, cubría Istedgade, y las calles en torno a Halmtorvet, Sønder Boulevard y Skelbaekgade.

—¿Qué te parece si mañana temprano empiezo por la casa de Arian? —propuso Lars Jørgensen a Willumsen—. Así le podría seguir desde que salga. Louise puede ir directamente a la Estación Central y estar preparada por si alguien aparece a primera hora.

El jefe asintió y miró el reloj.

—Informadme si descubris algo interesante —dijo cerrando su carpeta—. Nos vemos aquí mañana por la mañana. —Y dirigiéndose a Toft y a Michael Stig, añadió —: Llamad para enteraros de cómo van los de la científica con las pistas que consiguieron recoger en la escena del crimen.

Cuando los cuatro policías se levantaron, el jefe del grupo de investigación ya estaba en el pasillo, despidiéndose con la mano extendida.

Camila se hallaba sentada en el banco de la cocina del pastor y seguía sus movimientos con la mirada mientras éste le preparaba un expreso. Se había puesto una camiseta ancha y unos vaqueros lavados, y no llevaba maquillaje.

—Darán con los que lo han hecho —le había dicho Jonas con su voz ronca cuando había entrado en la cocina para saludarla—. Louise lo ha asegurado.

Ella intentó sonreír y le acarició el pelo, mientras él la miraba fijamente con sus ojos oscuros y serios. Camila ya sabía que Louise había estado hablando con los dos chicos, haciéndose cargo de sus obligaciones, cosa que ella le agradecía. En esos momentos ya tenía suficiente con intentar mantenerse a flote.

—También nos dijo que teníamos que cuidarte porque estás triste —continuó explicando el mejor amigo de su hijo, y eso fue suficiente para que a Camila se le volviese a hacer un nudo en la garganta. Poco a poco había ido dejando de llorar. Tras la charla con el psicólogo del Hospital Central y la noticia de la concesión de la excedencia que había solicitado, se le había quitado un peso de encima.

—Gracias —elijo, y apretó la mano que Jonas le había colocado en el hombro, antes de que el chaval volviera a subir a su habitación con Markus.

Un mes, le había dicho Terkel Høyer mientras le servía café durante la reunión que habían tenido esa mañana en el periódico. Él había recalcado que lo fundamental era que se recuperase.

Mientras el jefe de redacción hablaba, Camila se hallaba sentada frente a él con la vista perdida en la pared, porque sabía muy bien que no era eso lo que ella quería.

—Tiene que ser por un tiempo ilimitado —dijo volviendo la mirada hacia él—. Y si no estoy de vuelta en tres meses, comprenderé perfectamente que busques a alguien para mi puesto.

Ya sabía que su jefe había buscado a una persona de la redacción de noticias para sustituirla mientras estuviese fuera, y que a principios de la semana siguiente llegaría un nuevo becario.

El jefe de redacción se había levantado y se encontraba de espaldas a ella mirando por la ventana. Así permaneció durante unos minutos, luego se volvió y le dirigió una mirada que ella no pudo acabar de interpretar. Había en ella algo de preocupación, de impotencia y de incipiente irritación. Finalmente, Høyer agitó ambas manos y se dio por vencido. Pero tenía que permitirle llamarla de vez en cuando para saber cómo se encontraba.

Antes de salir, Camila le había dado un abrazo que expresaba el alivio que en esos momentos sentía.

—Leí algo sobre Kaj Antonsen en el periódico de ayer —comentó Henrik Holm sirviéndole un café—. El *Morgenavisen* decía que estabais buscando a algún familiar, pero, por lo que viene en el artículo de hoy, entiendo que aún no ha aparecido nadie. ¿Habéis conseguido dar con su exmujer, la que le abandonó cuando murió su hijo?

Camila asintió.

—Pero no quería saber nada de él —explicó a continuación—. Dijo que para ella llevaba muerto muchos años. Fue justo cuando perdió a su hijo, pero nos informó de que él no tenía familia y rehusó categóricamente encargarse del funeral, por lo que he pensado hacerlo yo.

El pastor se había sentado frente a ella.

—No es necesario que lo hagas —dijo—. Si no hay ningún familiar, no sé qué organismo público se ocupa de ello.

Ella negó con la cabeza y replicó que eso ni pensarlo. Kaj iba a tener un funeral como es debido.

—Por eso quería preguntarte si podría realizarse en tu iglesia.

—Por supuesto —contestó él mirándola como si quisiese asegurarse de que había meditado bien su decisión.

Camila sabía perfectamente que iba contra las tristes tendencias de estos tiempos, en los que incluso los familiares más cercanos intentaban evitar ocuparse del entierro para no tener que correr con los gastos. Pero lo había pensado muy bien. Ella y Kaj Antonsen sólo se habían visto durante unas horas, pero no lo hacía únicamente porque había llegado a sentir simpatía por él, sino también porque de esa manera esperaba recuperar un poco de equilibrio en su conciencia.

—¿Qué te parece si preparamos un funeral de cremación y depositamos luego su urna en la fosa de los desconocidos? —propuso Henrik Holm.

Ella se encogió de hombros. No había pensado en ese tipo de detalles y estaba dispuesta a aceptar lo que el pastor propusiese, siempre y cuando supusiese una despedida adecuada para Kaj. Y no porque así pudiese reparar lo ya hecho, sino porque era lo mínimo que podía hacer.

Su mirada se fijó en la televisión, que estaba conectada sin sonido. El telediario daba en esos momentos una noticia sobre la pequeña que había sido ingresada en el orfanato de Skodsborg. Había pasado ya una semana desde que los chicos la encontraron, y la madre aún no había dado señales de vida. Eso suponía que lo más probable era que finalmente se convirtiera en un caso de adopción.

Una semana, pensó Camila. Le daba la impresión de que la niña abandonada pertenecía a un pasado remoto. ¡Ojalá pudiera cambiar el pasado y que esa niña fuese lo más desgarrador a lo que tuviera que enfrentarse!

—¿Se podría poner a Johnny Cash en la iglesia? —le preguntó al pastor cuando dejó de mirar la televisión y se bebió su café.

Él sonrió y comentó que mientras no hubiese ninguna otra persona involucrada en

la preparación, le resultaba difícil imaginarse quién iba a poder prohibirlo.

Los labios de Camila se abrieron en una sonrisa que le resultó liberadora. Por desgracia, todo lo que había sentido durante esos últimos dos días y medio había sido doloroso.

—Tiene que haber montones de flores —dijo ella—; a cambio, por mi parte no hace falta que cantemos.

Intentaba mirar al futuro.

—En realidad no lo conocía —continuó—. Eso es lo más curioso. —Hizo una breve pausa—. No sé si volveré a escribir —dijo quedamente, dejando a un lado el funeral por un momento—. Antes de todo esto, me parecía que había una cierta justificación en lo que hacía y que, aunque con crisis periódicas, hasta tenía sentido, pero ahora me resulta difícil verlo así. No hay ninguna historia que pueda justificar lo que le ha sucedido a Kaj.

Se dio cuenta de que el pastor estaba midiendo las palabras que iba a decir, pero ella no quería oír a nadie más diciéndole que no era culpa suya. Por eso todo su cuerpo se relajó cuando en la puerta sonaron tres fuertes golpes.

Camila lanzó una rápida mirada al reloj que había sobre el fregadero. Las nueve y cuarto. Los chicos seguían en la habitación, viendo una película o jugando con el ordenador. Markus había insistido en que no era demasiado tarde, aunque no llegarían a casa antes de las diez.

En la puerta estaba la chica extranjera que también había pasado por allí el día en que los chicos habían encontrado a la niña en el pórtico. En esa ocasión había llamado a la puerta principal de la casa parroquial, pero en ésta se hallaba en las escaleras de la parte trasera y le mostraba una nota a Henrik Holm.

Éste la miró y se encogió de hombros.

—*Don't understand* —dijo, mientras le indicaba que pasara.

La noche era templada, pero el aire frío se colaba en la cocina. Henrik Holm señaló las tazas de café, pero la mujer se quedó de pie, junto a la puerta, y rechazó amablemente el ofrecimiento.

Camila no recordaba que fuese tan alta, y esta vez miraba con más fijeza, intentando persuadir al pastor. Entonces recordó que el propio Henrik Holm le había pedido que volviese en una semana.

Éste le dijo que lamentaba no poder ayudarla con lo del trabajo, pero se ofreció a seguir pendiente por si surgía algo.

La mujer sacudió violentamente la cabeza y señaló la hoja.

Él miró de nuevo la nota antes de mostrársela a Camila, por si era capaz de descifrar algo de lo escrito en ella.

«*Daj ovoj djevojci posao u tvojoj kuci i tvoj dug je placen*».

Camila negó con la cabeza. Ni una sola de las palabras le sonaba a nada.

—Me parece que es serbocroata —dijo él—. Va a llevar su tiempo traducirlo, pero tengo un diccionario de cuando mi paso por Bosnia.

De nuevo intentó explicarle a la mujer que así, de pronto, no podía ayudarla.

—*Give me your number; and I will call you if anything comes up.*

Ella volvió a mover la cabeza y siguió señalando la hoja.

Finalmente, el pastor le pidió que esperase un momento, encendió la luz que había cerca de la librería y al poco rato volvió con un pesado diccionario y unas gafas de leer.

Lentamente y palabra a palabra fue traduciendo y escribiendo en el reverso de un tique de compra.

«Dele a esta chica trabajo en su casa», leyó cuando llevaba la mitad. Continuó con el resto, pero tras un par de palabras dejó el papel y movió la cabeza lamentándose, mientras de nuevo trataba de decirle a la mujer que prefería encargarse él mismo de todo. Luego se quedó de pie, siguiéndola con la vista cuando, de mala gana, ésta abandonó la cocina y bajó las escaleras.

—¿Qué más pone? —preguntó Camila cuando el pastor volvió a la mesa.

Él se bebió su café y tomó la nota, pasando la mirada por la grande y angulosa caligrafía.

—Pone simplemente: saludos de un amigo. Puede ser cualquiera que sepa que yo estuve por allí.

Camila le preguntó por la experiencia de trabajar en un campo de refugiados.

—Espantoso y maravilloso —contestó él, mirándola con una sonrisa—. Es a la vez parte de lo peor y al mismo tiempo de lo más vivificante que me ha ocurrido. Sólo cuando uno se ha acostumbrado a la oscuridad, la comida y el lodo, empiezan a aparecer los seres humanos. Aunque con esto no quiero decir que llegase a conocer a las personas, porque estaban ocultas bajo tantas capas de dolor y represión que era complicado saber quiénes eran, o mejor dicho, quiénes habían sido.

Camila asintió. Reconocía parte de lo relatado por el pastor en algunas experiencias que ella misma había vivido en la primavera del 98. Un año después de que naciese Markus, el diario *Roskilde Dagblad* la había enviado en un corto viaje a Kosovo para hacer un reportaje sobre una chica danesa de Lejre, que trabajaba limpiando campos de minas. Después de estar con la chica danesa y el fotógrafo en un campo, fueron por la tarde a un bar, donde ella les presentó a un joven con el que Camila supuso que mantenía alguna relación, aunque no llegase a decirlo directamente. Él les contó una parte de la historia de su vida que comenzaba cuatro años antes, cuando, al volver a casa, la encontró en llamas. Cuando lograron apagar el fuego, encontró a su padre y a sus dos hermanos en el suelo de la cocina con un tiro en la nuca, y a su madre y a sus dos hermanas pequeñas muertas en el sótano. La puerta del sótano estaba cerrada por fuera.

El pastor asentía ante lo que ella contaba.

—No llegamos nunca a comprender los traumas tan intensos que dejan esas experiencias en las personas —dijo él—. En todo caso, guardo también muchos buenos recuerdos. Sobre amistades y seres humanos que, con ayuda, encontraron una nueva vida, aunque, sin duda, con cicatrices que todavía eran visibles en el cuerpo y en el espíritu. A veces, al abrigo de la noche, llegaban niños musulmanes huyendo de las zonas serbias, donde sus familias habían sido víctimas de auténticas matanzas, y de las que ellos se habían librado por razones inexplicables.

Se detuvo un momento, como perdido, mientras Camila observaba los espasmos casi imperceptibles que le recorrían el rostro a medida que iban surgiendo los recuerdos.

—Un serbio vino varias veces de noche, cuando la mayoría dormía.

El pastor iba arrancando distraídamente pequeñas tiras de la nota, observando el movimiento de sus dedos.

—Sabía muy bien que nadie se iba a hacer cargo de un bebé musulmán en una zona serbia, así que nos trajo al niño con riesgo de ser descubierto. —Levantó la vista—. Hubo varias historias de ese tipo —añadió y dejó a un lado los recuerdos mientras barría con la mano los recortes de papel y los juntaba en un montoncito—. Pero es una experiencia que se queda grabada para toda la vida. Incluso a mí, que en mi quehacer diario tengo una relación muy estrecha con las personas y con su destino, aquello me produjo una profunda impresión.

—¿No era un apoyo tener a tu esposa a tu lado, compartiéndolo?

Él asintió.

—Sí, desde luego. Y además tuvimos a Jonas mientras estábamos allí —dijo suavizando la voz para dejar atrás lo sombrío.

Ahora era Camila la que asentía.

—Pero entonces murió Alice, y nos quedamos los dos solos. Con algo de ingenuidad decidí crear un hogar para mi hijo, en el que intentaría estar tan cerca de él como fuese posible, para que no sufriese demasiado al crecer sin su madre. Pero sé perfectamente que nunca podré sustituirla —concluyó con una pequeña risita seca, y guardó silencio durante un momento antes de añadir—: Ni mi mujer ni yo teníamos familia, así que ahora estamos solos, Jonas y yo.

Vaciló unos instantes antes de continuar.

—Seguro que por eso me resulta tan difícil pensar en contar con ayuda en la casa. No hay sitio para un extraño en nuestro día a día.

Camila comprendía perfectamente lo que quería decir. Pero al mismo tiempo le dio pena, porque eso podría alejarlo de volver a sentir el amor.

—¿Crees que el entierro se podría hacer el jueves o el viernes, o habrá que esperar al fin de semana? —preguntó, volviendo al tema del que hablaban antes de la llegada de la mujer.

—Depende sobre todo de cuándo autorice la policía la salida del cuerpo —respondió él, mientras Camila descansaba la vista en sus manos por un instante.



—Sí —dijo finalmente—. Tenemos que esperar y ver lo que dicen.

—¿Podemos tomar helado?

Los chicos habían bajado a la cocina sin que ella los oyese.

Henrik Holm acarició el pelo a su hijo señalando el congelador. Camila avisó a Markus de que ya tenían que volver a casa.

—Vale, nos vamos en cuanto me tome el helado —comenzó él, pero ella había capitulado antes de que él acabase. Acercó su taza cuando el pastor le ofreció otro café, aun sabiendo que eso le costaría su sueño nocturno. Así se libraría de volver a angustiarse con los pensamientos y el sentimiento de culpa, que la habían acosado las últimas dos noches cuando estaba en el duermevela anterior al sueño.

—Llámame en cuanto hayas hablado con la policía. ¿Tienes mi número de móvil?  
—preguntó Henrik Holm cuando ella y Markus estaban a punto de salir.

Camila encontró una hoja de papel en su bolso y apuntó el número. Luego lo guardó en su monedero y llamó a su hijo.

«*Suck and fuck five hundred!*».

Lars Jørgensen le mostraba la cinta a Louise en la pantalla de la videocámara.

Eran ya las diez y cuarto, y Mikkelsen había informado de que se encontraba de camino.

Lars Jørgensen le explicaba a Louise que primero había dado una vuelta por Istedgade, luego había paseado por las calles de alrededor y finalmente había ido hasta la estación de Dybbolsbro, pasando por Skelbaekgade, y de vuelta. Después había llamado a Louise para decirle que iba hacia la Estación Central.

Louise acercó una banqueta más a la alta mesa cuando vio llegar a Mikkelsen, con las manos en los bolsillos y la chaqueta de cuero abierta, que dejaba al descubierto una camisa de un color rojo tan intenso que relucía en el vestíbulo de la estación, tranquilo a aquellas horas de la tarde.

El colega de la City lanzó una carcajada al oír la cinta.

—Te resultaría difícil resistirte, ¿no?

Lars Jørgensen se ruborizó, y Louise sonrió.

—Psh, pero pasó un compañero de trabajo de mi mujer mientras estaba hablando con una de las chicas, así que bien puede ser que tengan algo de lo que hablar mañana —comentó Lars Jørgensen sin parecer demasiado preocupado.

—¿Y qué hacía él por el barrio?

Louise consideró brevemente la posibilidad de que la mujer de Lars Jørgensen pudiese pensar que su marido buscaba consuelo a los problemas que había entre ellos.

—Salía de uno de los restaurantes.

Ella asintió expresivamente, y pensó por un instante en la curiosa mezcla de contrarios que había surgido en el barrio bajo de Copenhague a medida que se iba poniendo de moda y que los múltiples restaurantes y cafés de calidad iban atrayendo una clientela completamente diferente de la que normalmente vivía de la marginalidad.

—¿Cuántas de las chicas crees que pueden ser checas? —preguntó Mikkelsen.

—Unas cuantas —comenzó Lars Jørgensen, pero reconoció que le resultaba difícil decir con precisión de qué país de la Europa del Este procedían—. A las africanas se las ve y a las danesas se las oye, pero no puedo asegurar si una chica procede de Chequia, Polonia o Rumania. Puede que Igli sea capaz de decirnos algo si ve las cintas.

Mikkelsen asintió y les dijo que él también tenía la impresión de que eran muchísimas.

—Aunque en los últimos tiempos hemos hecho varias redadas en las que hemos detenido a bastantes y aclarado el panorama durante una temporada, los vacíos se vuelven a llenar a toda velocidad.

Lars Jørgensen cogió el modesto menú del quiosco en el que se encontraban y se decidió por dos perritos calientes. Mikkelsen se inclinó por una salchicha, y Louise prefirió un sándwich de jamón y queso a la plancha. Después de pedir, ésta les contó

que había estado las últimas dos horas en un primer piso de la calle Istedgade, en el que una anciana le había permitido amablemente entrar, y desde allí había podido vigilar el club Intim.

—He visto a Arian, que llegó en el Audi azul oscuro poco después de las ocho y aparcó en la misma calle a una buena distancia —contó—. Y además, estaba Hamdi, trabajando. Pasó varias veces a pie por delante del club Intim con un ramo de rosas rojas que intentaba vender a los peatones. Parece que así se saca un sobresuelo.

Miro a Mikkelsen para saber si era algo que él ya supiese.

Su colega se pasó la mano por la corta barba y una sonrisa traviesa le iluminó los ojos.

—Me parece a mí que lo tienes en demasiada estima —dijo, recuperando al momento la seriedad—. Las rosas son sólo una coartada que le permite andar por ahí y mantener a raya a las chicas. Si cree que no trabajan lo suficiente, va a por ellas.

Louise se dio cuenta de que involuntariamente la ceja se le levantaba mientras asentía cavilosa. Claro, pensó, recordando de repente un caso en el sur de Jutlandia en el que unos chulos extranjeros habían asignado números a sus chicas, y las habían clasificado según su rendimiento, es decir, según lo que podían sacar en una hora y en un día. Estos datos les resultaban útiles al venderlas. Pensó que podía ser por la misma razón por la que en este caso tuviesen tan controladas a las chicas. Su valor tenía que medirse y determinarse. En Reden había oído hablar de la violencia con la que podían ser castigadas las prostitutas que no cumplían lo que de ellas se esperaba. Vigilarlas de ese modo podía significar, además, un tipo de presión psicológica.

—Me encontré con Pavlina —dijo Louise después de que su compañero le trajese la comida y el agua—. Iba con la chica que recogió en el aeropuerto, pero no llegué a preguntarle si era su hermana.

Mikkelsen había estado en la tienda del sótano y había hecho una ronda visitando a varios de sus informantes.

—Hay nerviosismo en las calles —dijo, y contó que le habían llegado informaciones de diversas fuentes sobre la llegada de chicas nuevas—. Hay movimiento en las calles y han subido los precios.

—¿Cómo demonios puede hacer alguien que aumenten los precios? —exclamó Louise.

—Pues ocurre que cuando hay muchas chicas en juego, llega alguien que se ofrece para «limpiar» las aceras a las prostitutas que les pagan. De esta forma, el barrio se divide como en zonas, algunas más atractivas que otras.

—Lo que no se entiende es que las chicas lo consientan —objetó Lars Jørgensen mirando a Mikkelsen.

—No, en cierto modo —convino su compañero—. Pero si piensas que hacen cola en la carretera de la frontera entre la República Checa y Austria, y allí se enteran de que pueden ganar mucho más si van a Copenhague, quizá no sea tan sorprendente. No te envides de que una buena parte de estas chicas están aquí voluntariamente,

porque hay mucho más dinero en juego que en sus países. No se trata sólo de que haya codiciosos instigadores que las obliguen a venir a la fuerza y con violencia —añadió—. A pesar de todo, sólo un pequeño porcentaje de las prostitutas son víctimas de la trata.

Louise sabía que tenía razón, pero quiso replicar diciendo que se arriesgaban a que creciese el número si no empezaban, y pronto, a golpear fuerte a los traficantes de mujeres.

—Eso está claro —respondió Mikkelsen—. Pero mientras tengamos una ministra de Justicia que no tiene ninguna compasión con las mujeres afectadas, seguirá siendo muy complicado evitarlo. —Sonrió con sarcasmo—. Pero de hecho, cuando aparece en los medios, su lema es elevar las penas para los delincuentes violentos. Hay voces a favor de este punto de vista, pero no entre las putas.

—Tampoco se puede decir que nuestros jefes estén especialmente interesados en el asunto —apuntó Louise, respaldada inmediatamente por su compañero.

—Mientras no se pongan más recursos para combatir a los responsables, éstos pueden hacer casi lo que les dé la gana sin que nadie vaya a por ellos —dijo él.

—Excepto cuando empiezan a matar —añadió ella acabando su agua.

Mikkelsen asintió y se levantó.

—Mañana os acompaño y vemos lo que pasa —dijo bostezando—. ¿Qué tal a las nueve?

Louise asintió.

Ella y Lars Jørgensen fueron hacia la puerta principal a coger el autobús, mientras Mikkelsen salía por una de las puertas traseras de la estación.

A la mañana siguiente, poco antes de las diez, Lars Jørgensen llamaba al móvil de Louise para informarla de que Arian acababa de salir de su casa. Había dejado el Audi aparcado e iba andando hacia la estación de Valby.

—Yo ya estoy en la Estación Central —dijo Louise. Se encontraba en la librería cuando le había sonado el teléfono y había salido de allí para hablar.

—Te llamo otra vez cuando nos estemos acercando, para que estés preparada —concluyó Lars Jørgensen.

—De acuerdo.

El bullicio de la mañana ya había pasado, y los viajeros andaban más tranquilos y se tomaban su tiempo para estudiar los horarios antes de bajar a los diferentes andenes. Mikkelsen estaba desayunando, y Louise miraba la sección de libros en oferta, hojeando algunos por el final. Unos cuantos le llamaban la atención, pero otros los pasaba sin más, descartados ya desde la cubierta. Poco después Lars Jørgensen llamó de nuevo y le dijo que iba en la línea B hacia Holte. Louise fue a encontrarse con Mikkelsen y le informó de que Arian llegaría a las 10:27.

Quedaban tres minutos. Mikkelsen hizo un gesto con la cabeza señalando a una

chica rubia de pelo corto.

—Creo que ya ha llegado la primera —dijo en voz baja—. Parece que está haciendo tiempo y creo que no es por el tren.

La chica se sentó en el borde de un banco enfrente del café de la estación. Luego miró el reloj y apretó su bolsito contra el costado.

Arian salió de los andenes con las manos en los bolsillos. Llevaba el pelo brillante y peinado hacia atrás, y andaba con paso lento. Al pasar delante de la chica, ésta se levantó y rápidamente algo cambió de manos. Un instante después ella había desaparecido. No se dijeron nada.

Lars Jørgensen se detuvo junto a las escaleras automáticas, y Mikkelsen se retiró un poco, por si Arian lo reconocía. Aunque nunca habían tenido relación directa, en el barrio se hablaba, y muchos conocían a la gente de la comisaría local.

Louise cruzó el vestíbulo y se sentó en un banco con su bolso en el regazo y un periódico abierto.

Vio al albanés acercarse a por una taza de café y un bollo, y luego dirigirse a la mesa de la que se acababa de levantar Mikkelsen, donde comenzó a hojear el diario gratuito que aquél había dejado.

Fueron llegando de una en una, dejaron su dinero y se marcharon. Parecía un encuentro casual entre amigos: un saludo breve y adiós. Arian sólo tomó un par de bocados del bollo, y Louise siguió esperando y matando el tiempo como cualquier pasajero que espera su tren.

Una joven se dirigió vacilante hacia Arian, con la mirada clavada en el suelo. De vez en cuando levantaba los ojos y lo miraba brevemente, mientras todo su cuerpo gritaba que preferiría no tener que ir allí.

De forma instintiva, Louise supo que Arian ya había visto a la mujer aunque siguiese con la vista fija en las páginas del periódico. Cuando finalmente la joven llegó a la mesa, Louise vio como sus labios formaban palabras y los brazos se agitaban con movimientos indecisos. También vio que Arian se levantaba de repente de la mesa, la atraía violentamente hacia sí y se quedaban mirándose directamente a los ojos. Él avanzó amenazante mientras escupía sus insultos sobre ella.

Muchos pasajeros presenciaron la escena, pero miraban para otro lado y optaban por apresurar el paso.

Entonces una persona llegó corriendo hasta ellos, y Louise vio que Mikkelsen avanzaba y que Lars Jørgensen se acercaba desde la escalera.

Hamdi apartó bruscamente a la mujer y, visiblemente excitado, se llevó a Arian a un lado para transmitirle un mensaje; luego ambos se precipitaron hacia la salida trasera de la estación y bajaron por las escaleras que daban a la calle Reventlowsgade.

Lars Jørgensen los siguió, y Mikkelsen se acercó a la joven, que se había sentado aturdida en una silla.

Louise imaginó que le estaría preguntando si se encontraba bien, porque ella asintió moviendo la cabeza y rápidamente se libró de sus atenciones y desapareció.

Pasó un instante antes de que Louise se diese cuenta de que su móvil estaba sonando, y cuando finalmente sus oídos reconocieron el sonido, temió que fuese demasiado tarde.

La voz del jefe del grupo era clara y precisa, y se saltó cualquier saludo.

—Un turista alemán acaba de pescar a una joven, una mujer extranjera, en el puerto —informó Willumsen con frases cortas—. Me gustaría que fueses inmediatamente al Hospital Central a hablar con ella. El turista la vio cuando se detuvo un momento para orientarse en el plano.

—¿Sabemos algo de lo que ha pasado? —interrumpió Louise.

—Estaba en el agua con las manos atadas a la espalda, y en un bolsito que llevaba colgado del cuello, bajo el vestido, había un pasaporte checo que decía que se llama Hana Simrova y que nació en 1990. Además había algo de dinero en efectivo. Estamos intentando contactar con la intérprete que utilizaste durante la conversación con Pavlina; si damos con ella, te la enviaremos directamente al hospital. Toft y Michael Stig van de camino al puerto, porque el seguimiento de «nuestro» Audi demuestra que salió de la dirección de Valby a las 10:13 y que hace media hora se encontraba justamente en Kalvebod Brygge —finalizó el jefe del grupo.

—¡Hay que joderse, tirarla a plena luz del día! —comentó Louise cuando él acabó de hablar—. No te sorprendas si descubres que el Audi siguió hasta la Estación Central hace menos de cinco minutos. En todo caso, Hamdi llegó corriendo y se llevó a Arian.

Cruzaba ya el vestíbulo de la estación hacia la salida cuando le preguntó si tenía algún vehículo reservado y podía ir directamente al aparcamiento, o si tendría que pasar primero por las oficinas.

—Vete directamente. Yo me encargo de que tengas un coche listo —contestó el jefe.

Ya en la calle, Louise llamó a su compañero y le contó la conversación.

—Me voy al hospital, pero me gustaría saber qué tenemos de las escuchas en el próximo par de horas —dijo mientras cruzaba Bernstorffsgade y bordeaba el Tívoli, camino del aparcamiento de la policía.

Sentada en una silla en la sala de reconocimientos se hallaba una joven pálida, envuelta en un gran albornoz. En la cabeza, llevaba una toalla enrollada, que dejaba al descubierto sólo una parte del rostro, desde los ojos hasta el mentón, bajo el cual se cerraba el cuello de la enorme bata. En las manos sostenía un vaso de plástico con chocolate caliente. Sus ojos se movían inquietos cuando Louise le tendió la mano y se presentó.

La intérprete aún no había llegado, por lo que Louise intentó averiguar si entendía el inglés.

—Un poco —respondió ella, observando a Louise con una mirada inquieta y confirmando que se llamaba Hana Simrova.

Se abrió la puerta y una enfermera se asomó. Le contó a Louise que había sido ella la que había recibido a la mujer cuando la trajo la ambulancia.

—A primera vista no parece que tenga nada grave, pero está totalmente extenuada y, claro, muy afectada —comentó la enfermera—. Le pediré a la doctora que venga en cuanto acabe con el paciente al que está atendiendo ahora.

Louise asintió, pero no llegó a decir nada, porque en aquel momento la intérprete abrió la puerta.

Sonrió a Louise y se acercó a la silla para saludar a Hana. La chica se hundió un poco más en el albornoz, como había hecho cada vez que había entrado una nueva persona en la habitación, pero cuando la intérprete comenzó a hablaren checo. Hana relajó un poco los hombros.

—¿Has vuelto a hablar con Pavlina? —preguntó la intérprete a Louise mientras se quitaba la chaqueta y la colgaba en el respaldo de la silla.

—¡Pavlina! —exclamó Hana. Durante el largo parlamento en checo que dirigió a la intérprete, parecía desesperada.

Louise se adelantó en la silla y escuchó, aunque no entendía ni una sola palabra de lo que decía la joven. Para ella sólo eran cadenas de palabras lanzadas al aire, que se elevaban y caían hechas pedazos. Hana movía las manos con vehemencia, y la cara de la intérprete reflejaba gravedad. Ésta acercó su silla a la de Hana, y Louise se quedó en un segundo plano. Poco a poco, el discurso se fue apagando, y la chica comenzó a temblar. La doctora había entrado sin que Louise se percatase de ello, avanzó hasta ponerse junto a la llorosa mujer y se volvió hacia Louise para presentarse.

—Karen —dijo con un corto saludo—. ¿Le importaría esperar fuera mientras examino a la chica? —Miró a Louise a través de las gafas redondas, luego se volvió hacia la intérprete y añadió—: A usted la necesitaré.

En menos de un cuarto de hora se abrió la puerta de nuevo y pidieron a Louise que entrase.

A Hana se le había soltado la toalla de la cabeza y los largos cabellos rubios le caían sobre la espalda como cuerdas deshilachadas.

—Parece ser que Hana conoce a una Pavlina, y creo que se trata de la misma con la que hablamos, porque también ha mencionado a un tal Milos —explicó la intérprete.

Interesada, Louise levantó una ceja y contempló a la joven checa. Ésta tenía la cabeza inclinada y se miraba las manos, que tenía entrelazadas en el regazo, donde las dejó hasta que entró la enfermera con otro vaso de chocolate. Cuando Hana levantó la vista y alargó la mano para tomar el vaso, Louise pudo verle bien la cara y reconoció a la mujer del aeropuerto y del breve encuentro en la calle.

—Pregúntale si es la hermana de Pavlina.

La mujer negó con la cabeza, y la intérprete aclaró que sólo eran amigas.

—Ha perdido el móvil en el agua, y no puede llamar a Milos Vukovic para contarle lo que ha pasado. Pregunta si podríamos localizarlos para que viniesen a recogerla. No sabe dónde viven.

—Naturalmente —repuso Louise—. Pero primero vamos a la jefatura para tomarle declaración; allí tengo también el número de Milos Vukovic. Si no has traído coche, puedes venir con nosotros. Tendrías que estar presente para que podamos tomarle declaración sobre lo que ocurrió en el puerto.

En el pasillo de la Jefatura de Policía encontraron a Toft, que acababa de volver del puerto e iba camino de la sala de escuchas.

Saludó atentamente a Hana y le contó a Louise que había varios testigos que habían visto el Audi en el embarcadero, pero ninguno había visto cómo tiraban a la chica al agua.

Ella señaló el despacho en el que estaba Igli, siguiendo las escuchas telefónicas.

—¿Ha habido algo?

—Muy poco, curiosamente —admitió su colega.

—Voy a llamar a Milos Vukovic para contarle lo que ha pasado y para que él o Pavlina vengan con algo de ropa seca. Pasaré por aquí en cuanto haya oído su declaración —dijo Louise mientras entraba en el despacho y cerraba la puerta.

Todo fue rápido. Hana Simrova tenía dieciocho años y era, como Pavlina, de Usti. Había venido a Dinamarca para visitar a su amiga y vivía con ellos en el apartamento de Milos Vukovic. Ella y Pavlina acababan de salir del portal cuando un coche se paró repentinamente en la acera.

—¿Cuándo sucedió eso? —preguntó Louise mirándola.



Hana no lo sabía. Quizá a las diez o poco después.

—Todo pasó muy rápidamente —explicó la intérprete—. Pero piensa que tenían que estar vigilándolas. Dos hombres altos y musculosos saltaron de la parte trasera del coche y la agarraron. Pavlina gritó, pero la golpearon tan fuerte que se cayó al suelo. Luego el coche arrancó, y no recuerda nada más.

Louise preguntó por las bridas de plástico con las que le habían atado las manos.

—No le dio tiempo a reaccionar cuando le ataron las manos a la espalda. Fue en el coche y le hicieron daño, pero tenía tanto miedo que no pudo hacer otra cosa más que cerrar los ojos. No sabía qué iba a pasar o lo que iban a hacer con ella.

—¿Qué aspecto tenían?

Hana movió la cabeza sollozando, mientras se lamentaba de no haberse fijado en eso. Estaba tan aterrada...

—¿Y el que conducía? ¿También era alto? —probó Louise mirándola fijamente.

Hana negó con la cabeza y dijo que sólo los otros dos lo eran.

—El otro se quedó al volante.

Hamdi, pensó Louise.

—No se fijó demasiado en él, sólo lo vio de espaldas, pero tenía el pelo corto y liso. Durante todo el camino fue muy deprisa.

El coche había llegado al puerto, y también sin darse apenas cuenta de lo que sucedía, Hana se había encontrado en el agua. Había oído al coche arrancar haciendo chirriar los neumáticos.

—Cuéntenos lo que sucedió cuando se marcharon —le pidió Louise—. ¿Cuánto tiempo había pasado hasta que el alemán la sacó?

Hana cerró los ojos un momento, como si intentase revisar todos los detalles del episodio, pero encogió los menudos hombros y volvió a negar con la cabeza.

—No hay mucho que contar —comentó la intérprete—. Dice que apretó la boca y se concentró en mantenerse a flote. Pero no tiene ni idea de cuánto tiempo pasó antes de oír que alguien saltaba al agua y notar que la llevaban hacia el muelle.

Louise comprendió que Hana no podría aportar nada más. La joven seguía tiritando, y estaba pálida y agotada.

—¿Cuánto tiempo se quedará en Dinamarca? —preguntó Louise, mirando alternativamente a la intérprete y a Hana mientras aquélla planteaba la pregunta.

Una vez más los finos hombros subieron hasta tocar las orejas.

—Aún no lo ha decidido. La han invitado porque Pavlina echa de menos a sus amigas, y ella está muy agradecida por la invitación y por el billete de avión que le mandaron. Ésta es la primera vez que sale de las calles, y ya ha visto lo bien que le va a su amiga.

Louise contempló a Hana, preguntándose cuánto sabría realmente sobre lo que Pavlina había pasado antes de conocer a Mi los Vukovic.

—Pregúntale si sólo está aquí de vacaciones —le dijo Louise a la intérprete.

La joven asintió pero miró con inseguridad.

Louise sonrió, y en ese momento llamaron del control de acceso para decirle que un joven preguntaba por ella. Se levantó, y bajó a recibirlo y traerle algo de ropa a Hana.

Milos Vukovic estaba solo y se acercó a ella con una bolsa blanca de plástico en una mano. Apretaba los labios y parecía furioso, aunque en esos momentos era Hana la que le preocupaba.

—¿Qué tal está? —preguntó Milos después de saludar a Louise—. ¿Le ha pasado algo?

Louise negó con la cabeza y le dijo que lo peor era el susto.

—¿Por qué cree que ha sucedido? —preguntó Louise mirándolo fijamente.

Él no tardó en contestar.

—¿Es que puede haber algo más que venganza? No tengo otros enemigos en Dinamarca, pero intentan atacarme porque me preocupo por Pavlina.

—¿Le han exigido más dinero?

Negó con la cabeza y dejó caer los hombros.

Louise evitó hacerle notar que quizá los albaneses le considerasen una fuente inagotable, por haberse dejado presionar para pagar mucho más de lo que le exigieron en un principio. Así habían determinado los límites a los que él era capaz de llegar.

—No tienen nada que ver con Hana, pero no obstante le hacen daño —dijo Milos—. Pavlina está triste y asustada.

Cuando entraron en el despacho, Hana siguió sentada, sonriéndole prudentemente y apretando aún más su albornoz.

Milos Vukovic se acercó y la besó en el pelo, que poco a poco se le había ido secando. Le pasó la ropa seca, y la intérprete le pidió que la siguiese hasta el baño, donde podría cambiarse.

Cuando se quedaron solos, Louise observó al serbio.

Éste se había sentado, y resultaba evidente que tenía la cabeza en algún otro lugar.

—Nunca van a dejarnos en paz —dijo él finalmente, mirándola con desesperanza—. Continuarán mientras Pavlina y yo sigamos en la ciudad. Pero no lo voy a tolerar. Quieren controlarnos a todos y tratan a las chicas salvajemente. Hoy le han hecho bastante daño a Pavlina. Creo que le han roto la nariz. Cuando salgamos de aquí y volvamos a casa iremos al médico.

Hana volvió llevando un vestido ligero, que revelaba que su delgado cuerpo bien podría haber sido el de una niña. Bajo la lela no se marcaban ni pechos ni caderas. Al ver que la joven comenzaba a temblar, Milos Vukovic le ofreció su jersey. El amplio suéter de caballero era casi tan largo como su vestido, que sólo asomaba en un ribete amarillo por la parte inferior. Él la abrazó, y bajaron juntos acompañados por Louise.

—Seguiremos más de cerca a los albaneses —comenzó Willumsen cuando todo el grupo estuvo reunido. Miró a Toft y a Michael Stig, luego a Louise y a su compañero y añadió—: Vosotros dos vigilaréis a Milos Vukovic y a las chicas. No vamos a arriesgarnos a que vuelva a sucederles algo, y parece que los otros no están dispuestos a dejarlos en paz sin asegurarse antes de que no les pueden sacar más dinero. Mikkelsen tiene a su gente en las calles y tenemos al intérprete con los seguimientos. —Señaló con la cabeza a la habitación que tenían a su espalda—. Creo que va siendo hora de que traigamos a los dos albaneses para interrogarlos. Tenemos que enterarnos de dónde estaban a la hora de los asesinatos, y observar cómo reaccionan cuando les digamos que han sido vistos en el puerto.

Willumsen había ido levantando la voz mientras recorría a sus agentes con la mirada.

—El coche estaba allí, pero no sabemos con seguridad quién iba en él —corrigió Toft, destacando que nadie había visto a Arian o Hamdi, sólo a los dos gorilas que se habían abalanzado brutalmente sobre las chicas—. Mientras no tengamos alguna prueba concreta de que manejan lo de la prostitución, empezar a hablar con ellos sobre su implicación en las dos muertes sólo sería un obstáculo para las investigaciones.

Willumsen iba a decir algo, pero Toft añadió:

—No los interrogaremos antes de tener pruebas suficientes. Si damos el golpe demasiado pronto, recogerán el tenderete, y ahora mismo no tenemos casi nada.

Willumsen gruñó mientras pensaba.

—Está bien, pero quiero fotos del momento en que reciben el dinero de las chicas. Fotos de los encuentros en la calle y de las chicas con sus clientes, tanto si van a un coche como a las cabinas del club Intim. Y llegad al puto fondo.

Por la tarde, Louise y Lars Jørgensen llevaban un buen rato esperando en un portal de la Valdemarsgade, cada uno con un café y un sándwich, cuando Milos Vukovic bajó las escaleras. Abrió la puerta y se quedó esperando de espaldas a la calle. Poco después salió Pavlina. Anclaba despacio y con la cabeza baja. Ya en la acera, él la cogió del brazo y comenzaron a andar a un ritmo rápido, que ella tenía dificultades para seguir. Mantenía la cabeza agachada, pero Louise pudo apreciar perfectamente las manchas azules en su rostro.

—Los sigo. Tú quédate aquí y vigila a Hana —se ofreció Lars Jørgensen; hizo una bola con el papel de su sándwich después de dar el último bocado.

Un par de veces, Louise salió a la calle y miró a las ventanas del apartamento. Una de ellas se había abierto un poco antes de que Milos Vukovic y Pavlina salieran, pero por lo demás no había ningún signo de vida detrás de los oscuros vidrios. Supuso que Hana seguía arriba, y contaba con que Milos y Pavlina volviera pronto, para que su joven invitada no estuviera sola mucho tiempo después de la experiencia del día anterior.

Louise se acabó el sándwich, se apoyó en la pared y sonrió a una madre que entraba con la bicicleta y un niño en la sillita trasera. Muchos la habían mirado con curiosidad cuando entraban y salían, pero nadie le había preguntado qué hacía allí. La gente empezaba a volver del trabajo y se notaba más bullicio en la calle que a primeras horas, cuando estaba casi desierta.

Louise estaba esperando, perdida en sus propios pensamientos, cuando su mirada cayó en una pareja joven que se había detenido ante el portal de Milos y Pavlina, él con bolsas de la compra y ella buscando las llaves en su enorme bolso. Acababan de abrir la puerta y de meter las bolsas, cuando salió del portal un hombre de pelo moreno cortado a cepillo, vestido con un traje gris claro. Louise observó que se saludaban atentamente y que, al salir el hombre a la acera, se detenía para mirar a la chica. Por un momento, Louise pensó que el hombre iba a cruzar, pero luego lo vio echar a andar hacia Vesterbrogade. Ella se ocultó un poco más en el portal y envió un SMS a su compañero para saber dónde se encontraba.

«Western Union», fue la respuesta que recibió.

Pavlina habría ido a enviar dinero a su país. Es bastante frecuente hacerlo por esta vía. Transferencias que no pasan por el sistema de registro bancario.

«De camino», decía un nuevo mensaje.

Louise había comenzado a bajar la calle cuando vio que el hombre del pelo corto volvía, se paraba ante el portal de antes y llamaba al timbre. Mientras esperaba, el hombre miró a su alrededor, y Louise no tuvo tiempo de ocultarse antes de que sus

miradas se cruzasen. Un momento después, el hombre entró en el portal.

En lugar de volver al portal donde había estado, Louise torció la esquina y se protegió con la pared de la casa; de esa forma estaba segura de que no podrían verla desde las ventanas del apartamento.

—No pasó nada. Fueron y pusieron al día sus cuentas, luego volvieron a casa. Nadie contactó con ellos de camino ni parecían especialmente preocupados.

Lars Jørgensen había vuelto al mismo tiempo que Milos Vukovic y Pavlina.

—Le voy a llamar para ver qué tal está Hana, así le puedo preguntar si ha sabido algo de los albaneses —decidió Louise.

El serbio respondió al instante, como si tuviese el móvil en la mano. Parecía contento de que ella se interesase y le aseguró que Hana estaba mejor, que había dormido la mayor parte del día y que nadie se había puesto en contacto con él.

Louise oyó la televisión de fondo y voces hablando quedamente.

—Acabo de pedir unas *pizzas* —informó el serbio—, y luego nos iremos a la cama pronto.

—Aquí ya no va a pasar nada —le dijo Louise a Lars Jørgensen—. Podemos volver al departamento y ver si hay alguna novedad.

Con una última mirada a las ventanas de la casa, comenzaron a bajar por la Valdemarsgade.

La funeraria estaba en la avenida Falkoner; Camila había llamado a Louise para preguntarle si podría acompañarla y ésta le había asegurado que no había ningún problema.

—Ayer estuvimos todo el día vigilando una casa y hoy hemos estado otra vez, hasta las nueve y media, sin que haya ocurrido nada. Estoy segura de que mi compañero no tendrá nada en contra de ocuparse él solo de la guardia durante un par de horas —explicó.

A primera hora, Camila había sabido que la policía iba a autorizar la salida del cuerpo de Kaj Antonsen. Seguía sin aparecer ningún pariente lejano, y tampoco su mujer había vuelto a dar señales de vida desde que rechazó verse envuelta en nada, así que Camila se había ocupado de todos los preparativos. Tenía previsto poner una esquela en el periódico del día siguiente, informando de que el funeral tendría lugar el sábado en la iglesia de Stenhøj.

—No, no tengo ni la partida de bautismo ni el certificado de nacimiento —repitió pacientemente al hombre de la funeraria una vez más, tras haber mostrado los papeles que le había entregado la policía—. No, tampoco la partida de bautismo de su cónyuge ni el certificado de matrimonio. Pero hace muchísimos años que el finado se divorció.

Aunque ya le había contado todo eso por teléfono, el hombre de la funeraria preguntó si no podrían repasar las preguntas estándar.

Camila miró a Louise con resignación. La sonrisa se le había quedado un tanto rígida, pero intentó mantener la calma y asintió brevemente, cuando él constató que tendrían que prescindir de los papeles de la separación.

Pero cuando volvió a preguntar si no sería posible obtener la partida de bautismo del finado, Camila finalmente estalló.

—Doy por supuesto que usted no desconoce que el fallecido ha sido víctima de un asesinato espectacular y brutal. Justo en estos momentos, la policía está completamente dedicada a localizar al autor del crimen, así pues no les he importunado con la obtención de todos sus papeles personales. Pero naturalmente podemos pedirles que cambien de prioridades para que usted disponga de todos los documentos antes de que acordemos el resto —dijo con total amabilidad.

Louise se mantenía discretamente apartada, haciendo como si estudiase un cartel enmarcado con las preguntas más frecuentes relativas a un deceso.

—¿Y su relación con el finado? —preguntó el de la funeraria, levantando la vista de los papeles. Evidentemente había decidido no prestar atención a la explosión de Camila—. Ahhh, sí. Fue usted quien escribió la historia, ¿no es así?

Ella se limitó a asentir.

—Bien —dijo él finalmente—, entonces, ¿he de suponer que tampoco dispone usted de una escritura de sepultura o de un título de propiedad de la tumba?

—Afirmativo —contestó Camila mordaz—. Creo que no estaba preparado para que le rebanaran el cuello justo en estos momentos.

Louise se volvió y la miró.

El hombre del mostrador optó de nuevo por pasar por alto el comentario; se levantó y se dirigió hacia la pared donde estaban expuestas las urnas.

—¿Ha pensado ya sobre la urna en la que estaría interesada?

Camila retrocedió un paso y observó el surtido.

—No hace falta que sea nada especial —dijo—. Una estándar, si hay alguna con ese nombre.

El hombre arqueó las cejas un momento y la miró.

—No hay ninguna que tenga esa denominación, pero disponemos de una sin demasiados ornamentos —repuso, y señaló un tarro negro con una tapa plana. «Simple», ponía debajo. A su lado había una «Simple Exclusive», y a medida que avanzaba la fila se les iban añadiendo ornamentos.

Camila señaló la primera y preguntó si sería posible que el funeral se celebrase el sábado.

—El pastor está disponible a las trece horas.

El hombre de la funeraria asintió; evidentemente lo que más le interesaba en esos momentos era librarse de la presencia de Camila Lind.

El sol de la tarde brillaba en un cielo primaveral prácticamente despejado, y tuvieron la suerte de encontrar una mesa libre en la terraza del bar Belis, justo enfrente del ayuntamiento de Frederiksberg.

Louise pidió dos cervezas de barril, confiando en que serían el mejor antídoto contra el espíritu funerario. En cuanto bebió el primer trago reconoció que no tenía mala conciencia por dejar solo a su compañero de guardia en la Valdemarsgade. En la reunión de esa mañana, Willumsen había manifestado que, desde su punto de vista, no era necesario seguir protegiendo a Milos Vukovic y a las chicas checas, pero Suhr no estuvo de acuerdo, por lo que se decidió que, como mínimo, se seguiría con la vigilancia durante todo ese día.

Lo único que habían descubierto era que Pavlina había tenido una visita: una joven de su edad con un ramo de flores, que Louise supuso que serían para Hana.

Miró a Camila, que bebía a pequeños sorbos la espesa espuma de su cerveza. Seguía preocupada por ella, pero ya no tanto como lo había estado durante los primeros días tras el asesinato. Parecía que la charla con el psicólogo la había convencido de que algunas catástrofes no se pueden controlar, ni siquiera aunque uno haya contribuido a su desencadenamiento. Camila continuaba reprochándose su descuido y culpándose, pero parecía que tenía la intención de aprovechar su excedencia para reflexionar más a fondo sobre lo que esperaba de su vida y lo que ella podía hacer para lograrlo.

—En estos momentos, no me apetece nada volver al periódico —admitió Camila, después de que Louise la convenciese con algunos comentarios de que le contase qué ideas tenía.

—¿Y qué quieres hacer, entonces?

Mientras Camila meditaba, Louise inclinó la cabeza hacia atrás para atrapar los rayos de sol.

—Puede que empiece a escribir libros —contestó su amiga tras una pausa.

Louise sonrió. ¿Y a qué periodista no le gustaría?

—Entonces te sugiero que escribas una novela policíaca y te hagas famosa en el extranjero —bromeó Louise con los ojos cerrados y el calor penetrándole en todo el cuerpo a través del rostro—. Así te librarías del *Morgenavisen*.

Sintió que Camila se revolvía en la silla, pero su amiga guardó un prolongado silencio antes de añadir:

—Quizá. Pero primero me gustaría tener un hijo.

El cambio de tema fue tan radical que Louise abrió los ojos y los clavó en su amiga, que seguía con la mirada a una joven madre y su cochecito.

Louise se inclinó sobre la mesa y apartó la cerveza.

—Ya tienes un hijo —le recordó, y se quedó desconcertada cuando finalmente los ojos de Camila dejaron de mirar al cochecito. Había en ellos una gravedad totalmente nueva.

—Nunca he soñado con una familia numerosa, pero ya desde que tuve a Markus

supe que me gustaría tener uno o dos más; sin embargo, nunca ha cuajado. He decidido hacer algo por cumplir ese sueño, por lo menos para que dentro de unos años no me arrepienta de no haberlo intentado.

—Coño, ¡sólo tienes treinta y ocho! Hablas como si te estuvieses acercando a los cincuenta. Pero, además, hace falta que primero encuentres a alguien con quien quieras tener el hijo. A pesar de todo, los niños siguen siendo una cosa que, en principio, se sueña con tener con alguien.

No era la intención de Louise parecer tan cansada de ese tema, pero se dio cuenta inmediatamente de que así había sonado.

—¿Por qué saltas siempre que se habla de niños? —preguntó Camila enfadada—. Siempre tiene que salirte la vena negativa.

—¡Menuda tontería! Pero tú ya tienes a Markus, el chico más encantador del mundo, y me parece que decir que toda tu vida es un fracaso porque no has tenido el número de hijos que habrías querido, es de niña caprichosa.

Camila bebió un gran trago de cerveza y miró a Louise, que tenía la vaga sospecha de que había sido la niña abandonada en la iglesia la que le había metido esas ideas en la cabeza a su amiga.

—No entiendo que seas tan intransigente, cuando ni siquiera sabes lo que te pierdes. Y desde luego, tuviste ocasión cuando estabas con Peter. Si hubiese sido por él, habrías acabado con una familia numerosa. Pero te arriesgas a descubrir un día que ya es demasiado tarde, y quizá entonces te enfades.

Louise sintió que su calor interior había desaparecido. Contaba con pasar un par de horas amenas, en las que Camila pudiese relajarse y tal vez recuperar algo de equilibrio. En su lugar, la conversación había ido a dar a un callejón en el que todas las salidas eran desagradables.

Se enderezó y procuró que su tono de voz no mostrase todas los sapos y culebras que pugnaban por salirle de la boca.

—Hace tiempo que me convencí de que, desde mi punto de vista, tener hijos no es uno de los derechos humanos —comenzó diciendo—. Algunos los tienen, otros no. Pero a mi entender, no es una cosa que uno pueda exigir, o algo que se pueda utilizar como referencia para saber si se tiene una vida completa o no. Sabes perfectamente que no deseo una vida diferente de la que tengo, y resulta que no incluye niños. Pero joder, no por eso es una mala vida.

Se echó hacia atrás cuando se dio cuenta de que, a pesar de todo, estaba hablando demasiado alto.

—No es necesario que nadie me regañe —dijo Camila defendiéndose—, pero yo lo veo de una forma totalmente diferente. No estoy segura de poder esperar a que aparezca la persona adecuada, así que estoy pensando en la posibilidad de la inseminación artificial.

Louise se quedó muda, y la miró fijamente meneando la cabeza.

—Mientras no exijas que te lo financie el Estado, santas y buenas. Yo me ocuparé



de Markus mientras le des el pecho.

Se levantó para pagar. Lamentaba que el ambiente se hubiese echado a perder, pero en realidad le molestaba sobre todo que los hijos se hubiesen convertido en uno de los criterios para valorar el éxito de una vida. Daba lo mismo que fueran fruto del amor o no, lo importante era tenerlos. Siendo así, ella prefería ser libre. Recordaba que, investigando un caso, una vez había visitado a un vidente, que le había explicado con toda seriedad que algunas almas de niños elegían a la madre que les daría a luz. Ella no tenía problemas para aceptar que ninguna alma de niño la hubiera elegido a ella.

Cruzaron la plaza hasta la avenida Falkonér en silencio.

—Me parece que ya has tomado una decisión —dijo Louise antes de separarse.

Camila asintió.

—Sabes de sobra lo que pienso de la gente que habla y habla sobre todo lo que le gustaría hacer, pero que nunca intenta convertirlo en realidad. Cuando se importuna a los demás con esa cháchara, joder, habría que esforzarse para conseguir algo. En caso contrario, mejor callarse —replicó Camila.

Louise sonrió.

—Bueno, así que puedo contar con que, por ahora, no tienes la intención de mantenerte callada —bromeó antes de darle a su amiga un rápido beso en la mejilla y apresurarse a cruzar en verde.

En la otra acera se detuvo y miró a Camila, que se alejaba hacia el centro comercial Falkonér.

—Esto puede llevarnos meses —gruñó Willumsen enfadado, sacudiendo de la mesa las migas de pastel que le habían caído en los papeles. El viernes por la tarde, el grupo se hallaba en la sala de reuniones, antes de irse a casa a pasar el fin de semana, y el jefe de grupo miraba severo a Michael Stig, que acababa de observar que seguían teniendo muy poco sobre los albaneses.

—Claro que podemos detenerlos fácilmente y comprobar sus coartadas, pero ya no es tan seguro que después vayamos a poder seguir controlándolos, y en todo caso no tenemos suficiente para encerrarlos —siguió Michael Stig—. Hay que esperar hasta tener algo más. No hemos encontrado ningún testigo de los crímenes, y después de lo que sucedió con Kaj Antónsen, no va a aparecer nadie con ganas de contarnos algo. Yo propongo que sigamos observándolos y reuniendo datos. No es suficiente que tengan un coche como el que fue visto en Skelbaekgade la tarde en la que degollaron a la prostituta, o en el puerto. Y no tenemos nada que relacione a los albaneses con el lugar en el que asesinaron a Kaj.

—No, y justamente por eso tenemos que averiguar dónde estuvieron cuando pasó todo —exclamó Willumsen en voz alta, mirando fijamente a Michael Stig hasta que éste tuvo que desviar la vista—. Los habéis seguido y ¿qué habéis sacado?

Toft puso sobre la mesa una pila de fotografías. Todas se habían tomado en los últimos dos días y en ellas aparecían las mujeres del liste, en Istedgade y cerca de allí. Había fotos en las que las prostitutas estaban en la acera con diferentes hombres; en otras entraban en el club Intim con sus clientes y en algunas se las veía hablando a través de la ventanilla de un coche.

—Cuando cierran los comercios hay mucho trasiego —observó Michael Stig, y contó que había estado de ronda con el fotógrafo—. Vuelven después de la cena y se quedan hasta un buen rato pasada la medianoche, dependiendo de cómo esté el tiempo.

—¿Visteis chicas gitanas? —preguntó Toft mientras sacaba del bolsillo de la camisa, que llevaba bajo el jersey, un nuevo cartucho de mentol para su cigarrillo de plástico—. Algunas no tienen más de trece o catorce años.

Contó que había oído que había familias que las enviaban allí. Louise pensó en la nieta de Toft, que sería de esa edad.

—Es evidente que el grupo que hay ahora vino hace algunos meses. Tienen que ganar dinero para las casas que sus padres están construyéndose. Según una de las chicas de Reden, primero la mandaron a Italia, pero allí no ganaba lo suficiente y la volvieron a facturar. Ahora está por aquí y trabaja en Halmtorvet, frente al Øksnehallen.

Louise también había visto chicas gitanas, y las fotografías iban pasando por su mente mientras alcanzaba distraída la taza de plástico. Si no lo supiese bien, no pensaría que se vendían; se parecían demasiado a las demás adolescentes, con sus pantalones blancos, anchos, de talle bajo y sus camisetas ajustadas. Se reunían, reían y hacían tonterías esperando a que el próximo cliente se detuviese e hiciese una señal con las luces. Una de ellas era como la hermana pequeña, llevaba una diadema y no era más que una cría.

Intentó concentrarse y dejar de pensar en las chicas gitanas.

—¿Qué sabemos de las chicas que visteis pagando a los albaneses? —quiso saber Willumsen, prescindiendo evidentemente de Toft, visiblemente afectado por la cruda realidad que sus investigaciones le estaban mostrando.

Toft contó que se alojaban en diferentes hoteles baratos.

—Pueden conseguir una habitación por cinco mil al mes; por lo demás, es imposible saber cuántas chicas se apiñan allí.

—Tenemos que detener a esas chicas —decidió Willumsen señalando un par de fotos.

Mikkelsen esperó un momento antes de negar con la cabeza.

—Por supuesto que podemos arrestarlas y acusarlas de trabajar ilegalmente —convino—, pero no es ilegal ejercer la prostitución, con lo que sólo podríamos imputarles no tener permiso de trabajo. De esa forma, lo más que conseguiríamos es ponerles una multa de quinientas coronas. En este caso debemos tener pruebas sólidas, porque puedes estar seguro de que si preguntamos a las chicas si las han obligado a prostituirse, lo negarán categóricamente. Y no porque no quieran que las ayudemos a salir, sino porque no se atreverán a decir otra cosa. Los criminales no se conforman con amenazarlas, si no obedecen. Las doblegan anímicamente advirtiéndolas que también sus familias en casa corren peligro. Matarán a sus padres, quemarán sus casas, violarán y venderán a sus hermanas. Y si vas a los chulos, negarán que sepan nada de presiones o de trata de mujeres. Dirán que las chicas hacen la calle porque quieren. Estoy de acuerdo en que debemos esperar hasta que tengamos algo más —finalizó mirando a Willumsen, al que se le marcaba poderosamente una vena en la sien.

—También podemos optar por seguirlos hasta que tengan un próspero negocio —replicó irritado el jefe del grupo—. Entonces maltratarán a la mayoría de sus chicas y nadie podrá ponerles la mano encima.

Toft se quitó el cigarrillo de plástico de la boca y jugueteó con él entre los dedos, pero evitó insistir. La experiencia le había enseñado que era preferible dejar que el tema se olvidase y retomarlo, quizá, cuando la vena de la sien de Willumsen no fuese tan prominente.

—En este ambiente, cuando se consigue aclarar un caso siempre hemos tenido que invertir mucha paciencia para obtener resultados —indicó Mikkelsen como si no hubiese notado el tono del jefe del grupo o como si hubiese decidido conscientemente

no prestarle atención—. Creo que haríamos bien distanciándonos un poco para poder verlo con una perspectiva global y atar todos los cabos sueltos antes de actuar.

Hablaba tranquila y reposadamente. Louise vio que la vena de Willumsen volvía a hacerse visible: las expresiones como perspectiva global o innovación, y cualquier otra que sonase a curso reciente de mando policial no estaban en el diccionario de Willumsen. De todas formas pareció que se contenía, y la expresión de su rostro denotaba menos ira; cabeceó un par de veces y evitó hacer cualquier comentario apresurado. Cambiando de tema, tomó otras dos fotografías del paquete y las arrojó sobre la mesa.

—Perspectiva global —repitió masticando las palabras, mientras señalaba una de las fotografías—, digámoslo así. Pero mira esto un momento y dime qué se traen entre manos nuestros amigos.

Las fotos mostraban a un pequeño grupo de hombres en torno a un banco de la calle peatonal Stroget. Todos parecían muy concentrados, pero era difícil saber qué hacían. Detrás de ellos estaba Arian. Había también fotografías de dinero que cambiaba de manos. Hamdi sólo aparecía en una de ellas.

—El juego de las cerillas —informó Michael Stig.

—Está muy extendido entre los albaneses —añadió Mikkelsen—, y no es poco lo que se juegan; puede que hasta cuatro mil o cinco mil en un día. También lo llaman juego de manos.

Willumsen asintió cuando Mikkelsen contó que sus colegas a menudo lo perseguían.

—Son jodidamente mañosos. Se trata de adivinar qué cerillas se quedarán abajo. Normalmente el grupo se organiza así: hay uno que dirige el juego, un par de ellos vigilan por si llega la policía y uno o dos fingen ser afortunados ganadores. Si algún peatón se para a probar suerte, comienza el espectáculo y siempre acaban ganando. Son rápidos como el rayo, y las posibilidades de ganar son cero —explicó, y después contó que la City los solía fichar por contravenir las ordenanzas de orden público, y tras un par de estas infracciones se les comunicaba la prohibición de permanecer en Stroget—. Pero no sé hasta qué punto eso los asusta, e incluso puede que aprovechen la ocasión para vaciar el bolsillo de algún espectador.

—Esto también deben de haberlo organizado Arian y Hamdi, y seguro que los otros cuatro reciben su parte por el trabajo —supuso Louise. Contó que los dos albaneses acudían a la asistencia social—. Arian llegó a Dinamarca en 1997, cuando consiguió asilo y permiso de residencia. Tiene treinta y un años, vive solo en un piso en Valby, y el alquiler se lo paga el ayuntamiento. Además, recibe en torno a mil ochocientas coronas al mes.

—¡Así se entiende que pueda permitirse tener un Audi A4! —exclamó Michael Stig con mal disimulada envidia.

—Justamente —continuó Louise, destacando que tampoco podía ser exclusivamente el botín del juego de las cerillas lo que mantenía su economía en

marcha—. Hamdi llegó aquí un año después; tiene veintiséis años y también permiso de residencia permanente. Vive en dos habitaciones en un gran piso de Vesterbrogade y recibe la misma cantidad de la asistencia social.

Willumsen asintió con las manos cruzadas bajo el mentón y una mirada reflexiva. Se había creado un silencio agobiante, durante el que todos parecían estar intentando calcular el siguiente movimiento, como en un tablero.

—¿Ha habido alguna novedad en la Valdemarsgade? —preguntó finalmente el jefe de grupo, rompiendo el silencio.

Lars Jørgensen se enderezó.

—Las chicas salieron a última hora de la tarde con una amiga que fue a recogerlas a la casa —explicó—. Milos Vukovic había salido antes, y se encontró con un amigo en un bar de la Victoriagade.

—Pero una hora después ya estaba de vuelta. Hablé con él por teléfono —contó Louise, que había seguido a Vukovic desde la puerta—. Parece que las chicas se han tranquilizado, y no ha habido ningún signo de inquietud desde el episodio de Hana. Ni nadie se ha puesto en contacto con ellos, ni han tenido la sensación de que los vigilasen. Tienen previsto que Hana se mude mañana con la amiga que estuvo de visita hace poco y que al parecer dispone de una habitación de sobra. Por lo que le entendí a Milos Vukovic, en su piso iban a estar un poco estrechos si se quedaba tanto tiempo.

—¿Y cuánto tiempo es ése? —preguntó el jefe de grupo.

—Dijo que iba a quedarse los tres meses legales.

Willumsen asintió.

—Entonces nos retiramos de Valdemarsgade —decidió mirando a Louise y a Lars Jørgensen—. Encargaos de darles a los tres vuestros números de móvil, para que puedan ponerse en contacto con vosotros si vuelve a haber problemas. Centraremos todos nuestros esfuerzos en los albaneses. Necesitamos una lista de las chicas que trabajan para ellos, con fotos del momento en que les entregan el dinero. Este sistema organizado lo podremos utilizar en el juicio. ¿Tenemos algo más de la estación?

Mikkelsen asintió y contó cómo Arian había aparecido por la mañana en el mismo sitio y había recibido dinero de las mismas chicas que el martes.

—Tenemos fotos, pero me temo que me hayan descubierto. Hoy estaba mucho más atento, como si supiese que alguien lo vigilaba. Hamdi se sentó en un banco y desde allí podía ver a cualquiera que estuviese cerca en el momento en que el dinero cambiaba de manos. No me sorprendería que en el futuro buscasen otro lugar para los pagos.

—Bueno, manos a la obra —arengó Willumsen—. Es cosa vuestra encontrar suficientes pruebas para encerrarlos. Contamos con disponer de los resultados del ADN la próxima semana. Veremos si hay material suficiente en las huellas que pudiesen recoger los de la científica en los lugares de los hechos. Pero vosotros os concentraréis a partir de ahora en acumular pruebas contra los dos albaneses.

Louise miró a Michael Stig para comprobar si se había dado cuenta de que el jefe se había dado por vencido. Sus miradas se cruzaron, y ella le sonrió. No se podía decir en voz alta, pero era una excelente noticia saber que Willumsen también podía echarse atrás si se le insistía lo suficiente.

Aún no había ningún coche delante de la iglesia cuando Camila se presentó el sábado por la mañana. Había quedado con Louise, y sabía que el sacristán también estaba al llegar, por eso rodeó el coche y abrió el maletero, donde llevaba las flores para el funeral de Kaj Antonsen. En el asiento delantero iba la corona que había encargado, con un obligado *Descanse en paz* en amarillo.

Ella iba totalmente de negro, y la dependienta de la tienda de flores le había preguntado si debía poner algún mensaje de despedida en la cinta. Tras unos minutos de reflexión, eligió el texto que pensó que mejor se adaptaba a la situación. En cualquier caso era preferible al *Gracias por todo* u otro tipo de frases estándar. Después, por supuesto, se arrepintió y se enfadó por no haber dejado la cinta en blanco.

Luego, como en un torbellino, reaparecieron todos los reproches. Simplemente con no haberse sentado en aquel maldito banco con una bolsa de cervezas, o si por una puñetera vez hubiese dejado pasar una buena historia. Las lágrimas la vencieron, a pesar de que estaba convencida de que ya no le quedaban.

Miró el reloj y comprobó que aún faltaban diez minutos para la hora en la que había quedado con el sacristán. Sacó el cubo con los ramos pequeños, que había que colocar en los primeros bancos de la iglesia, y cuando los dejó en el suelo, levantó con cuidado el ramo grande para el altar. Con el ramo en los brazos y el cubo en la mano se encaminó a la iglesia con la grava crujiendo bajo sus altos tacones.

El sol brillaba sobre la blanca fachada de la iglesia y el tejado rojizo, y diseminadas manchas de blancas nubes se deslizaban lentamente por el cielo azul, pero aquella suave calma primaveral no lograba penetrar en su espíritu. Al llegar a la fachada sintió el profundo abismo que la semana anterior había amenazado con tragársela. Camila sabía que, en esos momentos, lo único que la mantenía a salvo era el cuidado maquillaje que se había aplicado por la mañana, y el traje oscuro y ajustado, que le daba la sensación de poder mantener la entereza, independientemente de lo que sucediese.

Dejó el cubo y agarró el picaporte de hierro de la verja. El pastor le había avisado de que, en caso de que tuviese problemas para abrir, debía empujar con el hombro y hacer una ligera presión hacia abajo, pero la puerta se abrió sin ningún problema. Una vez en el pórtico, Camila se dirigió hacia el banco para soltar el ramo. Cuando se volvió para ir a por el cubo, se tropezó con algo.

La sensación bajo sus pies era firme, pero también blanda. Instintivamente dio un salto hacia atrás y sintió que el pulso se le aceleraba y el corazón le reventaba en el pecho.

La toalla era azul oscura, como la última vez, pero no fue por eso por lo que se quedó tiesa, con la mirada clavada en el bulto del suelo.

Tenía la vista fija porque el bulto estaba completamente inmóvil. Ni un movimiento, ni un sonido. Y no obstante, sabía lo que había en la toalla, aunque era incapaz de dominarse e inclinarse para comprobarlo. Hasta que se encontró corriendo hacia la puerta de la cocina de la casa parroquial, no se le ocurrió que también podía ser un animal muerto. Quizá un gato, pensó mientras subía los cinco escalones que llevaban a la puerta y sacudía la aldaba con fuertes golpes, esperando que el pastor estuviese en casa.

Un gato, volvió a pensar, golpeando aún más fuerte mientras llamaba a gritos a Henrik Holm.

De repente, todo comenzó a darle vueltas; sabía que ni era un gato ni ningún otro animal, y que lo que se encontraba en vuelto en la toalla no estaba vivo. Sintió que algo quebradizo se rompía en su interior, y en ese momento se le aparecieron imágenes de recién nacidos, vivos y muertos, mezcladas con Kaj, que yacía solo en el patio en todo su aterrador sufrimiento. Todo eso pasó ante ella en una desenfadada carrera, que finalizó en una explosión de luz que la cegó.

—¡Socorro! Ayúdenme —sollozó mientras se dejaba caer resbalando con la espalda apoyada en la ancha puerta; toda su coraza exterior se estaba resquebrajando, y el abismo volvía a abrirse ante ella.

No oyó los pasos que cruzaban el patio a la carrera, ni vio a la persona que se inclinó sobre ella y le puso las manos en los hombros. Tampoco notó el sabor de la sangre que le caía en la boca de la herida que se había hecho con los dientes en la parte interior de la mejilla. Allí donde ella se encontraba en esos momentos, nadie podía alcanzarla.

En un torbellino atronador, fue arrastrada a una negra oscuridad que impedía el paso de la luz y el sonido de la realidad.



Louise apoyó la bicicleta en la pared de la iglesia. Llevaba el bolso en el hombro y fue desabrochándose el casco mientras caminaba hacia el Polo gris plata de Camila, que tenía la puerta del maletero abierta y la puerta delantera entornada. Supuso que su amiga estaba metiendo cosas en la iglesia y quiso recoger alguna para ayudarla. El maletero estaba ya vacío, por lo que Louise cerró la puerta y miró en el asiento trasero antes de levantar con cuidado la corona que estaba apoyada en el asiento del pasajero y empujar la puerta con el codo.

La bandera aún no estaba a media asta, pero todavía quedaba un poco más de una hora hasta el funeral. Louise sabía que Mikkelsen tenía pensado acudir. Seguía profundamente afectado, casi como si hubiese perdido a un familiar, pensó Louise, pero no por eso le había echado en cara a Camila su artículo.

—Al contrario —había dicho—, yo tendría que haber hablado con Kaj inmediatamente, y quizá hubiera podido evitar la tragedia.

Incluso había defendido ante Willumsen que no se debía reprochar a quien, al no tener ese barrio como hábitat natural, se saltase algunas de las reglas no escritas creadas para esa parte de la ciudad.

El aroma de la corona le inundó el olfato mientras cruzaba el patio. Louise vio la puerta abierta del pórtico y, al divisar el cubo con los ramos pequeños a la entrada, supuso que Camila estaba ya manos a la obra.

Tardó un segundo en reaccionar a las voces y dirigir la vista hacia la casa, donde una pesada figura se inclinaba sobre alguien que estaba tumbado en las escaleras de la puerta de la cocina. Al instante reconoció el pelo rubio y, tirando la corona, echó a correr.

El hombre se incorporó y, aparentemente confuso, señaló a Camila, mientras le contaba atropelladamente que se llamaba Otto Birch y que era el sacristán.

—Estaba aquí tumbada cuando llegué hace un momento —explicó—. No hace más que llorar y murmurar algo sobre un muerto, pero no consigo hablar con ella.

—¿Está herida? —Louise pensó aterrada en la crueldad con la que había sido asesinado Kaj Antonsen—. ¿Está sangrando? ¿Hay alguna señal de pelea?

Se inclinó sobre su amiga y le apartó el pelo de la cara; el rostro se le había contraído en una mueca desagradable, como la de un niño pequeño que se refugia en su llanto.

El de Camila era suave, más parecido a un lamento continuo, interrumpido por imprecisos discursos de los que Louise sólo comprendía palabras sueltas, como muerto, entierro, niño e iglesia.

Cogió a su amiga e intentó sentarla. Le observó el rostro y le pasó la mano por el

rubio cabello para comprobar si tenía alguna herida.

—Tal vez se halle en estado de *sbock* —apuntó Otto Birch mientras intentaba encender un pitillo.

En ese mismo momento, el pastor llegaba desde el aparcamiento y al verlas aceleró el paso. Tras él se hallaba Jonas, que aún no había mirado hacia la escalera porque tenía la vista fija en la *Gameboy* que llevaba en las manos.

—¿Qué ha pasado? —gritó Henrik Holm echando a correr.

—El niño, iglesia, muerto...

Las palabras eran vagas y se repetían una y otra vez.

Henrik Holm miró interrogante a Louise, que había ayudado a Camila a incorporarse y la había dejado sentada, con la espalda apoyada en la puerta.

Aunque pensó que no habría ninguna diferencia, se apartó para que su amiga no la oyese y le confesó que, desde el asesinato de Kaj Antonsen, había estado temiendo que la atacaran.

—Puede que no sea tan sorprendente que suceda ahora —dijo, y le explicó que varias veces había intentado disuadir a Camila de asistir al entierro. Luego volvió junto a su amiga y se sentó en las escaleras abrazándola.

—El niño está muerto —murmuró Camila apoyada en su hombro.

Louise sintió que también a ella se le saltaban las lágrimas. Sabía que no podía hacer mucho por aliviar el dolor que estaba consumiendo a su amiga. Sólo podía intentar consolarla lo mejor que supiese.

—¿Qué es lo que está diciendo? —preguntó Henrik Holm acercándose.

—Sólo un montón de palabras sueltas.

Louise movió ligeramente la cabeza y vio a Jonas, cuya cara se iluminó al reconocerla, aunque al instante se quedó parado al fijarse en Camila en la escalera.

Louise apartó la mirada y se concentró de nuevo en Camila, mientras pensaba que tendría que llamar a Jakobsen, por mucho que el psicólogo librara los fines de semana.

—Espere un momento —pidió Henrik Holm. Lanzó una rápida mirada a la iglesia, y le preguntó al sacristán si ya había pasado por allí para hacer los preparativos.

Otto Birch negó con la cabeza y aclaró que había visto a Camila antes de llegar a la iglesia.

Henrik Holm se levantó bruscamente y comenzó a correr hacia el pórtico.

Cuando se oyó el grito, Louise ya estaba de pie.

La forma y el tamaño coincidían con los de un recién nacido, por eso Louise ya estaba preparada cuando desenvolvió con cuidado la toalla tras haber arrastrado el bulto hasta la luz, que los rayos de sol arrojaban a través de la abertura de la puerta.

El recién nacido estaba muerto, tal y como ella había supuesto. Se trataba de un niño, confirmó recorriendo con la mirada el cuerpo, manchado con sangre seca y restos de unto sebáceo.

Respiró profundamente y miró a Henrik Holm, que observaba en silencio desde la puerta abierta. El frío se extendía por todo el suelo de piedra del pórtico. El pequeño tenía los ojos cerrados, y su cara parecía una máscara, sin que ningún movimiento ni expresión hubieran llegado a dejar marca. La rigidez ya se había asentado en las articulaciones y en los músculos, lo que ocurre al cabo de unas horas de la muerte, y de él se desprendía un olor amargo, en lugar del aroma dulzón que se asocia con los recién nacidos; la piel tenía un débil brillo verdoso.

—Lleva muerto bastante rato —aventuró Louise enderezándose.

Una arruga cruzaba la frente de Henrik Holm, que fue a sentarse en el banco, junto al ramo que Camila había comprado para el altar. Siguiendo las indicaciones de Louise, llamó al 112 y le pasaron directamente a la comisaría de policía a la que pertenecía la casa parroquial.

—Pida que le pongan con el agente que estuvo aquí cuando encontraron a la pequeña —añadió ella.

Le oyó preguntar por Rasmus Hem y explicar con frases cortas que habían encontrado un niño exactamente en el mismo lugar en el que había sido hallada la pequeña.

—No sé qué pasa —continuó sacudiendo la cabeza, mientras le contaba al policía que había sido Camila Lind la que lo había encontrado al entrar en el pórtico con flores para un funeral que se iba a celebrar. Luego contestó con brevedad y precisión a las preguntas que le fueron formulando, y aclaró que Jonas y él habían estado en el centro comercial de Frederiksberg para hacer algunas compras—. Salimos en torno a las diez, pero no entré en la iglesia antes de marcharnos, y fuimos en dirección contraria, así que no noté nada.

Louise vio en el reloj que ya eran las doce y cuarto, y asintió cuando Henrik Holm guardó su móvil en el bolsillo y le dijo que la policía llegaría inmediatamente.

—Será mejor que salgamos y cerremos hasta que lleguen —indicó ella mientras echaba un último vistazo al bulto envuelto en la toalla azul.

—No tiene ningún sentido que se hayan producido dos casos así en tan poco tiempo —profirió él, caminando hacia la puerta—. Hem cree que tiene que ver con lo mucho que se ha comentado la noticia de la pequeña y que puede que alguien haya intentado imitarlo.

—Es muy posible —convino ella—. No es raro que haya gente que encuentre inspiración en ciertos sucesos. No parece que el nacimiento haya tenido lugar en un hospital. Si hubiese sido así, lo habrían atendido y habrían cosido el cordón.

—No. Parece más bien un parto sin ayuda profesional —admitió el pastor mientras tiraba de la puerta para cerrarla. Luego asintió un par de veces como si intentase convencerse de algo.

Cuando Louise salió de la iglesia, Camila seguía en las escaleras con los ojos cerrados y la espalda apoyada contra la puerta de la cocina. Jonas se había sentado en el patio, con las piernas cruzadas y la *Gameboy* a su lado.

Henrik Holm se acercó, ayudó a su hijo a levantarse y recogió el juguete.

—Vamos adentro por la otra puerta.

Luego se volvió hacia el sacristán, que se había sentado en la escalera como si no supiese qué hacer.

—Hay un niño en la iglesia. He llamado a la policía, así que mantendremos la puerta cerrada hasta que vengan.

—¿Qué pasa con el funeral? —preguntó Otto Birch levantándose pesadamente.

—Hay que aplazarlo.

Una expresión turbada cruzó el rostro del anciano, porque toda la agenda del día se había anulado en un instante, pero asintió.

Louise miró a Jonas cuando desaparecía con su padre. Pobre crío, pensó, mientras se preguntaba si no debería tener él también una charla con Jakobsen. En quince días, se había repetido dos veces el mismo acto criminal justo al lado de su casa. Luego se acercó a Camila y se inclinó hacia ella.

—Tienes que levantarte. La policía llegará enseguida y sin duda querrán hablar contigo.

Su amiga miraba al frente y parecía seguir estando ausente. Pero en ese momento movió los párpados ligeramente y volvió la vista hacia Louise.

—No sé si me encontraré con fuerzas —gimió tan débilmente que Louise tuvo que inclinarse aún más para poder oírla—. Siento que me han arrancado todo lo que antes llevaba dentro. De repente, me he convertido en la de la guadaña, viajando en el asiento trasero de la gente justo antes de que sufra un accidente.

Camila estaba pálida como un cadáver, y las palabras escapaban de entre unos labios que apenas se movían, como si el rostro se le hubiera quedado tan rígido como el resto del cuerpo.

Una paloma había saltado dos peldaños y les daba la espalda mientras hurgaba en algo que había en la escalera. Louise la siguió un momento con la mirada mientras respiraba profundamente y reunía el valor para contar a Camila lo que habían encontrado en la iglesia.

—Tenías razón, el niño está muerto. Pero ha muerto hace bastante rato, es decir, no habría cambiado nada que hubieses llegado antes. —Hizo una pequeña pausa, apartó los ojos de la paloma y añadió—: Por si es a eso a lo que le estás dando vueltas.

La paloma salió volando cuando Louise se levantó y le ofreció la mano a Camila para ayudarla a ponerse en pie.

En la cocina, el pastor ya había colocado las tazas en la mesa y el hervidor de agua

estaba en marcha. Hacía calor y el ambiente estaba un poco cargado. El sol entraba por los grandes ventanales y caía sobre la larga mesa.

Louise llevó a Camila hasta el banco y se sentó junto a ella mientras Henrik Holm permanecía de pie, indeciso.

—Tengo que acabar una columna para el periódico, pero no tiene mucho sentido ponerse con ello antes de que llegue la policía —dijo él colocando la leche y el azúcar en la mesa.

Sus palabras se quedaron flotando en el aire, y el silencio se adueñó de la habitación, porque nadie supo qué decir.

Louise ya había preparado el té y estaba llenando la taza de Camila antes de servirse la suya. Conocía bien a Henrik Holm por su columna. Era uno de los comentaristas a los que recurrían con frecuencia los medios cuando querían disponer del testimonio de alguien de la Iglesia, un pastor mediático, como le habían llamado alguna vez con bastante sarcasmo. A ella le parecía que tenía calidad, y era claro y conciso; le gustaba leer su columna semanal.

—¿Por qué aquí precisamente? —preguntó Camila cuando rompió finalmente el mudo vacío.

—En realidad no es tan extraño —respondió Henrik Holm, y contó que en Alemania ya había iglesias que disponían de una pequeña puerta para dejar a los recién nacidos—. No es raro que se piense en una iglesia si se está en esa situación —indicó y añadió que él, desde luego, prefería que las desgraciadas madres eligiesen su iglesia en lugar de arrojar al niño a un río.

—Pero ¿quién puede querer dar a luz a su hijo sin ninguna asistencia? —reflexionó Camila en voz alta.

Les interrumpió el agudo sonido del timbre, y el pastor se levantó para recibir a la policía y acompañarlos a la iglesia.

«Es cierto, ¿quién puede decidir enfrentarse totalmente sola al parto de un hijo?», estaba pensando Louise, y no se dio cuenta de que alguien se acercaba por las escaleras de la cocina, hasta que oyó una enérgica llamada, que le hizo dar un pequeño respingo.

Era el sacristán, que había metido su cabeza gris por la puerta, dejando el resto del cuerpo fuera.

—Ha venido una persona para asistir al funeral e insiste en saber por qué se ha aplazado —informó—. Dice que es de la policía, pero no lleva ninguna placa.

Louise se levantó para salir e informar a Mikkelsen de lo que había sucedido. En el patio había dos coches de policía junto a la iglesia, y un agente le gritaba a otro que los técnicos estarían allí en cinco minutos.

Mikkelsen llevaba unos pantalones oscuros y una chaqueta de traje también oscura, cerrada sobre el vientre. Louise se dio cuenta de que no se encontraba a gusto ni con la ropa ni con la situación, y se fijó en que, al verla, las cejas se le agitaron como dos alas de gaviota.

—Ah, sí, tu amiga —dijo él cuando ella se acercó.

Louise asintió y le contó que el funeral se había suspendido porque cuando Camila había llegado para arreglar la iglesia para la ceremonia, había encontrado a un recién nacido muerto.

Él asentía sin interrumpir la narración de lo que había sucedido, como si le estuviese presentando un informe. Algo en su actitud indicaba a Louise que Mikkelsen había tenido que hacer un gran esfuerzo simplemente para acudir. Muchas personas tienen una relación muy complicada con los funerales, pero en su caso se trataba más de su vínculo con el barrio de Istedgade. No se habían presentado muchos más invitados, cosa que tampoco la sorprendió.

Se apartaron un poco cuando llegaron los técnicos y entraron con sus coches. Louise saludó a Frandsen mientras éste empezaba a descargar su equipo.

El colega de la City miró su reloj.

—Entonces creo que me volveré a casa y desayunaré algo —dijo él.

Louise lo acompañó hacia el aparcamiento, pero se detuvo cuando Rasmus Hem se acercó para saludarla antes de preguntar por Camila.

—Está en la cocina —respondió ella, y se despidió de Mikkelsen para acompañar al agente de Bellahøj.

Camila seguía sentada en la misma posición y se contentó con mover la cabeza como respuesta al saludo de Rasmus Hem.

—Fue usted quien lo encontró —constató, a lo que ella volvió a asentir.

En lugar de seguir preguntando, él se sentó frente a ella, y Camila empezó a explicarle lo sucedido.

—Entré en la iglesia con unas flores para el funeral, y cuando iba a salir me tropecé con algo —aclaró con una voz que tenía algo de mecánico.

—¿Vio de qué se trataba? —quiso saber Hem antes de preguntar si había hecho algo más en el pórtico, aparte de dejar las flores.

Ella movió la cabeza y respondió que no a ambas cuestiones.

—Yo soy la única que ha tocado algo —intervino Louise, explicando que había movido el bulto antes de desenvolverlo cogiéndolo por los picos de la toalla.

—Aparte de Camila, sólo el pastor y yo hemos estado en la iglesia desde que localizamos al niño.

A su espalda oyó a Henrik Holm que bajaba las escaleras desde el primer piso. Le había subido a Jonas una tónica y unas palomitas.

—Está leyendo *Harry Potter* —fue su contestación cuando Louise se interesó por el niño—. Pero estaría bien que pudiésemos librarnos de todos estos dramáticos sucesos —continuó con un tono fingidamente animado—. Al final va a resultar que la gente va a dejar de ir a la iglesia por miedo a encontrarse a un recién nacido abandonado en el suelo.

El agente le sonrió y le dio la razón.

—¿No le importa que me retire a mi ordenador? —preguntó Henrik Holm mirando a Rasmus Hem—. Tengo que preparar para mañana una columna para el periódico, y aún no tengo totalmente decidido por dónde van a ir los tiros.

Hem asintió y dijo que no había ningún problema, sólo tenía que anotar lo que Camila le contase.

Parecía que sólo Louise se había dado cuenta de que Jonas había bajado mientras ellos hablaban. Se había parado junto a su padre y miraba al policía, al que ya conocía de la última vez.

Henrik Holm acarició el pelo a su hijo antes de retirarse al despacho, pero movió negativamente la cabeza cuando Jonas le cuchicheó algo. Era evidente que su cabeza ya estaba en su artículo.

Jonas vaciló durante un instante, como si le costase decidirse a subir a su habitación, tal y como su padre le había dicho que hiciera.

Por eso Louise se levantó y se acercó hasta él, lo abrazó y lo acompañó al piso de arriba.

Camila los miró mientras desaparecían. Habría deseado poder ir con ellos y así librarse de revivir lo sucedido en el pórtico; no obstante, contestó, como era su deber, a las preguntas que, por orden cronológico, le fue planteando Hem. ¿Cuándo había llegado a la iglesia? ¿Había visto a alguien mientras cruzaba el patio? Cuando llegó al pórtico, ¿estaba totalmente cerrada la puerta?

Camila pensó en la vez anterior, cuando, sentados en la cocina de la casa parroquial, los chicos contaron que la puerta estaba abierta.

—Estaba bien cerrada —le aseguró al agente. Apartó un poco la taza con un resto de café frío y apoyó los codos en la mesa para poder descansar la cabeza en las manos.

Cuando terminaron de revisar estas aclaraciones, se dio cuenta de que el policía la miraba con seriedad y notó que respiraba profundamente antes de hablarle.

—¿Podríamos llegar a un acuerdo? —preguntó—. ¿Esperará hasta mañana para publicar esto? Me gustaría tener la oportunidad de investigar qué ha ocurrido antes de salir en los medios de comunicación.

Una mueca de Camila le hizo callar.

—No tiene nada que temer. —Dejó caer las manos sobre la mesa y movió ligeramente la cabeza—. En estos momentos no trabajo.

Él enarcó las cejas.

—Estoy de excedencia —aclaró Camila brevemente. Luego añadió, cansada, que tampoco tenía que preocuparse de que fuese a informar a su jefe—. En realidad, mientras esté fuera, prefiero no tener ningún contacto con el periódico —explicó mirando a la mesa—. Pero, naturalmente, lo que no puedo garantizar es que no se

enteren del suceso por sus propios medios —añadió tras una pequeña pausa—. El *Morgenavisen* siempre se ha enorgullecido de enterarse de este tipo de cosas.

Rasmus Hem asintió, y Camila tuvo la sensación de que iba a añadir algo, pero el policía se contuvo al ver que en ese mismo momento Louise bajaba por la escalera.

Louise entró en la habitación en la que Henrik Holm estaba inclinado sobre su ordenador y se preparó antes de interrumpirle.

—¿Qué le parece que Jonas se venga con Camila y conmigo? —preguntó—. Creo que podría ser bueno para él alejarse de aquí mientras los técnicos trabajan en la iglesia. Además, así usted podría acabar su artículo en calma —añadió.

Holm se pasó la mano por el cabello; se notaba que se sentía aliviado por la oferta, pero al mismo tiempo no quería que resultara una molestia.

—Lo haré encantada —le aseguró ella—, y puede quedarse también mañana, que es cuando vuelve Markus de casa de su padre.

—¡Qué guay! —se oyó desde las escaleras y, con eso, el trato quedó cerrado.

—Pero no te olvides el cepillo de dientes —le gritó el pastor, sonriendo a su hijo mientras éste subía corriendo la escalera para coger sus cosas—. Gracias —le dijo a Louise—. Cuando no tienes familia no hay muchas posibilidades de ayuda si surge algún imprevisto —reconoció—. Así también podré aprovechar la tarde para pulir mi sermón de mañana. Es evidente que el día está saliendo algo diferente de lo que yo había previsto.

Miró su reloj como si de pronto hubiera caído en la cuenta de que una parte de la tarde ya había pasado.

—¡Esperemos que al menos pueda utilizar la iglesia mañana! —añadió, observándola con una mirada interrogante—. Tengo también un bautizo.

—Ahora veremos lo que dice Frandsen, pero no creo que los técnicos se vayan a pasar todo un día; supongo que podrá utilizarla mañana.

—Lo malo es que si los padres se enteran de que ha vuelto a suceder lo mismo, puede que no vengan.

De nuevo volvió a atusarse el rubio y espeso pelo.

—Seguro que no tiene nada que ver ni con la iglesia ni con usted —dijo Louise intentando aliviar sus preocupaciones.

El pastor asintió con la cabeza y se levantó para darle un beso a su hijo antes de que se marchase.

Rasmus Hem se había marchado ya, y parecía que poco a poco Camila había ido recuperándose y ya estaba en condiciones de salir.

Louise la informó de que tenían un invitado más y se inclinó para recoger el bolso de su amiga, que había rodado hasta el suelo.

—¿Has metido el móvil? —El pastor miró a su hijo con una sonrisa.

—Sí, y el cargador —respondió Jonas, impaciente por salir.



Camila estaba pálida cuando se despidió de Henrik Holm con un gesto, pero no por ello dejó de avisarle de que le llamaría para intentar encontrar una nueva fecha para el funeral.

—Lo cierto es que no sé si voy a tener fuerzas para volver a prepararlo todo —reconoció mientras cruzaban el patio, alelándose de los coches de la policía.

Junto a la pared de la iglesia se habían apostado un par de curiosos, y Jonas parecía asustado mientras iban hacia el coche de Camila.

—Puede que lo mejor sea olvidarse de todo este ceremonial, y contentarse con tomarse una cerveza mientras suena una canción de Johnny Cash —reflexionó Camila.

Louise le sonrió y le preguntó si quería llevarse a casa alguna de las flores que había llevado a la iglesia.

Camila torció el gesto.

—¿A ti qué te parece? ¿Tienes jarrones suficientes para ponerlas? ¡Imagínate lo alegres que íbamos a estar el resto del fin de semana rodeados de esas flores!

Louise dejó allí su bicicleta, y con la sensación de ser responsable de dos convalecientes, a los que tenía que ayudar a recuperarse durante el fin de semana, se sentó al volante y arrancó el automóvil.

Willumsen no tardó ni un minuto en devolver a Louise a la realidad, cuando el lunes por la mañana comenzó la reunión informándoles de que el grupo que investigaba los dos asesinatos había sido dividido.

El jefe se hallaba de pie con una taza de café en las manos y miró a cada uno de ellos: Toft, Michael Stig, Lars Jørgensen y, finalmente, a Louise, que estaba tranquilamente recostada en su silla, partidaria de un inicio de semana más relajado tras un domingo que, finalmente, había sido realmente agradable.

Sin embargo, el sábado por la tarde, el ambiente había sido artificial y tenso. Camila se había retirado a la habitación de invitados con unas revistas, y Jonas unas veces estaba con la *PlayStation* enchufada al televisor, y otras, sumergido en su *Harry Potter*.

Era curioso observar que, en muchos aspectos, era diametralmente opuesto a Markus. Mientras el hijo de Camila tenía el pelo corto y rubio, el de Jonas era oscuro y con un flequillo que le caía sobre los ojos castaños. Se concentraba en las cosas que comenzaba; por ejemplo, tocaba la guitarra desde los siete años sin perder el interés. A Louise eso la impresionaba realmente.

Markus era más impulsivo y se lanzaba sobre cualquier novedad con ansia, pero aún no había conseguido encontrar algo que lo atrajese verdaderamente. En los últimos tiempos había sido el *breakdamc*. A Louise le habría gustado que se le contagiase algo del afán de lectura que sentía Jonas, pues aunque el hijo del pastor era algo introvertido y un poco vergonzoso, era evidente que Markus lo admiraba enormemente.

Louise se retiró a la cocina con un periódico, y a las siete se ofreció a ir a buscar una *pizza*. Después se pusieron a ver una vieja película de humor y se fueron temprano a la cama.

Kim Rasmussen llamó en mitad de la película y le preguntó si tenía ganas de pasar por Holbaek el domingo. La tentó con kayaks, hamburguesas en la barbacoa — si el tiempo lo permitía—, sexo y tal vez un café irlandés. Louise estuvo un poco cortante al decirle que no, y al cabo de un momento se dio cuenta de que le había hecho daño. No era necesario, ella lo sabía bien, pero en aquellos precisos instantes su relación pertenecía a un mundo completamente diferente. La mayor parte de la tarde había estado pensando que tal vez Jonas se arrepintiera de haber aceptado la propuesta de dormir allí. Casi no se conocían, por lo que le había repetido varias veces que si quería irse a casa, que lo dijese, pero todas ellas Jonas había contestado que prefería quedarse.

El domingo se habían levantado tarde y hasta las once no habían ido al Belis a

comer algo. Camila seguía callada y esquiva, pero cuando, por la tarde, Markus volvió de casa de su padre, había conseguido convencerla para ir a la piscina, aunque ella se había contentado con quedarse enfundada en un gran albornoz viendo cómo los chavales se tiraban desde el trampolín.

—Nos ha llegado un caso nuevo, así que vamos a dividir nuestros recursos —siguió explicando Willumsen, mirándola ahora a ella, como si hubiese intuido que seguía en Babia.

Louise se enderezó y acercó la silla a la mesa.

—Tenemos que apañárnoslas; dos continuarán con las investigaciones en Vesterbro junto con Mikkelsen y su gente, y los otros dos pasarán al nuevo caso.

Michael Stig iba a protestar, pero la mano levantada del jefe de grupo lo detuvo.

—Es demasiado pronto para retirar a nadie —protestó Toft sin importarle la mano alzada—. Si nos retiramos, volvemos a dejarles el campo abierto. Sabes perfectamente que si no somos más, no tenemos ninguna oportunidad de cubrir el barrio y vigilar.

—Pues claro que podéis hacerlo, y necesito ver avances pronto. No progresamos, no hay ninguna novedad —sentenció el jefe mirándolos con dureza. Luego se enderezó y cambió el tono—. El sábado se encontró un recién nacido muerto en la iglesia de Stenhøj, en Frederiksberg; tú ya lo sabes, Rick.

No se trataba de una pregunta y tampoco esperó a que ella respondiese para continuar.

—Los compañeros de Bellahøj ya estuvieron allí por un caso similar hace un par de semanas. Aunque es verdad que, en aquella ocasión, el niño estaba vivo cuando lo localizaron.

Sacó el primer documento de la carpeta que tenía sobre la mesa.

—Al recién nacido se le practicó la autopsia ayer por la tarde y tengo aquí el informe preliminar. Flemming Larsen dice...

Sacó las gafas de leer del bolsillo de la camisa.

Louise sintió que un nerviosismo se le extendía desde el estómago hacia el plexo solar. Para cualquiera que conociese siquiera superficialmente a Willumsen, se trataba de una clara señal: algo iba mal. Debía de haber algo en la autopsia que transformaba el caso de una tragedia familiar en un delito de carácter serio; de no ser así, no se lo habrían transferido a ellos. Bellahøj era perfectamente capaz de hacerse cargo de la mayor parte de los casos.

La mirada de Louise se posó en el rostro de Willumsen mientras éste leía y les explicaba el contenido con sus propias palabras. Pasó por el principio rápidamente.

—Se trata de un varón, nacido como mucho hace un par de días. El cuerpo tenía un débil color verdoso y aún había restos de sangre seca y de unto sebáceo.

Aquí empezó a hablar más pausadamente.

—Además, aquí pone que el cordón umbilical había sido separado de la placenta de forma muy rudimentaria, y la piel estaba exfoliada en varios lugares.

En ese momento, la puerta se abrió y entró Suhr, que se sentó con una expresión de no querer interrumpir la reunión. Willumsen ni se dio cuenta de la entrada del inspector jefe o al menos no reaccionó en absoluto ante ella.

—Hay una especie de pérdida de la piel que se llama maceración cutánea, que se observa cuando el niño muere antes del parto. Pero la razón de que este caso haya acabado sobre nuestra mesa es que... —Finalmente levantó la vista para asegurarse de que todos le prestaban atención—. Al niño le falta el meñique en un pie. No se trata de un defecto congénito, sino de una amputación tras el nacimiento. La superficie de la herida es regular y plana, es decir, lo cortaron con un instrumento afilado. Flemming Larsen está seguro de que lo mutilaron después de muerto, en caso contrario habría sangrado, y eso le lleva a afirmar con una alta probabilidad que estamos hablando de un niño que nació muerto.

En ese momento miró directamente a Lars Jørgensen y a Louise.

—Este caso lo vais a llevar vosotros. Bellahøj continuará con la investigación sobre la niña abandonada que llevaron hace una semana al orfanato de Skodsborg. Ahora mismo no hay ninguna razón para pensar que ambos sucesos estén relacionados, pero naturalmente tendréis que comprobarlo. Provisionalmente llevaremos las investigaciones de forma independiente y las consideraremos expedientes separados. Lo más probable es que eligiesen esa iglesia en el segundo caso debido a lo mucho que se comentó el primero en la prensa. La mutilación practicada a este niño parece no relacionarlo con la pequeña, que se encontraba en buen estado cuando fue abandonada. Sé que va a haber un montón de trabajo rutinario, pero quiero que contactéis personalmente con todas las madres que hayan dado a luz en las últimas dos semanas y con las que lo tuviesen que hacer en los próximos catorce días.

Louise vio que la frente de Suhr se había plegado en múltiples arrugas, pero se mantenía callado.

—Iréis a las maternidades, y si encontráis algo interesante, quiero que cotejéis el ADN. Si esto no da ningún resultado, tendremos que ampliar nuestro procedimiento: lo haremos público y solicitaremos la colaboración de la gente, por si conocen a alguna embarazada a la que le haya desaparecido la barriga, pero no lleve a un niño en los brazos.

Lars Jørgensen había comenzado a mover la cabeza.

—¿A quién pondrás para ayudarlos? —preguntó Suhr mirando a su jefe de grupo, que, sin comprender, alzó las cejas.

—En un primer momento nos apañaremos solos. Tenemos que mantener varias bolas en el aire —decidió Willumsen cuando finalmente percibió el silencio que se había hecho en la habitación—. Es todo un lujo poder trabajar en un solo caso.

Louise asintió. Ni era la primera vez, ni con toda seguridad iba a ser la última, que no podía seguir un caso hasta el final. Tomó la fina carpeta que Willumsen le pasó y se levantó para seguir a Lars Jørgensen hasta su despacho.

—¿Qué tenemos en lo que nos ha mandado el Anatómico? —preguntó Lars Jørgensen esperando pacientemente a que ella pusiese el hervidor eléctrico que tenían en un mueblecito y se preparase un vaso con una bolsita de té.

Había abierto la ventana y una suave brisa de primavera entraba en su oscuro despacho, refrescándolo un poco.

Cuando por fin hirvió el agua, él también se sentó, tomó el teléfono y esperó a que le pasasen con el juzgado de guardia. Necesitarían una orden para conseguir las listas de las diferentes maternidades.

Louise apartó la taza de té y abrió la carpeta, que por el momento sólo contenía dos folios. Comenzó a leer, pero se detuvo cuando su compañero resolvió el asunto de la orden y colgó el teléfono.

—Lee en alto —le rogó él mientras destapaba una botella de agua mineral y echaba hacia atrás la silla, apoyándose en la espalda y colocando las piernas en el borde de la mesa.

—«El sábado 26 de abril a las 11:30 aproximadamente entró una mujer en el pórtico de la iglesia de Stenhøj». Se trata de Camila —explicó antes de continuar—. «En el suelo, junto a la puerta, había un bulto envuelto en una toalla. Sin tocar nada, la mujer abandonó la iglesia a la carrera. Unos diez minutos más tarde llegó la oficial de policía Louise Rick, que acudía allí por un asunto privado. Junto con el pastor, Henrik Holm, inspeccionó el bulto, que resultó contener un recién nacido desnudo, que ya estaba muerto en el momento del hallazgo». «No es que sea gran cosa —dijo recorriendo el resto del texto antes de leer en alto los puntos más destacados—. El área fue acordonada y se llevaron perros para buscar rastros. No se encontró nada. Interrogatorios preliminares: negativos».

—Nada de nada —comentó antes de continuar—. «Se levanta el cadáver y se realiza la autopsia al día siguiente. El bebé, un varón, pesa tres mil setecientos cincuenta gramos y mide cincuenta centímetros».

—O sea, totalmente normal, con lo que la madre debió de cumplir la gestación completa —comentó su compañero, más ducho en recién nacidos, aunque sus propios mellizos hubieran sido adoptados en Bolivia cuando tenían unos seis meses. Ya habían cumplido los siete años, y habían perdido algo del salvajismo que habían demostrado en la ocasión en la que su padre los llevó al trabajo, cuando, con gran satisfacción, revolvieron todas las carpetas de los casos.

—«El cordón umbilical aparece mordido o rasgado, y no está atado —continuó Louise apartando a los mellizos de su cabeza—. Mide diecisiete centímetros de largo. Se considera que el nacimiento del niño se produjo entre uno y dos días antes del hallazgo. Era de raza caucásica». —Louise levantó la vista del papel—. Es decir, sólo dice que ni era negro ni asiático, pero muchas pistas no da.

Su compañero asintió y preguntó si había más, pero ella movió la cabeza y arrojó el papel sobre la mesa.

—Nada aparte de que tenía el pelo negro y abundante.

Fueron interrumpidos cuando Suhr, tras haber llamado ligeramente, abrió la puerta, entró y se apoyó en el mueblecito del café.

—He estado hablando con Sillebrandt de Bellahoj. Va a dejar cuatro agentes en el caso y se ofrece para continuar con la búsqueda de testigos, así que siguen intentando encontrar a alguien que haya podido ver algo cerca de la iglesia, entre el viernes por la noche y el sábado por la mañana. Ése es el período en el que pensamos que fue abandonado el niño. Han dado con dos testigos que les han contado, cada uno por su lado, que vieron un coche viejo de color verde claro junto a la iglesia el sábado hacia las seis de la mañana. Uno de los testigos, un señor mayor que había salido a pasear a su labrador, está completamente seguro de que se trataba de un Fiat Regatta de mediados de los ochenta. Él tuvo un modelo similar, pero en rojo. El otro testigo, un chaval joven que volvía a casa con una buena tajada, sólo recuerda que había aparcado un «montón de chatarra» de color verde claro, en el que se apoyó para mear. Y esa descripción parece concordar perfectamente con un vehículo con más de veinte años a sus espaldas.

El inspector jefe de homicidios sonrió, seguramente porque su propio Volvo nunca pasaba de los dos o tres años antes de que lo cambiase.

—De acuerdo con las declaraciones de los testigos —continuó—, nuestros colegas han buscado los Fiat Regatta de ese color, y en Seelandia han localizado cuatro y a sus propietarios. Aparte de eso no tienen nada —elijo rascándose el cuello, que todas las mañanas se rasuraba a conciencia y en el que se aplicaba un caro bálsamo *aftershave*—. Sugiero que aceptemos su proposición de seguir con la búsqueda de testigos.

Louise y Lars Jørgensen asintieron. Al parecer, Louise no se había equivocado cuando creyó adivinarle el pensamiento en el despacho de Willumsen. Desde el principio había tenido claro que no se podía asignar ese caso a sólo dos personas, pero, educado como era el inspector jefe, no había llevado la contraria a su subordinado delante de todos, y había preferido encargarse de ello con más discreción.

—En primer lugar investigaremos lo más evidente. Concentraos en comprobar las listas de que dispongan los hospitales con las mujeres que estuviesen a punto de dar a luz o que lo acaben de hacer. —Los miró para asegurarse de que estaban de acuerdo—. Tomad el gran Copenhague —continuó—. Es decir, Hvidovre, Herlev, Glostrup, el Hospital Central, Frederiksberg y Gentofte, y veamos qué logramos con esto.

—Ya hemos solicitado una orden para conseguir que los hospitales nos entreguen los datos generales de las mujeres que puedan ser relevantes —informó Lars Jørgensen, y captó una señal de satisfacción en su jefe.

—Dentro de poco voy a enviar una nota de prensa a Ritzau, y ya he concertado una entrevista con un reportero del telediario a la puerta de la iglesia para la emisión de las 18:30. Además, cuento también con las noticias de TV2 a las 19. Tenemos que

darle publicidad; no entiendo realmente por qué en Bellahoj no se han puesto a ello. No es mucha la ayuda que Sillebrandt ha conseguido a estas alturas.

Louise evitó conscientemente mirar a Lars Jørgensen. No es que hablasen mucho del inspector jefe, pero sus frecuentes apariciones en televisión se utilizaban como motivo de broma cada vez que había ocasión. En realidad, a juicio de Louise, no eran demasiadas. Al contrario, ella estaba contenta de tener un jefe respetado por la mayoría de la población. Y había que reconocer que de ese modo a menudo habían conseguido salir de muchos callejones que parecían no tener salida.

—Mientras esperamos las listas de los hospitales, voy a visitar a Henrik Holm y repasar todo esto con él una vez más —dijo Louise—. Quizá hay algo que no se le haya ocurrido, además así le menciono lo del Fiat verde.

—Bellahoj ya ha hablado con él —indicó Suhr mientras recogía la cartera del suelo y se guardaba el móvil en el bolsillo.

—Sí —respondió ella—, pero ahora nos han pasado el caso, así que tendremos que hablar nosotros personalmente con él.

El inspector jefe sonrió conforme.

—Desde luego.

—También tenemos que hablarle del informe del forense antes de que toda la historia aparezca en los medios —añadió ella—. ¿Has pensado quizá mencionar lo del dedo del pie cuando te dirijas a los medios de comunicación?

Pareció como si Suhr meditase durante unos breves instantes, pero finalmente negó con la cabeza.

—Por ahora no. Hasta que sepamos si tiene algún significado, podemos ahorrarle a la gente este detalle. Pero coméntaselo al pastor. Con nuestro mínimo conocimiento bíblico, no sé si puede tener algún sentido religioso que se nos escape.

—Hay una posibilidad —convino ella, y contó que Henrik Holm estaba un poco preocupado porque esos dos sucesos llegasen a perjudicara su iglesia.

—No se le puede reprochar. Leí su columna de ayer —contó Suhr—; trataba sobre «el instinto maternal» que no siempre aparece en un primer momento. Hablaba de las explicaciones científicas, que indican que tras el parto cae en picado la producción de hormonas femeninas y eso puede afectar tanto al humor como al instinto maternal. Su propia tesis iba más en la línea de que el alma del pequeño necesitaba tiempo para adaptarse antes de unirse a su madre y despertar en ella tan fuertes sentimientos. Algunas simplemente necesitan más tiempo para entrar, según escribía. Era muy interesante, pero el texto estaba claramente dirigido a la madre de la pequeña. Supongo que anteayer ya lo tendría escrito.

—¿Por qué habrá ocurrido dos veces en tan poco tiempo? —preguntó Louise, volviendo al tema del niño muerto—. Pueden pasar años sin encontrarnos con un niño abandonado.

—A veces es cuestión de meses, y en muy pocos casos pasan sólo semanas entre dos recién nacidos muertos y abandonados. Así que desgraciadamente tampoco es tan

excepcional —corrigió Suhr. Lo interrumpió Michael Stig, que se había detenido ante la puerta y les estaba escuchando mientras se peleaba con el tapón de una botella de cola de medio litro.

—Me atrevería a apostar a que no tendréis que buscar a la madre entre la clase alta —dijo con la misma suficiencia en la voz con la que le había explicado a Louise que siempre se podía saber si una puta era del Este—. Sólo en las clases más bajas los niños no son considerados como un indicador de estatus social. Al contrario, las madres pueden ser tratadas como basura si se quedan embarazadas, y es más cómodo deshacerse del pequeño, que intentar tramitar todo el papeleo de los ayuntamientos para encontrar una institución o una adopción forzosa.

Michael Stig hizo una pequeña pausa efectista y tomó un sorbo de su refresco.

—En resumidas cuentas, es más fácil tirar al niño, que asumir la responsabilidad —continuó—. Y como esta gente de la que hablamos no es precisamente la más despierta que te puedas encontrar, es evidente que elegirán el mismo lugar como vertedero. Así se evitan tener que pensar.

A Louise le costaba soportar su tono, y estuvo valorando la posibilidad de levantarse y dejárselo a los otros, pero se contuvo cuando él siguió.

—¿Se sabe si el niño muerto era hijo de drogadictos?

Michael Stig la miró a ella y luego a Lars Jørgensen.

Éste se encogió de hombros y dirigió su mirada hacia el informe preliminar que estaba delante de Louise, que negó con la cabeza.

—Aún no lo hemos comprobado —respondió Suhr, que ya no se apoyaba en el mueble.

—Se le practicó la autopsia ayer —le recordó Louise a su colega—. Como pronto tendrán los resultados de las pruebas sanguíneas esta tarde o mañana.

—Si fuese mi caso, me movería entre drogadictos y prostitutas antes de gastar demasiada pólvora en las madres que han pasado por la comadrona y han querido tener a sus hijos. Con las otras es fácil imaginarse que algunas no hayan tenido demasiadas ganas de implicar al Estado en su embarazo. Sobre todo si desde el principio sabían que iban a librarse del niño en cualquier caso —concluyó y desapareció hacia su despacho.

Suhr se quedó en la puerta y lo miró durante un momento.

—Puede ser una idea —dijo estirando un brazo hasta el marco de la puerta, mientras una expresión reflexiva cruzaba su rostro—. Hablad con los de Reden y enteraos de si saben de alguna embarazada que haya pasado por allí y que luego no haya sido vista con un niño.

Louise estaba apoyada con los codos en la mesa y la cabeza entre las manos. Siempre había alguien bien dispuesto para poner en movimiento a los demás. Bien podía Michael Stig informarse cuando anduviese por el barrio investigando los dos asesinatos, pero eso era ya mucho pedir.



Antes de oírlo ya había notado que el móvil en su bolsillo empezaba a vibrar. Número privado, ponía en la pantalla del teléfono. Se disculpó, pensando que podía ser una llamada personal; tal vez su madre, a la que no le había devuelto la llamada el fin de semana.

—Soy Jakobsen —dijo el psicólogo, y Louise miró su reloj instintivamente. Camila tenía hora aquella mañana a las nueve y cuarto, y ya eran las once. Por un momento tuvo miedo y se le ocurrió que el terapeuta quizá había decidido ingresar a su amiga, o recetarle una medicación tan fuerte que consideró que Louise debía estar informada.

—No ha aparecido —informó él secamente y con tono enojado.

Habían conseguido colar a Camila en una abarrotada agenda, por lo que no había nada que objetar a su enfado.

—Ni siquiera ha llamado para disculparse.

Louise se quedó mirando fijamente a través de la ventana. Camila todavía dormía cuando ella había salido, poco antes de las ocho, y contaba con que su amiga se levantaría y se encargaría de llegar a tiempo.

—He llamado también al teléfono de tu casa, porque si no entendí mal iba a pasar allí el fin de semana, pero nadie responde, ni tampoco en su móvil.

—No lo entiendo —fue lo único que se le ocurrió decir a Louise—. Paso ahora por casa y hablo con ella. Lo siento muchísimo, pero debe de haberse dormido —se disculpó, añadiendo que Camila parecía agotada desde la experiencia de la iglesia—. Me encargaré personalmente de que se levante.

—Cuando la hayas localizado llámame para concertar una nueva cita.

Jakobsen seguía sonando enfadado.

Los otros la miraban cuando volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo.

—Camila le ha dado plantón a Jakobsen —explicó—. Tengo que ir a casa a ver si está bien.

Lars Jørgensen asintió, pero Louise vio en la cara de Suhr que algo como eso rayaba el límite de lo tolerable, teniendo en cuenta todo el trabajo que tenían pendiente.

—Es sólo un momento —prometió ella mientras se ponía la chaqueta—. Y de todas formas está de camino a la iglesia de Stenhøj.

Al principio no podía dar con el despertador en la mesilla de noche, por lo que se incorporó apoyándose en el codo y lo encontró en el suelo. Con la cabeza abotargada por el sueño, lo recogió y comprobó que eran casi las diez.

Había estado despierta la mayor parte de la noche, pero a primeras horas de la mañana debió de haberse quedado dormida. No había oído nada cuando se levantaron Louise y Markus, a pesar de que su hijo había dormido en un colchón al lado de su cama, y que durante la noche en vela, mirando a la oscuridad, había estado oyendo su respiración regular.

Dejó el despertador y al restregarse los ojos encontró la nota en la mesilla de noche.

«TE QUIERO, MAMÁ  
besos Markus»

Volvió a leer la frase y de repente se asustó; dejó caer la cariñosa nota sobre el edredón y se hundió en la almohada. Acababa de caer en la cuenta de que no sentía nada. No sentía aquel calor que solía llenarle el corazón al leer una de las notas cariñosas de su hijo; no esbozaba tampoco aquella sonrisa que siempre le iluminaba el rostro sin siquiera notarlo ella; tampoco se le aparecía el rostro de él. No había intentado ni por un segundo imaginárselo sentado en la cocina escribiendo la nota.

De nuevo volvió a convencerse de que todo lo que antes había en su interior se había desvanecido, y le daba miedo pensar en que pudiera haber desaparecido para siempre si no era ni capaz de alegrarse por el pequeño detalle de su hijo. Además, esa misma constatación prácticamente no la afectó.

Cerró los ojos y se quedó inmóvil durante bastante rato. Kaj había vuelto a aparecer en sus pensamientos durante la noche. Pensó en su vida, de la que no conocía casi nada, tan sólo los pequeñísimos fragmentos a los que él la había permitido acceder. En algún momento de la noche había llorado por lo absurdo de haber tenido que aplazar su funeral. Cayó en la cuenta de que había aguardado con ilusión la ceremonia, ocuparse de ella, hacer algo por él, adornar la iglesia con flores, poner a Johnny Cash para él.

Al oír el teléfono en el salón se cubrió la cabeza con el edredón y permaneció tumbada hasta que dejó de sonar. El móvil lo había apagado por la noche. Lo tenía en la mesilla, pero era incapaz de encenderlo. Estaba segura de que habría al menos un mensaje de Terkel Høyer.

De repente pensó en Jakobsen y en su cita en el Hospital Central. No podía

recordar a qué hora tenía que presentarse; lo tenía apuntado en una nota en la cocina, pero sabía que, en cualquier caso, ya era demasiado tarde.

Sacó las piernas por el borde de la cama y apartó un poco el colchón del suelo para recoger los pantalones de chándal que había tirado al irse a la cama. Al ir al baño conservó puesta la camiseta con la que había dormido.

El teléfono volvió a sonar, pero ella cerró la puerta y se sentó en el váter. Ni tenía hambre ni necesitaba un café; no había ningún deseo que la pudiese estimular. Lo único que la invadía era un abatimiento general que la impulsaba a meterse de nuevo bajo el edredón. Finalmente se decidió a salir y respirar un poco de aire.

El sol brillaba y la gente en la calle llevaba ya cazadoras y chaquetas finas. Ella se había puesto unas simples zapatillas Adidas de goma que Louise tenía en el pasillo y un jersey blanco, y se había recogido el pelo en una cola de caballo. El bolso Mulberry era lo único que revelaba que normalmente tenía muchísimo más estilo.

Recorrió toda la calle Gammel Kongevej en dirección a la Estación Central. Le apetecía ir al Plaza, de cuyas cocinas Kaj había sido el dueño y señor, y pensó que podía tomarse una taza de café en el bar. El sol la cegaba y había olvidado las gafas, por lo que tenía que entornar un poco los ojos ante la brillante luz del día. Cuando llegó a la altura del planetario, cayó en la cuenta de que el Plaza había sido vendido tantas veces desde los tiempos en que el legendario rey de los hoteles lo había convertido en algo importante y de que habían pasado por él tantas cadenas internacionales, que no debía de quedar mucho del alma de Kaj. Así que decidió tomarse el café en la Estación Central. Había algo agradable en la idea de entrar allí y no ser nadie. Fundirse con los demás, a los que no conocía y que sólo estaban de paso.

Al entrar, cogió un periódico gratuito del expositor y caminó bajo el alto techo del vestíbulo de la estación, con sus tiendas y quioscos a un lado y el acceso a las vías al otro. No había mucha gente en el café, por lo que dejó su diario en una mesa libre y fue a pedir.

El barón de la carne. No sabía qué aspecto tenía, porque únicamente había alcanzado a ver una silueta tras el volante del Jaguar verde oscuro, y sólo después había oído su historia. Pero si se acercaba al Matadero y preguntaba por él, alguien habría que lo conociese. Quería saber algo más de los tiempos en los que Kaj había sido jefe de cocina y todo era distinto.

Poco a poco había ido acudiendo más gente al café; algunos se conocían y se saludaban rápidamente antes de continuar apresuradamente con sus cosas; voces danesas y extranjeras se mezclaban. Camila seguía con la mirada, embobada, a los que llegaban o se iban.

Tras media hora, dobló el periódico, se tomó el resto del café frío, se levantó y se marchó.

Pasó ante el centro DGI, cruzó la Kvaegtorvsgacle por delante del instituto Rysensteen, en dirección a Halmtorvet. Caminaba con la mirada fija en el suelo y no vio el Audi, ni tampoco pudo reaccionar cuando un tipo de pelo oscuro dijo su nombre y la agarró del brazo.

Louise subió corriendo la escalera hasta su apartamento en el cuarto piso, y mientras metía la llave en la cerradura comprobó, no sin cierta sorpresa, que aún era capaz de subir la escalera a la carrera sin agotarse, aunque en los últimos tiempos no hubiera salido mucho a correr.

—¡Hola! —gritó desde la entrada.

La puerta de la habitación de invitados estaba abierta, y ambas camas sin hacer y vacías. Fue a la cocina por si Camila hubiera dejado alguna nota y llamó a la puerta del cuarto de baño.

No tardó ni un minuto en verificar que Camila no estaba en casa. Vio que su chaqueta seguía colgada de la percha, pero que su bolso no estaba, y volvió a llamarla por el móvil. Apenas había comenzado una voz de mujer a informarle que no era posible establecer la comunicación, cuando vio en la mesilla junto a la cama de Camila el Sony Ericsson apagado.

Durante un instante, Louise permaneció apoyada en el marco de la puerta del salón, meditando si debía comenzar a buscarla. Llegó a la conclusión de que sería prácticamente imposible averiguar adonde había ido su amiga. La posibilidad más sencilla era que hubiese ido a su casa a por ropa limpia.

Llamó a su casa, pero nadie contestó. Sintió que la punzada de intranquilidad, que había notado anteriormente, se intensificaba un poco más. Un vistazo al reloj le indicó que eran las once y media. Tenía que darse prisa si quería pasar por casa del pastor y volver a la jefatura antes de la una, como había prometido.

Cerró de golpe la puerta de su casa y buscó el número directo de Flemming Larsen en el Instituto Anatómico Forense. Aunque lo más probable era que estuviera trabajando en las salas de autopsias, tenía que localizarlo y preguntarle por las pruebas sanguíneas realizadas. Sería una pérdida de tiempo visitar a todas las flamantes madres que los hospitales pudiesen tener inscritas en sus registros, si se comprobaba que el niño era hijo de una drogadicta. En todo caso, eso excluiría a una gran parte de las potenciales sospechosas. La idea de Michael Stig no era ninguna tontería.

—Negativo —contestó la secretaria tras comprobar el programa del día. Pensaba, además, que el forense sólo tendría un momento libre entre las catorce y las quince horas—. También tiene una agenda muy apretada durante el fin de semana.

Louise le dio las gracias y le dijo que volvería a llamar más tarde.

El recorrido hasta la iglesia de Stenhøj le llevó diez minutos en bicicleta. Louise había llamado a Henrik Holm para decirle que pasaría un momentito y no le había

parecido que él se sorprendiese, por lo que decidió esperar a estar allí para explicárselo.

El pastor la recibió con una sonrisa y le agradeció varias veces que se hubiese ocupado de Jonas.

—Se lo ha pasado genial y dice que es estupendo que trabaje usted en la policía —comentó cuando se sentaron en la cocina.

—Bueno, en realidad ésa es la razón por la que estoy aquí —dijo ella aprovechando la ocasión—. Es decir, mi trabajo en la policía.

Él levantó una ceja mirándola interrogante.

—Esta mañana nos han pasado el caso del recién nacido que encontramos muerto el sábado —comenzó diciendo, y añadió que le había correspondido a ella en concreto. Luego contó que el domingo se le había practicado la autopsia al pequeño—. El forense dice que se trata de un niño que nació muerto. Los pulmones, el corazón y todos los órganos internos estaban totalmente desarrollados, por lo que era un niño que podía haber sobrevivido. La causa del fallecimiento fue un envenenamiento salino que sufrió la madre hasta el momento del parto.

Él seguía con la ceja levantada.

—En el peor de los casos puede costar la vida tanto de la madre como del niño.

Él asintió y por fin la ceja volvió a su sitio.

—Durante la autopsia se apreció algo más, y ésa es la razón por la que el caso ha pasado al departamento de homicidios. Tras el nacimiento, le cortaron uno de los dedos del pie, el meñique. El forense está convencido de que no se trata de un defecto de nacimiento.

Decidió ahorrarle detalles y evitó contar que Flemming había anotado que la intervención se había realizado con un cuchillo, unas tijeras o unas tenazas.

Percibió el cambio en la mirada del pastor. Henrik Holm se había apoyado en el respaldo del banco y la observaba como si no llegase a comprenderla completamente; en su rostro se reflejaba la sombra de una duda.

—¿No podría ser que el niño tuviese un defecto en el dedo y que los padres se lo hayan cortado por eso antes de dejarlo en la iglesia? —sugirió él.

—En principio sí —convino Louise—, pero que hayan mutilado el cadáver del niño da al suceso un carácter criminal, frente a lo que en un principio habíamos pensado: que sólo se trataba del hecho tremendamente triste y trágico de que alguien decidiera abandonar a su hijo muerto.

—Siempre hay niños que mueren al nacer —dijo el pastor, ausente. Su mirada recorrió el salón y se posó en lo alto del árbol del jardín—. Si no recuerdo mal alrededor de trescientos veinte en 2005.

No dijo nada más, y ambos permanecieron en silencio hasta que Louise contó que Bellahøj seguía teniendo a gente ocupándose del asunto, pero que oficialmente lo llevaban ellos.

—Tenemos un par de testigos que han visto un Fiat Regatta verde claro aparcado

delante de la iglesia a primeras horas de la mañana del sábado. ¿Le dice algo? —preguntó, sorprendiéndose de que él asintiese y torciese el gesto.

Se atuso el erizado cabello, como para reunir fuerzas antes de reconducir sus pensamientos en este nuevo curso. El pelo quedó con mechones revueltos en varias direcciones.

—Si son los que creo, Otto Birch, mi sacristán, ya ha tenido algún que otro problema con ellos en el pasado —explicó con una extraña sonrisa—. Es una pareja ya mayorcita; yo diría que tendrán entre cuarenta y muchos y cincuenta y algo. Los hemos pillado varias veces practicando sexo en el cementerio. Es un sitio raro para excitarse, y Otto los ha echado varias veces. Yo les he prohibido volver, pero aún no he oído que se haya dictado nunca una orden de alejamiento de un cementerio. —Dejó escapar una risa seca—. Últimamente han comenzado a venir cuando piensan que no los vamos a descubrir. Antes era sobre todo por las tardes, como si se desviasen de su camino en su paseo vespertino.

Sacudió la cabeza y se levantó.

Louise supuso que quería seguir con lo que estuviese haciendo cuando fue interrumpido y preguntó si sabía sus nombres.

—No, desgraciadamente no puedo ayudarla. El sacristán sólo ha querido asustarlos. Los ha amenazado con llamar a la policía, pero nunca ha llegado ni siquiera a pedirles los nombres.

Louise dejó su tarjeta sobre la mesa y dijo que podía llamarla en cualquier momento, si quería preguntarle algo o saber cómo iban las investigaciones.

Estaba casi en la calle cuando se volvió y añadió que desgraciadamente no iban a poder evitar que se hablase de la iglesia.

—Si mi jefe aún no ha llamado lo hará en breve —dijo, y le explicó que Suhr quería hacer un llamamiento a la población para buscar testigos.

Henrik Holm asintió abstraído. A pesar de su anterior preocupación, no pareció inquietarle que ambos canales de televisión fuesen a sacar su iglesia en las noticias. En el último momento, a Louise se le ocurrió que debería mencionarle que lo del dedo del niño era algo que querían mantener en secreto.

—Preferiríamos que no saliese en los medios.

—Por supuesto —repuso él, ausente.

—Camila Lind.

El hombre repitió su nombre dos veces antes de que ella se volviese. La montura de metal de sus gafas reflejaba la luz del sol. Le hacía daño en el brazo, y Camila intentó soltarse, y aunque debería haber estado nerviosa, lo único que sentía era rabia, una rabia que creció cuando él siguió agarrándola con la fuerza de una mordaza apretada alrededor de sus huesos.

—Suélteme —bufó ella, intentando soltarse cuando él la arrastró hacia la pared y la sujetó con ambas manos. Pasó un ciclista, pero desvió la mirada al cruzarse con la del hombre.

—Sabemos que fuiste tú la que escribió el artículo sobre ese viejo que vio un coche igual al mío en Skelbaekgade, y ahora nos gustaría charlar un rato contigo —dijo el hombre, mientras otro tipo, al que ella no había visto aparecer, le ayudaba a llevarla hasta el coche, que habían dejado en marcha sobre la calzada.

—No tengo nada de lo que hablar con vosotros —replicó ella a la vez que sentía que la rabia empezaba a desaparecer y dejaba paso al miedo, que ya le atenazaba la garganta.

¿Cómo no se le había ni siquiera ocurrido que podían ir por ella, igual que habían hecho con Kaj? Por fin notó que algo en su interior se movía, pero tan violentamente, que tuvo que luchar por respirar mientras la arrastraban sin más palabras al asiento trasero del coche y cerraban con un duro portazo.

Un momento después, uno de ellos estaba al volante y el otro en el asiento trasero, junto a ella, sujetándole el hombro con una mano que, al más mínimo movimiento de Camila, se cerraba con fuerza. El Audi arrancó, y Camila, con la vista clavada en el parabrisas delantero mientras cruzaban Halmtorvet, oyó el cierre centralizado del coche.

¿Cómo lo había llamado? Corbata de los Balcanes, un castigo brutal para los que hablaban demasiado. Camila respiraba tan lentamente que su caja torácica apenas se movía.

El automóvil continuó por Sønder Boulevard y giró en Enghavevej; cruzó la plaza y volvió hacia Istedgade.

—No lo matamos nosotros —dijo el que estaba junto a Camila.

El conductor tenía la vista clavada en la calle y parecía totalmente concentrado en la conducción.

—Tampoco a la del patio, aunque la policía lo piense.

Camila mantenía los ojos cerrados mientras él hablaba; no quería mirarlo ni tener nada que ver con lo que pasaba a su alrededor en ese momento.

El hombro le dolió cuando él la zarandeó.

—¡Escúchame! —le gritó al oído.

El conductor seguía mirando fijamente al frente, y Camila asintió.

—Vamos al club —ordenó el hombre de atrás. El que conducía siguió un rato por Istedgade y torció en Saxogade.

Cruzaron Estlandsgade, pasaron Litauens Plads y aparcaron en la esquina de Letlandsgade y Saxogade. Ella se apresuró a salir en cuanto abrieron la puerta de su lado.

Había cuatro escalones que bajaban hasta la puerta de entrada, en la que un pequeño cartel anunciaba que estaban entrando en un club albanés. El local del sótano era mayor de lo que en un principio ella habría imaginado. El color de las paredes era monótono y triste; estaban marcadas por el humo reconcentrado de cigarrillos, que

flotaba espeso en el ambiente. Aquí y allá había mesas con cuatro o cinco sillas, y en muchas de ellas se sentaban hombres que jugaban a las cartas, con un vaso o una jarra ante ellos. Camila tardó sólo un segundo en verificar que no había ni una sola mujer en la habitación. A lo largo de una de las paredes se extendía una barra, que parecía atendida por un anciano, ocupado en aquellos momentos en cambiar el filtro de una cafetera.

La empujaron hasta una puerta que había a la izquierda, al fondo del local.

—Entramos un momento —dijo el de las gafas al hombre que estaba detrás de la barra, que asintió con un gesto. Nadie reaccionó ante el modo en que la trataba. Muchos ni siquiera habían levantado la cabeza al entrar ellos.

La habitación del fondo debía de ser una especie de oficina y almacén, pensó Camila. Había un viejo escritorio con una máquina registradora y un par de archivadores, y a lo largo de la pared se apilaban cajas de cerveza y refrescos.

—Siéntate.

El hombre señaló una silla de oficina rota, y él se sentó en el escritorio. El conductor se quedó junto a la puerta. Por un momento, Camila pensó en qué ocurriría si no obedeciese y les rogase que la dejaran marchar. ¿La golpearían?

Camila se sentó.

—Leímos lo que escribiste —dijo el hombre señalando al tipo de la puerta para dejar claro que ambos habían visto el artículo—. Ese viejo payaso no vio una mierda —continuó con voz iracunda—. Y en cualquier caso, se equivocó en lo que vio.

Respiró profundamente, y Camila pudo apreciar que intentaba refrenar su carácter para que la rabia no lo dominase.

—O puede que alguien le dijese que te contase ese cuento —se oyó desde la puerta.

Era la primera vez que el conductor hablaba.

El de las gafas de metal y el pelo liso asintió.

—Por supuesto también hay una tercera posibilidad. Que alguien te haya pagado. —Se inclinó hacia ella amenazante—. ¿Es eso? ¿Te ha pagado alguien para escribir toda esa mierda?

Ella dio un respingo cuando un pequeño escupitajo le alcanzó en la mejilla.

—Ni nadie me ha pagado ni me ha pedido que escriba nada que yo no pensase que era cierto —replicó Camila sin limpiarse la cara y sin dejar de mirar al hombre mientras hablaba.

Él cruzó las manos en la nuca y echó la cabeza hacia atrás. Así estuvo un momento, con la vista en el techo, hasta que volvió a dejar caer las manos y la miró.

—No lo hicimos nosotros —repitió—. Pero alguien quiere que la policía crea que estamos detrás de esto.

Ahora el tono era menos amenazante.

El hombre de la puerta estaba jugueteando con su móvil como si de nuevo no tomase parte en lo que sucedía junto a él.



—Es cierto que aquella noche estuvimos en Skelbsekgade. Yo estuve en el patio, pero, cuando entré, ella ya estaba en el suelo sangrando a borbotones. —Miró de reojo a la puerta antes de continuar—. Pero conocía a la chica, y salí corriendo hacia el coche. Hamdi... —Se volvió haciendo un gesto hacia la puerta con la cabeza. El tipo reaccionó al oír su nombre, pero rápidamente volvió a desviar la mirada—. Hamdi y yo salimos hacia Halmtorvet para perseguir al que lo había hecho, pero la policía llegó inmediatamente y nos retiramos.

Camila respiró hondo antes de interrumpirlo con voz firme y clara.

—¿Por qué tenéis que mezclarme en esto? No quiero tener nada que ver —afirmó manteniendo la mirada del hombre y viendo que su ira la enfurecía.

—Quiero que vayas a la policía y les digas que no fuimos nosotros. Que dejen de pisarnos los talones todo el tiempo, y en su lugar se preocupen de los que lo han hecho realmente. ¿Me has comprendido?

Sus ojos eran duros y penetraban en los de ella mientras hablaba.

Camila respiró profundamente y asintió. Incluso en ese momento en el que el miedo había paralizado parte de sus facultades, tenía muy claro que lo único que podía hacer era complacerlos.

La policía te escuchará; les dirás que nos dejen en paz y que persigan al verdadero autor de los hechos.

—Conocía a Kaj, no mucho, pero lo conocía y sé lo que le sucedió en aquel patio.

Camila fue interrumpida por Hamdi, que avanzó desde la puerta y se colocó junto al escritorio.

—No estábamos en aquel patio y nunca le hemos tocado ni un pelo. Lo que puedes hacer es preguntarle a la policía si saben por qué llana no estaba en el vuelo de Praga de aquel día en el que estuvimos en el aeropuerto para recogerla. Sabemos que ellos también estaban allí, y si aún no han hablado con sus colegas checos, entonces sugiéreles que lo hagan.

El tipo de las gafas asintió.

—Así sabrán que no pudo venir en ese avión porque el mismo día la encontraron con el cuello rajado en el piso en el que tenía una habitación alquilada. También pueden preguntarle a la policía qué saben del serbio que, según hemos oído, fue visto en la casa de Praga el día en que llana fue asesinada. Porque resulta que esa misma persona estaba en Copenhague cuando tuvieron lugar los dos asesinatos.

—Si lo vieron, seguro que la policía checa ya lo estará buscando —dijo Camila mirándolo a los ojos.

Un amago de sonrisa apareció en el rostro del hombre.

—No es uno de esos a los que tengan que buscar, y de todas formas no lo van a encontrar.

De nuevo, Camila experimentó la sensación de opresión en la garganta. No sabía cuánto tiempo había estado en la trastienda, pero no tenía ganas de saber nada más sobre todo eso en lo que acababa de verse implicada. Lo único que quería era ir a

casa y meterse en la cama, taparse la cabeza con el edredón y dejar fuera al resto del mundo.

—No sé nada ni de un vuelo de Praga, ni de una llana que no ha aparecido. Sugeriría que vosotros mismos le contaseis a la policía lo que me acabáis de decir, si pensáis que saben de qué va todo esto.

Antes de que los viese venir ya la habían agarrado por los hombros y la habían levantado de la silla.

—Ahora te llevaremos a la policía y les contarás lo que te acabamos de decir. Y díles que nos dejen en paz.

La arrastraron hasta la puerta y enseguida estuvieron fuera del local. Camila tuvo la sensación de que les habían mantenido la puerta abierta para que pudiese salir volando; en cualquier caso, se encontró de repente sentada en el asiento trasero del coche mientras el motor se ponía en marcha.

—Si tengo que hablar con la policía, me tendréis que llevar a la Jefatura de Policía. Allí conozco a alguien que me escuchará.

Se había relajado un poco, y el miedo ya no paralizaba totalmente sus ideas ahora que sabía que no la iban a matar.

Por otro lado, también sabía que irían a por ella otra vez si no hacía lo que le habían dicho.

Cuando Louise volvió de la casa del pastor, encontró sobre su mesa unas listas con nombres. Resopló pesadamente tras leer por encima los papeles y contar que eran aproximadamente cincuenta mujeres las que habían dado a luz en las fechas en cuestión.

«Y aún serán más cuando tengamos que visitar a las que han salido de cuentas», pensó mirando a su compañero.

—¿Te parece bien que simplemente dividamos la lista por la mitad y cada uno comience con su parte?

Él asintió y constató fríamente que no bastaba con llamar a las madres.

—Nanay —respondió ella soltándose la coleta y agitando la melena para recogerla luego en un moño que sujetó con la goma—. El camino no es fácil —dijo imitando el tono brusco de Willumsen— y, con un poco de suerte, habremos acabado antes de las vacaciones de verano —añadió extendiendo los papeles—. Seguramente te interesará más tu zona. ¿Te encargas de Herlev, Hvidovre y Glostrup? Yo me quedo con el Hospital Central, Gentofte y Frederiksberg —propuso Louise. Y la interrumpió el teléfono del escritorio.

El guarda de la entrada le informó de que una tal Camila Lind quería hablar con ella, y le preguntó si iba a bajar a recibirla o si la echaba.

—Ya bajo —contestó Louise rápidamente.

Lars Jørgensen la miró interrogante.

—Es Camila. Evidentemente no estaba en casa cuando pasé por allí. No sé a qué juega ni por qué dejó plantado a Jakobsen esta mañana. Empiezo a estar un poco preocupada —explicó mientras salía apresuradamente por la puerta.

Ya en el patio se detuvo instintivamente al ver a Camila en la puerta. La única nota de color en ella era la tarjeta roja de acceso, que se había colgado de la cinturilla de los pantalones de chándal grises. Estaba pálida, sin nada de maquillaje y con el pelo suelto. Pero lo que realmente hizo detenerse a Louise fue algo en la expresión de su rostro, una crispación que parecía de pavor y que la hizo correr los últimos metros para abrazar a su amiga.

Estuvieron un instante sin decir nada. Luego Louise se apartó y dijo que suponía que querría subir a su despacho. Su amiga asintió en silencio, y Louise vio que había comenzado a llorar. La volvió a rodear con el brazo para cruzar el patio.

Mientras ella estaba abajo, Lars Jørgensen había ordenado los nombres de sus listas según las direcciones y planificado un itinerario. Había apagado su ordenador y estaba con la cazadora vaquera al hombro, listo para salir.

Camila se había secado los ojos con la manga del jersey, pero seguían rojos. Ya

por los pasillos había empezado a contarle su experiencia con los dos albaneses, y ahora les aseguraba que sólo era un llanto de alivio, que ellos no le habían hecho nada.

—Siéntate —le rogó Louise señalando la silla de las vistas.

Lars Jørgensen dejó la cazadora y se ofreció para traer una taza de café. Louise sacó una moneda de diez coronas del bolsillo y le pidió que de camino trajese una caja redonda de golosinas que había en el comedor y comprase una bolsa de gominolas.

—No lo han hecho ellos —dijo Camila cuando la puerta se hubo cerrado detrás de él.

Louise se sentó y la observó mientras intentaba comprender de qué hablaba su amiga. ¿Habría bebido? ¿Qué pasaba? Parecía estar completamente ausente, en otra dimensión.

—¿Qué es lo que no han hecho? —preguntó.

—Matar a Kaj. Tampoco a la puta del Matadero. Reconocen que estuvieron en Skellxekgade, pero ella ya estaba muerta cuando él entró en el patio.

Las palabras salían de su boca atropelladamente, y Louise le pidió que parase un momento.

—Le diste plantón a Jakobsen esta mañana, a pesar de que te había dado hora y anulado la de otro paciente —le dijo para frenarla un poco—. ¿Fue para andar por ahí jugando a detectives privados?

Camila negó con la cabeza.

—Me dormí —se disculpó, y le prometió que llamaría ella personalmente al psicólogo para concertar una nueva cita, en caso de que aún quisiera atenderla.

Lars Jørgensen empujó la puerta con el pie y entró con un termo de café, tres tazas, una bolsa de Eldorado y un paquete de galletitas de chocolate. Louise sonrió y se levantó para cerrar la puerta mientras él descargaba las cosas sobre la mesa.

—¿Te abordaron en plena calle? —preguntó cuando Camila acabó de contar lo ocurrido por la mañana en la Estación Central.

—Sí, iba de camino hacia Halmtorvet por ver si podía localizar a uno de los viejos amigos de Kaj y no oí el coche —explicó mientras soplaba el café antes de tomar un sorbo.

—¿Qué aspecto tenían esos tipos? —preguntó Lars Jørgensen para poner las cosas en su sitio.

—El que me agarró tenía el pelo un poco largo y liso, y llevaba gafas.

Louise y Lars Jørgensen intercambiaron una mirada.

—Entonces eran Arian y Hamdi —confirmaron, y Camila asintió al oír los nombres.

—¡Joder! —Lars Jørgensen echó la silla contra la pared, subió las piernas y se puso la taza en la rodilla—. Así que saben que los seguimos.

—Sí, parece que sí —repuso Camila con una pequeña sonrisa. La primera que

Louise veía desde que se encontraron en el patio—. Pero hay algo que tengo que deciros... además de afirmar que no fueron ellos los que mataron a esas dos personas. El que se llama Arian conocía a la chica del Matadero, y dijo que se puso a perseguir al asesino. Por eso salió corriendo del patio.

—¿Y qué pruebas hay de que no fueron ellos? —interrumpió Louise para reconducirla.

—Algo sobre que estuvieron en el aeropuerto para recoger a una chica que no apareció. Parece ser que vosotros también estabais —contestó mirándolos hasta que ambos lo confirmaron con un gesto—. La encontraron muerta en su habitación el día en que tenía que haber llegado. La habían degollado, y él sugirió que llamaseis a vuestros colegas de Praga, y les preguntaseis por el serbio que vieron en la casa cuando asesinaron a la chica. Según ellos, también estaba en Copenhague cuando se cometieron los dos asesinatos.

Louise sospechaba que, a su compañero, todo eso le parecía un cuento de hadas que los dos albaneses intentaban colarles, y tenía que reconocer que en cierto modo a ella también.

—Los encerraremos por privación de libertad —propuso Lars Jørgensen cuando Camila terminó—. ¿Cuánto tiempo te retuvieron en el club?

—No, gracias, no os preocupéis —respondió rápidamente—. Pero tenéis que investigar si hay algo de cierto en lo que me han dicho, porque si no irán a por mí otra vez.

—Ya no llevamos ese caso —le explicó Louise y vio reflejarse el desconcierto en los ojos de su amiga—. Pero puedo pasar la información, o se lo puedes contar tú directamente a Toft y a Michael Stig. Son ellos los que siguen en esto.

—¿Quieres decir que sólo hay dos personas trabajando en este asunto?

Camila se irguió y los miró sin comprender.

—Y Mikkelsen —añadió Louise.

—Han asesinado salvajemente a dos personas y sólo quedan tres hombres en el caso. ¿Qué demonios pasa aquí?

Era difícil de decir de dónde había surgido de repente aquella intensa fuerza que se reflejaba en su voz, pero los ojos le llameaban y apartó la taza como preparándose para pelear.

—Tienen ayuda de algunos más de la City, si la necesitan —explicó Louise intentando aplacar un poco la tensión.

—Entonces, ¿a qué os dedicáis vosotros? ¿A beber café y comer galletitas de chocolate? —interrumpió Camila indignada, señalando la mesa y el paquete de galletas abierto—. Joder, ¡que los que sospecháis que han descuartizado a dos personas me han metido en un coche y me han llevado a un sótano de la Saxogade! ¿Qué demonios significa eso? Desde luego tenéis que hacer lo que sea para pillar a los que lo han hecho —gritó alterada—. Si es cierto lo que dicen de que hay otro, tendréis que moveros para averiguar quién es.

Respiró profundamente desde el diafragma y volvió a sentarse en la silla.

—Lo siento, pero verdaderamente me asusté cuando me abordaron —dijo frotándose la cara para limpiarse la rabia—. Y creo que no mentían cuando dijeron que no fueron ellos. Si no, ¿por qué me iban a dejar marchar?

Como ninguno de ellos respondía a su pregunta, fue ella la que quiso saber por qué habían sido retirados del caso.

—Estamos investigando el asunto del recién nacido muerto que encontraste en la iglesia —contestó Louise intentando sopesar si sería inteligente contarle a Camila lo que Flemming había descubierto, pero, antes de que terminase de decidirlo, Lars Jørgensen ya estaba disparado.

—Parece ser que el pequeño sufrió una agresión tras nacer, según el informe, después de su muerte, y eso supone que el caso ha pasado a nuestra mesa.

El rostro de Camila se quedó clavado en una mueca de incredulidad.

—¿Una agresión? —preguntó mirando a uno y a otra.

Louise asintió.

—Le cortaron el dedo pequeño del pie —añadió como aclaración.

Siguió la mirada ausente de Camila, que de repente pareció fijarse en un punto un poco a la izquierda de la ventana. Durante un momento, Louise posó la suya en el mismo lugar, mientras intentaba hallar el camino en el laberinto de las nuevas informaciones.

—¿De qué pie? —preguntó su amiga cuando volvió al presente.

—Del derecho.

La despedida fue breve y tan rápida que a Louise no le dio tiempo a levantarse de la silla, pero, ya en la puerta, Camila se volvió y la miró.

—Intenta que investiguen esas informaciones —pidió antes de desaparecer.

Durante un rato, Louise se quedó sentada mirando hacia la puerta, luego se volvió hacia su compañero y movió resignada la cabeza.

—¿Crees que es sensato dejarla marchar después de lo que acaba de suceder? —preguntó Lars Jørgensen, preocupado.

Louise se encogió de hombros e hizo rodar la silla hasta su escritorio.

—No sé, en realidad no podemos tenerla vigilada y no es de las que se dejen poner un guardaespaldas, aunque se haya llevado un buen susto.

—Lo que sí merece la pena investigar es si la mujer a la que esperaban realmente fue asesinada.

Louise asintió.

—¿Cómo se llamaba? Llana..., pero ¿cuál era el apellido? —preguntó su compañero revolviendo en la pila de papeles que tenía ante sí—. Prohhazkova. Deberíamos contarle a Willumsen lo que ha ocurrido.

—Mejor vayamos a ver a Toft y que contacte con la Interpol o le mande un correo directamente a la policía de Praga —sugirió Louise levantándose—. Willumsen sólo nos soltará una bronca y nos preguntará que si ya hemos repasado las listas con todas

las madres.

Salió rápidamente y se dirigió por el pasillo hasta el despacho de su compañero, que estaba a dos puertas del suyo.

—¡Un serbio! Pues habrá unos cuantos —exclamó Toft rascándose la espesa barba que se había dejado crecer durante el invierno, pero de la que ya empezaba a arrepentirse, ahora que llegaba el calor—. Pero desde luego se comprobará.

Cruzó los brazos sobre el pecho y, mientras meditaba, dirigió su mirada hacia los diplomas y copas que Michael Stig y él se habían traído a casa de sus torneos de bolos, tanto en Dinamarca como en el extranjero.

—Si puedo localizar sus datos..., tengo una buena relación con una inspectora de homicidios de Praga. Ha ganado varios campeonatos y durante un tiempo estuvo jugando profesionalmente, pero tras un par de años volvió a la policía. Según ella, se llega a echar de menos.

Louise sonrió.

—¿Qué sabemos sobre el serbio? —preguntó Toft mientras sacaba un papel, pero en este punto tuvieron que desilusionarlo.

—Nada, aparte de que fue visto. No tenemos ninguna característica, pero la policía de allí debería saber a quién se refieren. En todo caso, a Camila le aseguraron que era suficiente con preguntar por el serbio.

Toft asintió y se metió el cigarrillo de plástico en el bolsillo.

—¡Quizá deberíamos coger a los dos albaneses y ver si tienen algo más que contarnos, en lugar de dejar que sigan llevando la iniciativa! —exclamó Michael Stig, que había aparecido en la puerta con dos refrescos y una pieza de fruta.

Lars Jørgensen se apartó para que su colega pudiese entrar.

—Sí —convino Toft—. Desde luego no es mala idea, pero investiguemos primero si nos intentan poner sobre una pista falsa o si lo que han contado es verdad.

Ya estaba repasando sus contactos en el correo para localizar a la inspectora de homicidios checa.

—Entonces, si ya saben que estamos detrás de ellos, no tenemos que andarnos con pies de plomo —constató Michael Stig abriendo una de las botellas de cola con la otra.

—¡Aquí está! —exclamó Toft señalando a su pantalla—. Le escribo ahora mismo.

—Bueno, nosotros nos vamos —dijo Louise empujando a su compañero por un costado.

En la primera dirección en la que Louise llamó no abrieron, pero la siguiente de la lista estaba sólo a dos calles.

—Soy de la policía de Copenhague, mi nombre es Louise Rick, ¿podría subir y hablar con usted un momento? —preguntó en el telefonillo cuando contestaron.

Al llegar al segundo piso, la mujer la esperaba en la escalera, con un vientre tan

sobresaliente que parecía a punto de reventar.

Louise se apresuró a sonreír para calmar el miedo que se dibujaba en su rostro al recibir la visita de la policía. Luego se disculpó por haberla molestado y le explicó rápidamente de qué se trataba. Cuando la mujer confirmó que se llamaba Gitte Larsen, Louise la tachó de su lista y continuó.

Ocho de las diecinueve que aparecían en sus listas vivían en la zona centro, así que decidió recorrer en bicicleta esas direcciones y luego volver a la jefatura para recoger un automóvil en el aparcamiento.

Eran casi las ocho de la tarde y quedaban tres en su lista cuando llamó en casa de Maja Lang, que vivía en una casita adosada en Gentofte. Se oyó el fuerte ladrido de un perro cuando el timbre de la puerta emitió una escala de tonos estridentes.

No había nada sobresaliente en ella, ni el vientre ni el color de las mejillas. Más bien al contrario, la piel era tan pálida que parecía transparente o azulada, y las sienes estaban surcadas por venas visibles, que le daban al rostro un aspecto frágil y desvalido.

Louise le explicó por qué había ido y sintió una punzada de angustia cuando la mujer retrocedió como si la hubiese golpeado.

—Lo perdí hace casi tres meses —dijo abatida.

En la pared tras ella había fotografías de árboles otoñales con cálidos colores ocres, y sobre el sofá del salón se veía una frazada, como si acabase de levantarse. Había velas encendidas sobre palmatorias, y reinaba un silencio que resultaba sorprendente, teniendo en cuenta que la casa estaba casi al lado de la concurrida autopista de Lyngby.

Maja Lang señaló una puerta que daba al salón.

—Ya estaba todo preparado, pero una mañana, de repente, no pude notarla y supe que algo iba mal, muy mal.

Retrocedió un poco, se sentó en el borde del sofá y retiró, disculpándose, la manta.

—Cuatro días después me provocaron el parto y la enterramos el último sábado de enero.

Comenzó a llorar y señaló hacia la mecedora que había al otro lado de la mesa de centro.

Louise se apresuró a rechazar el ofrecimiento de sentarse y lamentó profundamente haberla molestado. De camino a la puerta fue renegando porque Gentofte no hubiese tachado a Maja Lang de la lista de mujeres. Por su culpa había removido la herida innecesariamente.



Cuando, a la mañana siguiente, Louise y Lars Jørgensen hicieron balance, tuvieron que reconocer que ninguna de las que aparecían en las listas de las maternidades parecía haber dado a luz fuera del sistema público de salud. En las últimas veinticuatro horas habían estado en contacto con todas las que costaban como saliendo de cuentas en el período en cuestión en la región H del gran Copenhague.

Eran casi las diez y media de la noche cuando Louise abrió la puerta de un piso en el que no quedaba nadie. Camila le había dejado una nota en la mesa de la cocina en la que le explicaba que Markus y ella dormirían en su casa, porque a él le hacían falta algunos libros de clase y la ropa de gimnasia. Louise estuvo sopesando la posibilidad de llamarla para asegurarse de que ya había superado la dramática experiencia del día, pero no quiso arriesgarse a despertarlos.

A las ocho de la mañana ya estaba otra vez en la calle, comenzando con un matrimonio de unos treinta años que estaba contando los minutos entre contracciones.

Aquel mismo día habían sido ingresadas dos embarazadas con envenenamiento salino, que debían permanecer en observación hasta que se produjese el nacimiento; cuatro más ya tenían contracciones, incluyendo al matrimonio que Louise había visitado por la mañana.

Con el resto, todo había ido según lo previsto. Habían aparecido con un gran vientre por delante e inmediatamente habían recibido una cruz delante de su nombre y unas disculpas por las molestias.

Sólo en el caso de Maja Lang y una muchacha muy joven que Lars Jørgensen había visitado en Glostrup, las cosas no habían salido como se esperaba. La joven había tenido un aborto repentino como consecuencia de un grave accidente de tráfico en el que se había visto involucrada un mes antes. Cuando Lars Jørgensen la visitó, acababa de regresar del hospital, y él supuso que por ese motivo la maternidad no había sido informada aún de lo ocurrido.

Louise miró enfadada hacia la puerta cuando llamaron con tres cortos y fuertes golpes, y estaba ya dispuesta a pedir un poco de tranquilidad para poder trabajar, cuando entró Toft y les informó de que acababa de recibir un correo electrónico de Jana Romanova.

—La inspectora de Bartolomejske, la comisaría más «dura» de Praga —aclaró cerrando la puerta tras de sí—. Me confirma que el lunes de la semana pasada encontraron el cuerpo de llana Prohhazkova en un piso justo detrás de la calle Vaclavska, por donde se mueve buena parte de la prostitución de la ciudad.

Louise cogió el paquete de galletitas de chocolate medio vacío y le ofreció antes de tomar una ella misma, luego lo dejó en la mesa para Lars Jørgensen.

—Bien —repuso a la vez que notaba que se le erizaba el vello de los brazos.

—Le habían rajado el cuello a conciencia. Va a intentar traducir al inglés los detalles principales del informe forense y de los resultados de la policía científica, y ha prometido enviarlos inmediatamente.

Louise apoyó la cabeza en las manos. Aquello empezaba a parecerse a un sudoku en el que alguien hubiese cambiado los números.

—¿Le preguntaste también lo que sabía sobre el serbio ese? —preguntó Lars Jørgensen con curiosidad mientras mordisqueaba su galleta.

Toft frunció el ceño y asintió caviloso.

—Sí, supone que ese al que se refieren es un tipo que se llama Bosko. Es conocido en ese ambiente, pero no tiene noticias de que haya sido visto por la zona. Es cierto que tienen a un par de testigos que afirman haber visto en la escalera a un hombre de pelo corto con una cazadora de cuero, pero todavía no lo han identificado.

—¿Y qué más te ha dicho sobre él? —interrumpió Louise tomando otra galleta—. Parece que sabe bien quién es.

—Nada más. Parece un poco reservada sobre esa persona, pero puede que sea porque primero quiera investigar si tiene alguna relación. En estos momentos están buscando una coincidencia entre las huellas dactilares encontradas en el piso y las de la escalera, pero aún no tienen los resultados. Además, dice que alrededor del cadáver había gran cantidad de sangre, porque le habían cortado la yugular, y había salpicaduras por todas partes, así que el asesino debería tener grandes manchas de sangre al abandonar el lugar. Y eso no concuerda con la descripción del hombre que los testigos vieron saliendo del edificio en torno a la hora del crimen.

—Bueno, parece que tendréis que detener a Arian y Hamdi y conseguir que nos cuenten algo más —dijo Louise—, sobre todo si piensan que hay alguna relación y si quieren rebatir las sospechas que penden sobre sus cabezas.

—Ya han ido a buscarlos —asintió Toft, explicando que eran Mikkelsen y Michael Stig los que se iban a ocupar de interrogar a los dos albaneses. Él contactaría con Jana para poder cotejar los resultados de los análisis científicos de Praga con los de los asesinatos de Copenhague e intentar descubrir si existía alguna relación.

—Eso está bien, así esos dos sabrán que Camila ha cumplido su parte del acuerdo —repuso Louise por encima de la mesa cuando su colega ya había cerrado la puerta.

Willumsen les había pedido que le presentasen un informe en su despacho cuando hubiesen revisado la lista de la región H.

Señaló la mesa de reuniones cuando entraron y rápidamente recogió en un pequeño montón los papeles que estaban extendidos delante de él.

—¿Habéis encontrado algo?

Se levantó y se acercó para sentarse frente a ellos.

—Desgraciadamente no —respondió Lars Jørgensen—, pero habría sido

demasiada suerte conseguir algo tan fácilmente.

El jefe de grupo asintió y se rascó la barbilla mientras meditaba.

—Cotejadlo con lo que tenga Bellahoj de su búsqueda de la madre de la niña — indicó luego, y añadió que aún tendrían que esperar al menos unos días, quizá una semana, hasta que tuviesen los resultados del ADN del niño—. Aparte de eso no parece haber otras posibilidades. Tendremos que hacer un llamamiento a la opinión pública y pedirles que se pongan en contacto con nosotros si saben de alguna mujer con una buena panza que luego no haya sido vista con un cochecito de niño. Nos arriesgamos, por supuesto, a ofender a alguna al suponer que estaba embarazada y que luego se demuestre que sólo estaba un poco gorda, pero debemos correr ese riesgo —dijo, y parecía no preocuparle soltar una tontería como ésa.

El jefe de grupo se levantó y fue hacia la pila de papeles que aún no había examinado.

—¿Han sacado algo los técnicos de la toalla en la que estaba envuelto el niño? — preguntó Louise mirando a Willumsen.

Él negó con la cabeza, como si estuviese algo ausente, mientras hojeaba los papeles.

—Aquí está —exclamó cuando volvió a poner los pies en el suelo—. Pero no aparece nada más que lo que se puede ver en la etiqueta, que está fabricada por Fotex.

—El mismo tipo de toalla en el que fue abandonada la pequeña —exclamó Louise incorporándose en la silla—. El color también era el mismo —añadió ella con un entusiasmo que hizo que Willumsen la observase con atención.

—¿Estás segura?

—¡Al cien por cien! Una toalla de felpa azul oscuro de Fotex. La comisaría de Bellahoj así lo informó a los medios de comunicación. Es realmente muy curioso y no creo que sea una casualidad.

Willumsen no dijo nada, pero Louise se dio cuenta de que estaba dispuesto a darle la razón.

—Compararemos las dos toallas por si encontramos rastros y ADN —decidió; se volvió hacia su escritorio y puso la mano sobre el teléfono—. Por cierto, Bellahoj ha atrapado a los dos obsesos del Fiat verde. Es cierto que estuvieron en el cementerio desde las cuatro de la mañana, más o menos, hasta las seis o seis y media, pero ni vieron ni oyeron nada. Que me partan si entiendo la lujuria de la gente de hoy en día —exclamó a la vez que descolgaba el teléfono para llamar a Frandsen.

Eran poco más de las seis cuando Camila y Markus atravesaban a la carrera el patio de la casa del pastor. Él llevaba el vino y las botellas de refrescos de litro, y ella las dos bolsas de la tienda de *delicatessen* de Meyers Deli. La cita era a las seis, pero en la sección de platos preparados se habían encontrado con bastante cola, por lo que el tiempo se les había echado encima.

Camila se detuvo sorprendida al ver una bicicleta negra de mujer con una cesta en el manillar aparcada al pie de la escalera de la cocina. La puerta estaba entreabierta.

—Espera —le gritó a Markus, que ya estaba en el primer peldaño—. Si tiene visita será mejor que vayamos por la puerta principal.

Él, sin comprender, miró a su madre y a la bici.

—Sólo es la chica —exclamó él—. Jonas me ha dicho que va a hacer la limpieza y esas cosas.

Camila lo miró extrañada.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha contado en el colegio. Empezó ayer.

Subieron la escalera y llamaron a la puerta.

—Entrad.

Henrik Holm tomó las bolsas y las colocó en la mesa de la cocina.

Markus desapareció al instante escalera arriba a pesar de que Camila le gritó que iban a cenar enseguida.

—¿Qué tal estás? —le preguntó el pastor observándola con preocupación.

En realidad no necesitaba preguntarlo, porque cualquiera podía darse cuenta de que estaba mal. Se había armado de valor para darse un baño antes de que Markus llegara del colegio, y en el fondo del cajón había encontrado algo de ropa limpia, pero por lo demás no había sido capaz de hacer gran cosa. De todas formas le agradeció su interés. También él estaba cambiado. Le pareció que tenía las mejillas más hundidas y la piel más gris que la última vez que lo había visto, pero también era cierto que el sábado ella no había estado en condiciones de darse cuenta de si los cambios ya habían comenzado entonces.

Tomó la copa de vino que él le ofrecía.

—Markus me ha dicho que tenéis asistenta —comentó señalando la puerta abierta de la cocina por donde se veía la bicicleta.

Él pareció incómodo y se volvió para sacar la comida de las bolsas.

—Sí —contestó vuelto de espaldas—. Después de lo que ha ocurrido en las últimas semanas, de repente sentí que estaría bien algún refuerzo en ese frente.

Ella se acercó para ir colocando los platos.

—Te aseguro que te entiendo muy bien —afirmó ella tomando la fuente de ensalada que él había preparado—. Yo misma necesitaría algo de ayuda para pasar el día, no mucha, sólo desde primera hora de la mañana hasta que me acuesto.

Él sonrió y volvió a llenar las copas; Camila no sabía muy bien cuándo se había terminado la suya.

—¿Cuántas veces viene? ¿Una o dos veces a la semana? —preguntó Camila a la vez que intentaba concentrarse en saborear un poco el vino en lugar de tragárselo.

—La he contratado como *au-pair*; así que va a vivir aquí. Para empezar, durante tres meses. Veré si me puedo acostumbrar y para entonces espero que nuestra vida vuelva a ser un poco más tranquila. En estos momentos me bombardean desde el

consejo municipal y la parroquia preguntándome qué es lo que pasa.

Camila asintió y colocó los pialos en la mesa.

—Y también un poco por Jonas y el tiempo que paso con él —añadió con una ligera sonrisa, como si tuviese la sensación de que tenía que encontrar excusas para justificarse por haber buscado finalmente un poco de ayuda.

Ella movió la cabeza asintiendo, y en ese mismo momento se volvió hacia la puerta del salón, donde de repente oyó una voz de mujer. Una joven alta entraba con el móvil en la oreja y la mirada en el suelo, como si estuviese concentrada en la conversación y no se hubiese percatado de que la observaban.

Camila reconoció al instante el corte del oscuro pelo y los ojos pintados de negro.

—Bueno, así que, después de todo, al final os habéis puesto de acuerdo —exclamó saludando a la mujer, que les sonrió con cierta inseguridad antes de volverse a retirar.

Henrik Holm asintió y dijo que algunas cosas se resolvían por sí mismas, pero rechazó la propuesta de Camila de poner un plato más.

—Hay un pequeño apartamento arriba —le explicó señalando la escalera—. Tiene un baño y una cocinilla, y ella prefiere hacerse allí la comida.

«Puede que sea lo más lógico», pensó Camila. Además también les iría mejor a Jonas y a él para poder seguir con sus costumbres sin implicar a extraños.

—¡Chicos! —gritó al pie de la escalera, confiando en que fuese suficiente para captar su atención.

—¿Qué prefieres, café o té? —preguntó Henrik Holm después de haber recogido la mesa—. Yo últimamente he renunciado a tomar café por las tardes; luego no sirve de nada reclamar tu derecho al sueño.

Quedaba vino en la botella, así que Camila decidió que seguía con él.

—¿Has pensado en lo que quieres hacer respecto al funeral? —le preguntó él cuando volvió a la mesa con su taza de té.

¡Que si había pensado! Prácticamente no había hecho otra cosa. Camila puso las manos sobre la mesa y lo miró.

—Tengo que olvidarme de eso y dejarlo en tus manos, o puedes encargárselo a otra persona. No puedo más. Me tortura de noche y de día, y empiezo a volverme loca, así que he llegado a la conclusión de que tengo que esperar a despedirme de él hasta que esté enterrado en la fosa de los desconocidos o en cualquier otro lugar. Un día en que el sol brille, como hoy, iré con una bolsa de cervezas y un loro a poner para él *Walk the line*. Ésa será mi manera de hacerlo.

Los cansados ojos del pastor sonrieron.

—Es un buen plan —convino, y añadió que ya le diría dónde enterraban la urna.

Camila respiró profundamente antes de cambiar de tema.

—¿Te has enterado de que el asunto del sábado ha pasado a homicidios? —

preguntó ella cuando se sirvió el vino que quedaba.

Él asintió y le contó que Louise había pasado por allí.

—¿Crees que puede haber alguna relación entre los dos casos, aunque la policía los investigue por separado? —preguntó ella agitando el vino en la copa.

Él se encogió de hombros, pero luego negó con la cabeza.

—Yo también he pensado mucho en eso, pero no veo qué relación pueden tener —comentó él.

—Lo cierto es que es de locos abandonar a un niño muerto.

Camila observaba la cara del pastor para encontrar una reacción, pero retiró la vista cuando él levantó la mirada de su taza de té y asintió. Una profunda arruga le surcaba la frente.

—Se trata de una de las cosas que más me apenan —admitió él—. La mayoría no se imagina cuántas personas con problemas mentales son abandonadas a su suerte. Gente que, solitaria y desgraciada, envía continuamente gritos de socorro, aunque sólo unos pocos son escuchados. Sólo se llega a conocer los casos más llamativos, que acaban con tiroteos con la policía en los que los enfermos están sentenciados desde el principio.

—Quizá lo del sábado fuese un intento de que escuchases —aventuró ella tras un momento de silencio.

En la habitación de arriba se oía a los chavales jugando a *World of Warcraft* y, por los gritos, Camila supuso que alguno de ellos había subido de nivel.

—Estoy pensando en lo del dedo —dijo Camila. Volvió a aguardar su reacción, pero como no llegaba continuó—: Markus me ha contado que a Jonas también le falta el dedo pequeño del pie.

No se le escapaba que había cruzado la frontera de la esfera privada y lo observó para averiguar si él se lo había tomado a mal.

Primero la miró sorprendido, como si le extrañase que ella conociese ese detalle, pero luego buscó con la mirada la botella de vino que seguía sobre la mesa y adoptó una expresión pensativa que ella no quiso interrumpir.

—Naturalmente que también lo he pensado —repuso finalmente—. Pero no alcanzo a ver cómo pueden estar relacionados los dos hechos. Mi hijo tiene un defecto de nacimiento en el pie que conocen los que le han visto sin zapatos, pero que nadie más puede notar. Si alguien quiere decirme algo, espero de todo corazón que aparezca y poder ayudarlo.

Había algo de resignación en la expresión de su rostro, que Camila interpretó como cansancio. Eran algo más de las nueve, y tenía que ir pensando en regresar a casa para que Markus no estuviese demasiado cansado a la mañana siguiente.

Ella sonrió cuando él le dio las gracias por haber ido a cenar, y se puso el abrigo mientras el pastor gritaba a los chicos que Markus tenía que irse ya a casa.

Cuando regresaba de la cafetería, Louise vio a Igli. Al adelantar a un par de chicas de la oficina, que iban charlando y ocupaban casi toda la escalera, las empujó y cosechó un comentario ácido.

Lo alcanzó a la carrera y le preguntó si tenía tiempo para tomarse un café. Sabía que durante un año había estado trabajando para la policía de Belgrado, antes de escapar a Dinamarca durante la guerra de la antigua Yugoslavia.

Él sonrió extrañado y comentó que creía que ella y Lars Jørgensen habían sido asignados a otro caso y que ya no seguían en el de las escuchas que él estaba realizando.

—Eso es cierto —se apresuró a confirmar ella, mientras ambos comenzaban a subir hacia la cafetería.

—¿Leche o azúcar? —preguntó Louise cuando llegó a la caja.

—Azúcar —pidió él, y añadió que, ya que había fiesta, no diría que no a un trozo de pastel.

Ella señaló los últimos dos bollos de chocolate de la barra, pagó y, con la bandeja en la mano, se dirigió a una mesa en una esquina al fondo de la cafetería.

—¿Qué andas buscando?

Él colocó su móvil sobre la mesa y se disculpó por tenerlo conectado mientras hablaban: su hijo iba a llamarle cuando volviese del colegio.

—Acaba de empezar a volver solo a casa en el autobús —aclaró.

—No hay problema.

Louise le pasó el plato con los bollos y limpió el café que se había derramado por la parte inferior de la taza.

—Te quería preguntar si sabes algo de un serbio llamado Bosko.

La cucharilla detuvo un momento su movimiento mientras él contemplaba a Louise con atención.

—Es un nombre serbio muy, muy frecuente —contestó volviendo a remover.

Ella movió la cabeza pensando si eso sería todo.

—Pero te hablo de una persona conocida tanto por la policía checa como por los dos albaneses cuyas conversaciones estás escuchando, y sospecho que pueden haber estado hablando de esa persona. ¿Te dice eso algo?

Las facciones del hombre se ensombrecieron, y una profunda arruga le recorrió la frente.

—Entonces quizá tenga una vaga idea de a quién te refieres. ¿Por qué preguntas por él? —quiso saber Igli.

Louise tuvo la sensación de que le había pedido que convocara a uno de sus fantasmas del pasado.

—Porque su nombre ha aparecido en relación con el caso del Matadero. No sabemos si tendrá algo que ver, pero me gustaría enterarme de quién es.

Le contó lo que le había sucedido a Camila y el soplo que Arian les había dado, que parecía tener cierta base.

—Pero cuando Toft intentó que su fuente en la policía de Praga le contara más cosas, ella se salió por la tangente y dijo que no tenían noticias de que hubiese estado en la ciudad. Es decir, es alguien a quien conocen.

Igli asintió e inclinó la cabeza sobre su taza de café antes de reconocer que Bosko era alguien a quien conocían en la mayor parte de los Balcanes.

—Personalmente pienso desde hace tiempo que es preferible saber lo menos posible, pero si crees que necesitas información, no me importa contarte el tipo de persona que es.

Empujó el plato con el bollo de chocolate sin tocar y se inclinó un poco sobre la mesa.

—La primera vez que me topé con él fue cuando él tendríamos veinticinco años. Eso fue hace unos veinte. Nació en Belgrado y comenzó su carrera criminal como hinchas del Estrella Roja, el equipo de fútbol campeón de Serbia, al que pusieron hace poco una importante multa en relación con unos violentos incidentes en un partido de liga. Un policía fue atacado y herido de gravedad. Varios miembros del club son sospechosos de haber iniciado los disturbios; parece que las cosas no han cambiado demasiado en estos años.

El fútbol y los partidos de liga no eran el fuerte de Louise, y tuvo que reconocer que no sabía nada del Estrella Roja de Belgrado.

—Era uno de los jefes oficiales de los seguidores —continuó Igli—. En 1992 se incorporó al grupo de los Tigres de Arkan. Fue justo después de las elecciones en las que Bosnia se declaró independiente, y él estuvo detrás de algunas de las limpiezas étnicas más terribles que llevaron a cabo los grupos paramilitares y que provocaron la huida de miles de habitantes musulmanes.

Él la miró muy serio.

—¿Qué? ¿De charla? —se oyó de pronto.

Michael Stig se había acercado a la mesa sin que ella se hubiese percatado.

—Eso es mucho decir —contestó ella, y se removió nerviosa en su asiento cuando él hizo ademán de sentarse—. Igli estaba hablándome de Bosko —aclaró Louise y preguntó si habían sacado algo del interrogatorio de Arian y Hamdi de la víspera. Cuando Louise se había marchado, aún seguían con ellos.

Su compañero negó con la cabeza y miró con curiosidad al intérprete, como si le diese lo mismo lo que Igli pudiese saber sobre el serbio.

—No dicen ni pío. Repiten una y otra vez que debemos investigar dónde estaba ese Bosko cuando se cometieron los dos asesinatos. Pero cuando les pedimos que nos cuenten algo más sobre el serbio, se cierran en banda por mucho que intentemos explicarles que, para nosotros, es bastante difícil avanzar si no nos dicen nada.

Igli asentía mientras Michael Stig hablaba.

—No hay nadie que quiera hablar cuando se trata de Bosko.



—Pero ¿tenemos razones para pensar que ha estado en Copenhague? —preguntó. Louise percibió una sombra de inquietud en los ojos marrones de Igli.

—Sólo lo que dicen esos dos —respondió Michael Stig encogiéndose de hombros—. Y nadie de aquí parece haber oído hasta ahora nada sobre él, ni siquiera Mikkelsen, que se entera de casi todos los rumores que corren por el barrio.

El intérprete volvió a menear la cabeza.

—Tampoco yo he oído nada de que haya empezado a operar en Dinamarca —admitió él—. Y espero que no se le ocurra aparecer.

—Creo que os he interrumpido —dijo Michael Stig abriendo su botella de cola en el borde de la mesa.

Louise movió la cabeza asintiendo y le pidió a Igli que siguiese contando.

Tras un suspiro, el intérprete aspiró profundamente, como si hubiera preferido verse libre de pasar por ese trance, y luego miró de reojo el móvil, que aún no había sonado.

—Se hizo con su propio grupo militar, con armas y gente entrenada de los partidos ultranacionalistas, que pretendían limpiar el país de musulmanes y ganar territorio para los serbios. Pero no fue en este contexto en el que yo me lo encontré.

Louise notó que a Michael Stig aquellos viejos recuerdos de guerra no le parecían especialmente interesantes, y que había esperado que su charla tuviese una relación más cercana al caso en el que trabajaban.

—Dos años después de que la guerra estallase y cuando estaba en su apogeo, Bosko descubrió la cantidad de dinero que podía ganar aprovechando la situación para su propio beneficio. Fue durante el asedio a Sarajevo, en el que las tropas serbias cercaron la ciudad y cortaron todo abastecimiento. A los ciudadanos les faltaba comida, y a los convoyes de ayuda les costaba atravesar las líneas, pero aun así Bosko comenzó a levantar un lucrativo negocio.

Su mirada demostraba que esos recuerdos le resultaban dolorosos.

—Diariamente las fuerzas serbo-bosnias bombardeaban la ciudad con fuego de mortero, y los francotiradores mataban a la gente en las calles. No había diferencia entre objetivos civiles o militares. Fue en este caos, con la ciudad en estado de emergencia, en el que Bosko ganó sus primeros millones.

El plato con el bollo de chocolate seguía intacto, y el café se había quedado frío en la taza.

—Creemos que trajo sus primeros turistas de guerra en abril del 94, pero podría ser que hubiese empezado incluso antes. La ruta partía desde Moscú hasta Budapest o a Sofía en Bulgaria, de allí les llevaban en coche hasta Belgrado y luego a Zvornik, frontera entre Serbia y la parte serbia de Bosnia, que ahora se llama oficialmente República Srpska —aclaró—. Desde Zvornik, un jefe de grupo los conducía a Pale, una pequeña ciudad que se encuentra en las montañas, a unos veinte kilómetros de Sarajevo, y que se convirtió en la capital *de facto* del territorio serbio.

La cafetería se había ido vaciando poco a poco, y el personal se había sentado en

el otro extremo con una taza de café. No parecía molestarles que todavía no se hubieran marchado los últimos.

—Los turistas de guerra se alojaban en los hoteles de lujo construidos para los Juegos Olímpicos de invierno de 1984. De acuerdo con nuestras informaciones, traía mayoritariamente a nuevos ricos de Rusia y Ucrania. Nosotros los llamábamos sus safaris humanos. Esa gente se podía permitir pagar cantidades astronómicas por un chute de adrenalina, que seguramente seguiría haciendo efecto durante mucho tiempo después de volver a casa.

Louise lo observaba fijamente con incredulidad, pero evitó interrumpirlo, y Michael Stig ya no parecía tan aburrido con el relato.

—Compraban un paquete básico que incluía el viaje a Serbia, la estancia y la manutención. Luego los precios dependían del nivel de riesgo o si preferís de la intensidad del subidón de adrenalina.

»Las excursiones se dividían así:

»El recorrido 1 era el más barato. En él, los participantes podían lanzar granadas de mortero sin la posibilidad de ver dónde caían, ni si mataban a alguien.

»El recorrido 2 era de nivel medio. Un guía los bajaba a la ciudad y desde allí podían seguir los combates, ver dónde caían las granadas y cuánta gente moría.

»El recorrido 3 era el exclusivo. Aquí cada uno tenía un guía personal, que lo conducía a la ciudad, y un guardaespaldas. Armado con un rifle de precisión podía disparar directamente a la gente.

Igli hizo una pequeña pausa.

—Se decía que quien hacía blanco tenía una rebaja en el precio de la excursión, pero nunca se llegó a probar. Todo esto es algo que a partir de entonces la policía ha ido recomponiendo a fragmentos. Nunca pudimos ni siquiera acercarnos a Bosko, que además nunca ocultó que estuviese detrás de las excursiones. A la gente como Bosko raramente se la derrota, porque son conocidos tanto por los serbios como por los musulmanes y siempre habrá alguien que los proteja.

Durante un instante, Louise pensó que era respeto lo que se podía leer en sus ojos, pero al momento se percató de que lo que había en realidad era un profundo temor.

—Confío, por vuestro bien y por el de todo el mundo, en que no haya venido a Dinamarca. Bosko está donde haya mucho dinero en juego, y utiliza a la gente sin ningún escrúpulo para aumentar su patrimonio. En el último año de la guerra traficó con niños; por lo que sé, ahora trafica con mujeres y pasa a la gente por la frontera a cambio de grandes sumas. Pero para ser sinceros, prefiero oír lo menos posible sobre él.

Su teléfono móvil sonó y rápidamente miró su reloj de pulsera antes de contestar y recordarle a su hijo que llamara de nuevo cuando hubiese llegado a casa. Luego se disculpó y dijo que tenía que bajar a la sala de escuchas para ver qué había, que no se le acumulase demasiado trabajo.

Louise y Michael Stig se quedaron sentados un rato, sin decir nada, hasta que

Louise recogió la mesa y llevó la bandeja al carrito.

—No serviría de nada comprobar las listas de pasajeros de las semanas en que se cometieron los asesinatos —dijo Michael Stig cuando bajaban las escaleras—. En coche se pueden pasar sin problemas las fronteras.

Cuando llegaron al segundo piso, donde estaban los despachos del departamento de homicidios, Louise continuó por el pasillo y llamó cautelosamente a la sala de escuchas.

—Disculpa —se apresuró a decir cuando Igli se quitó los cascos—. ¿Crees que hay alguna posibilidad de que tus antiguos colegas tengan alguna fotografía de Bosko y nos la envíen por *mail*?

Él reflexionó un momento, pero le interrumpió su teléfono móvil, que empezó a sonar. Su hijo había llegado a casa sano y salvo, y los hombros del padre se relajaron.

Cruzó las manos y miró a Louise con gravedad.

—Me gustaría pedirte que me dejaseis fuera de todo esto. Te he hablado de Bosko porque me ha parecido que lo considerabas importante, pero prefiero no implicarme más —dijo mirándola fijamente.

—Desde luego —se apresuró a decir ella y dio instintivamente un paso hacia atrás, sorprendida por la intensidad de su voz.

—No me malinterpretes —añadió él—. Evidentemente, no es que sea partidario de que determinadas personas puedan conseguir lo que quieran con amenazas y con total impunidad, sino que me juré a mí mismo que nunca más tendría nada que ver con Bosko y su gente. Mis dos hermanos estaban en la policía. Junto con otros dos compañeros investigaban el asunto del turismo de guerra. Cuando Bosko descubrió que estaban detrás de su próspero negocio, fueron a las casas de los cuatro hombres encargados del caso y los acribillaron delante de sus mujeres e hijos.

En su mirada había dolor y movió levemente la cabeza como para recalcar que era eso lo que le impedía enfrentarse con Bosko. Luego se volvió hacia el ordenador y se puso los auriculares, sin llegar a contestar cuando Louise se despidió.

Louise se paró de golpe en la puerta del despacho al ver a Camila esperándola con una humeante taza de té en las manos.

Lars Jørgensen había salido antes del desayuno para ir a una maternidad privada en Østerbro e intentar conseguir una lista de las embarazadas que salían de cuentas próximamente o que lo acababan de hacer. La directora no se había mostrado muy dispuesta a entregar esa lista, por mucha orden judicial, pero se dejó convencer cuando Lars Jørgensen le ofreció ir hasta allí. Así podría entregársela personalmente sin arriesgarse a que cayese en manos ajenas.

—Hola —saludó Louise, y ella misma notó que la voz le sonaba un poco abatida. Seguía afectada por el relato de Igli y en no menor medida por lo que le tocaba a él personalmente. Cogió el calentador con el agua recién hervida, tomó una bolsita de té verde y se sentó a escuchar lo que podía haber llevado a Camila a pasar por allí.

—Ayer estuvimos cenando con Henrik Holm y Jonas —comenzó tranquilamente su amiga.

Louise tiró a la papelera la bolsita de té, que dejó en el suelo una fila de gotitas. Luego se revolvió nerviosa en la silla y le dijo a Camila que, por supuesto, le parecía estupendo que pasase por allí a verla, pero que a Lars Jørgensen y a ella les había caído encima una descomunal tarea con el caso que les había encomendado Willumsen de buscar a la madre del recién nacido. Así que no tenía demasiado tiempo para hacer descansos y tomarse un té con calma.

—¿Sabías que a Jonas le falta el dedo pequeño del pie derecho? —preguntó Camila sin dejar que le afectase la objeción de Louise.

Se hizo un silencio durante el que las dos mujeres se miraron, cada una con su taza de té y sus pensamientos.

—No —contestó Louise sacudiendo a la vez la cabeza—. No lo sabía.

—Henrik Holm está totalmente convencido de que no tiene nada que ver con el dedo amputado, que se trata de una casualidad, pero yo no creo en ese tipo de casualidades. Lo que no llego a ver claro es si él sabe qué relación hay o si realmente, como dice, no se lo explica.

Louise había dejado su taza.

—¿Y qué relación puede haber? —preguntó mirando a Camila e intentando averiguar las ideas que parecía haberse formado. En principio, resultaba demasiado absurdo que alguien quisiese cortarle un dedo a un recién nacido porque supiese que al hijo del pastor le faltaba el dedo meñique del pie, pero Louise estaba de acuerdo en que no parecía una casualidad. Sobre todo porque se trataba del mismo dedo.

—Quizá alguien piense que él le ha fallado o le eche la culpa por la muerte de su

propio hijo —sugirió Camila encogiéndose de hombros al no encontrar una explicación convincente.

—Pero en ese caso quien haya abandonado al niño en la iglesia tendría que ser alguien que supiese que Jonas tiene ese defecto —interrumpió Louise a la vez que descolgaba el teléfono para marcar el número de Willumsen.

—Sí —respondió el jefe secamente.

Mientras le preguntaba si tenía un momento para pasar por su despacho, Louise notó que le dolía la cabeza.

—Pensaba que estabas muy atareada con el trabajo —dijo él con sarcasmo cuando vio a Camila con la taza de té.

Louise no se molestó en explicarse; simplemente señaló la silla de Lars Jørgensen y le pidió que se sentase.

Camila se echó hacia atrás un mechón que se le había soltado de la coleta y repitió lo que ya había contado.

Willumsen gruñó, mientras las dos mujeres lo observaban esperando saber cuál era su opinión.

—¿Qué dice el pastor sobre esto? —preguntó él mirando a Louise, que no tuvo otro remedio que encogerse de hombros, porque aún no había hablado de ello con Henrik Holm.

—Si esto no es una casualidad, desde luego que podría parecer que alguien ha decidido perseguirlo y que hay un motivo personal, al menos detrás de este último suceso —dijo él.

Camila asintió.

—Sin embargo, él no dice nada —repuso ella mirando al jefe del grupo.

Willumsen se levantó y anduvo de arriba abajo, luego señaló a Louise.

—Tendrás que ir a hablar con él. Si es un mensaje dirigido a él, tendremos que replantearnos nuestra línea de investigación.

Louise estaba de acuerdo. Valoró durante un momento la conveniencia de llamar al pastor antes de salir, pero decidió confiar en que estuviese en casa.

—He venido en coche —dijo Camila ofreciéndose para llevarla hasta la iglesia—. Prácticamente me queda de camino —le comentó mientras caminaban en dirección a la calle Otto Monstedsgade—. Pero no pienso entrar —se apresuró a añadir antes de sentarse en el coche—. Ya es suficiente que me haya chivado.

Louise subió los escalones de la puerta de la cocina, golpeó un par de veces con el llamador y sonrió azorada a la mujer alta y morena que apareció un momento después. Camila ya le había hablado de la asistenta mientras iban de camino, pero se dio cuenta de que llegaba en medio de una reunión. Alrededor de la mesa había tres chicas que hablaban quedamente en un idioma que Louise no comprendía. La conversación enmudeció, y todas ellas, nerviosas, se volvieron a mirar a Louise.

—¿Podría hablar con Henrik Holm? —preguntó Louise en inglés.

La asistenta señaló hacia la iglesia sin decir nada, pero el significado era lo

suficientemente claro como para que Louise le sonriese y le diese las gracias. Se dio la vuelta y empezó a cruzar el patio, por donde apareció en ese momento el sacristán.

—Está ensayando la ceremonia con una pareja que se va a casar —explicó entornando los ojos para protegerse del sol, que le había deslumbrado al volverse para mirar el reloj de la torre—. No creo que tarde en acabar.

—Está bien; entonces, lo esperaré —repuso Louise, y se dirigió hacia un banco en el que daba el sol. Se sentó dando la espalda a las blancas paredes de cal de la iglesia y con una agradable vista del cementerio, en el que las copas de las hayas estaban a punto de brotar.

Para ella, seguía sin tener ningún sentido que alguien quisiera amputarle el dedo a un recién nacido para acosar o provocar a Henrik Holm. Sin embargo, algunas personas necesitaban muy poco para perder la cabeza y, a menudo, lo que otros considerarían una tontería, puede ser suficiente para hundir el mundo de quien se siente víctima de una injusticia.

Una pareja de unos treinta y cinco años salió de la iglesia, acompañada por el pastor. Louise los vio despedirse, pero no se levantó hasta que Henrik Holm comenzó a caminar hacia la casa.

—Hola —le saludó, y se disculpó por haberse presentado sin avisar—. Me gustaría comentarle una cosa.

El pastor se volvió hacia ella, sorprendido, y sonrió al verla.

—No pasa nada —respondió—. Sentémonos —propuso, y ambos regresaron al banco.

En lugar de plantearle directamente la pregunta, Louise le contó que acababa de conocer a su nueva asistenta.

—¿Qué le parece a Jonas?

—No ha dicho mucho —reconoció el pastor—. Pero creo que pinta bien. Ayer Tereza me contó que durante estos últimos meses había estado organizando una red de ayuda para las mujeres del Este a las que obligaban a venir aquí a prostituirse. La asociación intenta echarles una mano para que puedan volver a casa sin problemas.

Louise escuchaba con interés y pensó en Pavlina. Una red asistencial como ésa le habría sido de gran ayuda.

—Ya hay unas cuantas metidas, y me da la sensación de que habrá más. Por eso le he dado permiso para que se reúnan aquí, donde pueden hablar tranquilamente y en paz —contó él.

Louise notó en su voz un nuevo interés que estaba segura de no haber apreciado en su anterior visita, pero los ojos del pastor parecían cansados, y con una mirada inquieta recorría el patio y el aparcamiento, como si le costase mantener la concentración.

—Si aún no conocen Reden y Stop a la Trata de Mujeres, puede que les apetezca tener una charla con ellos —sugirió Louise—. Tienen algunos recursos que utilizan para ayudar a las mujeres explotadas a volver a casa, y a que lo hagan con un poco de

dinero en el bolsillo, para que puedan apañarse durante un tiempo y no se vean expuestas a ser atrapadas de nuevo inmediatamente.

Louise se dio cuenta de que todo aquello era un nuevo mundo para él, pero resultaba evidente que le había interesado.

Louise se volvió hacia él dispuesta a abordar el tema que la había llevado allí, pero antes respiró hondo, y se descubrió haciéndolo más profundamente de lo que había calculado.

—Debería habernos dicho que a Jonas le falta el dedo pequeño del pie derecho —dijo observándolo para ver cómo reaccionaba.

Él no mostró ninguna reacción, así que Louise continuó.

—Bien puede ser que no tenga ninguna importancia para el caso, pero es un dato que debemos tener en cuenta.

Finalmente, él asintió con la cabeza, se echó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y juntó los dedos de ambas manos. Volvió a asentir, pero permaneció en silencio.

—Eso nos lleva a pensar que hay un motivo personal tras los hechos —amplió ella, y observó agitarse el espeso cabello de Henrik Holm al negar éste con la cabeza.

—No alcanzo a ver la relación —comentó concentrándose en sus dedos, que entrelazaba y soltaba—. A mí ni se me habría ocurrido pensar en ello si Camila no lo hubiese mencionado ayer. —Su rechazo a seguir hablando de ese detalle resultaba tan evidente que Louise casi lo sintió físicamente.

—¿Son muchos los que conocen ese pequeño defecto? —tuvo que preguntar ella.

El pastor movió lentamente la cabeza.

—Independientemente de que tenga alguna relación o no —continuó Louise—, tengo que pedirle que haga una lista de las embarazadas con las que haya tenido alguna relación en los últimos tiempos —le pidió—, y también una con los nombres de los que hayan solicitado fecha para un bautizo o que le hayan comentado que les gustaría bautizar a su hijo en esta iglesia.

Daba por supuesto que habría habido un creciente interés por bautizar a un hijo con un cura que aparecía en los medios de comunicación.

—Quizá tengamos también que contemplar la posibilidad de que haya escrito algo últimamente que pueda haber desencadenado estos hechos —sugirió Louise finalmente.

Él se volvió, y Louise pudo observar una profunda irritación en su mirada. Se removió nerviosa en el banco cuando estalló la ira del pastor.

—En primer lugar le ruego que respete el silencio al que estoy obligado como sacerdote y, en segundo, como ya he dicho, no necesito pensar para saber que en esta iglesia no ha ocurrido nada que haya podido provocar los hechos que está investigando.

Louise quería calmar un poco los ánimos, pero no fue capaz de decir nada antes de que él continuase.

—Si alguien fuera a ir a por mí por las cosas que escribo, me atrevería a asegurarle que ya habría ocurrido hace tiempo, pero si piensa que puede tener algún sentido, le invito a repasar todos mis escritos. Todas mis columnas y comentarios están en mi página web.

Ella no había tenido intención de enfurecerlo, y estaba tan sorprendida por esa violenta reacción, que se quedó contemplándolo mientras él se dirigía a la puerta de la cocina. Luego cerró los ojos, y durante un momento apoyó la nuca en la pared con la cara hacia el sol para recobrase.

Decidió cruzar por el cementerio, y caminó sumida en sus pensamientos, con la vista clavada en la grava. Por eso hasta que pasó a su lado, no se dio cuenta de que la chica que se cruzaba con ella por el camino de grava le era conocida. Se volvió, pero no podía asegurar que se tratase de Hana. Desde atrás, sólo la larga melena rubia reafirmaba sus sospechas.

Al final del camino atravesó la verja, cruzó la calle y siguió por los jardines de Frederiksberg. Cuando llegó al lago, se detuvo a contemplar los cisnes y fochas que caminaban por la orilla. El suave aire primaveral le recordó que el verano se acercaba. De repente, le asaltó un violento deseo de campo, bosque y agua; se sentó en el banco más cercano al puesto de helados, que aún no había comenzado la temporada, y sacó el móvil.

Cuando envió el SMS, un rápido vistazo al reloj le indicó que sólo eran las cuatro y poco.

«Si tienes el kayak listo en una hora, te invito a cenar en el puerto cuando volvamos», escribió, dibujando una sonrisa mientras lo enviaba.

La respuesta llegó antes de que se hubiese levantado del banco.

«Trato hecho, hasta luego».

Kim Rasmussen y Louise se habían dormido. Ella había previsto salir a las siete, pero ya eran casi las ocho y media. Evidentemente, la noche anterior habían terminado con un café irlandés en la casita de tejado de paja, tras haber cenado sopa, lomos de rape y una exuberante sinfonía de chocolate, a la que el jefe de cocina había denominado, elegantemente, postre de cuatro chocolates y había servido en un plato cuadrado y con una cobertura de azúcar glas.

No era mucho lo que habían dormido, pero Louise se encontraba en plena forma, y fue tarareando «*Wake up, it's a wonderful morning*» mientras cruzaba el jardín y le lanzaba un beso a Kim a través de la ventanilla del coche.

Cuando llegó a la autovía, encendió la radio y estuvo haciendo los coros de «Billie Jean», al comprobar con satisfacción que la cadena P4 todavía programaba a Michael Jackson, aunque muchas otras lo considerasen un monstruo pederasta.

Rodeó Frederiksberg para dejar el coche y hacer en bicicleta el resto del viaje hasta la jefatura. Seguía tarareando mientras pedaleaba por Gammel Kongevej, con



las gafas de sol puestas y el viento agitándole los oscuros rizos.

Ya en la puerta de la jefatura divisó a Mikkelsen, que llegaba andando.

—¡Hola! —le gritó agitando la mano antes de desmontar de su bicicleta de montaña negra—. ¿Subes?

Él asintió con la cabeza mientras jadeaba.

—Demasiado tabaco y peor condición física —reconoció con franqueza.

Louise iba a añadir: y demasiada fritanga, pero se contuvo. Bien mirado, no era cosa suya.

—¿Tenéis reunión? —le preguntó ella, y saludó con la cabeza al guardia del control mientras le mostraba su identificación.

—Sí —gruñó su colega, que aún no había recuperado totalmente el aliento—. Queremos descubrir dónde se reúnen ahora los albaneses con las chicas para recibir el dinero. En todo caso, ya no van a la Estación Central.

—¿Podría ser que hubiesen suspendido momentáneamente su negocio? —sugirió Louise, pero él meneó la cabeza con una sonrisa en los labios.

—No, no puede ser —respondió él—. Sería lo último que harían, aunque sepan que los vigilamos.

Ella lo miró sin comprender.

—Piensa que, aunque fuesen detenidos y acusados de proxenetismo, o en el peor de los casos de trata de blancas, la pena no es tan alta como para asustarlos, sobre todo si lo comparan con la caja que hacen tocios los días. Para ellos no supone demasiado pasar un año o dos en chirona; por poco que les vaya bien, les compensará todo el dinero que ganan.

Ella escuchaba con interés, y él continuó.

—Ahora mismo, el comercio de seres humanos es el tipo de delito que más dinero reporta. ¡Los delincuentes lo utilizan para financiar, entre otras cosas, armas y drogas!

Eso último sonó como la traca final, que justificaba la detención de esos delincuentes, aunque no se les pudiera retirar permanentemente.

Louise se detuvo ante su despacho y lo contempló mientras Mikkelsen continuaba por el pasillo y llamaba a la puerta de Toft y Michael Stig.

Eran las diez y cinco cuando saludaba a Lars Jørgensen, que estaba de cara a la pantalla, pero que la siguió con la mirada mientras ella se quitaba la chaqueta y encendía su ordenador.

—Buenos días —contestó él, en un tono que evidenciaba que ya llevaba varias horas trabajando y que ya no contemplaba esa parte del día como mañana.

—Sí —repuso Louise disculpándose y abriendo los brazos—. Me he dormido; debería haberte llamado al despertarme, pero no se me ha ocurrido.

Él se apresuró a mover la cabeza.

—No, no tenías por qué hacerlo —dijo rápidamente.

De repente ella notó algo en la mirada de su compañero que no había visto antes.

Louise se sentó y lo miró.

—¿Estabas preocupado por si me había pasado algo? —preguntó.

Los ojos de su compañero habían vuelto al ordenador, pero tras un momento asintió y reconoció que la idea se le había pasado por la cabeza.

Ella sonrió.

—Así que estabas preocupado por mí —constató ella al ver que él se sonrojaba.

Lars Jørgensen murmuró algo sobre que, después de lo que le había sucedido a Camila, no estaba mal estar un poco más atento...

—No tienes que disculparte. Es que me alegro de que te preocupes por mí —exclamó ella, pero se vio interrumpida por una llamada a la puerta y por Toft, que asomaba la cabeza. Louise vio que Suhr estaba detrás de él.

—¿Podemos pasar un momento?

Ella dijo que sí con la cabeza y lanzó una rápida ojeada al inspector jefe para intentar adivinar si sabía que había llegado tarde y si sería oportuno disculparse. Si no sabía nada, no había ninguna razón para hacérselo saber.

—Hemos conseguido una fotografía del serbio, de ese Bosko —dijo Toft.

Louise supo inmediatamente que el inspector jefe no formaba realmente parte de ese «hemos». Sin duda, había sido Toft el que, con su instinto de terrier, había seguido la presa y la había cobrado.

—La foto ya se envió ayer por la tarde a todos los distritos, pero hasta ahora nadie ha reaccionado —informó Suhr—. Aunque, al menos, ya lo tenemos en la pantalla y las patrullas están informadas.

El inspector entró en el despacho mientras Toft se quedaba apoyado en el marco de la puerta.

—Nos gustaría que trabajaseis con nosotros el resto del día —dijo Suhr. Al ver la expresión de Louise, añadió que había sido el propio Willumsen el que había sugerido que juntasen todas las fuerzas para confirmar o desmentir que el serbio hubiese sido visto por Skelbaekgade y Sønder Boulevard cuando se cometieron los asesinatos—. Haremos una ronda por Istedgade y el resto del barrio con la foto —continuó—. Si resulta que no hay ningún testigo que lo haya visto por la zona, cazamos a los dos albaneses, los acusamos de los asesinatos y confiamos en hacerles hablar.

—Ya los hemos estado interrogando durante los últimos dos días —añadió Toft como aclarando esa drástica determinación—. No dicen ni pío, nada. Insisten en que no fueron ellos. Se cierran en banda cuando les pedimos que nos cuenten lo que saben de Bosko. Sólo mueven la cabeza y repiten que tenemos que averiguar dónde se encontraba él cuando fueron asesinadas esas dos personas.

—Así que eso es lo que haremos durante el resto del día —completó Suhr. Luego se corrigió a sí mismo—. Naturalmente, también tenemos que saber si alguien lo vio

en el período entre los dos asesinatos.

El ánimo primaveral continuaba acompañando a Louise, pero las burbujas ya se habían disuelto en una inquietud expectante. Le iba bien volver a Istedgade, aunque realmente no esperaba que fuesen capaces de encontrarlo. Que un delincuente internacional con aquel currículum comenzase a desarrollar sus negocios en Copenhague, podía acarrear consecuencias inimaginables.

—Vamos a repartirnos el barrio —comenzó el inspector jefe. Explicó que Mikkelsen pondría a cuatro de los agentes de la City—. Willumsen estará también con vosotros, así que nosotros también seremos cinco —dijo arrojando las fotos sobre la mesa.

Louise le pasó a Lars Jørgensen una de ellas y tomó la otra.

No sabía bien cómo se había imaginado a un hombre con tantas muertes sobre la conciencia, pero sí estaba completamente segura de haberlo visto antes, y además, recordaba dónde había sido.

En cuanto Markus se fue al colegio, Camila se trasladó con el edredón al sofá y encendió el televisor.

Había dormido de puta pena. No debería haberle contado lo del dedo a la policía; le daba vueltas a eso una y otra vez. También había visto la reacción del pastor al mencionarle que podía existir alguna conexión. En aquel momento había sentido que había algo, pero esa sensación había desaparecido enseguida. A las tres de la mañana se había levantado y se había tomado seis pastillas de valeriana, que tampoco le habían ayudado. La última vez que lo había mirado, el reloj marcaba las cinco pasadas; menos de dos horas para tener que levantarse a despertar a su hijo. Tendría que poner una lavadora. Markus había tenido que salir con un pantalón de chándal y una camiseta con las mangas demasiado cortas después de comprobar que no había otra cosa limpia en el armario.

Pero en lugar de levantarse y recoger la ropa sucia, se obligó a recordar la tarde en la que se encontraba en la cocina del pastor. Y de repente una idea nueva se abrió camino: ¿y si el niño muerto no estuviese relacionado con el pastor sino con la madre de Jonas? Eso explicaría por qué Henrik Holm había descartado tan categóricamente que las dos cosas tuviesen algo que ver.

Era una posibilidad que no se le había ocurrido antes, seguramente porque no había llegado a conocer a la madre del niño. Sólo la había visto en una foto; los tres en la casa de campo que tenían en Suecia. Markus había pasado la Semana Santa allí y Camila, que había ido a recogerlo, a punto estuvo de perderse al final del camino. Alice Holm le había sonreído desde la fotografía que se hallaba sobre un mueble. Camila había calculado que estaría tomada cuando Jonas tenía unos tres años, un año antes de la muerte de su madre.

Intentó recordar lo que había contado Henrik Holm sobre su mujer y su estancia

en Bosnia. No sabía a qué parte del país los habían mandado como cooperantes, sólo que el campamento se hallaba en una ciudad pequeña que había sufrido varias matanzas salvajes, una detrás de otra.

Retiró el edredón y fue al dormitorio a por su portátil. No tardó demasiado en descubrir que, casi con total seguridad, debía de haber sido Srebrenica, donde los cuerpos de las víctimas de la horrible limpieza étnica se habían tirado en grandes fosas comunes en las afueras de la ciudad.

También comprobó la página de Infomedia para ver si el pastor había escrito algo sobre su experiencia en los Balcanes. Descubrió que, efectivamente, había sido así. Seis artículos. Camila sintió una ligera contracción en el estómago, sensación que en los últimos días no había tenido, pero que no era algo digno de especial atención. Todos los artículos eran descripciones objetivas de la situación en la zona, del pesado ambiente posado sobre la ciudad como un nubarrón. El pastor escribía que nunca había contado exactamente cuántas personas morían, pero que la muerte había alcanzado a todo tipo de población civil: hombres, mujeres, niños, ancianos. Nadie se había librado. Quizá fueran cinco mil, ocho mil, diez mil muertos. ¿Quién sabía? Escribía con la idea de fondo de que el número exacto tampoco les importaba demasiado a los habitantes que habían sobrevivido.

«La población está abatida y humillada. El dolor no puede ser mayor, por mucho que se recuenten los cadáveres».

Escribía bien, admitió Camila cuando acabó de leer el artículo. Claro y convincente. Aunque los sucesos habían tenido lugar diez o doce años atrás, le llegaron a lo más hondo y le hicieron sentirse como una niña mimada y privilegiada, exactamente igual que el resto de la población danesa.

«Aquí, durante el último medio siglo nadie ha experimentado nada que ni tan siquiera se acerque a lo que ha padecido la población musulmana en los Balcanes, y a pesar de todo, una buena parte de la gente en Dinamarca se permite mirar con arrogancia a quienes han sido víctimas allí e intentan venir aquí para comenzar una nueva vida».

De pronto se enderezó y se concentró como si escuchase. Se quedó totalmente quieta, pero en cierto modo no tuvo ninguna duda de que algo había ocurrido. Las mejillas se le animaron, y durante un momento permaneció sentada, con una sonrisa que nadie vio, mientras comprobaba, para gran alivio suyo, que aún no había desaparecido todo rastro de vida en su interior.

La indignación emergió; rabia por lo cerrada y pagada de sí misma que era la gente. Le había afectado y le habían entrado ganas de escribir un artículo. Quizá fuese un poco tarde para despotricar contra las dificultades con las que se habían topado muchos de los solicitantes de asilo de la antigua Yugoslavia, pero por lo menos había sentido el deseo de hacerlo. Durante las últimas dos semanas había creído que nunca más volvería a tener ganas de escribir. Pero, al parecer, sólo había que provocarlas lo suficientemente fuerte.

Camila se levantó y fue a imprimir los seis artículos. Luego los releyó, pero aparte de despertar su compasión, en lo que Henrik Holm había escrito no había nada que tuviese un tinte privado.

Lo que sí que pudo sacar de ellos fue que el matrimonio había sido enviado por la Cruz Roja, y que una de las personas que compartían su barracón era Elsa Lyngé. Camila la había conocido en un acto de donación de fondos para ayudar a las víctimas de una catástrofe, por lo que sabía que aún ocupaba algún puesto en la organización.

Tras una rápida ducha y con renovadas energías, se sentó en el sofá y llamó a la Cruz Roja danesa. Sólo tuvo que pasar por dos departamentos antes de localizar a Elsa Lyngé.

—La llamo por un asunto privado —reconoció Camila antes de nada, y le preguntó si tal vez le vendría mejor que la llamase en otro momento.

—No, no, está bien —respondió ella—, pero mejor podría llamarme a mi móvil en tres minutos. Así puedo salir a fumar.

Camila sonrió y escribió el número del móvil en el reverso de uno de los folios en los que había imprimido los artículos.

—Henrik y Alice Holm —repitió Elsa Lyngé cuando estuvo de nuevo al teléfono—. Claro que los conozco, es decir, a él ahora, sobre todo por los medios de comunicación, pero a ella no la recuerdo mucho.

Camila se recostó un poco en el sofá.

—¿Se le ocurre alguien a quien pueda telefonar? ¿Alguien que pudiera recordarla?

—Creo que necesitaría más de un cigarrillo para hacer memoria —reconoció Elsa Lyngé tras una breve pausa durante la que Camila pudo oír que daba una larga calada—. Ha pasado ya tanto tiempo y he estado en tantos sitios..., pero si me dice qué es lo que necesita saber, quizá me resulte más sencillo recordar a alguien con quien pueda hablar.

Brevemente y sin entrar en demasiados detalles, Camila le contó que había sido ella la que había encontrado al recién nacido muerto en la iglesia de Henrik Holm, y que tenía razones para creer que podía haber alguna relación entre el niño de la iglesia y el hijo que tuvo la pareja mientras se hallaban en el campo de refugiados.

Escuchó el clic del mechero encendiendo el siguiente cigarrillo.

—Puedo decirle algo con total seguridad —dijo Elsa Lyngé—. Y es que ninguno de los cooperantes de nuestro campamento tuvo ningún hijo durante el año y medio que yo estuve allí. Además, las condiciones tampoco eran para niños pequeños —añadió carraspeando, porque la voz se le había vuelto demasiado grave—. Había, desde luego, muchos niños, pero todos eran niños que habían sobrevivido junto con sus madres, o niños que se habían quedado solos porque el resto de su familia había desaparecido.

Volvió a dar una calada al cigarrillo.

Camila meditó un instante antes de plantear su siguiente pregunta.

—¿Y exactamente en qué fechas estuvo allí?

—Desde mediados del 96 hasta finales del 99 —contestó sin necesidad de pensarlo—. Acababa de volver a casa cuando celebramos el nuevo milenio. Pero pasó algo con la esposa de Henrik Holm; cayó enferma, creo, y si no recuerdo mal, ellos volvieron antes —añadió. Camila notó que había comenzado a andar.

—¿Y está segura de que estamos hablando del mismo pastor? —preguntó Camila, a pesar de saber que era una pregunta superflua.

—Lo cierto es que no había ningún otro —respondió con seguridad—. Luego vino la tragedia de la muerte de su mujer, algunos años después, aún muy joven, pero no me explico de dónde puede haber sacado usted que tuvieron un hijo mientras estaban allí.

Camila se quedó con el inalámbrico en la mano durante bastante rato después de haber acabado la conversación. Quizá estuviera empezando a recuperar su yo de antes, pero acababa de perder la visión de conjunto de la situación.

En la Jefatura de Policía, Suhr había convocado al grupo de investigación de Willumsen en su despacho. Mikkelsen estaba orientando las persianas para que el penetrante sol de mayo no les diese en los ojos, pero escuchaba con atención el relato de Louise sobre su encuentro con Bosko.

—Él salía del edificio de la Valdemarsgade cuando yo estaba en el portal de enfrente —explicó, y afirmó con seguridad que eso había ocurrido el miércoles tras el asesinato de Kaj Antonsen, tal y como figuraba en su informe, que Suhr tenía en la mesa—. Había algo en sus ojos —continuó— y en el modo en que me miró que me hizo pensar que quizá nos conociéramos. Pero no. Ahora estoy completamente segura de que simplemente vigilaba y notó que me había fijado en él.

—¿Estás absolutamente segura o hay alguna posibilidad de que lo confundas con otro? —Willumsen la observó con una mirada penetrante.

Ella sonrió sin pestañear y sintió que el vello se le erizaba, porque tenía una seguridad total de que el hombre de la fotografía y el que ella había visto en la Valdemarsgade eran el mismo hombre.

—Estoy segura —fue lo único que dijo, y un silencio expectante se hizo en la habitación.

Miró a su compañero y percibió la intranquilidad en su mirada; la preocupación que hacía que el azul de su iris se oscureciese un poco.

—Nuestras miradas se cruzaron en dos ocasiones —siguió explicando—. La primera, cuando él abandonaba el edificio; la segunda, cuando volvió poco después.

Suhr estaba sentado tras su mesa con los brazos cruzados, Toft había sacado su cigarrillo de plástico y su propio compañero se balanceaba peligrosamente en su silla.

Louise notó la mirada de Michael Stig, que en ese momento se echaba hacia delante golpeando el suelo con las patas delanteras de la silla, mientras ella le pedía que la ayudase con el informe de lo que Igli les había contado sobre Bosko.

Todos escucharon en silencio, pero Louise sorprendió con creciente inquietud las miradas que Suhr y Willumsen se intercambiaron durante el relato. Le pareció que ambos estaban valorando si Bosko era de tal calibre como para trasladar el caso al servicio secreto. Vio también cómo Willumsen estaba dispuesto a tomar la palabra en cuanto ellos hubiesen terminado.

—Necesitamos una autorización para poder intervenir el teléfono de Milos Vukovic lo antes posible —decidió Willumsen sin mirar ni una sola vez al inspector jefe mientras hablaba.

Louise comprendió: naturalmente, no quería dejar escapar un caso que podría tener resonancia internacional.

—Vais a traer otra vez a los albaneses para interrogarlos —determinó Suhr mirando a Mikkelsen—. Pero esta vez no los dejaremos marchar hasta que hayan contado qué es exactamente lo que saben sobre el serbio. ¿Quién les informó de lo sucedido en Praga? ¿Quién lo ha visto? ¿Y dónde ha sido visto?

Golpeó con las palmas de las manos la mesa y observó a su gente.

—¿Y qué pasa con las embarazadas? —preguntó Lars Jørgensen.

Willumsen lo miró como si se hubiese tirado un sonoro pedo.

—A la mierda con las embarazadas por ahora. El niño estaba muerto, ¿no?; es un asunto que podremos retomar más tarde.

La mirada de Louise se cruzó con la de su compañero y movió ligeramente la cabeza. No había sido ése el enfoque que les había transmitido al encargarles el caso.

Suhr carraspeó y aguardó a tener la atención de todo el mundo.

—Dos cosas —comenzó, haciendo una pequeña pausa.

Louise decidió que no estaba totalmente de acuerdo con su jefe de grupo en lo de lanzarse de cabeza tras la pista que los albaneses habían levantado.

—Lo primero es que la única fuente que apunta al serbio son los dos albaneses. Vale. Han tenido razón hasta ahora, pero creo que estaremos de acuerdo en que sigue pudiendo ser un intento de desviar las sospechas que recaen sobre ellos. Lo cierto es que su coche fue visto en uno de los escenarios del crimen y en el puerto.

—No tenemos una mierda contra esos dos chavales —interrumpió Willumsen cortando el aire con ambas manos—. Y lo sabes bien. Si no fuese así, ¡qué carajo!, hace tiempo que estarían entre rejas. Pero ¿desde cuándo se puede detener a una persona porque un borracho crea haber visto un coche idéntico? Sólo una pregunta: ¿tienes idea de la cantidad de Audis A4 azul oscuro que recorren el país? Reventaríamos los muros de la cárcel de Vridslose si encerrásemos a todos los que tienen ese coche —tronó.

Era evidente que el jefe de grupo se estaba animando, lo que quería decir que, por lo visto, pensaba que se acercaba el desenlace.

—Lo segundo es —continuó Suhr imperturbable— que no tenemos ni idea de por qué Bosko ha aparecido de repente en Copenhague. Tampoco sabemos si es casualidad que saliese del edificio en el que vive Milos Vukovic.

Michael Stig torció el gesto.

—Y desconocemos qué interés podría tener en asesinar a una prostituta —se oyó decir finalmente al inspector jefe.

Lo último te lo puedo decir yo —intervino Mikkelsen, adelantándose un paso desde su posición junto a la ventana—. Si Bosko ha puesto su vista en Vesterbro, es porque ha olfateado el dinero y se quiere introducir en el mercado danés de la prostitución. Con eso hay un par de piezas que empezarán a encajar aquí dentro. —Se señaló la sien—. Hasta ahora, Arian y Hamdi han llevado su negocio muy hábilmente y no cabe ninguna duda de que eran los amos del mercado de las chicas checas. El asesinato de Iveta en el Matadero acabó con una de las suyas; la asesinada



en Praga venía a trabajar para ellos. Para mí está muy claro; así es como se actúa cuando se quiere limpiar la plaza y apartar a la competencia.

—¿Y Kaj? —preguntó Louise.

Mikkelsen se encogió de hombros como lamentándose.

—A Kaj lo castigaron por hablar con la prensa, pero era sobre todo una señal para los demás de que esas cosas no se hacen. Tratamos con una persona que montó una agencia de turismo bélico en una ciudad asediada y que recibía grandes sumas de dinero por llevar a esos turistas tan cerca como para que pudieran asesinar a gente, sólo por diversión; eso quiere decir, evidentemente, que la vida humana no significa nada para él —intervino Michael Stig. Louise se inclinaba por darle la razón.

—¡Espera! —exclamó Louise de repente, en voz tan alta que todos se volvieron hacia ella y observaron cómo se llevaba las manos a la cabeza—. ¡Y Milos Vukovic, ese mierda que vino con su conmovedora historia sobre los albaneses y de cómo habían jugado con él en su noble intento de comprar la libertad de Pavlina! Ahora me quejo, pero esto no será nada si entre los pastores del resto de Europa corre la voz de que la policía danesa se deja engañar tan fácilmente.

—¿Los pastores? —repitió Toft mirándola con una ceja levantada.

—Los tratantes de mujeres —aclaró ella brevemente, y continuó—: Es evidente que utilizaron la historia de Pavlina para ponernos tras la pista de los dos albaneses y así tener ellos más margen de maniobra.

Louise movió la cabeza molesta, enfadada por no haberlo visto antes. Se habían tragado la historia sin investigarla en detalle, y habían intentado ayudarles.

—Y cuando tendríamos que haber analizado esa historia, nos engañaron magistralmente con la convincente narración de Pavlina.

—¿Puedes explicárnoslo a nosotros, que al parecer seguimos siendo un poco cortitos? —pidió Toft. Resultaba evidente que se había perdido un poco con la interrupción de Louise, pero ésta vio que Mikkelsen seguía el hilo.

—Milos Vukovic trabaja para Bosko —afirmó Louise—, y me imagino que fue de él de quien salió el dinero para liberar a Pavlina. De este modo, Bosko le tenía ya en sus manos, y desde ese momento entró en la red de su compatriota. Probablemente, cuando Milos Vukovic se dirigió a él, Bosko aprovechó la situación para entrar en el mercado danés. El dinero que pagó para liberar a Pavlina no era nada en comparación con lo que podía ganar con las mujeres. —Louise permaneció un momento en silencio mientras intentaba imaginárselo—. Seguramente sería casualidad que su entrada en el mercado fuese justamente Pavlina. Creo que la historia de la chica es verdad, pero Bosko utilizó tanto a ella como a Milos cuando Pavlina le pidió ayuda. Pagando su liberación la ataba a él.

—Y Arian y Hamdi intentarían responder mandando a Hana a pasear por el puerto —sugirió Willumsen con aspecto de empezar a comprender el juego.

—Esos dos tipos no son más que un par de mierdas. Desde el momento en que Bosko decidió hacerse con el mercado, estaban acabados —afirmó Michael Stig tras

una breve pausa—. Y ellos lo sabían de sobra, por eso nos pusieron sobre su pista.

—Pero si ellos no habían cometido los asesinatos, podrían haberse presentado aquí y contarnos lo que sabían, sin tener que recurrir a Camila Lind... —argumentó el inspector jefe dudando, como si aún no consiguiese ajustar todas las piezas.

Mikkelsen movió la cabeza y su sonrisa le formó una serie de arrugas junto a los ojos.

—Evidentemente, la enviaron a ella porque nunca se atreverían a cantar directamente ante nosotros. Si todo esto es como nos imaginamos, no van a hablar por muchas veces que los detengamos. Me atrevería a apostar a que no lo vamos a conseguir. A nadie le apetece que le pongan una corbata de los Balcanes —añadió y borró la sonrisa de sus labios.

—Bueno, tenemos que averiguar si era Milos Vukovic o Bosko el que empuñaba el cuchillo en los dos asesinatos —determinó el inspector jefe después de meditar un momento sobre el giro inesperado que había tomado el caso.

—Me extrañaría que Arian y Hamdi supiesen desde el principio a quién se enfrentaban —aventuró Mikkelsen cuando se iban a levantar—. Probablemente creyeron que Milos Vukovic estaba solo, pero en algún momento descubrieron que detrás tenía a uno de los criminales más famosos de los Balcanes, y entonces se asustaron. Y eso cuadra perfectamente con que Bosko viniese otra vez a Dinamarca tras el episodio del puerto.

Louise asintió y contó lo que había ocurrido con los hermanos de Igli cuando descubrieron las hazañas de Bosko en Sarajevo.

—Los acribillaron delante de sus familias —explicó—. Es evidente que no le gusta que nadie se entrometa en sus negocios.

—Quiero un seguimiento de Milos Vukovic —bufó Willumsen en un tono innecesariamente alto y mirando a Michael Stig—. La intervención del teléfono tiene que estar lista y operativa hoy, y si hubiese problemas con la autorización, le decís al memo del juzgado de guardia que hable conmigo —agregó bruscamente. Se volvió hacia Mikkelsen—. Averiguad si Pavlina y Hana trabajan para ellos —dijo sin esperar respuesta—. Necesitamos saber cuántas chicas tienen trabajando. ¿Habría algún procedimiento organizado, como en el caso de los albaneses?

—No será así si tienen a las chicas trabajando en un burdel —objetó Mikkelsen; pensaba que era muy posible, ya que no habían visto por las calles ni a Pavlina ni a Hana.

—No os habéis fijado —corrigió un irritable Willumsen.

—Es cierto —reconoció Mikkelsen.

—Pero ahora lo haréis. —Miró a Louise y a Lars Jørgensen—. Encontrad a las dos chicas y vigiladlas. —Finalmente le tocó el turno a Toft—. Y tú te traes para aquí a los dos albaneses, y no los dejas marchar hasta que nos hayan contado todo lo que saben. Tómate tu tiempo.

Toft asintió tranquilo.

Finalmente, la mirada de Willumsen los recorrió uno a uno.

—Señoras y señores —dijo con una tranquilidad forzada—. Lo lamento mucho, pero esto significará trabajar durante todo el fin de semana. Debéis poder informar de cada paso que dé Milos Vukovic. Investigad a quién ha visto Bosko en la ciudad.

¡Por mis muertos que tenemos que conseguir acabar con ese chaval, que se cree que puede jugar con nosotros cuando a él le viene en gana!

Cuando se levantó y dio por concluida la reunión, el jefe del grupo tenía la cara roja como el cobre.

Camila había salido por provisiones para llenar el frigorífico. Se había quedado en las últimas, y lo poco que aún había tuvo que tirarlo cuando lo revisó. En el cuarto de baño funcionaba la lavadora; se había animado a cambiar las sábanas y estaba ventilando un poco el piso.

Volvió a sentarse en el sofá, con las piernas cruzadas y una rebanada de pan en la mano, mientras los pensamientos le revoloteaban en la cabeza y se empujaban unos a otros para llegar los primeros.

Habían pasado diez años, pensó. Elsa Lyngé podía estar equivocada, pero después de estar bastantes meses con una persona que después se convierte en alguien famoso en los medios de comunicación, como era el caso de Henrik Holm, sería raro que olvidara el tiempo que habían pasado juntos.

Por otro lado, Camila tampoco tenía ninguna duda de que Elsa Lyngé se acordaría si alguien hubiese dado a luz en su barracón, y hubiese tenido que convivir con el recién nacido. Habría habido llantos y noches en vela, todo difícil de olvidar. Hasta ahí estaba dispuesta a confiar en la memoria de Elsa Lyngé, pero las fechas podían estar equivocadas, pensó mientras se sacudía las migas que se le habían caído en la blusa.

Tal vez Alice Holm hubiese empeorado de su enfermedad de la sangre; en ese caso podría ser que la ingresaran para hacerle un tratamiento. Podría ser que luego la enviaran a un nuevo campamento para continuar su trabajo sin que Elsa Lyngé necesariamente se enterase.

No sabía si había sido así, y seguramente debería dejar de entrometerse, sobre todo cuando el propio Henrik Holm no parecía dispuesto a remover el pasado.

De todos modos cogió el teléfono que estaba sobre la mesa de centro. Se acercó el ordenador portátil y abrió la página «cpr.dk». Luego esperó pacientemente hasta que una voz nasal de mujer dijo: «Ministerio de Bienestar Social», y la envió a la cola de la centralita.

—Con el departamento de Seguridad Social —solicitó.

Volvió a esperar y la transfirieron al servicio jurídico.

Les explicó que era periodista y que estaba trabajando en un reportaje de investigación que trataba sobre la concesión de la nacionalidad, y le gustaría saber

algo sobre el procedimiento que se aplicaba cuando una pareja danesa tenía un hijo en el extranjero. ¿Qué ocurre cuando vuelven a casa y quieren registrar al hijo como ciudadano danés y asignarle un número en la seguridad social?

—En primer lugar necesitamos un certificado de nacimiento que documente que ambos progenitores disponen de la nacionalidad danesa —respondió una mujer amablemente, y leyó una serie de puntos que tenían que cumplirse para que al niño se le pudiese asignar un número de seguridad social—. Todos están recogidos en el decreto en el que se publica la Ley CPR 1134, que se puede consultar en nuestra página web. Es el anexo número uno.

—Y los documentos del hospital en el que ha nacido el niño, ¿tienen que tenerlos físicamente o es suficiente con que se indiquen los datos y se envíen?

—No, no. Antes de poder registrar al niño, necesitamos todos los papeles relevantes y copia de los certificados de nacimiento de los padres —respondió—. Pero en el caso que menciona, también indicáramos en el registro que los padres han regresado a Dinamarca. Cuando alguien es enviado al extranjero se registra su salida y, naturalmente, hay que modificarlo cuando vuelve a casa con un niño pequeño.

—De acuerdo —dijo Camila y pregunto si era posible obtener la información de si una pareja determinada había tenido un hijo y lo había traído a casa después de un largo período de permanencia en el extranjero.

Por su experiencia como periodista, no ignoraba que era una información personal, pero también sabía de sobra que sonsacando se podía averiguar cómo obtener ciertos datos, por muy confidenciales que fuesen.

—Según el párrafo cuarenta y dos, las informaciones estándar están disponibles para cualquier ciudadano —indicó la amable dama con la que había tenido la fortuna de dar—. Si se puede identificar a la persona sobre la que desea obtener información, bien por nombre y dirección o por nombre y número de seguridad social, se pueden confirmar los datos habituales, pero eso no la llevaría muy lejos —aclaró—, porque no podemos comunicar referencias sobre si una pareja tiene un hijo, ni dónde ni cuándo ha nacido.

—Naturalmente —se apresuró a decir Camila, pero añadió que sí se podrían obtener los datos de cuándo ha nacido un niño o de cuándo han vuelto los padres a Dinamarca si se tuviese acceso al registro de la Seguridad Social.

—Sí, toda la información está ahí —contestó la mujer, de la que Camila sospechó que sería de su misma edad, porque le explicó que, por ejemplo, se podía ver que ella misma había tenido un hijo en 1998 y dónde había tenido lugar el nacimiento—. Pero eso es parte de la información personal de la familia y no podemos entregarla.

Camila le agradeció varias veces su atención y antes de colgar le preguntó si la policía tenía acceso a esos datos.

—Ciertamente. Tiene acceso directo —confirmó la dama antes de que Camila le diese de nuevo las gracias.

—¡Para aquí! —gritó Louise justo después de doblar la esquina de Absalonsgade con Sønder Boulevard.

Eran casi las siete de la tarde y habían estado todo el día recorriendo el barrio, buscando a las chicas. Iban en el viejo Saab 9000 de Louise para no llamar demasiado la atención con tino de los coches patrulla camuflados. Curiosamente, éstos siempre eran descubiertos, aunque nada indicase a quién pertenecían.

Lars Jørgensen frenó y todas las botellas vacías que había en el suelo del coche salieron rodando.

—Vete por Skelbaekgade y tuerce para acercarnos —le indicó Louise señalando el aparcamiento de bicicletas contra el gran edificio Borch, que se levanta en el punto en el que la Skelbaekgade se funde con la estación de Dybbolsbro.

En la esquina había dos chicas hablando. Una delgada con el pelo moreno y la otra con pelo largo y rubio. Louise se inclinó hacia delante. Nunca antes las había visto de lejos, pero estaba totalmente segura de que eran Pavlina y Hana.

Su compañero dio un volantuzo hacia la derecha con el Saab en el mismo momento en que Louise divisaba un Citroën familiar que doblaba la esquina en dirección a la acera. Las dos chicas se acercaron al coche y se asomaron por la ventanilla del pasajero, pero fue la morena la que rápidamente subió junto al conductor, mientras la que, según Louise, tenía que ser Hana volvía junto a la pared con las manos en los bolsillos de la chaquetilla torera que terminaba justo en el talle, por encima de los vaqueros ajustados.

—Podemos aparcar ahí, así los veremos si vuelven —propuso Lars Jørgensen señalando el otro lado de la calle, donde en esos momentos se quedaba libre un hueco.

Louise asintió mientras pensaba que seguro que volverían. Aún era pronto, la tarde primaveral era muy agradable y no había fútbol en la tele.

Lars Jørgensen aparcó y se quedaron esperando. Estaban preparados para esperar el tiempo necesario hasta que finalizase la jornada laboral de las chicas, porque tenían la firme intención de averiguar adónde iba Hana después del trabajo.

—Hay un estudio que indica que cuanto más joven es un hombre la primera vez que utiliza los servicios de una prostituta, más posibilidades hay de que los utilice durante el resto de su vida —informó Louise rompiendo el silencio.

Su compañero asintió y contó que había estado investigando un poco y se había enterado de que había alrededor de setecientos burdeles en Dinamarca, ciento veinte de ellos en Copenhague.

—Eso parece indicar que una parte de la juventud debe de practicar esa

costumbre —constató Louise mirando de reojo la calle a la que había vuelto Pavlina y donde se detenía un nuevo automóvil. Se dio cuenta de la palmadita que Pavlina le daba a Hana en el hombro cuando ésta subía al coche.

—En los burdeles, las prostitutas pueden trabajar pagando entre ochocientas y mil ochocientas coronas al día, dependiendo de lo elegante que sea el local —continuó Lars Jørgensen con la mirada puesta en Pavlina—. Por ese precio disponen de un anuncio en el *Elestra Bladet* y en internet, condones, puede que de alguien que atienda el teléfono, y además tienen pagado el alquiler, la luz y la calefacción.

Ella lo miró sorprendida.

—Hablé con la gente de Reden —se apresuró a aclarar él.

—¿Y cuánto ganan por un polvo? —quiso saber Louise.

—Entre quinientas y mil quinientas, dependiendo también de lo exclusivo que sea el entorno o de lo que el cliente desee —se aventuró a decir—. Pero aquí en la calle, las chicas se venden por entre cien y trescientas coronas. Las extranjeras y drogadictas son las que están en la escala más baja, son las de cien. Las drogatas sólo lo hacen por un chute, y cuando han ganado mil coronas se van. Pero las que trabajan para un chulo están en las calles hasta haber ganado lo que los tíos les exigen. Si tienen que ir con el cliente hasta el puerto, sólo pueden hacer uno a la hora, pero si se los llevan al club Intim pueden llegar a los tres. Muchas de las de Reden han pasado por los juzgados de primera instancia de Copenhague, y confirman que algunas de las extranjeras jóvenes tienen que atender a entre veinticinco y treinta hombres al día, los siete días de la semana, para cumplir con las exigencias de sus chulos, y poder comer y dormir.

En ese momento volvía el automóvil y Hana salió de él.

—Entiendo que principalmente son las drogadictas, las extranjeras y las enfermas mentales las que hacen la calle —continuó él—. El resto se queda en burdeles y clubes, y una parte son madres solteras que no pueden cuadrar su economía.

Louise lo miró con escepticismo.

—¿Eso no es una leyenda creada por los hombres?

Él negó con la cabeza.

—Imagínate una madre soltera con dos niños y un trabajo de cajera, o que viva del subsidio. ¿Cómo puede llegar a fin de mes si tiene que pagar un alquiler, impuestos, un colegio o una guardería? ¿Y si le apetece comprarles un móvil nuevo a sus chavales o algo de ropa en condiciones para que no se burlen de ellos en la escuela?

Louise se encogió de hombros.

—Cuando no se tiene nada, es fácil pensar que las cosas materiales tienen importancia, e incluso puedes querer llevar a tus hijos de vacaciones.

Louise iba a poner objeciones, pero sabía de sobra que hay un importante número de gente cuyo único medio de subsistencia son los subsidios, que viven en algo que podría parecerse a la pobreza.

Su mirada volvió a las chicas de la esquina. Louise vio a Hana reír mientras sacaba del bolsillo un paquete de cigarrillos. Por el movimiento de sus brazos supuso que Pavlina le estaba contando alguna historia, que le hizo reír aún más.

Había algo en su aparente ligereza que le hizo pensar en la supervivencia. Tenían que mantener el ánimo alto para poder seguir adelante, porque Louise no creía en el mito de la puta feliz. Era sólo una invención surgida de los deseos de los hombres. Los mismos hombres que vaciaban la caja familiar y se convencían a sí mismos de que estaban haciendo una buena obra gastando con una puta uno de quinientos.

En principio, Louise no tenía nada en contra de que los hombres utilizaran los servicios de las prostitutas, siempre que las chicas lo hiciesen libremente y que no hubiera un chulo dispuesto a quedarse con las ganancias del día.

—Es tan extraño que estos hombres que vienen aquí sean los mismos que se sienten obligados a dar algo a Save the Children o la Asociación de Defensa de los Gatos cuando éstos llaman a su puerta... —comentó ella—. Besan a su mujer y le dan una palmadita al perro cuando se van al trabajo, pero no les importa montárselo con una mujer esclavizada o con una joven gitana obligada por su familia a hacer la calle. Joder, me dan ganas de vomitar.

Siete horas después seguían allí; eran las dos, y las chicas habían hecho entre uno y dos clientes a la hora. Louise intentó interpretar su lenguaje corporal, pero no había nada que revelase su ánimo. De vez en cuando, algún cliente se paraba a su lado y charlaban, pero, por lo general, las chicas estaban más pendientes de los coches que pasaban, y cuando un gran todoterreno con matrícula blanca comenzó a hacer indicaciones con las luces ya desde lejos, las chicas reaccionaron al instante. Ambas se acercaron al borde de la acera y ya estaban preparadas cuando el coche se detuvo un momento después.

El coche le impedía a Louise ver lo que pasaba, pero cuando partió, las dos chicas se habían ido en él.

—Las dos y media, y siguen viniendo clientes —constató un poco después, notando cómo el sueño reclamaba su tiempo. Bostezó ruidosamente y aceptó gustosa la oferta de Lars Jørgensen de que se fuese a casa a dormir. Él se quedaría en el coche y seguiría a Hana cuando las chicas decidiesen retirarse.

—Tenemos que averiguar adónde se ha mudado —añadió.

—Si la sigues cuando se vaya, me puedes mandar la dirección en un SMS. Así mañana por la mañana me acerco allí y vigilo si sale a encontrarse con alguien para saldar cuentas. Pero me parece que llevan un ritmo que las tendrá en la cama hasta después del mediodía; si no, no creo que pudiesen mantenerse en pie —añadió ella cuando un nuevo bostezo la venció y las escasas horas de sueño de la noche anterior se tomaban cumplida venganza.

La casa estaba en Enghave Plads, según decía el mensaje que había en su móvil cuando se levantó.

Un fuerte viento azotaba las calles, y aunque el cielo seguía despejado, no era difícil divisar las nubes oscuras que se acercaban desde la colina de Valby.

Quizá un chubasquero le hubiera ido bien, pensó Louise mientras se calentaba las manos con el vaso de café caliente que había comprado de camino. Dirigió la mirada hacia las ventanas del edificio en el que había entrado Hana, sin saber exactamente detrás de cuál de ellas dormía la joven.

Lars Jørgensen le había escrito que se habían ido para casa en bicicleta poco después de que Louise se hubiese marchado. Las había seguido hasta el piso de Valdemarsgade, donde se quedó Pavlina, mientras que Hana pedaleó el último tramo hasta el final de Vesterbro.

No eran aún las diez, pero Louise no quería arriesgarse a que Hana abandonase el piso antes de que ella hubiese llegado.

Tiritaba un poco; apuró el café y estaba buscando una papelería por los alrededores cuando el portal se abrió de repente y salió Hana. La vio inclinarse sobre una bicicleta para soltar el candado. Se había recogido el pelo en un moño bajo. Seguía llevando la misma chaqueta, pero los pantalones eran sueltos, como de estar por casa.

El vaso vacío acabó en la cesta de una bici, y Louise dio la vuelta a la suya y siguió a Hana por Enghavevej y Vesterbrogade.

Mantén una buena distancia cuando se acercaron a Pile Alié y dejó aún más cuando supuso hacia dónde se dirigía Hana.

Hana dejó la bicicleta apoyada en la verja y recorrió todo el camino de grava antes de que Louise la siguiera.

Louise notó que el corazón le latía muy deprisa cuando se sentó en un banco en el que no podía ser vista desde la ventana de la cocina, y tras una profunda inspiración, respiró lentamente unas cuantas veces más para irse calmando el ritmo cardíaco. Todo había sucedido en un suspiro, pero no debería haberla pillado desprevenida que la red se reuniese a una hora relativamente temprana, antes de que nadie comenzase a interesarse por lo que las chicas hacían. Seguramente más tarde sería difícil salir sin ser descubiertas.

Menos mal que había dormido. Se había quitado de encima lo peor, y la inesperada y rápida cabalgada desde Enghave Plads había acabado con los restos del embotamiento que le pudieran quedar.

Cuando Hana salió poco después, Louise se escondió velozmente junto a la pared



de la iglesia. Hana pasó cerca de ella, con la mirada en el suelo, pálida y cansada. Louise pensó que parecía tener menos de dieciocho años. No dejaba de ser una niña grande, por mucho que en su vida actual poco le quedase de la infancia.

Esperó hasta que Hana hubo llegado a la altura de la verja antes de avanzar por el pulcro camino de grava, y llegó a divisar por encima del muro de la iglesia un destello del cabello de la muchacha cuando ésta se subía a la bicicleta para dirigirse de vuelta a Enghave Plads.

—Sigue en el piso —confirmó Louise cuando Willumsen la llamo a las cinco. Un par de horas antes, Lars Jørgensen le había llevado un sándwich y habían aprovechado para cambiar. Ella se había quedado con el coche, y él había seguido con la bicicleta de Louise hasta la Valdemarsgade para vigilar a Milos Vukovic y a Pavlina. Era agradable poder sentarse.

—He estado revisando la ficha de la joven Hana —informó el jefe. Hacía tiempo que Louise no lo veía tan implicado en un caso—. Y da la puta casualidad de que está registrada como prostituta, y lo mismo Pavlina Balousova, de veintidós años.

—¡Joder! —exclamó Louise, pensando en que Milos Vukovic había sido listo, porque así la policía no podía hacerles nada. Pero eso no le hizo esperar menos de los interrogatorios que tenían previstos para él y las chicas pasado el fin de semana, cuando esperaban haber descubierto un patrón organizado.

Su pensamiento volvió a aquel día en la Jefatura de Policía, cuando Milos Vukovic les había soltado toda aquella mierda sobre que Pavlina era ahora su novia. Quizá lo fuera, pero no era menos cierto que había vuelto a las calles.

—¿Ha habido alguna novedad con las escuchas? —preguntó Louise apagando el motor del coche porque la temperatura empezaba a ser sofocante.

—Hemos intervenido los números que Milos Vukovic te dio, tanto el móvil como el fijo, pero no hay casi nada. Hasta ahora tres llamadas. O bien no sucede nada o bien tiene algún otro móvil del que no tenemos ni idea.

Sería lo más probable, pensó Louise mientras seguía con la vista a un joven con una badana casi negra de porquería atada en la cabeza. Andaba dando tumbos camino de un portal, con la llave apuntando a la cerradura, como un caballero con la lanza en ristre dispuesto a ensartar las sortijas. Tras él se arrastraba un negro can con otro pañuelo igual de mugriento al cuello.

—Ayer por la tarde, Mikkelsen y su gente arrestaron a una buena parte de las chicas que trabajan para Arian y Hamdi. Las cogieron, casi literalmente, con las bragas bajadas, y ninguna tenía sus papeles de puta en regla, así que les encasquetaron una multa de quinientas coronas y lo que Mikkelsen llama una advertencia de no volver a hacerlo. Curiosamente, ninguna de ellas sabía nada de los dos albaneses. Pero Mikkelsen tiene previsto despertarlas a todas mañana tempranito y llevárselas a la City. Después de hacer otra vez todo el recorrido, espera sacar algo.

Una risita se coló en el oído de Louise antes de que Willumsen acabase la conversación, y le contase que los colegas de Halmtorvet habían descubierto que los albaneses se reunían con sus chicas en una pizzeria de Istedgade para recoger el dinero del día anterior.

—A las ocho te relevará uno de la City y mañana te reincorporas.

Louise miró el portal en el que, finalmente, había conseguido entrar el chico de la badana.

Una espesa espuma cubría la cerveza checa que acababan de poner en la mesa de Camila. El café Svejik ya no era el mismo desde la prohibición total de fumar en los locales de más de cuarenta metros cuadrados. Por supuesto, ahora era más fácil respirar, pero con el humo se había esfumado algo del ambiente característico de los bares, que tanto le gustaba a Camila. Dos músicos estaban colocando sus instrumentos, pero, salvo ella y los músicos, sólo había un par de personas más en el bar. Miró el reloj. Aún quedaban dos horas hasta que comenzase la actuación; sólo eran poco más de las ocho. La mayor parte del día se la había pasado tirada en el sofá mirando las musarañas.

Terkel Høyer había llamado un par de veces, pero Camila había dejado saltar el contestador automático, en el que Terkel Høyer le preguntaba qué tal estaba. No fue capaz de reunir fuerzas para responder y aguantar toda una conversación, pero estaba preparada para cuando él volviese a intentarlo.

El psicólogo del Hospital Central también había llamado y dejado un mensaje, explicando que habían cancelado una cita el lunes y que le reservaba la hora a ella. Si no le decía nada en contra, la esperaba a las diez quince. Camila lo había apuntado en una nota que había colgado en la puerta del frigorífico, pero en ese momento el lunes parecía estar en un futuro muy lejano. Seguía resultándole complicado hacer previsiones para más de unas horas.

Markus estaba en casa de Jonas y lo tenía que recoger a la mañana siguiente, por lo que había llamado a Louise y le había preguntado si tendría tiempo de tomarse una cerveza cuando acabase de trabajar.

Vio entrar a su amiga y saludar al propietario del bar antes de poner rumbo hacia la última mesa del local, en la que se había sentado Camila. Sería el rincón más tranquilo cuando comenzase a llegar la gente. A cambio, había un penetrante olor a desinfectante que salía del baño de los hombres.

Cuando Louise pidió una cerveza, Camila también pidió una más sin hacer caso de la mirada dirigida a su vaso medio vacío.

—¿Rubia o negra? —preguntó el camarero.

—Una rubia grande —contestó ella—. Henrik y Alice no tuvieron ningún hijo

mientras estaban en el campamento —espetó sin más preámbulos cuando las cervezas estuvieron en la mesa.

Al ver la expresión de confusión de Louise, le aclaró que había llamado a la Cruz Roja y había estado hablando con una mujer que había convivido con ellos durante su estancia en el campo de refugiados en Bosnia.

—Estaba totalmente segura de que Alice Holm ni estaba embarazada ni tuvo ningún hijo en aquel período.

Incluso añadió que habían estado en el mismo barracón, pero la mujer creía que había habido algo sobre una enfermedad de Alice en algún momento.

Camila se molestó bastante cuando se dio cuenta de que la mente de Louise estaba en otra parte. Sabía de sobra que había nuevas pistas en la búsqueda de los autores de los asesinatos, pero ella estaba muy afectada por la información que Elsa Lynge le había dado. Cada vez estaba más y más segura de que había alguna relación entre el niño muerto y el hijo del pastor.

—Hay algo raro —dijo—. Algo que no quiere contar.

Louise la miró interrogante, pero Camila se había distraído un momento con un grupo que acababa de entrar y que se había sentado en una mesa cercana a la barra. Parecían estar en los cuarenta, y bien podían ser compañeros de trabajo que terminaban la semana dando una vuelta por la ciudad.

De nuevo volvió la vista hacia Louise, la miró fijamente y elevó la voz un poco para vencer el ruido de la música.

—No tenían ningún niño, ni en el vientre ni en los brazos, en el período en el que él afirma que su mujer dio a luz a Jonas. Abandonaron el campamento a finales del verano de 1998 y, según él, su hijo tenía casi un año cuando volvieron a casa en agosto.

Apartó la cerveza a un lado y se apoyó en la mesa.

—Llamé al registro de la Seguridad Social —continuó—, pero naturalmente no pueden entregar datos confidenciales a otras personas.

Su amiga asintió con la cabeza, y Camila pudo notar que por fin tenía toda su atención.

—¿Y qué problema hay con que Alice Holm cayera enferma y abandonara el campamento?

Camila se encogió de hombros.

—Evidentemente, ésa debía de ser la excusa que dieron para interrumpir su estancia en el campo. Pero Henrik Holm no mencionó que su mujer cayese enferma y que por eso tuviesen que regresar.

—¿Puede que sólo cambiasen de campo? También puede ser que tu fuente mezcle los datos —sugirió Louise.

—No. He leído algunos de los artículos que él escribió mientras estuvieron allí, y se deduce que permanecieron en Srebrenica todo el tiempo. Pero no le he preguntado directamente. Sólo me habló de su inmensa alegría cuando descubrieron que su mujer

estaba embarazada, porque habían empezado a creer que nunca sucedería. Sin embargo, eso no era razón suficiente para dudar de la historia.

—Desde luego que no —dijo Louise.

—Pero no cuadra, y tengo una teoría sobre lo que puede haber ocurrido.

—¡FUERA! —se oyó de repente en la barra. Era el dueño del local el que daba unos gritos tan fuertes que los vasos vibraban—. ¡FUERA DE MI TABERNA!

Camila y Louise se sonrieron y se volvieron hacia una robusta dama de la alta sociedad que estaba junto a la barra con una expresión de horror y que, con actitud implorante, intentado calmar al propietario.

—Shu-bi-dua —sugirió Camila, y Louise asintió.

Cualquiera que conociese un poco el Svejks sabía que era motivo de expulsión inmediata solicitar que pusiesen algo del grupo Shu-bi-dua. Sin embargo, si la dama hubiese querido escuchar a Herbert Grünemeier, habría obtenido un guiño de complicidad, pero eso ella no podía saberlo. Parecía que, de todas formas, con sublime magnificencia, le habían permitido quedarse si se comportaba decentemente.

De repente, Camila comenzó a reír y a mover la cabeza ante esa situación. Justamente era eso lo que le gustaba de ese local. Era totalmente opuesto a cualquier cosa chic, y el dueño hacía lo que le apetecía.

—Deberías entrar en el registro de la Seguridad Social y ver qué aparece —continuó Camila cuando se hizo de nuevo la calma en el bar.

Louise pareció pensárselo, pero no protestó, como Camila había temido.

—Mi hipótesis —explicó Camila echándose aún un poco más hacia delante— es que adoptaron a Jonas justo después de volver de Bosnia y por alguna razón no quisieron reconocer que no eran sus padres biológicos. Por eso se montaron la historia de que vino al mundo mientras estaban lejos.

—Pero ¿por qué? —preguntó Louise mirándola a los ojos—. ¿Por qué iban el pastor y su mujer a inventarse una cosa así?

Camila se encogió de hombros. Dejó vagar la vista por el local, que poco a poco se había ido llenando.

—No lo sé —reconoció. Empezó a notar que le faltaba el aire. Quería irse a casa y dormir.

—Comprobaré el registro de la Seguridad Social —prometió Louise ya en la calle y mientras abrían los candados de las bicicletas—. Y no esperes que te vaya a dejar leer por encima del hombro, porque no dejan de ser datos personales confidenciales y desde luego que sólo sabrás...

—No sigas, lo sé de sobra la detuvo cansada Camila.

De nuevo la eterna discusión que siempre surgía cuando las dos se veían implicadas en el mismo caso.

—Sólo prométeme que buscarás si, como me temo, tiene alguna relación con Jonas, porque no soportaría que por eso le pasase algo a él, o a Henrik Holm —añadió mientras colocaba en el manillar la luz de la bicicleta.

Camila encontró a los chicos en la enorme mesa de la cocina cuando, a la mañana siguiente, fue a la casa del pastor. Estaban en completo silencio, uno enfrente del otro, cada uno con su plato y su taza, en la que el cacao hacía tiempo que se había enfriado.

Había una cesta llena de pan reciente, pero no parecía que le hubiesen tocado. De repente, Camila se dio cuenta del silencio total que reinaba en la casa. No había ni voces ni pasos, y los chicos parecían llevar largo rato sentados a la mesa, sumidos en ese mutismo agobiante.

A primera hora de la mañana, Louise la había llamado y despertado. Estaba en la Jefatura de Policía y tenía que ayudar a Toft a interrogar a Arian, pero acababa de buscar a Henrik Holm en el Registro Central de Personas. De regreso a la cama, a Camila no le resultó fácil definir si lo que sentía tras la conversación era alivio o decepción.

De acuerdo con las informaciones del registro, Alice Holm había dado a luz a su hijo en un hospital de Sarajevo el 14 de junio de 1997, durante la estancia de la pareja en Bosnia. Estaba documentado con un certificado de nacimiento del hospital. También se indicaba que habían vuelto a Dinamarca en agosto del año siguiente, exactamente como había dicho el pastor, y poco tiempo después, una vez legalizados todos los documentos, el registro civil había reconocido a Jonas Holm como ciudadano danés y le había otorgado un número de seguridad social.

A Camila le costó muchísimo rato salir de la cama después de la llamada, porque, cuando la información caló en su interior, se dio cuenta de que en realidad había sido sobre todo por su propio interés por lo que esperaba que la explicación estuviese en algún punto del pasado.

Por egoísta que fuese, se trataba sencillamente de que ella necesitaba una explicación para seguir adelante. Un argumento que hiciese que todo lo ocurrido cobrase un poco de sentido, aunque no tuviese claro que lo que hallara le fuese a gustar.

Mientras estaba en la cama, con los brazos bajo la cabeza y la mirada en el techo, había sentido un enorme alivio por no haber llegado a airear sus sospechas ante el pastor. Fácilmente podría haber sembrado la duda y despertar recuerdos de la esposa fallecida, porque, desde su conversación con Elsa Lynge, había estado deseando enfrentar al pastor con lo que su antigua colega le había contado, sin preocuparse siquiera de lo errada que Elsa Lynge pudiera estar.

—¿Os habéis enfadado? —exclamó mientras tomaba un trozo de bizcocho de la cesta—. ¿Dónde está tu padre y su asistenta?

Miraba a Jonas, y cuando lentamente éste levantó la vista, desapareció el tono animado de su voz, dejó el pastel sobre la mesa y se inclinó sobre él poniéndole una mano en el brazo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupada, y lanzó también una rápida mirada a su hijo, al que le resultaba más fácil interpretar—. ¿Dónde está tu padre? —repitió.

—Ahí, en la iglesia —contestó Jonas finalmente, volviendo la cara hacia ella.

Camila sintió un intenso miedo e intentó reprimirlo para que no lo viesen los chicos, pero sin lograrlo.

—¿Y Tereza? ¿Ha pasado algo?

Su voz era más potente y dura de lo que debería haber sido, y Jonas retiró el brazo.

—Se han peleado —contestó tan bajo que Camila casi no lo oyó—. Mi padre estaba realmente furioso.

—Y luego la echó —continuó Markus—. Y después recogió todas sus cosas y se las tiró a la calle...

Se detuvo bruscamente cuando su amigo comenzó a sollozar.

—¿Por qué se han peleado? —preguntó Camila, sin saber bien si debía rodear a Jonas con el brazo o si era mejor dejarlo en paz.

Los dos chicos se encogieron de hombros, y ninguno de ellos dijo nada.

—¿Sigue allí? —preguntó ella incorporándose para dirigirse hacia la puerta.

Ambos asintieron.

—Creo que voy a acercarme a hablar con él. Subid a jugar mientras tanto —sugirió.

Al instante, los chicos se levantaron de la mesa y corrieron escaleras arriba.

Al principio no podía verlo, pero enseguida distinguió un llanto apagado, y al avanzar hacia el altar lo localizó en uno de los primeros bancos de la iglesia, doblado hacia delante y con la cara escondida entre las manos. Los hombros se le agitaban débilmente al ritmo que marcaban los sollozos.

Se acercó a él sin hacer ruido y se sentó a su lado. No dijo nada, se quedó quieta en la calma de la iglesia escuchando la respiración del pastor, que él intentaba controlar. Camila sabía que él ya había notado su presencia, pero aún no había levantado la cabeza.

Pasaron cinco minutos, quizá diez, antes de que él se secase el rostro y se incorporase. No llegó a volverse hacia ella, pero se disponía a decir algo cuando ella se apresuró a adelantarse.

—Quería pedirte perdón —comenzó, pero se topó con una mirada sorprendida cuando él la miró de repente.

Le vio tragar saliva y se asustó un poco al comprobar en su rostro que se hallaba sumido en la desesperación y en algo que ella interpretó como miedo, pero que también podía ser rabia.

—¿Y se puede saber por qué? —preguntó él con voz ronca, carraspeando para borrar las huellas del llanto.

Ella le contó que había telefoneado a Elsa Lynge y cómo se habían ido enredando sus dudas al no poder casar las dos versiones. Sin mirarlo, reconoció que le había contado a Louise sus sospechas y le había pedido que investigase si él y su mujer habían traído a Jonas consigo cuando volvieron de Bosnia.

Camila tenía la mirada fija en las anchas grietas que separaban las losas del suelo de la iglesia.

—Perdona que me haya entrometido. Estaba desconcertada y creía que ocultabas algo que podría darnos a los demás una explicación de lo ocurrido aquí fuera —dijo señalando el pórtico—. Pero eran sólo cosas mías...

Cuando después intentó recordar el sonido que involuntariamente emitió el pastor, no supo decir si había sido una risa muda o un sollozo sordo. Pero cuando él lentamente se volvió hacia ella y le mantuvo la mirada, la expresión de sus ojos era clara.

Camila se hundió en el banco al darse cuenta de que estaba ante un hombre que lo había perdido todo.

Él buscó la mano de Camila y se la apretó, mientras ella contemplaba sus intentos por mantener la entereza antes de comenzar a hablar.

—Tenías todo el derecho a intentar averiguar lo que había detrás de lo ocurrido —comenzó él—. Nunca te lo podría reprochar, sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que os ha afectado a Markus y a ti. Me temo que ahora todo el asunto ha llegado a un punto demasiado grave.

Retiró la mano y se restregó con fuerza la frente, como si reuniera fuerzas para continuar. Luego aspiró profundamente y se recostó un poco en el banco. Camila casi pudo ver cómo retrocedían sus pensamientos en el tiempo.

—Alice y yo éramos novios desde los dieciocho años. Dos años después nos casamos y desde el primer día intentamos tener hijos. Yo acababa de entrar en la Facultad de Teología, y ella iba a la Escuela de Enfermería. Soñábamos con una gran prole y una casa parroquial en Jutlandia.

Ahora sí se percibió con toda claridad una ligera risa, pero pertenecía a los recuerdos y estaba muy lejos de la realidad en la que en ese momento se encontraban.

—Cinco años después seguíamos soñando. No había ninguna señal de que la familia fuese a aumentar, y empezamos a reconocer que los doctores quizá tuvieran razón cuando lo achacaban a la enfermedad de la sangre por la que Alice había estado en tratamiento desde que era muy joven. Por eso decidimos que intentaríamos adoptar

a nuestros hijos. Nos dirigimos a una oficina de adopción e iniciamos los trámites para ser reconocidos como adoptantes. Pero ya en la primera fase nos descartaron debido a la enfermedad de Alice, y eso a pesar de que su médico del Hospital Central redactó un informe en el que afirmaba que probablemente viviría con su enfermedad hasta que muriese de vieja. Pero en aquel momento no había ninguna posibilidad. Desde entonces han abierto más la mano. Ahora incluso las solteras pueden adoptar; quizá aceptarían también que un padre puede ocuparse él solo de su hijo, si tiene la desgracia de que su mujer fallezca.

Volvió a carraspear y a inspirar profundamente mientras Camila permanecía sentada en completo silencio, para no molestarle.

—Después de la negativa, Alice estuvo profundamente afectada durante un tiempo. Era la primera vez que su enfermedad le condicionaba seriamente la vida. Hasta entonces nunca le había supuesto ninguna limitación. Era sólo una sombra oscura con la que se veía forzada a convivir. Ahora, sin embargo, la alejaba de poder ser madre, y a la larga corríamos el riesgo de lamentarlo. Por eso una tarde, mientras comíamos, me preguntó si querría acompañarla en caso de que la admitieran para trabajar en un campo de refugiados. Se había propuesto hacer algo de provecho por las personas que lo habían perdido todo. Fue justo después de que se firmasen en París los acuerdos de Dayton, el tratado de paz que debería parar la guerra, aunque, desde luego, eso no ocurrió de un día para otro.

Hizo una pequeña pausa y dirigió la mirada hacia Camila, aunque ella tuvo la extraña sensación de que miraba a través de ella. Luego se derrumbó y sollozó amargamente.

—Desde luego que era una huida, de nosotros mismos y de la vida que habíamos imaginado y que nunca tendríamos, pero esperábamos que yendo a donde vivía la gente que realmente sufría, sentiríamos que lo que nosotros habíamos perdido no era en realidad tan grave.

Camila asintió; cambió de posición en el duro banco y pensó que comprendía lo que él quería decir.

—Como te conté, fue un período fantástico y doloroso al mismo tiempo. Nunca he visto a hombres tan atormentados y nunca he visto a seres humanos luchando con tal empeño por su derecho a vivir, aunque todo a su alrededor les debería haber hecho desistir. Por supuesto que hubo muchos que no lo consiguieron, y algunos representaban la cara más perversa del alma humana, en la que entra la maldad y lo oscurece todo.

»Pasó un año, casi año y medio —se corrigió cuando echó cuentas— en el que el campamento era nuestro día a día y durante el que dejamos de soñar con la vida que habíamos deseado. Vivíamos en un barracón con los niños más pequeños, cuyos padres habían sido asesinados en la guerra o que por alguna otra razón habían tenido que abandonarlos. De esa forma llenábamos nuestra necesidad de niños. De vez en cuando sucedía que algún desconocido llamaba a nuestra puerta llevando en los



brazos un pequeño que había sido abandonado en alguna de las aldeas circundantes. Cuando llegaban con un niño de aquella manera, siempre era al abrigo de la noche y nunca nadie hablaba sobre ello. Nosotros los recibíamos sin hacer muchas preguntas. Srebrenica era una zona fundamentalmente musulmana, pero entre las aldeas de los alrededores había población de todas las religiones, y nadie de las zonas serbias querría tener nada que ver con un bebé musulmán. Un niño así no tenía ninguna oportunidad de sobrevivir si no nos lo traían a nosotros.“—Pero ¿cómo podrían saber que el niño era musulmán?” —preguntó Camila sin lograr mantenerse en silencio. Durante un momento, la mirada del pastor pareció volver al presente, pero al instante voló de nuevo al pasado, antes de contestar.

—Muchas veces venía el mismo hombre, con niños pequeños o recién nacidos que había salvado de las zonas serbias; poco a poco fuimos conociéndolo y llegó a ser nuestro amigo. Bosko era serbio, se movía por los pueblos y nos hablaba de las familias musulmanas que habían sido víctimas de la limpieza étnica que sus compatriotas estaban llevando a cabo. Después de los acuerdos de paz, muchas familias musulmanas volvieron para recuperar sus casas o propiedades. Pero no recibían nada, aparte de un tiro y el derecho a morir en las calles.

Volvió a sollozar y Camila vio de nuevo los esfuerzos que tenía que hacer para cobrar ánimos y poder continuar.

—Una noche, Bosko trajo una botella de *slivovits*, y los tres habíamos bebido ya bastante, cuando comenzamos a hablar sobre los pequeños que dormían en una gran habitación junto a la nuestra. Algunos eran recién nacidos, otros un poco mayores, pero ninguno de los que vivían en nuestro barracón tenía más de tres años.

»Le hablamos de por qué trabajábamos en el campamento, de la enfermedad con la que tenía que convivir Alice, de los sueños que teníamos de llegar a ser padres y de la negativa que habíamos recibido cuando intentamos la adopción. En un momento de la conversación se inclinó sobre la mesa y nos preguntó si no habíamos sopesado la posibilidad de llevar a Dinamarca a uno o a varios de los niños, a los que por otro lado ningún futuro les esperaba en Bosnia, y ofrecerles una existencia adecuada, lejos de los dolores de la guerra.

»“Podéis darles una vida de cariño, seguridad y adecuada formación” —dijo, recordándonos que donde ahora vivían no tenían ninguna esperanza. Nadie iba a ocuparse de ellos, y vivirían toda la vida en un orfanato, si alguna vez llegaban a salir del campo de refugiados.

»“Eso no es vida. Si de verdad queréis ayudar a estos niños, intentad que se vayan lejos de aquí y ayudadlos a encontrar una buena casa, con padres como vosotros, que sueñan con tener hijos, pero que no pueden concebirlos ellos mismos”. Eso es lo que dijo —recordaba Henrik Holm.

»Y en aquel entonces nos pareció que era correcto. Todos los días veíamos a los pequeños, nos sentábamos con ellos, les dábamos de comer y los consolábamos, pero sabíamos que un día serían abandonados a su suerte. Era intolerable, y el único modo

de sobrellevarlo era no implicarse demasiado. Es cierto que con frecuencia sucedía que una madre o un padre venían al campamento a buscar a sus hijos y de vez en cuando se reencontraban. Pero a los muy pequeños nadie venía a buscarlos. Si estaban allí era únicamente porque los padres ya no vivían.

Tragó saliva antes de continuar.

—A la noche siguiente vino con Jonas. Supusimos que tendría en torno a un año, a juzgar por el número de dientes que ya le habían salido, pero era pequeño para su edad y se estaba totalmente quieto; desde una enorme manta nos miraba con sus ojos castaños. Además tenía un abultado vendaje en el pie derecho.

»Bosko nos contó que era el hijo de una pareja joven que, un par de días antes, había vuelto a su aldea en las afueras de Srebrenica, y había encontrado su casa y todas sus pertenencias totalmente arrasadas por el fuego. Lo único que había quedado en pie era el garaje, y cuando el hombre fue a sacar su coche fueron atacados y tiroteados a bocajarro. La madre llevaba a Jonas en brazos cuando le dispararon, y una bala le había arrancado el dedo pequeño del pie.

Henrik Holm emitió un gruñido que era una mezcla de risa y una constatación, y luego continuó:

—Cuando puso al niño en los brazos de Alice supe perfectamente que ya era demasiado tarde. No obstante, intenté argumentar que no podíamos llevarnos al niño a Dinamarca de forma ilegal. En aquel momento, mi mujer ya estaba decidida a permanecer en Bosnia, si eso significaba poder quedarse con él.

Mientras intentaba recordar el acuerdo al que llegaron la noche en que conocieron a su hijo, el pastor se revolvió el pelo.

—En aquellos días uno podía pagar por conseguir cualquier tipo de documento o papeles. Ya lo habíamos oído cuando estábamos aquí y era realmente un problema con todos los carnés de conducir daneses que habían sido expedidos a gente de la antigua Yugoslavia, que lo más que había dado era una clase de conducir. Cuando llegaban a Dinamarca enviaban una foto y una determinada cantidad de marcos alemanes a una persona de contacto, y un mes después recibían un carné de conducir yugoslavo con la fecha de expedición deseada. Luego simplemente tenían que cambiarlo por uno danés. Sencillo e inteligente. Lo mismo se podía hacer con los certificados de nacimiento. Le pagamos a Bosko diez mil marcos para conseguir un certificado en el que constaba que Alice había dado a luz a Jonas el 14 de junio del año anterior en un hospital de Sarajevo.

Las lágrimas lo asaltaron sin que lograra dominarlas, y se quedó sentado durante un rato con los ojos cerrados hasta que pudo controlarlas. Moviéndose lentamente la cabeza.

—No fue mucho lo que pagamos, ni muy grande el engaño. He podido vivir perfectamente con esa carga. No había nada en el mundo que quisiésemos con más pasión que tener a aquel niño, y más vale no pensar en cuál era la alternativa. Pero no puedo perdonarme no haber sido capaz de prever que no se pararía ahí. No me

perdono haber sido tan ingenuo, embargado por mi propia alegría al ver cumplido nuestro sueño, ni haber creído que era por el niño por lo que Bosko nos ayudaba. Intento justificarme diciéndome que estábamos borrachos de felicidad cuando aceptamos el acuerdo que Bosko nos propuso de ayudar a más niños huérfanos y abandonados a encontrar un nuevo hogar en Dinamarca.

Respiró profundamente.

—Un par de meses antes me habían comunicado que en septiembre de ese año podía tomar posesión del puesto de pastor en la iglesia de Stenhøj. Para entonces, casi había olvidado que lo había solicitado en su día, pero cuadraba bien con el arreglo al que habíamos llegado con Bosko. No habría dinero entre nosotros, aparte de la cantidad ya pagada por el falso certificado de nacimiento, y ésa fue una de las razones por las que seguimos creyendo que lo hacía por razones humanitarias, que quería ayudar a los niños a tener una vida mejor. Si hubiésemos sabido que lo había planeado para ganar dinero, mucho dinero, no habríamos entrado en el juego.

»Conforme al pacto, nosotros no nos veríamos implicados ni en introducir ilegalmente a los niños en Dinamarca, ni en encontrarles familias que los acogiesen. Nuestra única tarea era la de ser una estación de paso cuando llegaban al país, y siempre sucedía de la misma manera: a primera hora de la mañana los dejaban en la iglesia. No sabíamos quién los traía, y tampoco queríamos saberlo, y antes de unas pocas horas llegaba la nueva familia y recogía al niño. De los papeles se encargaban ellos, y nosotros no nos veíamos envueltos. Cuando observábamos en otros padres sin hijos la misma alegría que nosotros habíamos experimentado, ¡todo parecía tan inocente!

»Habíamos acordado que seríamos el paso intermedio para tres niños, pero fueron más. Cada nuevo acuerdo lo rompía él, pero no podíamos hacer nada. Si no hubiéramos aceptado la falsa partida de nacimiento, habríamos podido romper con él cuando hubiésemos querido, pero tal y como estaban las cosas, tenía algo con que atarnos. De no haber hecho lo que él decía, habríamos perdido a Jonas.

—Sí, y además si hubiese salido a la luz una historia sobre un niño ilegal, habrías perdido el respeto que te ibas construyendo en los medios de comunicación.

—¡Bah! Eso no me habría preocupado —exclamó el pastor—, pero no queríamos arriesgarnos a que nos quitasen a Jonas y lo volvieran a mandar a Bosnia. Habíamos caído en la red de Bosko, y cuanto más luchábamos por salir, más atrapados estábamos. Así pasaron algunos años, pero de repente dejamos de tener noticias tuyas. No puedes ni imaginarte el alivio, inmenso que sentimos cuando nos dimos cuenta de que todo había pasado —dijo mirando a Camila, que ni llegó a asentir antes de que él continuase—. Pero entonces sucedió lo de Alice, y de repente nos encontramos solos Jonas y yo. Sé que entonces debería haberle contado lo que sucedía. Alice y yo hablábamos a menudo sobre ello, pero considerábamos que él era demasiado pequeño para comprender por qué habíamos actuado así. Y cuando ella murió, yo no tuve fuerzas. Estaba tan triste por la muerte de su madre que no era

aquél el mejor momento para contarle que ni ella ni yo éramos sus padres biológicos. Luego vino el dolor de la ausencia, y tampoco era conveniente, y ahora empiezo a creer que ya es demasiado tarde. Sé perfectamente que debería habérselo dicho, pero nunca me parecía el momento adecuado.

El pastor sacudió la cabeza y, desesperanzado, se mesó los cabellos.

—Y para ser sinceros, no es algo en lo que haya pensado durante demasiado tiempo. En mi corazón es, desde luego, mi hijo, y no hay ninguna diferencia entre haberlo concebido o no. Pero me doy perfecta cuenta de que para él puede ser importante conocer sus propios orígenes, y durante estos últimos dos días me he persuadido, para mi espanto, de que me arriesgo a que se vuelva contra mí por no haberle contado la verdad. La pregunta es si seguiré siendo suficiente con explicarle el amor que sentimos hacia él desde el instante en que lo vimos y lo convencidos que estábamos de que lo adecuado era convertirlo en nuestro hijo.

—No tienes ni que mencionarlo —dijo Camila tras una pequeña pausa, y tuvo que carraspear para que la voz saliera en condiciones.

Henrik Holm movió la cabeza.

—Esto no se acaba nunca, no quiero seguir así y no quiero mentir más. No había sabido nada de Bosko en tantos años que cuando los chicos encontraron a la pequeña en la iglesia, casi llegué a creer que había sido una casualidad. Sólo cuando encontraste al niño muerto al que le faltaba un dedo empecé a sospechar a qué me enfrentaba.

Una sonrisa desconsolada se dibujó en sus labios.

—Tampoco caí en que había sido él quien me había enviado a Tereza la primera vez que ésta vino a pedir trabajo. Ni siquiera lo sospeché, aunque sucediese la misma tarde. También la despaché la segunda vez que vino, a pesar de traer una carta. Ni por un minuto se me ocurrió pensar que me enviase una asistente.

Camila se concentró, pero por algún motivo le resultaba complicado comprenderlo todo y hacer que todos los sucesos cuadrasen.

—Cuando la volví a rechazar, le cortó el dedo del pie al niño, con lo que el mensaje quedó meridianamente claro.

—Pero ¿qué pinta Tereza en todo esto? —preguntó Camila, confusa.

—Me acabo de dar cuenta ahora. Bosko tenía que colocarla en algún lugar donde la policía no fuese a vigilarla.

Camila levantó una ceja sin comprender.

—En la nota ponía que tenía que darle trabajo en mi casa. Pero también decía que así pagaría mi deuda, pero eso no te lo pude contar. De todas formas no me gustaba. Cuando me habló de la red de ayuda, se me hizo un poco más llevadero, pero esta mañana sorprendí una conversación telefónica que me hizo ver que la cosa era totalmente distinta. Acababa de volver de la panadería e iba a prepararles el desayuno a los chicos; Tereza, evidentemente, no me había oído.

Miró a Camila como si se avergonzase.

—Son prostitutas —dijo lenta y claramente—. Y Tereza es una especie de madama. Todos los días se reúnen para entregar el dinero que han ganado durante la noche. ¡Una de las chicas tiene sólo catorce años! Y además puedes decirle a la policía que no sigan buscando a la madre de la niña: es la hija de Tereza. La gente de Bosko se la quitó nada más dar a luz, sin dejarle verla; sólo conoce a su hija por la televisión.

Camila se quedó con la boca abierta, viendo la imagen de la pequeña. Una profunda desesperación se apoderó de ella cuando supo que las circunstancias en las que madre e hija se habían visto separadas habían sido aún más crueles de lo que ella se había imaginado.

—Y el niño sí que estaba muerto cuando nació. Su madre es de Rumania y trabaja de prostituta en Malmoe. También para Bosko.

—¿Cómo sabes todo eso? —susurró ella.

—Cuando me enteré de lo que se traía entre manos y de para qué utilizaba la casa parroquial, le dije a Tereza que empaquetase sus cosas y desapareciese. Primero se puso chula y me amenazó, porque conoce la historia de Jonas. Pero yo ya había decidido que no me iba a dejar intimidar más. Le dije que podía saludar a Bosko de mi parte y decirle que se había terminado, y que quería que se largase inmediatamente. Cuando se dio cuenta de que hablaba en serio, se derrumbó y me contó lo de su propia niña, a la que Bosko se había llevado. Como contrapartida, ella se libró de seguir haciendo la calle y sólo tenía que recoger el dinero de las otras chicas. Era un precio que estaba más que dispuesta a pagar.

Camila guardaba silencio; sintió cómo el frío se le había ido metiendo en los huesos mientras el pastor hablaba.

—Pero cuando me negué a seguir colaborando, se asustó y me dijo que Bosko vendría a por mí en cuanto supiese que la había echado.

—¿Y lo hará? —preguntó Camila.

Él asintió.

—No lo dudo ni un momento. Tengo claro que mi deuda nunca va a estar saldada, que nunca voy a librarme de él, mientras no confiese lo sucedido.

—Y entonces, ¿qué pasaría con Jonas? ¿Te arriesgas a perderlo si la verdad sale a la luz?

El pastor asintió con una amarga sonrisa.

—Sí, y por eso tenemos que marcharnos, él y yo. Esto no terminará nunca, y mientras estemos en Dinamarca, Bosko siempre va a poder encontrarme. No nos queda más remedio que comenzar de cero, irnos a otro lugar con un nuevo nombre. Estoy totalmente seguro de que lo del dedo ha sido su manera de decirme que si no hago lo que él manda, la próxima vez irá a por Jonas. La huida es nuestra única oportunidad.

Camila asintió; notó que las lágrimas le corrían por la cara, porque sabía muy bien que él tenía razón.

—He resuelto contarle a la policía todo lo que sé sobre Bosko y sus negocios aquí, pero cuando reciban mi historia, yo ya estaré lejos.

—¿Dónde?

Él se encogió de hombros y evitó mirarla. Camila se dio cuenta de que ya había tomado una decisión, pero que no quería contárselo.

Arian se acarició el moreno cabello y miró a Louise a través de sus gafas de montura metálica.

Ella era incapaz de interpretar su mirada, pero sabía que les estaba mintiendo descaradamente al decir que claro que conocía a algunas de las chicas del barrio de Istedgade, pero que no tenía ni la menor idea de en qué trabajaban.

Y diciendo esto se encogió de hombros hasta tocarse las orejas.

—No sé nada de que trabajan como prostitutas. Eso va contra mi religión — insistió, moviendo las manos como si le ofendiese que hubiesen llegado a pensar que él podía estar metido en una cosa así.

Toft había obtenido el mismo resultado a lo largo de toda la mañana. Louise había aparecido después de la hora de comer, tras haber vigilado a Hana en Enghave Plads.

Contrariamente a lo que Louise esperaba, Hana no había salido. Lo que sí que ocurrió fue que Tereza apareció de pronto en un taxi, con dos enormes maletas y la actitud de quien se mueve nervioso y con miedo a ser visto. Miró alrededor varias veces antes de correr hasta el portal y llamar al timbre, y mientras esperaba a que le abriesen, volvió a vigilar la calle. Poco antes de las once llegó Pavlina. Llamó varias veces. Parecía furiosa o agitada, pensó Louise cuando la vio salir al centro de la calle a observar las ventanas del piso, antes de regresar al portal y continuar llamando al timbre. Así estuvo un cuarto de hora, finalmente desistió y se fue.

Su colega había comenzado con Hamcli, pero se podía decir que éste no había abierto la boca. Toft le contó que había estado callado y negando con la cabeza a todo lo que se le preguntaba.

Mientras Louise volvía en bicicleta camino de la jefatura, pasando por la parte trasera de la estación, sus pensamientos habían descrito grandes círculos en torno a Milos Vukovic, Bosko y las chicas checas. Estaba de acuerdo en que para detener a Milos Vukovic sólo tendrían una oportunidad. Si actuaban demasiado pronto, él y Bosko recogerían sus bártulos y pondrían tierra de por medio, y el asunto del Matadero y el asesinato de Kaj Antonsen irían a engrosar la pila de casos sin resolver.

Pero ¿cuándo sería el momento? Los pensamientos se interrumpieron y los círculos se convirtieron en ceros cuando en el bolsillo de la cazadora comenzó a sonar el teléfono. Mientras rechazaba la invitación de Camila para cenar, creía estar siendo lo suficientemente clara al explicarle que seguramente tendría que trabajar hasta tarde. Sin embargo, la única respuesta de su amiga había sido que tendría la comida lista a las seis, y que era importante que Louise acudiese, porque tenía algo

que contarle sobre el pastor y los sucesos de la iglesia.

Esperando a que el semáforo cambiase, Louise meneó la cabeza y dejó el teléfono en el bolso que llevaba en la cesta de la bicicleta.

Ya en el departamento fue a la cocina y cogió dos rebanadas de pan, que engulló rápidamente mientras Toft la ponía al corriente de lo que habían sacado hasta ahora de los interrogatorios.

—Y no es que sea precisamente mucho —admitió él antes de regresar al despacho en el que Arian estaba esperando.

El albanés había estado educado y dispuesto a responder a todas las preguntas, siempre y cuando no estuviesen relacionadas con los negocios detrás de los que sospechaban que se encontraba.

También se había mostrado dispuesto a admitir que durante un tiempo había ido a la Estación Central todas las mañanas.

—Tomo un café y leo los periódicos gratuitos —explicó.

—¿Y quiénes son las chicas que se te acercan? —quiso saber Louise.

El albanés volvió a levantar los hombros en una posición defensiva, pero tras meditar un momento reconoció que sí que conocía a algunas.

—Pero ¿no has recibido dinero de ninguna de ellas?

Él movió la cabeza tristemente, como si lamentase no poder ayudarlos.

Toft se había mantenido en silencio desde que Louise se había hecho cargo del interrogatorio, pero ahora había sacado las fotografías que habían tomado de sus encuentros con las chicas durante los días en los que lo tuvieron bajo vigilancia. Fue lanzándolas de una en una sobre la mesa.

—Entonces, acláranos qué es lo que pasa en estas fotos —le pidió, y añadió que a él lo que le parecía era que las chicas iban diariamente para pagarle—. Puedes ver las fechas en la esquina de las fotos. Están tomadas durante las dos últimas semanas.

Arian recogió las fotografías y de repente pareció caer en la cuenta de algo.

—Ah, sí, ya me acuerdo —exclamó, ojeando las imágenes sin llegar a mirarlas realmente—. A muchas de ellas les he dejado dinero, por eso pasaban por allí a devolvérmelo.

—¿Y para qué les dejaste dinero? —preguntó Toft.

—Comida, o ropa que les pueda hacer falta. Allí, en mi tierra, nos ayudamos unos a otros. Si hablo con las chicas es para asegurarme de que están bien. Si estoy pendiente de ellas es sólo por amabilidad.

Toft miró a Louise y cambió de tema. Sacó la lista con los teléfonos y después de un vistazo, Arian confirmó que se trataba de su móvil.

—Tenemos una lista con las llamadas desde este teléfono —comenzó Toft, mientras Arian lo observaba con su mirada complaciente y asentía interesado, como si aquello no tuviese nada que ver con él—. Una buena parte de las llamadas han sido realizadas a los teléfonos de seis chicas, identificadas como las mismas con las que te encontrabas en la Estación Central. En este momento, las seis están en la comisaría

de Halmtorvet y les están explicando a nuestros colegas su relación contigo y con Hamdi.

De pronto, el albanés levantó las manos y en su rostro se dibujó una expresión que parecía decir que estaban cometiendo una tremenda injusticia con él.

—Vale. Si es cierto, como decís, que son prostitutas, dirán lo que sus chulos les manden. Pero no es verdad que yo tenga algo que ver con su trabajo.

Bajó las manos y las colocó en el borde de la mesa. Louise captó un amago de sonrisa en sus labios, con la que quería indicar que no tenía nada que ocultar, aunque algunos afirmasen lo contrario. Pero Louise también sorprendió una duda en sus ojos.

Toft pasó por alto su vehemente intervención y continuó con tranquilidad. Tomó el cigarrillo de plástico que estaba junto al cuaderno, dio un par de caladas y lo guardó en el bolsillo, como si no tuviese ninguna prisa. Arian podía tomarse su tiempo para responder a la siguiente pregunta.

—¿Sigues afirmando que no sabes nada de esas chicas, aunque todos los días las llamas por teléfono varias veces?

Observó al albanés, que permaneció largo rato pensativo y sin inmutarse.

—Como ya sabéis, paso el día en el club albanés de Saxogade —comenzó a decir, mirando a Toft y a Louise alternativamente—. Allí no tenemos teléfono y cuando estoy en el club, dejo mi teléfono cargando, y mientras tanto muchos pueden utilizarlo.

—Hemos escuchado conversaciones en las que amenazas a las chicas con enviar a la policía a por ellas, en caso de que no paguen. Se te oye decir que trabajáis con la policía, por eso deben hacer lo que decís, y que el dinero que ellas os dan va a parar a la policía para que las dejemos en paz.

Ante la insistencia de Arian en rechazar toda responsabilidad, Louise sintió una violenta irritación, que ni siquiera intentó ocultar cuando le preguntó cómo se explicaba eso.

—Yo nunca he dicho eso. Alguien habrá usado mi teléfono —respondió él secamente.

—Entonces, danos sus nombres —le pidió Toft pacientemente, mientras Louise intentaba dominar la rabia que la invadía por que el albanés pensase que aquello realmente era así de fácil.

Éste volvió a encogerse de hombros.

—No estoy todo el día vigilando, pero cualquiera puede utilizarlo y, desde luego, no sé a quién llaman.

Louise suspiró: así que se trataba de dinero prestado que las chicas le estaban devolviendo y su móvil lo usaba todo el mundo. Era inconcebible que pudiese venirles con toda esa basura.

Renunciaron a seguir con el móvil por el momento y pasaron a informarle que sabían dónde y cuándo había estado su coche. De nuevo, el hombre se encogió de hombros, como si pensara que eso no era algo de lo que tuviese que rendir cuentas.



—Cualquiera del club puede utilizar mi coche. Cuando estoy allí, dejo las llaves en la mesa y no sé quién lo coge ni adónde va.

Louise respiró profundamente. De nada servía calentarse, eso no iba a hacerle hablar.

—Y sin embargo, es un buen coche ese que tienes. ¿No te preocupa no saber quién lo utiliza? —preguntó Toft, y como única respuesta recibió un movimiento de hombros.

—Tu Audi tiene menos de un año y cuesta aproximadamente cuatrocientas mil coronas —afirmó Louise, tomando el relevo—. Me pregunto de dónde sacas para tener un coche tan caro, teniendo en cuenta que vives de la asistencia social.

—Mi tío me prestó dinero —respondió él sin pestañear.

Sonó el teléfono, que estaba junto a Louise; era Mikkelsen, que le contó que las seis chicas que habían llevado a interrogar habían confirmado que vivían de la prostitución, pero todas afirmaban que lo hacían por su propia voluntad y que no le entregaban el dinero a nadie.

—De todas formas, una ha sido lo suficientemente tonta como para decir que no pagaba nada, salvo el dinero que recibía la policía para que la dejaran en paz —dijo Mikkelsen con una risa seca.

Cuando Louise colgó, se hizo una larga pausa. Habían acordado que seguirían adelante con el interrogatorio hasta que Mikkelsen les llamase y supiesen si las chicas habían dicho algo que pudieran utilizar. Tampoco habían creído que eso fuera a suceder, pero tenían que estar seguros antes de cambiar de rumbo.

Toft se levantó y les preguntó si querían una taza de café de la cocina.

Louise asintió y miró a Arian interrogante, que, evidentemente, había esperado que lo dejaran marchar una vez planteadas todas las preguntas. Los miraba inquieto, pero aceptó, con leche y azúcar.

Cuando Toft volvió y dejó una pequeña bandeja de madera en la mesa, se pusieron de nuevo manos a la obra. No había ninguna duda de que el interrogado tenía la sensación de haber salido bien librado hasta ese momento, y que no estaba preparado para el nuevo rumbo que el café parecía marcar.

—Nos hemos enterado de que Milos Vukovic te pagó mucho dinero para comprar a una de tus chicas, llamada Pavlina.

Louise no lo planteó como una pregunta, sino como una afirmación. Ella, sin hacer caso de sus objeciones, le explicó que Milos Vukovic había estado allí para contar su historia.

—Fue él quien nos sugirió que comenzáramos a vigilaros a tu compañero y a ti. También nos indicó el lugar en el que os encontrabais con las chicas para cobrar.

El albanés se levantó de la silla y se inclinó hacia ella sobre la mesa para hacerla callar, pero Toft rápidamente le hizo sentarse.

—La policía no tiene ninguna duda de que Hamdi y tú sacáis mucho dinero de las chicas checas que se prostituyen en torno a Skelbaekgade. Se ve tu coche a diario por allí, y, bien tú o bien Hamdi, hacéis rondas para vigilarlas. Pero nos sorprende que no hayáis decidido encarar el negocio de una forma tan profesional como Milos Vukovic: él se ha preocupado, por ejemplo, de que sus chicas tengan los papeles en regla; así, si las detenemos, las tenemos que dejar marchar. Además, él no va dejando un rastro a su paso, y a nosotros nos resulta mucho más difícil demostrar a qué se dedica.

Louise notaba que la provocación había dado en el blanco, pero Arian evitó decir nada; en su lugar apretó los dientes con tal fuerza que las mandíbulas se le convirtieron en dos formaciones rocosas. Luego enmudeció totalmente y se le endureció la mirada mientras Toft continuaba hablando de sus conocimientos sobre Bosko y de las sospechas que tenían de que Milos Vukovic trabajaba para el famoso serbio, y que ambos intentaban echar de las calles a Arian y a su negocio.

Toft manejaba a su antojo sus pacientes maneras, y aunque Louise sospechaba que las posibilidades eran una entre un millón de que el chulo fuese a cantar, seguía con interés el juego que se disputaba entre los dos hombres. Cuando notó que su móvil le empezaba a vibrar en el bolsillo, se acercó hasta la ventana para responder la llamada sin interrumpir lo que Toft se traía entre manos.

—Apostaría mil coronas a que Bosko acaba de recoger a Milos Vukovic en Valdemarsgade —le soltó Michael Stig a través del móvil, gritando para que su voz se oyera por encima del ruido de un camión que pasaba en aquel momento.

—¿Lo has visto?

—Sólo a través de la ventanilla del coche, pero estoy casi seguro de que era él. Iba en un Volvo grande con matrícula sueca. Desgraciadamente no he cogido la matrícula, porque no me he dado cuenta de que podía ser él hasta que subió Milos Vukovic.

Louise se agachó para coger el bolso.

—Recoge tu set de belleza y ven para aquí volando —le mandó Michael Stig—; así, si vuelven, podrás verificar que se trata del serbio.

Louise no quiso hacer ningún comentario sobre el modo en el que le había dado la orden, porque ella era la única que había visto a Bosko y que podía decir con certeza si era él la persona con la que se había marchado Milos Vukovic.

—Me voy —avisó Louise a Toft desde el otro lado de la mesa, y notó que Arian, intrigado, la seguía con la mirada. Estaba sentado en el borde de la silla y resultaba evidente que se moría de ganas de saber qué estaba ocurriendo.

Louise le hizo un gesto de despedida antes de desaparecer por la puerta. Luego bajó por la escalera hasta la calle Otto Monstedsgade, donde tenía la bicicleta.

Michael Stig sacó una chocolatina de su mochila Eastpack y se la ofreció a Louise cuando ésta acabó de asegurar la bicicleta. Aunque el sol brillaba, hacía fresco en el portal en el que grandes grafitis se superponían unos a otros y dejaban ver, aquí y allá, trozos de hormigón de no más de diez centímetros.

Ella echó un vistazo a las ventanas del segundo piso; las cortinas estaban cerradas, impidiendo ver cualquier señal de movimiento dentro de la casa. Michael Stig creía que Pavlina tenía que seguir arriba; en todo caso, no la había visto salir desde que había vuelto de Enghave Plads.

Louise dejó que el chocolate se le deshiciese en la boca mientras él le contaba que el gran Volvo XC90 había aparcado durante un momento sobre la acera y había partido otra vez.

—Tocó una vez el claxon, y dos segundos después salía Milos Vukovic por la puerta. Es evidente que debían de haber quedado en que estuviese preparado.

—¿Habéis localizado alguna llamada en los teléfonos de Milos Vukovic?

Michael Stig negó con la cabeza y sonrió.

—No, y eso quiere decir que tiene un número que no conocemos.

—¿Y en el de Pavlina?

—Tampoco. Sólo una llamada al número de llana poco después de las diez, que no se contestó, así que no han podido quedar por esa vía.

A Louise no le sorprendía que Milos Vukovic tuviese un móvil desconocido. Llamaba la atención la poca actividad que registraba su teléfono, y seguro que utilizaba un móvil con tarjeta para las conversaciones que no quería que la policía pudiese rastrear.

—Bueno, pues entonces no nos queda más que esperar —dijo ella, apoyándose en la pared del portal—. ¿Y qué dice Willumsen?

—Le ha pedido a Mikkelsen que tenga algunos hombres preparados. Si vuelven, necesitaremos coches para seguirlos. Mi coche está allí —hizo un gesto con la cabeza señalando un coche familiar plateado—. Cuando salga lo seguiré, pero es preferible tener varios en posición para colaborar en el seguimiento, y que no desconfíe.

Louise asintió y echó un vistazo a su bicicleta. Quizá habría sido mejor coger uno de los coches de la policía, pero normalmente era más rápido cruzar la ciudad en bici, así que ni se le había ocurrido esa idea cuando recibió la llamada de Michael Stig.

—La gente de la City está también lista por si se moviesen a pie. En algún momento, Pavlina y las otras chicas saldrán a trabajar.

—He quedado con Lars Jørgensen en relevarlo en Enghave Plads entre las cinco y las seis —informó Louise mirando su reloj.

Michael Stig dejó escapar una risa sarcástica.

—Me parece a mí que tu compañero se va a quedar con las ganas de cenar con su mujercita y los mellizos, porque no es probable que vayas a poder marcharte de aquí a esa hora.

De vez en cuando se hacía patente que Michael Stig vivía solo y despreciaba todo lo relacionado con la familia y el compromiso, pero, a veces, Louise había sospechado que se consumía de envidia o quizá de una cierta añoranza. Nunca se lo había preguntado antes, y se guardó mucho de hacerlo en ese momento; se limitó a pensar que andaba muy descaminado, conociendo los problemas personales por los que Lars Jørgensen estaba pasando en esos momentos.

—Tú no te preocupes por eso —replico ella, mordaz, y añadió que, además, su compañero no era de los que se escaqueaban para llegar pronto a casita y preparar la salsa o echar una partida.

La última observación iba dirigida a Michael Stig, quien, al menos una vez al mes, tenía tanta prisa por llegar a sus reuniones en la bolera que debía cambiar las guardias con algún compañero.

Hablar de cenas le recordó que debía llamar a Camila, que se enfadaría cuando le dijera que le iba a dar plantón.

—No va a poder ser lo de la cena esta tarde —espetó Louise en cuanto Camila descolgó, y continuó antes de que su amiga pudiese decir nada—. Tenemos la sospecha de que está en la ciudad el serbio que probablemente esté detrás de los asesinatos de Iveta y de Kaj. Michael Stig cree que ha sido Bosko quien ha recogido a Milos Vukovic hace una hora, y estamos aguardando su vuelta. Tendremos que posponer la conversación para otro día.

—Bosko —repitió Camila en voz baja, y durante un instante Louise sólo pudo oír su respiración. Luego la comunicación se cortó.

Supuso que su amiga o se había enfadado o se había desilusionado, o ambas cosas, y suspiró, pero se contuvo cuando se acordó de que Michael Stig estaba observándola. Respiró profundamente preparándose para defenderse, aunque él sabía bien que Camila no trabajaba en esos momentos, así que no tendría por qué reprocharle haber hablado de Bosko. ¡Qué coño, Camila estaba involucrada hasta las cejas, y contaba con la confianza del inspector jefe!

Pero en lugar de reprocharle nada, él habló en un inesperado tono cordial.

—¿Qué tal está? —preguntó, con lo que Louise olvidó al instante su rabia.

Lo estudió durante un momento. Su mirada azul grisácea, que por regla general hacia que la gente mantuviese hacia él una cierta distancia, era ahora intensa y preocupada. Ella movió la cabeza lentamente y se dio cuenta de que, aunque llevaban trabajando codo con codo unos cuantos años, seguía sin conocerlo.

En realidad no era la primera vez que oía ese extraño tono cordial. La última vez la preocupación la había despertado ella misma, durante un caso que terminó de forma dramática en la ciudad de Roskilde; eso la llevó a pensar si esa amabilidad

ocasional no sería una faceta oculta de Michael Stig, que sólo salía a la superficie cuando la gente se encontraba en una situación límite, de la que no se sabía si podría volver.

—Está mejor —aseguró ella, convencida de que la arrogancia retornaría pronto a los ojos de su colega.

Pero Michael Stig sólo movió la cabeza y volvió la vista hacia la calle, dejándola vagar por las ventanas del piso.

Durante un instante, Camila permaneció paralizada. Había colgado el teléfono, pero aún lo sostenía en la mano, y sus pensamientos parecieron detenerse. No habían pasado ni dos horas desde que Markus y ella habían regresado de la casa del pastor, y allí le había dado la sensación de que Henrik Holm esperaba que Bosko reaccionase rápidamente, pero no que apareciese ya.

Lo llamaría para prevenirlo. Sentía los dedos agarrotados mientras buscaba en la memoria del teléfono el número de la casa parroquial y lo marcaba. Junto con la sangre, las venas le regaron todo el cuerpo de inquietud mientras el teléfono sonaba y sonaba, hasta que finalmente se oyó el tono repetido de final de la comunicación. Llamó de nuevo y volvió a dejarlo sonar hasta el final; luego se levantó y se dirigió a la entrada en busca de su monedero.

Markus le había preguntado muchas veces qué pasaba, y la había observado sin llegar a comprender que en aquellos momentos ella sólo podía pensar en lo que la historia de Henrik Holm había dejado en su mente. No había podido contarle que su mejor amigo tendría que partir para no volver nunca.

Ahí estaba otra vez su hijo, con la mirada asustada, observando cómo rebuscaba febrilmente en el bolsillo exterior de su monedero, donde solía guardar los recibos viejos.

—Por favor, por qué no vas a tu habitación —le dijo ella.

Encontró el pedazo de papel en el que había anotado el número del móvil de Henrik Holm y corrió al salón a por el teléfono. Por un instante sintió pánico al oír que, sin sonar, saltaba directamente el contestador, indicando que lo tenía apagado. Corrió otra vez al pasillo, recogió su chaqueta de la percha y comprobó que las llaves del coche estuvieran en el bolsillo.

—Tengo que salir —le gritó a Markus, que se había tumbado en la cama con la cara vuelta contra la pared.

Durante un instante, se quedó mirando la delgada espalda que la rechazaba, pero finalmente ella también se volvió.

—Regreso enseguida —le prometió mientras abría la puerta.

Si la hubiera parado la policía, le habrían quitado el carné allí mismo, por eso evitaba

conscientemente mirar el cuentakilómetros mientras cruzaba a toda velocidad la calle Nordre Fasanvej.

Desde que había hablado con el pastor, una parte de ella había estado conminándola a que acudiese a la Jefatura de Policía y contase lo que el pastor le había confiado, para que pudiesen acudir a protegerlo. Al mismo tiempo, otra parte la obligaba a mantener su promesa y darle la ventaja necesaria para que él y Jonas se pusiesen a salvo.

Cuando entró en el aparcamiento de la iglesia y apagó el motor, comprobó con cierto alivio que el coche del pastor ya no estaba allí. Tampoco había otros coches, y lo único que pudo descubrir fue la vieja bicicleta del sacristán, que estaba apoyada en la pared de la iglesia. No se veía a nadie.

Respiró profundamente y dejó salir el aire lentamente, antes de decidirse a cruzar el patio y detenerse un momento a escuchar. Ni un movimiento, ni una voz, nada.

Antes, en el coche, ya había decidido que si veía el más mínimo signo de que el serbio pudiese estar por allí, se largaría, llamaría a la policía y que se ocupasen ellos. Pero al no ver nada, primero quiso confirmar que Henrik Holm y Jonas habían conseguido huir; luego ya le contaría a Louise por qué se habían marchado.

El sol se reflejaba en la ventana de la cocina cuando subió las escaleras y llamo a la puerta. Durante un momento estuvo esperando, luego se inclinó hacia la derecha y miró por la ventana. La cesta con el pan del desayuno seguía sobre la mesa; estaba todo prácticamente igual que cuando Markus y ella se habían marchado de allí.

Camila bajó las escaleras y rodeó la casa, continuó por el jardín y con las dos manos puestas en la ventana que había junto a la puerta principal, miró dentro del salón. Era difícil de ver si se habían llevado algo, pero comprobó que el ordenador portátil ya no estaba sobre la mesa.

Ahora estaba completamente segura de que Henrik Holm ya se había ido, y de que si había sido allí adonde Bosko y Milos Vukovic habían ido, también ellos se habían marchado ya.

Se relajó un poco gracias a aquella constatación.

Volvió hacia el cementerio y buscó al sacristán para ver si sabía adonde habían ido. Rodeó el cobertizo en el que guardaban la carretilla y las regaderas, y donde algunas veces lo había visto hacerse un pitillo cuando el tiempo lo permitía.

Finalmente fue hacia la iglesia, pero dudó un momento antes de penetrar en el pórtico. No había nada en el suelo, ningún recién nacido nuevo. Como contrapartida, en el banco y junto a una regadera amarilla, había una caja de blancos cirios abierta.

Camila empujó la puerta de la iglesia a la vez que llamaba al sacristán para no asustarlo, en caso de que estuviese allí dentro.

Lo primero que vio fue la sangre. La luz cenital procedente de las grandes vidrieras lanzaba reflejos que la hacía brillar contra las oscuras losas del suelo. La puerta se cerró tras ella cuando echó a correr hacia el altar, sin pararse a pensar que tal vez sería mejor correr en la otra dirección.

Tenía los ojos cerrados y yacía de lado, con medio torso recostado en los reclinatorios que había ante el altar. La sangre había coloreado con grandes manchas de un rojo oscuro la tela de sus vaqueros claros y de su camisa. Por el pecho, el hombro y el brazo izquierdo, que tenía caído en el suelo, se extendía la sangre, y en ambas rodillas se dibujaban dos siluetas, que parecían trapos oblongos con bordes deshilachados.

Camila dio un paso atrás sin pensar y cayó de rodillas. Respiró profundamente un par de veces para evitar la hiperventilación, luego se incorporó y puso los dedos en la muñeca del sacristán. Si aún latía, el pulso era tan débil que sus inexpertas yemas eran incapaces de encontrarlo.

Llamó por el móvil al centro de emergencias, y consiguió dar una información clara y precisa, aunque no pudo decir si aún vivía.

—Creo que le han disparado —explicó—. Tiene sangre en las rodillas y en el pecho.

Mientras hablaba se había levantado y retrocedía con pasos inseguros sin apartar la mirada del corpachón del sacristán. Debería quedarse a su lado hasta que llegase la ambulancia, pensó, pero no se atrevía. Sabía que si Otto Birch seguía con vida, quizá la necesitara, pero ese pensamiento se diluía ante el miedo a que Bosko regresara. Estaba casi en la calle cuando de repente se detuvo.

—¿Respira? —le había preguntado la voz tranquila que le hablaba al oído a través del móvil.

—No lo sé —respondió Camila con voz ronca, y carraspeó para repetirlo con más claridad.

Era demasiado tarde para ser cobarde, se dijo a sí misma. Sabía perfectamente que lo que la había llevado a sopesar la posibilidad de huir era la imagen de Markus, en casa, tumbado en la cama de espaldas a ella. Pero eso no era suficiente, teniendo en cuenta que ante ella había un hombre a punto de morir, si no estaba muerto ya.

—Tómele el pulso en el cuello —le pidió el hombre del teléfono, y le informó de que la ambulancia ya estaba de camino.

Camila corrió de nuevo hacia el altar y se dejó caer en el suelo junto al cuerpo inerte.

—Utilice dos dedos y presione ligeramente en el cuello. No apriete —le dijo la voz del teléfono, guiándola.

—Creo que tiene pulso —murmuró, cerrando los ojos para concentrarse.

—Busque algo con lo que pueda apretar la herida del torso y manténgalo así hasta que llegue la ambulancia.

Era inútil decirle que no sabía si se atrevería a quedarse tanto tiempo, y mientras colgaba, y se quitaba la chaqueta y el suéter, sintió que una calma desconocida amortiguaba el miedo que poco antes a punto había estado de hacerla huir.

Le desabrochó la camisa al sacristán, comprobó que, efectivamente, la herida de bala estaba en el pecho y se puso manos a la obra, inclinándose sobre él y

presionando su ropa contra el orificio sangrante.

Con una voz relativamente tranquila comenzó a hablarle al herido. Si podía oírla, quizá le ayudase saber que la ambulancia estaba de camino. Y si no la oía, al menos ella misma se tranquilizaba repitiendo las mismas palabras, y le prometía que se quedaría hasta que los de emergencias hubiesen llegado y se lo llevasen al hospital.

Al principio, Camila sólo captó lo que parecían sonidos inarticulados, pero entonces entendió las últimas palabras y se acercó más al sacristán.

—Le dije dónde se encuentra la casa —susurró él, todavía con los ojos cerrados. Después de eso, Camila no pudo decir si seguía consciente.

Con la mano libre buscó el móvil en la chaqueta, que había tirado al suelo después de quitársela.

Tras tres enérgicas pulsaciones apareció el número de Louise.

—Cállate un momento —gruñó Camila en el teléfono cuando Louise comenzó a hacer objeciones—. Estoy en la iglesia de Stenhøj. A mi lado está el sacristán con al menos tres balazos. La ambulancia está de camino e intento taponar un poco la hemorragia hasta que lleguen.

Finalmente se dio cuenta de que Louise comenzaba a escucharla y le contó cómo había llegado a la iglesia y encontrado a Otto Birch en el suelo.

—Mientras estabais ahí esperando, Bosko ha venido aquí y ha torturado al pobre anciano, y sé muy bien por qué. Anda detrás de Henrik Holm y de Jonas. Tenemos que localizarlos antes de que el serbio los encuentre.

—¿Qué sabes de Bosko? —preguntó Louise desconcertada.

Camila se dio cuenta de que en la cabeza de su amiga había algunos cabos sueltos que no conseguía atar.

—Ven aquí y lo sabrás —le suplicó, mientras no dejaba de concentrarse en presionar la ropa contra la herida—. Se remonta a los años en los que el pastor y su mujer estuvieron en Bosnia.

La ambulancia y la UVI móvil se estaban deteniendo ante la puerta de la iglesia, cuando el coche de Michael Stig entró en el aparcamiento.

En ese mismo momento, Camila salió corriendo de la iglesia hacia ellos y abrió la puerta trasera con tanta fuerza que casi la arrancó.

—Tenemos que ir a Suecia —gritó, mientras se precipitaba al interior del automóvil con la chaqueta sobre los hombros—. Creo que Henrik Holm puede haber ido a su casa, y me temo que Bosko le está pisando los talones.

No había sido mucho lo que Louise había podido contarle a Michael Stig después de que, estando en el portal, de repente le dijese que tenían que ir a la iglesia. Sólo que había un hombre gravemente herido y que podría ser que hubiese sido obra de Bosko y Milos Vukovic.

De camino al coche de su compañero, Louise había conseguido localizar a



Willumsen, que acababa de recibir de la central de alarmas el aviso sobre una persona tiroteada. Pero le había pillado totalmente de nuevas que Camila Lind se encontrase en el lugar del tiroteo, y que dijese que Bosko iba a por el pastor. Había accedido a que fuesen a ver qué pasaba y además enviaría a Lars Jørgensen y Toft a la iglesia.

—¿Estás segura de que son ellos dos? —preguntó Michael Stig, mirando a Camila por el espejo retrovisor cuando ésta hubo cerrado la puerta.

Ella asintió.

Él siguió mirándola por el espejo mientras, de forma fragmentaria y sincopada, Camila comenzó a contarles la historia, completamente nueva para los dos policías.

Desesperada, se retiró un par de largos mechones de la cara antes de continuar.

—Esta mañana me lo ha contado todo. Me dijo que tenía que desaparecer, y ahora, en la iglesia, Otto Birch me ha dicho que había revelado dónde se encuentra la casa. Sospecho que en un primer momento habrá ido a su casa de campo para ganar un poco de tiempo. ¡No podía imaginarse que Bosko fuese a reaccionar tan rápido!

Michael Stig metió la marcha, retrocedió para poder dar la vuelta y la gravilla golpeó los bajos del coche al acelerar y enfilarse el estrecho camino que llevaba a la calle.

Louise lo miró sorprendida. Una cosa era ella, que conocía a su amiga lo suficientemente bien como para saber que hablaba totalmente en serio, pero no se había esperado que precisamente él no fuese a hacer más preguntas antes de obedecer las órdenes.

Camila descansó un momento y tomó aire cuando enfilaron la avenida de Stenhøj a gran velocidad. Luego se echó hacia delante entre los asientos delanteros y empezó a contarles brevemente por qué Henrik Holm se había visto obligado a huir tan precipitadamente.

Louise escuchaba con atención a la vez que intentaba determinar con quién podían contactar en la policía sueca para pedirles ayuda. Debían enviar una patrulla a la casa de campo del pastor, y al mismo tiempo permitirles a ellos actuar en Suecia.

—Es inútil —dijo Camila desanimada, dejando caer los brazos, cuando Louise interrumpió su relato para saber dónde estaba la casa. En ese momento, Michael Stig sugirió que diesen el aviso a través de su propia central de emergencias.

—No se la dirección. El camino tiene un número, se trata de un sendero en el bosque y sigue no sé qué absurdo sistema que es imposible de recordar para nosotros, acostumbrados a los nombres de las calles y los números de las casas. Pero estuve allí en Semana Santa y no tendré problemas para reconocer el lugar. Primero tenemos que ir hasta Helsingborg y luego hacia Laholm.

—Tomaremos el puente del Oresund y pasaremos por Malmoe, así no tendremos que esperar al *ferry* —decidió Michael Stig mientras enfilaba la autovía en dirección al aeropuerto.

Mientras tanto, la respiración de Camila se había ido calmando y les habló del

falso certificado de nacimiento, que había sido los grilletes perpetuos que unían al pastor con Bosko, y de la decisión que el pastor había tomado esa mañana.

—Han torturado a Otto Birch para que les dijese adonde habían ido el pastor y Jonas. ¡Y qué mierda! —exclamó Camila con vehemencia, y siguió contándoles que no había podido contactar con Henrik Holm, aunque lo había intentado varias veces—. Tiene el móvil apagado.

En su voz se deslizó un tono desesperado que intentó apagar.

—En realidad no sabemos cuánto ha podido contar Otto Birch —dijo Louise volviéndose hacia ella.

—No, pero sí que ha explicado dónde está la casa, y eso es suficiente —respondió Camila cerrando los ojos.

Louise había recibido un SMS de Lars Jørgensen en el que escribía que estaba localizando a los familiares del sacristán, y que después iría al Hospital Central e intentaría hablar con él, en caso de que recuperase la consciencia. En esos momentos lo estaban llevando a la mesa de operaciones.

Camila movió la cabeza y se recostó en el asiento trasero. Pasaron junto al aeropuerto de Kastrup, en el que un enorme KLM rodaba lentamente hacia la pista de despegue. Ellos continuaron por el puente que unía Dinamarca con Suecia.

De repente, Camila se incorporó con un violento movimiento y se tapó la cara con las manos.

—¡Markus! —exclamó con un grito tan fuerte que Michael Stig por un momento soltó el acelerador—. Se ha quedado solo en casa y me está esperando. Le dije que volvía enseguida.

Entre llantos cogió su teléfono, se lo tendió a Louise y le pidió que llamara a Tobías para preguntarle si podía recoger a su hijo y hacerse cargo de él.

Louise buscó su número, lo llamó y le explicó lo mínimo posible, pero puso un énfasis especial cuando le dijo que se trataba de un asunto de vida o muerte, y que había sido ella la que había insistido en que Camila la acompañase. En realidad no tenía demasiado sentido, porque Tobías no solía protestar por tener que pasar tiempo extra con su hijo, pero de vez en cuando le gustaba quejarse de que Camila llevase una vida tan caótica.

—Además tenemos que suponer que el anciano habrá contado todo lo que sepa, si le han aparecido dos tipos así y le han destrozado las rodillas —dijo Michael Stig retomando el último comentario de Louise—. Supongo que le dispararían antes de hacerle la pregunta, para demostrar que iban en serio, así que habrá contado todo lo que sepa.

—Y sin embargo le volvieron a disparar —replicó Camila cuando salieron del túnel y de nuevo veían agua a derecha e izquierda.

Michael Stig asintió.

—Bosko no deja testigos.

Louise suspiró pensando que se había hecho realidad lo que le preocupaba a

Mikkelsen un par de semanas antes, cuando hablaban de la violencia con la que se estaban enfrentando. El ataque al sacristán había sido de una crueldad inaudita, incluso en comparación con los acuchillamientos, que ya con razón habían conmovido tanto a los ciudadanos como a los políticos.

Ya antes de llegar al peaje, Louise divisó a los policías suecos. Les habían informado de que el serbio iba fuertemente armado y se le consideraba extremadamente peligroso, pero si Bosko había cruzado el estrecho hacía más de tres cuartos de hora, la guardia no habría estado prevenida. Lo mismo era válido para el paso desde Elsinor, donde había policías apostados a ambos lados de la ruta de Scandlines hacia Helsingborg.

Willumsen había ordenado a dos hombres de la policía del norte de Selandia, con sede en Elsinor, que fuesen a revisar las grabaciones de las cámaras de vigilancia del puerto, y la misma tarea tenían otros dos hombres de Mikkelsen en el centro de control del puente, pero el jefe había llamado hacía poco para decir que tardarían al menos un par de horas en saber si había pasado algún hombre que respondiese a la descripción de Bosko.

Cuando llegaron al peaje de la parte de Malmoe, Michael Stig aparcó a un lado y saltó velozmente del coche para saludar a sus colegas suecos, preparados ya para acompañarles el resto del camino. Un instante después ya estaba otra vez al volante, y las informó de que, durante el tiempo en que la policía sueca había estado vigilando, habían pasado dos Volvos del modelo que les interesaba, pero ninguno con un conductor de aspecto o nacionalidad como el buscado.

—La primera era una mujer... y danesa; habrá que valorar la posibilidad de mudarse aquí para poder permitirse un coche como ése —comentó Michael Stig, manteniéndose en el carril que llevaba hacia la autopista.

Cuando salieron a la carretera que llevaba a Landskrona, Camila siguió contando cómo el pastor había descubierto esa mañana que la red para la que él creía que trabajaba su asistenta nada tenía que ver con la ayuda a las chicas del Este.

—Más bien al contrario —explicó indignada—. La razón del ir y venir de chicas era que diariamente tenían que reunirse en la casa del pastor para entregar todo lo que habían ganado. Y Henrik Holm no podía permitirlo. De ningún modo quería tolerar que ni él ni su casa parroquial se empleasen para fines tan ruines como la explotación de esas jóvenes.

De pronto, a Louise empezaron a encajarle las piezas. Se acordó de Hana, que se había cruzado con ella sin levantar la mirada del suelo, y de Henrik Holm y la conversación con él en el banco, durante la cual su vista se iba a la verja siempre que alguien se acercaba.

No cabía ninguna duda de que había estado sometido a una presión terrible, pero ella estaba convencida de que en aquel momento todavía creía en las buenas

intenciones de Tereza y su red de asistencia. En caso contrario no habría hablado con tanta vehemencia.

Michael Stig iba a buen ritmo. Louise echó un vistazo al cuentakilómetros y comprobó que rodaba por encima de ciento cincuenta, y no obstante, sentía un calambre en el estómago que le decía que esa velocidad no sería suficiente. El silencio tenso la llevó a estirarse para conectar la radio, pero tras dos estrofas de una canción la volvió a apagar, se recostó en el asiento y cerró los ojos.

—No va a volver nunca —dijo por fin Camila rompiendo el silencio—. Ni siquiera aunque consigáis atrapar a Bosko.

Louise pensó en Jonas, que podía resultar tímido y un tanto introvertido, pero que durante el fin de semana que estuvo en su casa se había mostrado muy abierto.

Dio por supuesto que ya conocería la verdad. Habría sido difícil para Henrik Holm explicarle que no iban a volver a la casa parroquial, sin aclarar el motivo. ¿Quién sabía si para Jonas algo de todo eso tenía sentido? Sintió una punzada en el corazón; todo lo que él había considerado su segura vida cotidiana, de pronto se había esfumado. Pero era un buen muchacho, y Louise estaba segura de que con el tiempo se acostumbraría a la situación a la que sus padres le habían conducido.

Marchaban por el último tramo de la E6 en dirección a Laholm, cuando Willumsen llamó y les dijo que habían localizado un Volvo XC90 con matrícula sueca en el puerto de Elsinor.

—El coche lo alquiló en Malmoe un hombre llamado Hendrich Müller, con domicilio en Hamburgo, pero no hay ni rastro de él, por lo que he mandado a los técnicos para que examinen el vehículo.

—Habrá embarcado a pie y alguien lo estaría esperando en el puerto, o bien tenía otro coche preparado —conjeturó Louise mirando a Michael Stig, que asintió.

—Milos Vukovic ha vuelto al piso hace media hora —continuo el jefe del grupo—. Venía paseando desde Vesterbrogade, pero ha sido lo suficientemente estúpido como para llevar una Smith & Wesson del treinta y ocho en el bolsillo interior. ¡Valiente idiota! Ahora lo está interrogando Toft.

A pesar de todo se oyó una risa de satisfacción.

—¿Por dónde estáis? —quiso saber Willumsen.

—Llegaremos en un cuarto de hora —contestó Louise volviéndose para mirar a Camila, que asintió con la cabeza.

—Diez minutos —corrigió Louise al ver que su compañero aumentaba aún más la velocidad, aunque ya había abandonado la carretera principal.

El bosque se iba cerrando en torno a ellos, y los caminos se fueron haciendo más estrechos. Michael Stig se había visto obligado a bajar la velocidad e intentaba sortear los baches más profundos del mal cuidado asfalto.

—Ahí, donde esa gran granja, hay que torcer a la derecha —indicó Camila señalando un camino en el bosque, que estaba prácticamente oculto tras una pila de troncos de árbol sin desbastar.

El asfalto se convirtió en grava, y el cuentakilómetros cayó a veinte al tener que conducir Michael Stig con mucho más cuidado por la irregular senda.

Nadie decía nada y, salvo las breves indicaciones de Camila cuando tenían que torcer o seguir recto, dominaba un pesado silencio, que se iba haciendo más intenso a medida que los árboles se iban cerrando y se acercaban a la casa de campo del pastor.

Seguían llevando a sus colegas suecos pegados detrás, y habían acordado que pararían doscientos metros antes de llegar a la casa.

—Tenemos que pasar ese pequeño lago y nos encontraremos con un viejo tractor abandonado, ahí tenemos que torcer para llegar a su casa.

El sol había desaparecido detrás de las altas copas y un temprano crepúsculo coloreaba de un claro gris azulado las finas grietas de luz que se reflejaban sobre el camino.

—La casa está allí —dijo Camila señalando una zona con densa vegetación, con otra alta pila de troncos talados. Sólo un buzón blanco delataba la presencia de seres humanos detrás de los espesos árboles.

Michael Stig puso el intermitente y paró.

Camila se quedó sentada en el automóvil, mientras Louise y Michael Stig salían y hablaban con sus colegas suecos antes de dirigirse a la casa.

Había bajado la ventanilla, pero salvo las voces de los policías, todo estaba en completo silencio. No se oía nada, ningún motor, ningún ruido. Sólo los pájaros, que volaban bajo entre los abetos, emitían algún sonido.

Lo que más le habría apetecido en aquellos momentos era salir corriendo hacia la casa, abrazar al pastor y a Jonas, y sacarlos de allí, pero le habían ordenado que se mantuviese sentada hasta que le dijese que podía entrar. Al contrario que Louise y Michael Stig, los dos agentes suecos iban armados y serían los primeros en dirigirse hacia la casa.

Cuando comenzaron a avanzar, Camila salió del coche y sintió al instante el aroma de las coníferas recién taladas. Un poco más adelante terminaba el camino y se

convertía en una estrecha senda, que conducía hacia una maraña de troncos abatidos, resto de una violenta tormenta que años atrás había arrasado grandes zonas del bosque.

El miedo le retardaba los movimientos, pero, al ver una señal desde la entrada, siguió lentamente a los demás. Al principio avanzó insegura, pero después los pasos se le fueron haciendo más firmes hasta acabar convirtiéndose en casi una carrera. Desde lejos divisó el coche negro del pastor, aparcado delante de la casa de madera blanca y roja; también reparó en la luz en la ventana de la cocina, y en el humo que salía serpenteando por la chimenea de la estufa de la planta baja.

Los dos agentes suecos llegaron desde la parte posterior de la casa y asintieron cuando Louise les indicó que iban a entrar.

—Desde aquí no se ve a nadie en el interior —informó uno de ellos mirando hacia la planta superior, en la que una ventana estaba entreabierta—. No hay señales de lucha. Todo parece tranquilo.

Después de llamar brevemente a la puerta principal, Louise esperó un instante antes de girar el picaporte y empujar la puerta. Se quedó en el quicio y, antes de dar el primer paso, escuchó atentamente.

Camila estaba en el patio mirándola. Seguía teniendo el miedo metido en el cuerpo y los músculos rígidos. El corazón le retumbaba, y ella apretaba los puños con tal fuerza que las uñas se le clavaban en las palmas. Al mismo tiempo tenía la sensación de haber llegado a la meta antes de que se cumpliese el plazo. Se llenó los pulmones de aire fresco del bosque y fue soltándolo lentamente, mientras sentía un ligero mareo.

A través de la ventana vio a Louise entrar en la cocina. Los otros habían subido. Camila vio a Louise dirigirse al salón, que ya sabían que estaba vacío. Cuando los policías suecos hubieron mirado en las habitaciones de arriba y en el resto de la planta baja, Camila relajó los hombros.

El viento le movió el pelo y se lo echó sobre la cara cuando comenzó a andar hacia la parte trasera de la casa, caminando sobre el césped, que crecía de forma natural. En el merendero se sentó junto a la mesa y saboreó durante un momento la quietud y el aroma del bosque, que surgía del espeso manto de agujas de abeto que se extendían como una cubierta natural bajo los elevados árboles.

A Louise la sorprendió un sonido procedente de la habitación trasera de la planta baja y avanzó lentamente pasando por delante de la estufa. Vio a su amiga en el jardín junto a la larga mesa, construida con medio tronco colocado sobre dos tocones de abeto.

Camila les había descrito la disposición de la casa. En la planta baja había, aparte de la cocina y el baño, dos dormitorios de invitados que se utilizaban fundamentalmente como almacén. En el piso superior había un baño más, tres

dormitorios y una pequeña habitación abuhardillada.

El ruido sonó otra vez, y Louise se detuvo en seco, escuchando, hasta que cayó en la cuenta de que lo producían sus compañeros al andar por arriba.

Se quedó un rato con la mano apoyada en la mesa del comedor tratando de tranquilizarse. No sabía qué había pensado encontrar, pero llegó a la conclusión de que lo que había intentado sobre todo era evitar esperar algo.

Oyó que los demás bajaban las escaleras. Michael Stig avanzó y abrió la portezuela de la estufa, en la que había brasas ardientes. Un gran tronco estaba todavía en plena marcha, aunque no lo acababan de colocar.

—Esto no nos da ninguna pista —exclamó después de cerrar—. Pueden estar en cualquier parte, pero tiene que ser un lugar al que se puede llegar a pie. ¿Qué sabemos de los vecinos? ¿Hay alguno?

Camila había hablado de los Jonsson, que tenían una granja al otro lado del pinar que recorría una parte del bosque, como un cinturón.

—Cosa de un kilómetro a través del bosque —contestó Louise, pero ignoraba si su amiga conocía el camino. Iba a abrir el cerrojo de la puerta del jardín para llamar a Camila y saber si les podía indicar en qué dirección vivían los vecinos, cuando de pronto la vio levantarse de un salto y correr hacia el bosque que se extendía desde el extremo del jardín.

El cerrojo estaba echado y no cedió cuanto Louise trató de abrirlo. Vio que su amiga desaparecía por el linde del bosque. Cruzó la cocina a grandes zancadas, y acababa de doblar la esquina de la casa y llegar al jardín, cuando los gritos rasgaron el silencio del bosque.

Louise corrió por la alta hierba, pasó por delante de la mesa y el merendero, pero se detuvo en seco cuando vio a Camila volver tambaleándose desde el borde del bosque, sujetándose la cabeza con las manos en un gesto de desesperación y gritando hacia el cielo, mientras las lágrimas le corrían por el rostro.

Louise echó a correr de nuevo cuando vio que Camila se derrumbaba con un violento sollozo, que llenó a Louise de pavor.

Michael Stig y los colegas suecos ya estaban a su espalda cuando penetró en el bosque, por donde un estrecho sendero se internaba serpenteando entre abetos.

Henrik Holm yacía boca abajo, con uno de los brazos sobre la cabeza y el otro estirado a un lado. Asesinado por detrás, con un tiro en la nuca y dos en la espalda.

Louise tomó aire y sintió como si la golpearan. Un violento dolor en el costado la hizo doblarse e intentó respirar. Los demás pasaron a su lado y se arrodillaron junto al cadáver.

No necesitaba llegar hasta allí para saber que el pastor estaba muerto. Ejecutado. Tenía además la suficiente experiencia como para ver que le habían disparado a corta distancia. No había tenido ninguna posibilidad.

Los sollozos de Camila la traspasaban, pero todo se le oscureció y se encontró sin aire suficiente para incorporarse e ir hacia ella. En vez de eso, Louise se fue dejando

caer hasta quedar sentada sobre el suelo del bosque, con la espalda apoyada en un tronco, sin prestar atención a las finas agujas que se colaban por el jersey de punto.

Vio que sus compañeros tomaban el pulso al pastor y le daban la vuelta para mirarle el rostro. El orificio de salida de la bala se hallaba en el lugar en el que había estado la boca.

Louise apartó la vista y la dejó correr por la oscuridad, entre los troncos de los árboles, mientras oía que sus colegas suecos sacaban los teléfonos móviles para pedir refuerzos.

Lo primero que vio fueron los ojos. Tenía la mirada clavada en ella desde los espesos abetos. Había varias filas de troncos entre ellos, pero aun así ella podía verle la cara con toda claridad.

Michael Stig se había quedado en el camino del bosque mientras los dos agentes volvían corriendo hacia la casa.

Louise gateó despacio, apretándose contra los troncos. Cuando llegó, Jonas estaba sentado, inmóvil, con la cara escondida entre las manos. Lo rodeó con el brazo y lo atrajo hacia sí. Lo abrazó con fuerza y notó que él apoyaba el rostro en su hombro. No lloraba. No emitía ningún sonido. Louise apenas notaba su respiración.

Sí que notó las lágrimas que corrían por sus propias mejillas y caían en el pelo de Jonas, pero salvo eso no percibía nada. El sonido del amargo llanto de Camila ya no le llegaba, tampoco los penetrantes tonos de las primeras sirenas. Ni siquiera la suave voz de Michael Stig, que le hablaba justo antes de cogerla por el hombro y ayudarla a salir, aún con el niño en brazos.

Jonas continuó con la cabeza clavada en su hombro hasta que salieron al camino, donde Michael Stig lo tomó en brazos y lo llevó hacia la casa, con Louise caminando a su lado.

Cuando llegaron a la altura de Camila, ésta se puso en pie lentamente y aferró la mano que Louise le tendía. El pequeño grupo continuó así hasta la casa, donde las sirenas de emergencia hacían que el patio pareciese más pequeño y agobiante. La ambulancia y los coches de policía estaban aparcados en una larga fila en la entrada. Ninguno había llegado a entrar al patio, que ya estaban acordonando.

Louise siguió a Michael Stig al salón y dejó que Camila se sentase en la única butaca de toda la habitación, pegada a la estufa, en la que ya no se veían arder las brasas a través del tizado vidrio. Ella se sentó en el sofá y Michael Stig tumbó suavemente a Jonas junto a ella.

—¿No sería preferible acostarlo en la cama hasta que nos vayamos? —preguntó su colega, mirándola interrogante.

—Déjalo mejor aquí —contestó ella, tragando saliva un par de veces rápidamente, al ver que el muchacho se hacía un ovillo y escondía la cara en un cojín.

Un ligero temblor lo recorrió cuando ella, con cuidado, le puso una mano en el



hombro y la retiró de nuevo rápidamente. No podía dejar de compadecerse de ese chico de once años, al que la desgracia había golpeado y le había hecho ser testigo del asesinato de su padre.

Un pesado silencio reinaba en la habitación.

Jonas seguía arrebuñado y respiraba tan silenciosamente que, a veces, Louise temía que hubiese dejado de hacerlo.

Camila seguía en la butaca, con la mirada clavada en la pared. Estaba pálida y tenía la vista perdida. De cuando en cuando, un temblor apenas perceptible la agitaba y entonces, ausente, se agarraba con fuerza las manos.

Michael Stig había salido al patio y logrado hablar con Willumsen. Acordaron que Louise cogería el coche y se llevaría a Jonas y Camila de vuelta a Dinamarca en cuanto la policía sueca los hubiese interrogado, aunque, dadas las circunstancias, era muy probable que el chico estuviera demasiado afectado para contar nada. En el Hospital Central, Jakobsen estaría preparado para recibirlos y atender de urgencia a Jonas.

Había caído ya la noche. Louise habló con seis u ocho técnicos de la policía científica sueca, que trabajaban tanto delante como detrás de la casa. Tres estaban inclinados sobre varias huellas de ruedas que había en el patio y preparaban unos moldes de yeso.

Louise tomó a Jonas de la mano y salieron hacia el coche. Como esperaban, el chico no había podido contar a la policía nada de lo sucedido, por lo que decidieron esperar para volver a hablar con él hasta que pudiesen hacerlo con la supervisión de sus propios psicólogos.

Louise vio a Michael Stig observándolos mientras ella hacía girar el automóvil en el estrecho sendero y comenzaba a avanzar lentamente, cortando la oscuridad, intentando evitar los peores baches.

El lunes, el asesinato de Henrik Holm llenaba las portadas de todos los periódicos de la mañana. Sólo una mínima parte de la historia se había filtrado a los medios, pero había sido suficiente para conmocionar al público con la tragedia del conocido y popular pastor.

El grupo de investigación se encontraba reunido en el despacho de Willumsen. Ninguno había dormido más de un par de horas desde que Louise había llegado el sábado por la noche al Hospital Central con Jonas y Camila, y ambos habían sido ingresados para su tratamiento. Ella se quedó a su lado hasta el domingo por la mañana, cuando se fue directamente a la jefatura sin pasar por casa.

—Milos Vukovic se ha declarado culpable de los cuatro asesinatos —comenzó Willumsen mirándolos con ojos cansados y el rostro sin afeitar.

—¿Cuatro? —exclamaron Louise y Michael Stig al unísono.

—Otto Birch murió anoche —informó apenado el jefe, y tras una pausa para que la información pudiese ser asimilada, volvió a Milos Vukovic—. Hemos comprobado el teléfono que le intervinimos al detenerlo, y, efectivamente, tenía otro número, aparte de los que conocíamos. Igli está repasando todos los números. En cuanto esté preparada nos traerá la lista.

Cambió de tema, indicándolo con un trago de café.

—Ayer por la tarde, Lars Jørgensen pudo hablar un momento con Otto Birch.

Willumsen señaló al compañero de Louise para cederle la palabra.

—No recordaba con claridad lo sucedido. Había entrado en la iglesia y estaba cambiando los cirios de los candelabros, cuando entraron dos hombres. Preguntaron por el pastor, y un momento después el dolor le estalló en la pierna y cayó al suelo. Uno de ellos se acercó a él y le colocó el cañón de una pistola grande en la frente, mientras le preguntaba adonde había ido el pastor. Entonces les contó lo de la casa en Suecia y les dio la dirección. Después el hombre, que suponemos que sería Bosko, desapareció, mientras el otro, que se había mantenido en un segundo plano, avanzó y le apuntó.

—¿Hay alguna pista de Bosko? —quiso saber Louise.

Desde el domingo por la mañana había preguntado lo mismo muchas veces, pero, en todas, el jefe del grupo había negado con la cabeza.

—Milos Vukovic compareció ante el juez ayer a las catorce horas, y tras la declaración fue conducido a prisión preventiva durante cuatro semanas —dijo el jefe.

—¡Pero no es él quien está detrás de los asesinatos! —exclamó Toft sin quitarse el cigarrillo de plástico de los labios. Había estado con el serbio desde su detención el sábado por la tarde hasta el momento en que fue conducido al juzgado de guardia.

Willumsen movió la cabeza.

—Justamente eso es lo que estamos intentando demostrar. Frandsen ha tenido a sus técnicos trabajando toda la noche y llamó hace veinte minutos para decirme que ya estaba saliendo de Slotsherrensvej. Pero para llegar aquí, tiene que lidiar con el tráfico de la mañana —añadió Willumsen mientras sacaba la copia de un correo electrónico de una pila que tenía sobre la mesa delante de él.

»Hemos recibido un informe del laboratorio de genética. Afirman que se ha encontrado el mismo ADN sobre el cadáver de la chica del Matadero y el de Kaj Antonsen. Y también en el de la prostituta de Praga. Se han enviado los resultados a la base de datos internacional y coinciden con el ADN de Bosko. Muchas veces se le ha acusado de las mayores atrocidades, pero hasta ahora siempre han tenido que dejarle ir por falla de pruebas. Sin embargo, no tenemos nada de Milos Vukovic. Al mismo tiempo hemos pasado las huellas dactilares encontradas en el Volvo de Elsinor por nuestro propio sistema Afis y no ha habido ningún resultado. Pero sí que han

identificado las huellas en el sistema de la Interpol. Además Elsinor nos ha mandado las copias de las cámaras de seguridad del desembarco en Helsingborg.

Puso dos fotografías sobre la mesa.

—¡Bosko!

El serbio avanzaba decidido sin intentar cubrirse la cara. Al contrario, en una de las imágenes miraba directamente a la cámara. En una esquina de la foto, se veía la hora en que había sido tomada: el pasajero había desembarcado a las 15:07.

—A esa hora estábamos en Valdemarsgade —calculó Louise mirando a Michael Stig, que jugaba con el bolígrafo que tenía en la mano. Ante él, sobre la mesa, había una lata vacía de cola, aunque no eran aún ni las nueve. Había dormido incluso menos que ella. Se había quedado en Suecia para ayudar a la policía de allí en la investigación durante esas primeras horas febriles.

Habían encontrado el ordenador del pastor y una carta que había escrito, pero no había llegado a enviar, y todo lo que allí contaba concordaba con lo que Camila había repetido ante la policía sueca y en el Hospital Central. También se confirmaba que la niña abandonada era la hija de Tereza. La pequeña estaba aún en el orfanato de Skodsborg, y Toft había acompañado hasta allí a la madre esa misma tarde, para que firmase los papeles necesarios para permitir la adopción de la niña.

—¿Y el padre? —preguntó Louise, volviendo a mirar a su compañero.

—Bosko —contestó él—. La primera vez que se encontraron la violó en un pequeño piso de Malmoe. Después la obligó a trabajar allí hasta que la envió a Dinamarca unos días antes del parto. Vivía en el piso de Enghave Plads. Milos Vukovic estaba con ella cuando dio a luz, y también fue él el que inmediatamente le arrebató a la niña y la dejó en la iglesia.

Louise suspiró cuando Toft añadió que el niño que había nacido muerto era hijo de una prostituta de Malmoe, y que la madre ni sabía lo que había sido de él después de que la gente de Bosko se lo llevó.

Frandsen entró sin llamar y saludó brevemente a todos los reunidos.

—Bosko estuvo en la iglesia —comenzó sin más preámbulos—. Tenemos también su rastro en el Matadero y en el patio de Sønder Boulevard, pero en esos lugares no hay ni rastro de Milos Vukovic.

Miró a Willumsen, que sólo asentía.

—Los tres disparos contra el sacristán no proceden de la misma arma. Los dos tiros en las rodillas se hicieron con una automática, y coinciden con los casquillos que nuestra gente encontró en la iglesia y que fueron disparados por una Glock de nueve milímetros. Pero el disparo del pecho se realizó con un revólver, que de acuerdo con todas las evidencias es igual que el Smith & Wesson que llevaba Milos Vukovic cuando lo arrestaron. Y —continuó mirando a su alrededor— la Glock es la misma pistola con la que dispararon y asesinaron a Henrik Holm en Suecia mientras estabais

interrogando a Milos Vukovic.

Dejó caer su informe sobre la mesa delante de Willumsen y volvió la mirada cuando llamaron a la puerta.

Igli se disculpó y preguntó si molestaba.

Willumsen le hizo señas para que entrase.

—Y sin embargo Milos Vukovic sigue afirmando que él hizo los tres disparos, aunque no puede decir qué ha pasado con la otra arma —recalcó Toft.

Igli estaba junto a la pared, dispuesto a repartir las copias que había imprimido con los números a los que se había llamado desde el teléfono «secreto» de Milos Vukovic. Cuando las tuvo repartidas carraspeó.

—A Bosko no lo vais a pillar —dijo con serenidad y voz segura—. Milos Vukovic seguirá asegurando que él está detrás de todo y que no sabe nada de Bosko. Como contrapartida vivirá tranquilo el resto de su vida. Es así como suele suceder. Apuesto a que Bosko hace tiempo que está de vuelta en Serbia, y allí no hay nadie que lo vaya a detener.

Los pensamientos de Louise estaban muy lejos cuando Lars Jørgensen la tocó en el hombro y le señaló la puerta, desde la que Suhr le hacía gestos para que saliese. Detrás de él, Louise divisó a Jakobsen, erguido, con su pelo plateado y una mirada preocupada.

Ya en el pasillo, Suhr la tomó del hombro y la llevó hasta su despacho. La seriedad de su mirada la impulsó a guardar silencio, mientras él le pedía que se sentase y señalaba una silla para el psicólogo, que seguramente habría llegado directamente del Hospital Central.

—Tenemos que hablar de Jonas —comenzó el inspector jefe, cuando también él tomó asiento tras su mesa—. No hay ninguna razón para dudar de las informaciones que el pastor dio. De acuerdo con el registro de la seguridad social no hay ningún familiar cercano, ni del pastor ni de su esposa fallecida.

Louise asintió. Coincidió con lo que Camila dijo que le había contado Henrik Holm.

—Eso deja a Jonas Holm solo, sin familiares ni cercanos ni lejanos, y hay que reconocer que nos resultaría prácticamente imposible encontrar a los posibles miembros que queden vivos de su familia biológica en Bosnia, ya que nadie conoce la identidad de los padres.

—He podido charlar un poco con el muchacho.

Era Jakobsen quien había tomado la palabra y miraba a Louise con sus ojos claros y profundos.

—Jonas sigue en un estado de aguda conmoción, pero nos ha contado que había ido a la linde del bosque a recoger ramitas para el fuego, cuando vio salir a su padre corriendo de la casa. Casi al mismo tiempo oyó el ruido de la puerta de un coche y vio a un desconocido que lo perseguía. Él se metió entre la maleza y se escondió a unos pocos metros del lugar en el que su padre fue tiroteado.

A Louise se le hizo un nudo en la garganta.

—He estado mucho rato con él esta tarde —continuó Jakobsen—. Va a tener que pasar una etapa muy difícil, y este trauma le afectará durante un largo período. Intenté comentarle que tendremos que encontrarle una nueva familia con la que pueda vivir.

—¿Y cuál es el proceso normal? —preguntó Louise echándose hacia delante.

Jakobsen la contempló con una mirada seria.

—Normalmente, la asistencia social busca una familia de acogida o una que decida adoptarlo. En su caso, desde luego, habría que tener en cuenta que quizá sería preferible que fuese alguien que viviese en las cercanías, así Jonas podría seguir en el mismo colegio y mantener el contacto con sus compañeros.

—Normalmente —repitió Louise mirándolo—. ¿Qué quieres decir con «normalmente»?

Jakobsen cruzó las manos en el regazo y se recostó en la silla.

—En algunos casos, el niño tiene claro con quién le gustaría vivir —contestó lentamente—. Y a Jonas Holm le gustaría vivir contigo.

Louise se levantó y estaba vuelta de espaldas cuando Suhr tomó la palabra.

—¿Conoces al chico de algo? —preguntó su jefe.

Louise siguió el vuelo de un pájaro a través de la ventana, pero luego su mirada se perdió más lejos, en el horizonte, donde no había límite.

Luego asintió con la cabeza.

—Es una responsabilidad enorme, y nadie espera que la asumas...

No llegó a terminar la frase porque Louise se volvió y abandonó el despacho.

Ya en la calle comenzó a caminar, alejándose de la Jefatura de Policía. Su cabeza era un hervidero de pensamientos. Finalmente se sentó en el muelle, mirando en dirección al Diamante Negro y después a Islands Brygge, al otro lado del agua. Contempló las bicicletas y los pocos barcos que pasaban. Pensó en el adivino que había visitado una vez, y que había afirmado, totalmente convencido, que cuando una mujer tenía un hijo era porque el niño había decidido que ésa sería su madre. Y ahora parecía que, de repente, ella había sido elegida... por un niño de once años.

¡Hay qué ver qué curiosa es la vida!, pensó, levantándose para regresar a lo largo de la bocana del puerto.

*Sin salida* es un relato de ficción. Todo podría haber sucedido, y así ha sido con alguno de los sucesos, pero la mayoría es producto de mi fantasía, del mismo modo que los personajes de la novela no se corresponden con ninguna persona real.

En esta ocasión he situado la trama en un universo que tiene mucho en común con la realidad, pero me he servido de la libertad del escritor para modificarla y jugar con ella. No existe ni el *Morgenavisen*, ni la iglesia de Stenhøj, ni el club Intim, ni el club albanés de Saxogade ni la tienda del sótano. Sin embargo, sí existe Reden en la calle Gasvaerksvej, y quisiera aprovechar para agradecerle a Dorit Otzen la increíble

amabilidad con la que me recibió.

En este libro, como en los anteriores, ha sido fundamental realizar una profunda investigación para poder crear una imagen realista y fidedigna. Por ello les doy las gracias a todos los que dedicaron su tiempo a ayudarme a elaborar los detalles correctamente.

Mil gracias también a mi buen amigo Boris por su incalculable contribución a la narración. Nunca habría logrado adquirir este conocimiento si no hubiera sido por ti.

Un sentido agradecimiento, como de costumbre, para mi amigo en el Instituto Anatómico Forense, que siempre está ahí desde que un argumento empieza a tomar forma. Sin ti no habría sido posible ninguno de mis libros. Lo mismo es aplicable a mis amigos de la Jefatura de Policía de Copenhague, que de nuevo me han recibido y escuchado con paciencia, me han ayudado y han respondido a mis preguntas. Muchas gracias por el tiempo que me habéis dedicado y el saber que me habéis transmitido. Sin vuestra ayuda, el entorno de Louise Rick no se sostendría.

Y de nuevo un enorme y cordial agradecimiento a mi fantástica y competente editora, Lisbeth Moller-Madsen, que está totalmente de acuerdo en que un libro también debe ser divertido. Y a mi nueva editorial, People'sPress, por haber querido trabajar conmigo, lo que me hace mucha ilusión.

*Stort tack* a mis agentes suecos, Bengt Nordin y Joakim Hansson, de la Nordin Agency. Muchísimas gracias por el trabajo que hacéis para mí y por desearme lo mejor.

Mi agradecimiento más cordial va para mi marido, Lars, y sus dos maravillosas hijas, Erama y Caroline, y para mi estupendo hijo, Adam, porque siempre tenéis que soportar que me retire a trabajar. Sois lo mejor de mi vida.



SARA BLÆDEL (1964, Copenhague, Dinamarca). Fue una niña imaginativa que creció entre la ciudad y el campo. A los 18 años trabajó como camarera y más tarde en una reprografía. En 1993 comenzó a trabajar como editora de novelas policíacas de bolsillo y en 1995 como periodista de prensa y televisión. En 2004 escribió su primera novela *Nieve verde*.

Está casada y tiene dos hijas y un hijo.